

**E.L. DOCTOROW**

# **BILLY BATHGATE**

**TRADUCCIÓN  
DE CÉSAR ARMANDO GÓMEZ**

**Lectulandia**

Nueva York, 1930. La Gran Depresión parece no acabar nunca y la delincuencia organizada se ha adueñado de la ciudad. Son años difíciles en los que unirse a un grupo de mafiosos es casi un salvoconducto para sobrevivir. Solo algunos son los escogidos y entre ellos Billy, un muchacho del Bronx que de la noche a la mañana se convierte en la mascota de Dutch Schultz, uno de los gánsteres con mayor poder del momento. El propio Schultz y Otto Berman, su mano derecha, serán quienes iniciarán a Billy en el arte de la extorsión y el crimen organizado, durante unos años en los que el joven dejará atrás la inocencia adolescente y tomará conciencia de la insensible realidad que impregna ese mundo de la mafia que tenía idealizado.

**Lectulandia**

E. L. Doctorow

# **Billy Bathgate**

ePub r1.0

Titivillus 15.02.18

Título original: *Billy Bathgate*

E. L. Doctorow, 1989

Traducción: César Armando Gómez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Jason Epstein

# PRIMERA PARTE

Tenía que haberlo planeado, porque cuando llegamos el barco estaba allí con el motor en marcha, agitando el agua, cuya fosforescencia en el río era la única claridad, porque no había luna, ni luces en la caseta donde debería haber estado el encargado del embarcadero ni en el propio barco, ni, por supuesto, las del coche, pero todo el mundo sabía dónde estaba cada cosa, y cuando el gran Packard bajó por la rampa, Mickey el chófer lo frenó de modo que las ruedas apenas hiciesen sonar las tablas, y cuando paró junto a la plancha iba ya con las puertas abiertas y subieron a Bo y a la chica antes de que llegaran siquiera a ser una sombra en medio de toda aquella oscuridad. Y no hubo resistencia. Vi un bulto negro que se movía, eso fue todo, y lo único que oí fue como el ruido que hace alguien que está asustado y tiene una mano ajena sobre la boca; sonaron las puertas, el coche —que seguía con el motor en marcha— se fue y el barco estaba ya poniendo agua por medio antes de que apenas hubiera pasado un minuto. Nadie dijo que no, de modo que salté a bordo y me asomé a la barandilla, asustado, como era de esperar, pero dispuesto; lo había dicho él, yo era un chico dispuesto, capaz de aprender, y —me doy cuenta ahora— también de adorar, de venerar esa rudeza del poder que él había estudiado más a fondo que nadie, ah, y aquella amenazante manera de ser suya que podía hacer que todo acabase en un momento para cualquiera que estuviera en su presencia, ese fue el resultado, por eso estaba yo allí, asustado de que él me considerase un chico dispuesto y del peligro de que realmente se tratase de un loco.

Dejando eso aparte, yo tenía la confianza en mí mismo de los muy jóvenes, que en este caso era la simple presunción de que podría largarme cuando quisiera, en cualquier momento, pues podía correr más que él, fuera del alcance de su rabia, su comprensión y sus dominios, porque yo era capaz de saltar cercas, cruzar callejones, descolgarme por salidas de incendios y bailar a lo largo de los parapetos de las azoteas de todas las casas de vecinos del mundo si llegaba el caso. Era dispuesto, lo supe antes que él, aunque cuando lo dijo hizo algo más que confirmármelo: me hizo suyo. De cualquier modo, yo no pensaba en nada de eso entonces, era solo algo que había en mí y podría usar en caso necesario, ni siquiera una idea, sino un instinto que aguardaba en mi cerebro por si alguna vez llegaba a necesitarlo, pues de lo contrario, ¿por qué iba yo a saltar ágilmente la barandilla, cuando ya el agua fosforescente iba ensanchándose allá abajo, para observar desde la cubierta cómo se alejaba la tierra y un viento procedente de la negra noche del agua me daba en los ojos y la isla de luces se alzaba ante mí como un gigantesco trasatlántico que se iba, dejándome varado entre aquellos grandes criminales que eran los gánsteres de mi vida y mi época?

Mis instrucciones eran sencillas, y consistían, cuando no estaba haciendo algo que

me hubiesen encargado específicamente, en prestar atención, en no pasar por alto nada, y, aunque él no me lo hubiera dicho con tantas palabras, en convertirme en alguien que debía estar siempre observando y escuchando no importa en qué estado me encontrase, amor, peligro, humillación o dolor insoportable, sin perder la más mínima fracción de segundo aunque resultara ser la última.

De modo que supe que aquello tenía que haber sido planeado, aunque teñido de su rabia característica, que a uno le hacía pensar que era algo que acababa de ocurrírsele, como cuando estranguló al inspector de la prevención de incendios y, encima, después le rompió el cráneo; eso, momentos después de haberle sonreído. Supongo que hay maneras más hábiles, pero, comoquiera que se haga, es algo verdaderamente difícil: su técnica consistía en no tener ninguna, se lanzó de un salto gritando con los brazos levantados y fue a dar con todo su peso contra el pobre tipo, lo derribó en una especie de placaje envolvente, aterrizando sobre él con un choque que probablemente le partió el espinazo, ¿quién sabe?, y después, mientras le sujetaba los brazos con las rodillas, le agarró la garganta y presionó con las yemas de sus pulgares sobre el gañote, y cuando asomó la lengua y los ojos se quedaron en blanco golpeó dos o tres veces la cabeza contra el suelo como si tratase de abrir un coco.

Y además estaban todos vestidos de etiqueta, tenía que recordar eso, lazo negro y chaqueta negra con el cuello de caracul, pañuelo blanco de seda y, en el caso del señor Schultz, el sombrero gris perla con la copa partida, como el del presidente. El sombrero y la chaqueta de Bo seguían en el guardarropa. Había habido una cena en el club Embassy, para celebrar el quinto aniversario de su asociación en el negocio de la cerveza, de modo que estaba todo planeado, incluso el menú, y lo único que ocurrió fue que Bo no había comprendido bien de qué iba la cosa y se trajo a su última chica guapa, y yo noté, sin saber siquiera lo que ocurría cuando metieron a los dos en el gran Packard, que ella no formaba parte del plan. Ahora estaba allí, en el remolcador, que parecía totalmente a oscuras desde el exterior; tenían las portillas cubiertas con cortinas y yo no podía ver lo que ocurría pero sí oír la voz del señor Schultz, y aunque no lograba entender las palabras, sí sabía que no estaba contento, y supuse que preferirían no tener a la chica de testigo de lo que le iba a pasar a un hombre al que posiblemente había llegado a apreciar, y después oí o sentí ruido de pasos por una escalerilla metálica, y me volví de espaldas a la camareta y me incliné sobre la barandilla justo a tiempo de ver iluminado un trozo de agua verdosa y embravecida, y debieron de correr la cortina de una portilla porque el agua desapareció. Momentos después oí pasos que volvían.

Dadas las circunstancias, no podía estar muy convencido de haber hecho lo que debía al subir a bordo sin que él me lo dijese. Yo vivía, como todos nosotros, pendiente de su humor, estaba siempre tratando de discurrir nuevos modos de tenerlo contento, todo el mundo trataba siempre de aplacarlo, y cuando estaba haciendo algo por instrucciones tuyas me desvivía por hacerlo lo mejor posible y cuanto antes, a la vez que preparaba lo que diría en mi defensa si por causas imprevistas le



desagradaba. Y no es que creyese en la posibilidad de apelación. De modo que allí estaba yo, cabalgando como un secreto jinete la fría barandilla durante largos minutos de irresolución, mientras las sartas de luces de los puentes que iba dejando a mi espalda me llenaban de añoranzas de mi pasado. Para entonces íbamos ya río abajo, a punto de entrar en las aguas más movidas del mar abierto, y el barco empezó a cabecear y me di cuenta de que tenía que ampliar mi base de sustentación para conservar el equilibrio. Además, se estaba levantando viento y subían de la proa rociadas que me mojaban la cara. Estaba agarrado a la barandilla, con la espalda apretada contra el costado de la camareta y empezando a sentir el mareo que le acomete a uno al darse cuenta de que el agua es una bestia de otro planeta, que a cada momento que pasaba iba trazando en mi imaginación el retrato de su misterioso poder y su interminable y vasta animosidad, allí, bajo el barco que yo cabalgaba, y bajo todos los otros barcos del mundo también, que aunque los atraillasen juntos no cubrirían un palmo de su ondulante y jadeante pellejo.

De modo que entré, colándome de costadillo por la puerta entreabierta, fiel a la teoría de que si iba a morir prefería que fuese bajo techo.

Lo primero que vi apenas empecé a parpadear frente a la cruda luz de la lámpara colgada del techo de la camareta fue al elegante Bo Weinberg de pie junto a sus puntiagudos zapatos de charol, con los negros calcetines de seda con ligas retorcidos como anguilas muertas junto a ellos y sus pies, blancos, mucho más largos y anchos en apariencia que los zapatos de los que acababa de sacarlos. Estaba contemplándose los pies, quizá porque se trata de partes íntimas del cuerpo que rara vez tenemos ocasión de ver vestidos de etiqueta, y, siguiendo su mirada, sentí que debía compartir su lástima por lo que con toda seguridad estaba pensando, que, con toda nuestra civilización, andamos por ahí sobre esas cosas que tienen la punta dividida en cinco partes desiguales cubiertas parcialmente de concha.

Arrodillado frente a él estaba el brusco e impasible Irving remangándole metódicamente hasta las rodillas las perneras del pantalón, adornadas con una negra tira de raso. Irving me había visto, pero prefirió ignorarme, cosa muy característica en él. Era el hombre para todo del señor Schultz; hacía lo que le mandaban y no daba la menor muestra de pensar en ninguna otra cosa. Ahora estaba remangando las perneras del pantalón. Era un tipo de pecho hundido, con el pelo ya ralo y la palidez de los alcohólicos, la típica piel de papel, y yo sabía lo que a los borrachos arrepentidos les cuesta su sobriedad, la concentración que exige, el estado de constante tristeza que provoca. Me gustaba observar a Irving fuera lo que fuese lo que estuviese haciendo, incluso cuando, como ahora, no se trataba de nada extraordinario. Cada doblez de la pernera era exactamente igual al anterior. Lo hacía todo minuciosamente y sin un solo movimiento inútil. Era un profesional, pero, dado que su única profesión consistía en enfrentarse a las contingencias de la vida que había

elegido, se comportaba como si la vida fuese una profesión, lo mismo que, supongo —en un empleo más convencional—, haría un mayordomo.

Y, parcialmente tapado por Bo Weinberg y tan lejos de él como yo, pero al lado contrario de la camareta, con la chaqueta abierta, el pañuelo blanco mal colocado, el sombrero gris echado hacia atrás, una mano en el bolsillo de la chaqueta y la otra sosteniendo despreocupadamente al costado una pistola que apuntaba sin especial énfasis a la cubierta, estaba el señor Schultz.

La escena me resultó tan asombrosa que le presté la atención que uno concede a los acontecimientos que le parecen históricos. Todo subía y bajaba al unísono, pero los tres hombres no parecían advertirlo, e incluso el viento era allí un ruido lejano y apagado, el aire olía a alquitrán y aceite de motor y había rollos de gruesa cuerda amontonados que parecían cubiertas de automóvil, y poleas, aparejos y perchas llenas de herramientas, lámparas de queroseno, abrazaderas y otras muchas cosas cuyos nombres y fines no conocía pero cuya importancia para la vida náutica concedí de buen grado. Las vibraciones del motor del remolcador eran consoladoramente fuertes allí dentro y pude sentir las en la mano con que empujé la puerta para cerrarla.

Mi mirada se cruzó con la del señor Schultz y él desplegó de pronto sus blancos dientes, grandes y bien alineados, y su rostro de rasgos rudos se contrajo con una sonrisa de generoso aprecio.

—Es el Hombre Invisible —dijo, y sus palabras me sobresaltaron tanto como si alguno de los retratados en las pinturas de una iglesia hubiese empezado a hablar. Después me di cuenta de que le estaba devolviendo la sonrisa. El júbilo inundó mi pecho juvenil, o quizá fuese el agradecimiento a Dios por concederme al fin aquel momento, en el que mi destino no estaba en la balanza—. Mira esto, Irving; el chico viene de excursión con nosotros. ¿Te gustan los barcos, muchacho?

—Todavía no lo sé —dije sinceramente, sin comprender por qué mi respuesta resultaba tan divertida. Porque ahora se reía a carcajadas con su voz de bocinazo, que me pareció terriblemente indiferente al carácter solemne de la ocasión; era preferible la cara que pusieron los otros dos. Y diré algo más sobre la voz del señor Schultz, dado que era un aspecto tan importante de su capacidad de dominio. No es que fuera siempre alta, sino que tenía una consistencia especial, salía de su garganta con un zumbido armónico, y resultaba de lo más instrumental, de modo que surgía como de una bocina de gramófono, y sin duda la cavidad torácica y los huesos de la nariz contribuían también a producirla, y era una voz de barítono que automáticamente le hacía a uno prestar atención en forma de un deseo de tener también una voz como aquella, salvo cuando la levantaba enfadado o se reía como en esta ocasión, pues entonces arañaba los oídos y resultaba desagradable, como me ocurría a mí en aquel momento; o quizá fuese que lo que en realidad me disgustaba era estar tomando parte en una broma a costa de un moribundo.

Había un estrecho banco de tabla, una especie de estante verde colgado de la pared, y me senté en él.

¿Qué podía haber hecho Bo Weinberg? Yo había tenido poco contacto con él; era una especie de caballero andante al que rara vez se veía en la oficina de la calle 149, nunca en los coches y, desde luego, jamás en los camiones, pero que siempre parecía estar en el centro de la operación, como Dixie Davis el abogado o Abbadabba Berman, el genio de la contabilidad; a ese nivel de importancia. Tenía fama de ser quien hacía el trabajo diplomático para el señor Schultz, negociando con otras bandas y llevando a cabo los asesinatos que requerían los negocios. Era uno de los gigantes y tal vez, en cuanto a temible, solo le aventajaba el propio Schultz. Ahora tenía al descubierto no solo los pies, sino las piernas hasta la rodilla. Irving se enderezó y le ofreció su brazo, y Bo Weinberg lo tomó como una princesa en un baile y delicada, cautelosamente, metió un pie tras otro en el balde de lavar ropa que tenía enfrente y que estaba lleno de cemento húmedo. Naturalmente, apenas entré había visto cómo el cemento del balde reproducía en miniatura el mar exterior, siguiendo en un continuo vaivén el alzarse y caer del barco sobre las olas.

Yo era capaz de enfrentarme a acontecimientos inesperados, como el de ser bautizado por una tormenta, pero la verdad era que no estaba preparado para aquello, que me falló la confianza en mí mismo al verme como testigo del viaje que estaba a punto de emprender el hombre sentado ante mí mientras le vaciaban los pies en cemento. Me esforzaba por comprender los misterios de aquella noche y la desgraciada pérdida de una vida en flor por la que ahora —me parecía— tañían las boyas a las que había oído impartir con ruido metálico sus solitarias advertencias mientras salíamos a la mar. Pensé que mi calidad de testigo era mi prueba de fuego personal, mientras Bo Weinberg era invitado a sentarse en una silla de cocina que habían colocado a su espalda y después a presentar las manos. Se las ataron juntas por la muñeca con cuerda de tender, nueva y un tanto tiesa, que tenía todavía la forma del rollo en que había llegado de la ferretería, con los perfectos nudos de Irving entre ambas muñecas como si fuesen vértebras. Las manos juntas le fueron colocadas a Bo entre los muslos y atadas a ellos como en el juego de la cuna, arriba y abajo, arriba y abajo, y después todo ello amarrado con tres o cuatro gigantescas vueltas de cuerda a la silla de modo que no pudiese levantar las rodillas, y luego, la silla con otras dos vueltas al balde por las asas, y el nudo final alrededor de una pata de la silla cuando ya quedaba la cuerda justa para hacerlo. Seguramente Bo había visto más de una vez desplegar aquella habilidad de *boy scout* con algún otro, porque la contemplaba con una especie de admiración distraída, como si también ahora fuese otro el que estaba sentado encorvado en una silla, con los pies metidos en cemento que se iba endureciendo, en la camareta de un barco que navegaba sin luces frente a Coenties Slip, surcando el puerto de Nueva York camino del Atlántico.

La camareta tenía forma ovalada. La escotilla, rodeada por una barandilla, donde habían metido a la chica estaba en el centro de la parte posterior de la cubierta. Hacia

la parte delantera había una escalerilla metálica sujeta con pernos que subía, a través de una escotilla, hasta la caseta del timón, donde supuse que estaría el capitán o lo que fuese atendiendo debidamente a sus asuntos. Yo no había estado nunca en nada más grande que un bote de remos, de modo que todo aquello era, al menos, una buena noticia, que algo como un barco pudiera tener tanto de verdadera construcción, plenamente de acuerdo con las leyes del mar, y que hubiese un medio de hacer tu tenue camino a través de ese mundo que reflejase tan claramente toda una larga historia del pensar. Porque las olas eran cada vez más altas y más largas, y había que procurarse un anclaje, el señor Schultz ocupando el banco lateral que había frente al mío e Irving agarrándose a la escalera que conducía a la caseta del timón como si fuera una barra del metro. Durante un rato hubo un silencio entre los ruidos del motor y las olas, solemne como el de quienes escuchan la música de un órgano. Bo Weinberg estaba volviendo a la vida y empezaba a mirar a su alrededor, a ver lo que podía divisar, quién estaba allí y qué se podía hacer. Yo recibí una mirada pasajera de sus ojos oscuros, un breve segmento de arco de su recorrido, lo que me alivió increíblemente, al no tener ninguna responsabilidad, ni querer tenerla, en aquellos mares jadeantes y tornadizos ni en la irrespirable naturaleza del agua, o en su frialdad, o en su buche oscuro y sin fondo.

Había tal intimidad entre todos nosotros en aquella negra camareta, reluciente con la luz casi verde de la lámpara, que cuando alguno se movía los demás lo notaban, y en esta ocasión lo que atrajo mi mirada fueron los movimientos con que el señor Schultz dejó caer su pistola en el bolsillo de la amplia chaqueta y después sacó del bolsillo interior la tabaquera de plata que contenía sus cigarros, extrajo uno, volvió a guardarla y después mordió la punta del cigarro y la escupió. Irving se le acercó con un encendedor, que hizo funcionar mediante una presión del pulgar solo un instante antes de sostenerlo junto al extremo, y el señor Schultz se inclinó levemente haciendo girar el cigarro para encenderlo por igual, y por encima del ruido del mar y el chirrido del motor oí el *sip sip* de sus chupadas y vi el reflejo de la llama en sus mejillas y sus cejas, de modo que lo que en él había de imponente se vio todavía aumentado a la luz de uno de sus apetitos. Después la llama se apagó, Irving se retiró y el señor Schultz volvió a sentarse, con el cigarro brillando a intervalos en la comisura de su boca y llenando la camareta de humo, que no era precisamente lo mejor para estar oliéndolo en un camarote en alta mar.

—Puedes abrir una ventana, chico —dijo, y lo hice con toda diligencia, volviéndome para arrodillarme en el banco, meter la mano por entre las cortinas, abrir la portilla y empujarla. Sentí la oscuridad en la mano, que retiré mojada—. Qué noche tan negra, ¿eh? —dijo el señor Schultz. Se levantó, fue hacia Bo, que estaba sentado mirando a popa, y se puso en cuclillas frente a él como un médico delante de un paciente—. Fíjate, está temblando. Eh, Irving, ¿cuánto falta para que se endurezca esto? Bob tiene frío.

—No mucho. Un ratito.

—Solo un ratito más —dijo el señor Schultz, como si Bo necesitase traducción. Sonrió disculpándose, se incorporó y le posó una mano amistosa en el hombro.

Entonces Bo Weinberg habló, y lo que dijo fue realmente sorprendente para mí. No era lo que cualquier aprendiz o persona corriente en su situación hubiera dicho, y, más que cualquiera de las palabras del señor Schultz hasta ese momento, me hizo comprender el reino de soberana audacia en que aquellos hombres se movían, algo como otra dimensión. Quizá solo estaba admitiendo su desesperación, o era tal vez su peligroso modo de reclamar la sincera atención del señor Schultz; yo nunca hubiera creído posible que un hombre en su situación pensase que tenía un cierto control sobre cuándo y cómo iba a tener lugar su muerte.

—Eres un mamón, Dutch —fue lo que dijo.

Contuve el aliento, pero el señor Schultz se limitó a mover la cabeza y a suspirar.

—Primero me suplicas y ahora empiezas a insultarme.

—Yo no te supliqué; solo te dije que dejaras irse a la chica. Te hablé como si todavía fueras humano. Pero no eres más que un mamón, y cuando no encuentras una polla que chupar recoges condones del suelo y los chupas. Eso es lo que pienso de ti, Dutch.

Gracias a que él no estaba mirándome pude mirar a Bo Weinberg. Desde luego, tenía espíritu. Era un hombre apuesto, con el suave pelo negro reluciente peinado hacia atrás sin raya a partir del pico de la frente, una cara como india, atezada y de pómulos salientes, la boca llena y bien formada y una fuerte mandíbula, todo ello plantado sobre uno de esos pescuezos largos a los que sientan a las mil maravillas el cuello y la corbata. Incluso encorvado y sumido en la vergüenza de su desamparo, con el lazo negro torcido y la chaqueta del esmoquin negro satinado arrugada sobre los hombros, de modo que su postura resultaba sumisa y su mirada necesariamente furtiva, me recordaba el encanto y la clase de un *racketeer* de los buenos tiempos.

Ahora, en una momentánea confusión de lealtades, o quizá tan solo pensando, como un juez secreto, que no se me había presentado la acusación de manera satisfactoria, deseé que el señor Schultz pudiese tener algo de aquella elegancia del hombre del balde. La verdad era que incluso con las mejores ropas el señor Schultz parecía mal vestido, sufría inadecuación a su atuendo, lo mismo que otros tienen mala vista o raquitismo, y debía de saberlo; porque fuera lo que fuese lo que estaba haciendo, estaba también subiéndose los pantalones con los antebrazos, o levantando la barbilla para tirar del cuello, o sacudiéndose la ceniza del cigarro de la chaqueta, o quitándose el sombrero para hacerle el surco de la copa con el canto de la mano. Sin siquiera pensar en ello, trataba constantemente de corregir la relación con su vestimenta, como si sufriese algún tipo de parálisis de insatisfacción, hasta el punto de que uno pensaba que lo que llevaba no le sentaría mal si lo dejase en paz.

La dificultad podía deberse en parte a su constitución, que era de cuello corto e inexpresivo. Ahora pienso que la clave de la gracia y la elegancia en cualquier cuerpo, masculino o femenino, es la longitud del cuello; cuando el cuello es largo se

siguen varias conclusiones, tales como una adecuada proporción entre peso y estatura, un orgullo natural en la actitud, dotes para el contacto visual, cierta agilidad en la espina dorsal y en el largo de la zancada, y en conjunto una especie de alegría física en el movimiento que lo mismo puede llevar a la competición atlética que a la afición al baile. Por el contrario, un cuello corto anuncia ineptitud para la vida capaz de crear arte, inventos, grandes fortunas y los arrebatos criminales propios de un espíritu desordenado. No sugiero esto como una ley absoluta, ni siquiera como una hipótesis cuya verdad o falsedad puedan demostrarse; no se trata de una noción perteneciente al mundo científico, sino más bien del atisbo de una verdad popular del tipo que parecía razonable antes de la invención de la radio. Quizá era algo que el propio señor Schultz percibía inconscientemente en sus juicios, pues hasta ahora yo sabía de dos asesinatos que hubiese cometido personalmente, y ambos fueron en la zona del cuello, el estrangulamiento de aquel inspector del Departamento de Incendios y el más rabiosamente expeditivo fin de un *boss* de la lotería clandestina del West Side que fue lo bastante infortunado para estar repantigado en un sillón mientras lo afeitaban en la peluquería del hotel Maxwell, en la calle Cuarenta y Siete Oeste, cuando lo encontró el señor Schultz. De modo que supongo que la respuesta a su lamentable falta de elegancia era que tenía otros modos de impresionar a la gente. Después de todo, había cierto fluido vínculo entre mente y cuerpo, ambos eran poderosamente bruscos y tendían a no reconocer obstáculos que exigiesen contornearlos en vez de atravesarlos o pasar por encima. De hecho, era precisamente esta cualidad del señor Schultz la que Bo Weinberg comentaba en aquel momento.

—¿Imagináis —decía, dirigiéndose a la camareta en conjunto— lo que hace que ese latino barato vaya contra Bo Weinberg? ¿Podéis creerlo? Nada menos que contra el tipo que dio el paseo a Vince Coll por encargo suyo y sujetó por las orejas a Jack Diamond para que él pudiese meterle la pistola en la boca; el que le engañó a Maranzano y le consiguió en la Unione un respeto que vale un millón de dólares; el que dio los grandes golpes para él y le guardó las espaldas y encontró la política a seguir en Harlem, que él era demasiado tonto para encontrar por sí mismo; el que le proporcionó su fortuna, lo convirtió en millonario y le hizo parecer otra cosa que el ladrón de pacotilla que es esa rata callejera, ese estúpido. ¿Qué creéis que yo esperaba de él? ¿Que me sacase de un restaurante delante de mi prometida? Mujeres o niños, cualquier cosa, le tiene sin cuidado; no distingue. Teníais que haber visto a aquellos camareros avergonzados. Si llegas a estar allí, Irving, los hubieras visto tratando de no mirar cómo tragaba sentado allí con su traje de la calle Delancey, que parece que compró el que cuelga de muestra.

Pensé que no me gustaría presenciar lo que iba a ocurrir; había cerrado los ojos e instintivamente me había apretado contra la fría pared de la camareta. Pero el señor Schultz apenas pareció reaccionar. Su rostro seguía impasible.

—No hables a Irving —dijo a modo de respuesta—. Háblame a mí.

—Los hombres hablan. Cuando hay diferencias, los hombres hablan. Si hay un

malentendido, se escuchan uno a otro hasta el final. Eso es lo que hacen los hombres. No sé de dónde has salido, de qué vientre maloliente a pus, mierda y semen de mono. Porque tú eres un mono, Dutch. Ponte en cuclillas y ráscate el culo. Colúmpiate de un árbol. Ju, ju, Dutch. Ju, ju.

—Deberías comprender que ya soy un poco viejo para hacer el loco —dijo muy tranquilo el señor Schultz—. Ya no me cabreo. No malgastes saliva.

Y, como alguien que ha dejado de interesarse por aquello, volvió a su asiento a lo largo del mamparo, frente a mí.

Por el brusco derrumbe de los hombros de Bo Weinberg y la inclinación de su cabeza pensé que podía ser cierto en un hombre de calidad el ser desafiante por naturaleza, y también el mostrar el valor bronco de un asesino para quien la muerte era un asunto de negocios cotidiano, como pagar facturas o ingresar dinero en el banco, por lo que la suya no le resultaba muy diferente de la de cualquier otro, como si estos gánsteres fuesen todos una especie de raza aventajada, dotada por la vida que habían elegido de un espíritu de lucha sobrenatural. Pero lo que había oído era en realidad un canto de desesperación; Bo sabía mejor que nadie que no había apelación; su única esperanza era una muerte lo más rápida e indolora posible, y se me secó la garganta ante la certidumbre de que era exactamente eso lo que había estado tratando de hacer, conseguirla, invocar el temperamento volcánico de su contrincante para dictarle los medios y el momento de acabar con él.

De modo que entendí que aquella respuesta tan extrañamente serena tenía la fuerza de lo implacable; Schultz había prescindido de su carácter, convirtiéndose en el hombre silencioso del remolcador, un profesional sin rostro, porque había permitido que las palabras de Bo lo borrasen y se había hecho tranquilo, reflexivo y objetivo a la manera aprobada y clásica de su hombre de confianza, Bo Weinberg, en tanto que Bo, jurando, vociferando y desvariando, parecía haberse convertido en él.

Por primera vez tenía un atisbo de cómo una muerte ritual pone patas arriba un mundo, esas inversiones ocurren, todo retrocede ante tus ojos o muestra su otra cara, se produce una especie de visión implosiva de lo que hay detrás, y además lo hueles, como si se hubieran cruzado los cables.

—Los hombres, si son hombres, hablan —dijo Bo Weinberg en un tono totalmente diferente. Me costaba trabajo oírlo—. Cuando son hombres, hacen honor al pasado. Pagan sus deudas. Tú nunca pagaste las tuyas, las más importantes, las deudas de honor. Cuanto más hacía por ti, cuanto más era para ti como un hermano, menos contaba. Debería haber sabido que harías esto, simplemente porque eres un estafador que nunca me pagó lo que merecía, que nunca paga a nadie lo que merece. Te protegí, te salvé la vida una docena de veces, trabajé para ti y lo hice como un profesional. Debería haber sabido que este era el modo en que ibas a saldar tu deuda, el modo en que Dutch Schultz lleva los libros, inventando los barullos y las mentiras más increíbles solo para estafar, porque es un timador barato que engaña de cuantas maneras puede.

—Nunca te faltaron palabras, Bo —dijo el señor Schultz. Dio una chupada al cigarro, se quitó el sombrero y lo modeló a su gusto con el canto de la mano—. Tienes más que yo, porque has ido a la escuela superior. En cambio yo tengo buena cabeza para los números, de modo que creo que en conjunto estamos empatados.

Después dijo a Irving que subiese a la chica.

Y subió, primero vi su rubia cabellera con permanente, y luego la blancura de su cuello y sus hombros, como surgiendo del mar. Antes, en la oscuridad del coche, no había podido verla bien, resultaba muy esbelta con su vestido de noche de un blanco de leche colgando de dos finas hombreras, y, en aquel barco oscuro y grasiento, totalmente alarmante, blanca del cautiverio y mirando en torno suyo confusa y asustada, de modo que el pecho se me llenó de profecías de un horrible expolio, no solo por su sexo, sino por su clase, y un gruñido que era como una confirmación de lo que yo sentía se ahogó en la garganta de Bo Weinberg, que había estado lanzando una sarta de palabrotas contra el señor Schultz y ahora luchaba por soltarse y sacudía la silla de un lado para otro, hasta que Schultz metió la mano en el bolsillo del abrigo y dejó caer la culata de su pistola sobre el hombro de Bo y los verdes ojos de la chica se dilataron mientras Bo aullaba y sacudía la cabeza, y después le dijo con la cara crispada por el dolor que no mirase, que debía volverse y no mirarlo.

Irving, que subía detrás, la recogió cuando empezaba a desplomarse, la acomodó en el rincón sobre un montón de lonas embreadas y le apoyó la espalda contra los rollos de cuerda; ella se sentó de costado con las rodillas recogidas y la cabeza a un lado, una hermosa muchacha, ahora podía verlo, con un perfil como el que la aristocracia tenía en mi imaginación, una nariz firme y debajo una media luna con un hoyuelo encantador y que se curvaba a ambos lados hacia una boca que vista de lado tenía unos labios gordezuelos por el centro y que iba adelgazándose hasta no ser más que una fina línea en la comisura, y un firme contorno de mandíbula y un cuello como el de una ave acuática, y —me atreví a dar permiso a mis ojos para descender— un pecho fino y frágil, con los senos, no obstaculizados, hasta donde pude determinar, por ninguna prenda interior, leves y a la vez aparentes bajo el brillante raso blanco del escote. Irving había traído su capa de pieles y se la echó por los hombros. Y de repente el aire se puso muy cargado con tanta gente, y le vi una mancha en la parte inferior del vestido, con algo pegado a ella.

—Lo ha vomitado todo —dijo Irving.

—Oh, señorita Lola, cuánto lo siento —se lamentó el señor Schultz—. En los barcos nunca hay bastante aire. Tal vez un trago, Irving. —Sacó del bolsillo del abrigo un frasco forrado de cuero—. Sírvale un poco de esto a la señorita Lola.

Irving, que estaba de pie con las piernas separadas para prevenir el balanceo, desatornilló la tapa de metal del frasco, sirvió con precisión en ella un trago de licor y se lo ofreció a la mujer.



—Adelante, *missy* —dijo el señor Schultz—. Es whisky de malta, del bueno. Eso le arreglará el estómago.

Yo no conseguía entender por qué no veían que se había desmayado, pero sabían más que yo. Movi6 la cabeza y abri6 los ojos, que de pronto, mientras se esforzaban por ver con claridad, traicionaron a mi idilio juvenil: alarg6 la mano en busca de la bebida, la sostuvo, la examin6, la alz6 y se la ech6 al colete.

—Bravo, cari6o —dijo el se6or Schultz—. Sabe lo que hace, ¿verdad? Apuesto a que siempre sabe lo que debe hacer. ¿Qu6? ¿Decías algo, Bo?

—Por el amor de Dios, Dutch —susurr6 Bo—. Ya se acab6, ya est6.

—No te preocupes. A esta dama no le pasar6 nada. Te doy mi palabra. Ahora, se6orita Lola, ya puede ver cu6l es el problema de Bo. ¿Cu6nto tiempo llevan juntos?

Ella no lo miraba ni decía una palabra. La mano que tenía en el regazo se afloj6, y la tapa met6lica cay6 de sus rodillas y fue a alojarse en una grieta del piso. Irving se apresur6 a recogerla.

—No había tenido el placer de conocerla hasta esta noche; 6l nunca la llevaba por ahí, aunque se veía bien que se había enamorado, mi Bo el solter6n, el castigador; estaba claro que había caído. Y ahora veo por qu6. Pero 6l la llama Lola y estoy seguro de que ese no es su nombre. Conozco a todas las chicas que se llaman Lola.

Irving se dispuso a marcharse, dando antes el frasco al se6or Schultz, pero en ese momento su camino era una cuesta arriba, porque el barco acababa de montarse en una ola, en vista de lo cual se agarr6 a la escalerilla que tenía enfrente y se volvi6 a esperar con todos, observando a la chica, que no respondi6 mientras el barco caía bajo nosotros, sino que estaba sentada con dos arroyuelos cay6ndole silenciosamente por las mejillas, y todo era agua, dentro y fuera, mientras seguía sin hablar.

—Pero, aparte de eso —continu6 el se6or Schultz—, sea usted quien sea, puede ver en qu6 apuro se encuentra su Bo. ¿No es así, Bo? D6jala que vea que no podr6 volver a hacer ciertas cosas en toda tu vida. Ens6ñale c6mo lo m6s sencillo, cruzar las piernas, rascarte la nariz, ya no podr6 volver a hacerlo. SÍ, puede gritar, chillar, pero no puede levantar el pie, ni abrir la bragueta, ni desabrocharse el cintur6n; no puede hacer gran cosa de nada, se6orita Lola. Est6 despidi6ndose poco a poco de la vida. De modo que cont6steme ahora, cari6o. Es que soy muy curioso. ¿D6nde se conocieron? ¿Cu6nto llevan de t6rtolos?

—¡No le contestes! —grit6 Bo—. ¡Esto no tiene nada que ver con ella! ¿Qu6, Dutch, buscas motivos? Puedo darte todos los del mundo, y el resultado es que eres un idiota.

—¡Ah, qu6 mal hablado! —se escandaliz6 el se6or Schultz—. ¡Delante de esta mujer y de este chico! AquÍ hay mujeres y ni6os, Bo.

—¿Sabéis c6mo lo llaman? Mediocubo. Mediocubo Schultz. —Bo solt6 una aguda risotada—. Todo el mundo tiene un mote y el suyo es ese, Mediocubo. Trafica con ese orín de gato al que llama cerveza y ni siquiera lo paga. Estafa a todo el mundo, tiene tanto dinero que no sabe qu6 hacer con 6l y todavía anda sisando a sus

socios. Una operación de esa envergadura, cerveza, sindicatos, policía, la lleva como si fuese un puesto de caramelos. ¿Tengo razón, Mediocubo?

El señor Schultz asintió pensativamente con la cabeza.

—Sin embargo, ya ves, Bo —dijo—, yo estoy aquí de pie y tú ahí sentado, y tú estás acabado. ¿Quién preferirías ser en este momento, tú que te crees con tanta categoría? Faenas al hombre para el que trabajas. ¿Es eso clase?

—Ojalá jodas a tu madre mientras va en su escoba por los aires —dijo Bo—. Ojalá tu padre limpie con la lengua lo que cagan los caballos en la calle. Ojalá te sirvan a tu hijo asado y con una manzana en la boca.

—¡Pero Bo! —El señor Schultz puso los ojos en blanco y alzó los brazos en una muda invocación a los cielos. Después volvió a mirar a Bo y dejó caer ruidosamente las manos a los costados—. Me rindo —masculló—. Retiro todas las apuestas. Irving, ¿hay por ahí abajo otro camarote que no esté ocupado?

—El de popa —dijo Irving—. Ahí atrás —añadió a modo de explicación.

—Gracias. Y ahora, señorita Lola, ¿sería usted tan amable?

El señor Schultz alargó el brazo hacia la mujer sentada, como si estuviesen en un baile. Ella abrió la boca, levantó las rodillas dentro del vestido y se echó atrás, lo que hizo al señor Schultz quedarse contemplando un instante su mano como tratando de saber qué podía ver en ella tan repugnante. Todos la miramos también, Bo desde debajo del fruncido entrecejo mientras hacía ruidos ahogados y sus orejas y su cuello se volvían rojos con el esfuerzo por hacer saltar las cuerdas de Irving. El señor Schultz tenía los dedos rechonchos, con una protuberancia carnosa en la unión del pulgar y el índice. Sus uñas necesitaban los cuidados de la manicura. Colonias dispersas de pelo negro crecían detrás de cada nudillo. Tiró de la mujer hasta ponerla en pie, haciéndole lanzar un grito, y la sostuvo por la muñeca mientras se volvía hacia Bo.

—Sabe, *missy* —dijo, aunque no estaba mirándola—, puesto que Bo no va a facilitarnos las cosas tendremos que hacerlo por él. Así no le importará cuando llegue la hora. Lo preferiré.

Empujando a la chica frente a sí, el señor Schultz bajó a cubierta. Oí a la chica resbalar en las escaleras y gritar, y al señor Schultz diciéndole que se callase, y después un quejido tenue y largo, el golpe de una puerta y a continuación tan solo el viento y el chapoteo del agua.

No sabía qué hacer. Seguía sentado, inclinado hacia adelante, agarrado al banco y sintiendo retumbar el motor en mis huesos. Irving carraspeó y trepó por la escalerilla hasta la caseta del timón. Me quedé solo con Bo Weinberg, que tenía la cabeza colgando sobre el pecho, presa de su tormento íntimo, y no quería estar a solas con él, de modo que ocupé el lugar de Irving al final de la escalera y empecé a subir por ella, peldaño a peldaño, pero de espaldas, apoyando los talones, y después me paré a medio camino y me engarabité allí, porque Irving había empezado a hablar con el piloto. Estaba oscuro allá arriba cuando atisbé, aunque quizá brillase la luz de una

brújula o de algún otro instrumento de a bordo, y podía figurármelos mirando por encima de la proa desde aquella altura mientras hablaban, contemplando el mar mientras el barco seguía navegando hacia su impenetrable destino.

—Sabes —decía Irving con su voz seca y rasposa—, yo empecé en el agua. Llevaba las lanchas de Big Bill.

—¿De veras?

—Sí. ¿Cuánto hará? ¿Diez años ya? Tenía buenas lanchas. Con motores Liberty; alcanzaban los treinta y cinco nudos cargadas.

—Sí, las conocí. Recuerdo la *Mary B.*, y también la *Bettina*.

—Sí, y la *King Fisher* y la *Galway*.

—Irving —dijo Bo Weinberg desde su balde.

—Salir aquí al Row —decía Irving—, cargar las cajas y estar de vuelta en Brooklyn o frente a Canal Street en un abrir y cerrar de ojos.

—Así es —asintió el piloto—. Teníamos los nombres y los números. Sabíamos qué lanchas eran las de Bill y a cuáles podíamos perseguir.

—¿Cómo? —dijo Irving, y la palabra pareció condicionada por una débil sonrisa que me imaginé allá arriba, en la oscuridad.

—Claro —dijo el piloto—. Yo llevaba entonces un guardacostas, el *C. G. dos-ocho-dos*.

—No me digas.

—Te vi pasar alguna vez. Bueno, qué diablos; incluso un teniente con varios años de servicio ganaba solo ciento y pico al mes.

—¡Irving! —gritó Bo—. ¡Por el amor de Dios!

—Se ocupaba de todo —siguió Irving—. Eso es lo que me gustaba de Bill. No dejaba nada al azar. Después del primer año, ni siquiera teníamos que llevar dinero en metálico. Todo a crédito, como los caballeros. ¿Sí, Bo? —le oí decir en lo alto de la escalera.

—Acaba conmigo, Irving. Te lo suplico, vuélame la cabeza.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—Es un loco, un maníaco. Me está torturando.

—Lo siento —dijo Irving con su voz suave.

—Mick le hizo algo peor. Y yo lo maté por encargo suyo. ¿Cómo crees que lo hice, colgándolo de los pulgares? ¿Crees que lo estuve contemplando? Me lo cargué, *bang*, y se acabó. Lo hice de un modo compasivo, piadoso.

La palabra se le rompió en un sollozo.

—Puedo darte algo de beber, Bo —dijo Irving—. ¿Quieres un trago?

Pero Bo sollozaba y no pareció oírlo, y al cabo de un momento Irving se había ido de la escotilla.

El piloto había puesto la radio, e hizo girar el botón entre interferencias hasta que se oyeron voces. La mantuvo baja; parecía música. Hablaban. Otros contestaban. Comunicaban su posición. No estaban en nuestro barco.

—Era un trabajo limpio —le estaba diciendo Irving al piloto—. Un buen trabajo. El tiempo nunca me molestó. Me gustaba todo. Me encantaba desembarcar exactamente donde y cuando tenía pensado.

—Claro —dijo el piloto.

—Yo me crié en City Island. Nací junto a un astillero. Si no hubiese espabilado a tiempo hubiera ingresado en la Marina.

Bo Weinberg estaba gimiendo la palabra *mamá*. Una y otra vez, *mamá, mamá*.

—Me sentía feliz al acabar una noche de trabajo —prosiguió Irving—. Guardábamos las lanchas allí, en el garaje para barcos de una calle... la Ciento Treinta y Dos.

—Sí —dijo el piloto.

—Remontabas el East River justo antes de amanecer, con la ciudad dormida. Primero veías el sol en las gaviotas, que se volvían blancas. Después lo alto de la Hell Gate empezaba a dorarse.

Eran los juegos malabares los que me habían llevado a donde estaba. Andábamos siempre rondando por el almacén de Park Avenue, y no me refiero a la Park Avenue de la riqueza y la leyenda, sino a la del Bronx, una calle fantasmal y sin carácter, llena de garajes, talleres de maquinaria de una sola planta, canterías y, de vez en cuando, una casa de madera cubierta con una capa asfáltica que se suponía parecía ladrillo, un bulevar de adoquines desiguales en el que la parte que iba al centro estaba separada de la que iba a las afueras por una ancha zanja por cuyo fondo, nueve metros por debajo del nivel de la calle, pasaban raudos los trenes de la New York Central armando un escándalo al que estábamos tan acostumbrados —y a veces un viento que zarandeaba la cerca de postes metálicos que corría a lo largo del borde— que deteníamos nuestra conversación para continuarla cuando cesaba el ruido, y mientras andábamos por allí para echar una ojeada a los camiones de cerveza, y los otros chicos jugaban a las chapas contra la pared, o al *skelly* en la acera con tapones de botella, o fumaban los cigarrillos que compraban, tres por un centavo, en la confitería de la avenida Washington, o, en general, perdían el tiempo especulando sobre lo que harían si alguna vez el señor Schultz se fijaba en ellos, cómo harían las pruebas para ingresar en la banda y con qué placer sembrarían de arrugados billetes de cien dólares la mesa de la cocina de su madre, que les habían echado la bronca a diario, y de sus padres, que les habían calentado el culo, yo hacía juegos malabares. Los hacía con todo, pelotas, piedras, naranjas, botellas verdes de Coca-Cola vacías e incluso los panecillos calientes que robábamos de las cestas que iban en los carros de la panadería Pechter, y como lo hacía a todas horas, nadie me molestaba por ello; solo de vez en cuando, y solo porque era algo que nadie más podía hacer, trataban de cortarme el ritmo dándome un empujón o cogían una de las naranjas en el aire y echaban a correr con ella, porque suponían que lo mío era una especie de tic nervioso, algo que me hacía diferente pero que, después de todo, no era culpa mía. Y cuando no eran juegos malabares eran juegos de manos, tratando de hacer aparecer y desaparecer monedas en sus sucias orejas, o haciendo trucos de cartas a base de barajar en falso o esconder ases en la manga, de modo que me llamaban Mandrake, por el mago de las historietas del *New York American* de Hearst, un tipo de bigote, frac y chistera por el que no sentía el menor interés, como no lo sentía por la magia, la magia no era lo importante, no se trataba de eso, lo importante para mí era la habilidad, lo mismo que andar como un alambriero por la cerca mientras los trenes desataban su vendaval debajo de mí, o hacer el pino, dar volteretas o cualquier otra cosa que se me ocurriera y que exigiese agilidad. Podía doblar mis articulaciones más que nadie, correr como el viento, tenía vista de águila y podía oír el silencio y oler al

encargado por la escuela de cazar a los que hacían novillos antes de que diera la vuelta a la esquina, y lo que tenían que haberme llamado era Fantomas, como el otro protagonista de las historietas del *New York American* de Hearst, que llevaba una máscara-capucha de una sola pieza y un traje rojo elástico, de caucho, y tenía por compañero a un lobo; pero la mayoría eran unos idiotas y ni siquiera se les ocurrió llamarme Fantomas cuando desaparecí en el dominio, yo, el único entre todos que había pensado de verdad en ello.

El almacén de Park Avenue era uno de los varios que mantenía la banda de Schultz para almacenar la cerveza que traían en camiones de Union City New Jersey y otros lugares del oeste. Cuando llegaba un camión, ni siquiera tenía que tocar la bocina, pues las puertas del almacén se abrían para recibirlo como si estuvieran dotadas de inteligencia. Los camiones eran de la Gran Guerra y conservaban el color caqui del ejército, con el capó en bisel, ruedas traseras dobles y una tracción a cadena que sonaba a huesos desenterrados. La plataforma tenía por los lados estacas a las que iban sujetos listones de fabricación casera, y lo cubrían todo lonas embreadas fuertemente sujetas que garantizaban la carga con una discreción inusual e incluso elegante, como si nadie sospechase de qué se trataba. Pero cuando un camión aparecía por la esquina la calle entera apestaba a cerveza; olían como los elefantes del zoo del Bronx.

Y los hombres que se apeaban de la cabina no eran camioneros corrientes, con gorras de paño y chaquetones, sino tipos de abrigo y sombrero que encendían sus cigarrillos formando copa con las manos mientras el personal del interior metía marcha atrás los camiones en las oscuras profundidades de las que tratábamos desesperadamente de ver algo, y que me hacían pensar en oficiales que volvían de patrullar por la tierra de nadie. Era aquella sensación de aprovisionamiento de un poder fuera de la ley, aquella autosuficiencia militar, lo que resultaba tan emocionante para los muchachos. Rondábamos por allí como un rebaño de sucias palomas mensajeras, entre arrullos, cloqueos y revoloteos, desde el mismo momento en que oíamos el rechinar de las cadenas y veíamos el morro tan chungo del Mack asomar por la esquina.

Por supuesto, aquel era solo uno de los depósitos clandestinos de cerveza del señor Schultz, y no sabíamos cuántos tenía, aunque sí que eran muchos, y la verdad era que ninguno de nosotros lo había visto nunca, aunque no perdiésemos la esperanza, y entretanto constituía un honor saber que nuestro barrio era lo bastante bueno para albergar uno de sus locales, nos enorgullecía disfrutar de su confianza, y en nuestros raros momentos sentimentales, cuando no estábamos tomándonos el pelo unos a otros por nuestras pretensiones, pensábamos que formábamos parte de algo noble y ocupábamos una posición superior con respecto a los chicos de barrios vulgares, que no podían jactarse de tener un almacén de cerveza ni la rica cultura que traía consigo en forma de hombres de mirada amenazadora y que necesitaban un afeitado, y un cuartel de policía cuyo honor no parecía residir nunca en ayudar al

barrio a respirar un poco.

Particular interés tuvo para mí que el señor Schultz mantuviese aquel negocio con todos sus arreos de la época de la prohibición, incluso después de haberse abolido la Ley Seca. Pensé que eso quería decir que la cerveza era, como el oro, peligrosa de manejar por naturaleza, por muy legal en que se hubiera convertido, o que la gente compraría otra mejor que la suya si no seguía asustándolos, lo que quería decir, qué emocionante, que en la mente del señor Schultz su empresa era un reino independiente, con leyes propias, no las de la sociedad, y que le tenía sin cuidado que fuese legal o ilegal; él seguiría haciendo las cosas como creía que había que hacerlas, y ay del que se interpusiera en su camino.

De modo que ya veis en cuerpo y alma lo que éramos en aquel momento de la historia del Bronx, y nunca hubierais sabido por aquellos chicos flacos y sucios, de narices con costras y dientes verdosos, que hubiera cosas tales como escuela, libros y toda una civilización de adultos que iba palideciendo hasta entrar en la irrealidad bajo la brillante luz de la Depresión. Y mucho menos por mí. Después, un día de julio, recuerdo que era especialmente húmedo y tan caliente que las yerbas que crecían a lo largo de la cerca del tren apuntaban hacia el suelo y olas de calor visibles se alzaban de los adoquines, los chicos estaban sentados en una fila indolente a lo largo de la pared del almacén y yo de pie al otro lado de la estrecha calle, entre yerbajos y piedras, observando los camiones mientras hacía una demostración de mi último éxito, los malabares con una serie de objetos de peso desigual, maniobra galilea en la que intervenían dos pelotas de goma, una naranja navel, un huevo y una piedra negra, y en la que el arte consiste en conseguir no obstante una continuidad, manteniendo el apogeo a base de una especie de ritmo de lanzamientos compensatorios, y se trata de un truco de tan consumada disciplina que cuanto mejor lo haces más fácil y menos importante les parece a los no iniciados, de modo que yo sabía que era no solo el malabarista, sino el único que apreciaba lo que el malabarista estaba haciendo, y al cabo de un rato me olvidé de aquellos mequetrefes y me quedé mirando al cielo gris y sofocante mientras el surtido de objetos se alzaba y caía dentro de mi línea de visión como un sistema planetario girando en sus órbitas. Estaba también haciendo malabares con mi propio yo, en una especie de hazaña espiritual a juego, ejecutante y ejecutado, y así, en trance, no prestaba atención al resto del mundo, por ejemplo al cupé LaSalle que apareció por la esquina de la calle 177 y Park Avenue, se pegó al bordillo frente a una boca de incendios y allí se detuvo con el motor en marcha, ni al Buick Roadmaster con tres hombres que llegó a continuación, pasó frente a las puertas del almacén y paró en la esquina de la calle 178, ni finalmente del gran Packard que asomó por la esquina y fue a parar directamente enfrente del almacén, de modo que, de haber estado mirando, me hubiesen tapado la visión de los chicos que ahora iban levantándose poco a poco y sacudiéndose la trasera de los pantalones, mientras salía un hombre de la portezuela de la derecha y, desde el exterior, abría la puerta trasera izquierda, de la que surgió con un traje cruzado de lino blanco un tanto

arrugado, la chaqueta mal abotonada, la corbata floja y en la mano un gran pañuelo con el que se enjugaba la cara el que había sido un chico conocido en el barrio por Arthur Flegenheimer, el hombre a quien el mundo conocía como Dutch Schultz.

Por supuesto, miento al decir que no vi lo que pasó porque lo vi todo, al estar dotado de una extraordinaria visión periférica; pero hice como que no sabía que él estaba allí, de codos en el techo del coche y observando con una sonrisa a un chico que hacía juegos malabares con la boca entreabierta y los ojos alzados al cielo como un angelito adorando a su Señor. Después hice algo brillante: miré fuera de mi órbita, al otro lado de la calle, y permití que mi cara reflejase un vulgar asombro humano, un «oh, Dios mío, es él, allí de pie en carne y hueso y mirándome», y al mismo tiempo continué el movimiento como de pistón de mis brazos, mientras, uno a uno, mis planetas en miniatura, mis dos bolas, la naranja navel, el huevo y la piedra, tras describir una órbita de despedida, salían al espacio e iban cayendo a intervalos equidistantes por encima de la cerca hasta desaparecer abajo, en la zanja para las vías del ferrocarril de la New York Central que tenía a mi espalda. Y allí estaba yo con las palmas hacia arriba y vacías y la mirada inmóvil llena de un asombro teatral, que a decir verdad era una buena parte lo que sentía, mientras el gran hombre reía, aplaudía y miraba al secuaz que tenía al lado para animarle a compartir su admiración, lo que ocurrió debidamente, y después el señor Schultz me hizo señas con el dedo y yo me apresuré a cruzar la calle, y di la vuelta al coche, y allí, en una sala de audiencia privada compuesta por mi pandilla, que no me quitaba ojo, a un lado, la puerta abierta del Packard a otro y las oscuras profundidades del almacén a un tercero, me enfrenté con mi rey y vi cómo su mano sacaba del bolsillo un fajo de billetes nuevos tan grueso como medio pan de centeno. Separó uno de diez y lo puso de golpe en mi mano. Y, mientras contemplaba a un tranquilo Alexander Hamilton encerrado en su óvalo dieciochesco, oí por vez primera el resonante chirrido de la voz de Schultz, pero pensando con asombro por un instante que quien hablaba era el señor Hamilton, como en una historieta que cobra vida, hasta que mis sentidos se serenaron y me di cuenta de que estaba oyendo al gran gánster de mis sueños. «Es un chico dispuesto», dijo, a modo de conclusión, a su socio o a mí, o a sí mismo, o tal vez a los tres, y después la mano del carnosos asesino descendió como un cetro y sostuvo suavemente un momento mi mejilla, mi mandíbula y mi cuello en sus calientes rodetes, y después se elevó, y en seguida la espalda de Dutch Schultz desapareció en las oscuras profundidades del almacén de cerveza y las grandes puertas se acercaron chirriando y se cerraron con un fuerte golpe tras él.

Lo que después ocurrió me mostró de pronto las consecuencias de un destino revolucionario: fui rodeado inmediatamente por los otros chicos, que no quitaban ojo, lo mismo que yo, al billete de diez dólares nuevo que había en mi mano. Me di cuenta de que disponía como mucho de medio minuto antes de convertirme en sacrificio tribal. Alguien haría un comentario, alguien más me hundiría el canto de la mano en el hombro, estallarían la rabia y el resentimiento y surgirían mil razones colectivas



para compartir el tesoro y darme una lección, probablemente basándose en que yo era un pelotillero lameculos a quien iban a romperle la cabeza por creerse mejor que los demás.

—Mirad esto —dije, enseñando el billete, pero en realidad extendiendo los brazos para mantener el círculo, porque antes de que sobrevenga el ataque se produce una especie de apiñamiento, una intrusión en los naturales derechos territoriales del cuerpo; y tomando el crujiente billete en mis dedos lo doblé una vez a lo largo, y luego otra, y después apretadamente dos más hasta dejarlo del tamaño de un sello de correos; luego hice un pase de manos una sobre otra, chasqué los dedos y el billete de diez dólares había desaparecido.

¡Ah, vosotros, miserables patanes, cómo es posible que haya necesitado nunca unir mi yo huérfano a vuestra miserable compañía; vosotros, ladrones de calderilla, buscones predadores de vuestros propios hermanos y hermanas pequeños; cómo pudisteis, bobos, aspirar a una vida de crimen, con vuestros ojos muertos y estúpidos, vuestra mandíbula caída y la curva simiesca de vuestra espalda; malditos seáis, yo os consigno habitaciones de alquiler y niños que lloran, esposas holgazanas y una lenta muerte de increíble sometimiento, os condeno a pequeños delitos y magras recompensas y a tener como vista un bloque de celdas hasta el fin de vuestros días!

—¡Mirad! —grité, señalando hacia arriba, y todos siguieron con la vista mi mano esperando verme hacer aparecer el billete en el aire como había hecho tantas veces con sus monedas, sus chapas y sus patas de conejo; y en ese instante de credulidad, mientras miraban fijamente a la nada, me escabullí por entre el círculo y eché a correr con todas mis fuerzas.

Una vez lanzado a la carrera nadie podía alcanzarme, aunque lo intentaron. Atajé por la 177 hasta la avenida Washington y después torcí a la derecha y corrí hacia el sur, con algunos detrás y otros persiguiéndome en paralelo por la otra acera o abriéndose en abanico por las bocacalles para anticiparse a mi posible cambio de rumbo; pero yo seguía, estaba realmente saliendo de allí, y uno a uno fueron renunciando, jadeantes; tomé otra dirección para estar más seguro, hasta que al fin me vi solo. Estaba en el valle del elevado de la Tercera Avenida. Me detuve a la entrada de una casa de empeños, desaté mi zapato de lona, alisé el billete y lo metí en él tan adelante como pude. Después lo até y seguí corriendo. Corría por la alegría de hacerlo, parpadeando como una película en las alternancias de sol y sombra bajo las vías del tren elevado, y sintiendo cada cálida franja de sol, su veloz deslumbramiento en mis ojos, como si fuese la mano del señor Schultz.

Después, durante días, fui mi yo menos característico, tranquilo y solícito con la autoridad. En realidad fui a la escuela. Una noche, cuando trataba de hacer mis deberes, mamá levantó la vista de su mesa llena de vasos de cristal que no contenían agua sino fuego, al ser esta la condición del duelo, que los elementos de la vida se

transforman y sirves un vaso de agua y, ¡hale hop!, es una vela ardiendo, y dijo: «Billy —mi nombre—, Billy, algo va mal, ¿qué has hecho?». Era un momento interesante y me pregunté si iba a durar, pero fue solo eso, un instante, y en seguida las velas reclamaron su atención y volvió a su mesa esmaltada llena de luces, en la cocina. Miraba fijamente las velas como si estuviese leyéndolas, como si cada llama danzante formase una momentánea misiva de su religión. Día y noche, verano e invierno, leía las luces, de las que tenía una mesa llena. A los demás les bastaba con una sola vez al año, pero ella tenía todo el recuerdo que le hacía falta, necesitaba claridad.

Me senté fuera, en la salida de incendios, a esperar por la brisa nocturna y continué con mis insólitos pensamientos. No pretendía nada haciendo malabarismos frente al almacén de cerveza. Mis deseos no eran más concretos que los de cualquier otro, era todo cuestión de barrio, si hubiese vivido cerca del estadio de los Yanquis hubiera sabido dónde entraban los jugadores por aquella puerta lateral, y si viviera en Riverdale quizá hubiera pasado por allí el alcalde saludando desde su coche de la policía camino de casa después del trabajo; era la cultura de donde uno vivía, y para cualquiera de nosotros nunca fue más que eso, y a menudo incluso menos, como, por ejemplo, si una noche de sábado, años antes de nacer nosotros, hubiese venido Gene Autry al teatro Fox de la avenida Tremont para cantar con su banda del Oeste entre las proyecciones de su película; era lo nuestro y lo teníamos, y no importaba lo que fuese mientras fuera nuestro, de modo que eso satisfacía tu idea de la fama, que era un simple estar registrado en el mundo, ser conocido, o que vieses lo mismo que habían visto los grandes y los menos grandes, saber que sabían que existía tu calle. En eso consistía todo, o así lo creía yo, y no pude haber estado planeando hacer sin parar juegos malabares todos los días de mi vida ociosa hasta que llegase el señor Schultz; simplemente, había ocurrido así. Pero ahora que había pasado lo veía como un destino. El mundo funcionaba por azar, pero cada azar tenía un cierto contenido profético. Sentado con el trasero en el alféizar y los pies sobre los peldaños herrumbrosos y los tiestos secos, desdoblé mi billete de diez dólares, lo volví a doblar y lo hice desaparecer de nuevo, pero siempre volvía a aparecer para que lo desdoblase.

Al otro lado de la calle estaba el hogar infantil Max y Dora Diamond, que todo el mundo conocía por «el orfanato». Era un edificio de ladrillo rojo con un borde de granito en las ventanas y a lo largo de la terraza; tenía una gran escalinata doble en curva, más ancha por abajo que por arriba, y cuyas dos mitades se unían en la puerta de entrada, un piso por encima del nivel del sótano. Bandas de chiquillos llenaban ambos tramos de escalera sentados o subiendo y bajando sin parar, haciendo una algarabía como de pájaros mientras se movían en un constante cambio de relaciones, algunos incluso sobre las barandillas, lo mismo que pájaros, pájaros de ciudad, gorriones o estorninos. Se arracimaban en los escalones de piedra o se colgaban de las barandas como si el edificio fuese los mismísimos Max y Dora que habían salido

con sus hijos a tomar el aire. Yo no entendía dónde podían meterlos a todos. La construcción era demasiado pequeña para escuela y no lo bastante alta para casa de pisos, y su trazado daba por supuesto que disponía de terreno que la mantuviese apartada, algo que nadie conseguía en el Bronx ni aun siendo la benéfica familia Diamond; pero tenía una especie de oculto volumen y ruinosa majestad muy peculiares, y me había proporcionado la mayoría de los amigos de mi niñez, así como varias experiencias sexuales muy formativas. Ahora vi como llegaba calle adelante uno de los huérfanos incorregibles, mi viejo compinche Arnold Garbage. Iba empujando su cochecito de niño, lleno de los misteriosos tesoros del día. Garbage trabajaba muchas horas. Le vi dejar caer pesadamente el coche por los escalones del sótano, bajo la gran escalinata curva, ignorando a la gente menuda. Abrió su puerta hacia la oscuridad y desapareció.

Cuando yo era más joven pasaba mucho tiempo en el orfanato, tanto que llegué a moverme por sus dependencias como uno de ellos, viviendo como ellos vivían, con el patrimonio de heridas a flor de piel del huérfano. Nunca me asomaba a las ventanas de mi casa. Era muy curioso que hubiese llegado a sentirme uno de ellos, porque en esa época tenía todavía una madre que entraba y salía como las otras, y disfrutaba de algo parecido a una completa vida de familia, con el casero aporreando la puerta y con llantos hasta el amanecer.

Ahora, al mirar tras de mí, a la cocina, la vi iluminada con las velas del recuerdo de mi madre, esa única habitación reluciendo como un teatro de ópera en medio de la oscuridad que iba adueñándose del piso y de la calle, y me pregunté si mi gran suerte no tendría una historia más larga de lo que pensaba por la cercanía de aquel hogar de huérfanos, con sus misteriosos poderes, como si una especie de lenta lava de desastre hubiese avanzado cruzando la calle y ascendiendo año tras año hasta dar a mi casa la forma de otra buena obra de Max y Dora Diamond.

Por supuesto, yo había dejado ya hacía mucho tiempo de jugar allí, cuando empecé a corretear al pie de la colina, al otro lado de la avenida Webster, donde campaban pandillas de chicos más de mi edad, porque había llegado a considerar el orfanato como un sitio para niños, lo que efectivamente era, pero seguía en contacto con un par de chicas de las incorregibles, y me gustaba todavía visitar a Arnold Garbage. No sé cuál era su nombre verdadero, pero ¿qué importaba? Todos los días recorría el Bronx, levantaba las tapas de los cubos de basura y encontraba cosas. Rebuscaba en las calles, en los callejones y en las entradas, bajo las escaleras, y en los solares vacíos y los patios traseros, y detrás de las tiendas y en los sótanos. No era un trabajo sencillo, porque en aquellos tiempos la basura era un bien y había competencia por ella. Patrullaban los traperos con sus carros de dos ruedas, y los vendedores ambulantes con sus fardos, y organilleros, vagabundos y borrachos, pero también personas que no estaban concretamente buscando desechos hasta que los veían. Garbage era un genio; encontraba cosas que otros traperos descartaban. Veía valor en cosas que ni el más pobre y desesperado vagabundo callejero tocaría. Tenía

una especie de facilidad innata para la localización, los diversos días del mes lo llevaban a barrios diferentes, y creo que su simple presencia en una calle bastaba para hacer que la gente empezase a tirar cosas escaleras abajo y por las ventanas. Sus años de recogida habían acostumbrado a todo el mundo a respetarlo, nunca iba a la escuela, jamás hacía sus tareas, vivía como si estuviese solo y todo ello funcionaba magníficamente para aquel chico gordo, inteligente y casi mudo que había encontrado una manera de vivir con un fin tan misterioso, resuelto e insensato que parecía natural y lógico, hasta el punto de que le hacía preguntarse a uno por qué no vivía también de aquel modo. Amar lo roto, lo desgarrado, lo que se cae a pedazos, lo que no funciona. Amar lo retorcido, rajado y falto de piezas. Amar lo que huele y lo que nadie más arrancararía de la suciedad para identificarlo. Amar lo de forma indecisa y fin indescifrable y que nadie sabe para qué sirve. Amarlo y serle fiel. Terminé mis insólitos pensamientos con una decisión: dejé a mi madre con sus velas, salté columpiándome la barandilla de la salida de incendios y bajé por la escalera que pasaba ante las ventanas abiertas de la gente en ropa interior de verano para balancearme un momento colgado del último peldaño antes de dejarme caer en la acera, a la que llegué ya corriendo. Sorteando el tráfico y deslizándome después bajo los grandes escalones de granito del hogar infantil Max y Dora Diamond, bajé hasta el sótano, donde tenía su oficina Arnold Garbage. Allí el olor era a ceniza, en todas las estaciones del año había un cálido ambiente de ceniza y aire seco con polvo de carbón en suspensión y esencias de patatas o cebollas podridas que yo prefería sin la menor duda al fuerte olor que habían ido dejando arriba, en pasillos y galerías, generaciones de niños meones. Y allí estaba Garbage, atareado añadiendo sus nuevas adquisiciones al gran inventario de su vida. Le dije que necesitaba una pistola. No tenía la menor duda de que podría proporcionármela.

Como el señor Schultz me dijo más tarde en momentos de evocación, la primera vez resulta emocionante, sientes ese peso en tu mano y piensas en tu mente calculadora «ojalá crean que soy capaz de sacar este chisme», es todavía tu antigua personalidad, eres un novato con mentalidad de novato, confías en ellos para que te ayuden, para que te enseñen a hacerlo, y así es como empieza la cosa, así de mal, y tal vez dependiendo de tus ojos y de tu mano temblorosa, y así se plantea el momento, como un premio a disposición de cualquiera de vosotros, colgando allí como un ramo de novia. Porque la pistola no significa nada hasta que es realmente tuya. Y entonces ¿qué ocurre? Que entiendes que si no te haces con ella eres hombre muerto, has creado la ocasión, pero esa ocasión tiene una rabia libre, a disposición de cualquiera, y eso es lo que metes en ti, una especie de rabia de que te hayan hecho eso los que están mirando a tu pistola, de que hayan cometido el crimen intolerable de ser a los que estás apuntando con esa pistola. Y en ese momento ya no eres un novato, has encontrado la rabia que en realidad ha estado siempre dentro de ti, y te

has transformado, no estás haciendo teatro, estás más furioso que nunca en tu vida, y ese gran vagido de furia crece en tu pecho y llena tu garganta, y en ese momento ya has dejado de ser un novato, y la pistola es tuya y tienes la rabia en ti, donde debe estar, y los tipos saben que son hombres muertos si no te dan lo que quieres, quiero decir que en ese momento estás tan frenético que ni siquiera te conoces a ti mismo, y cómo vas a conocerte si eres otro hombre, un Dutch Schultz con toda la barba. Después ya todo funciona como es debido, resulta todo sorprendentemente fácil, y eso es lo emocionante, como cuando acaba de nacer un mamoncete y sale al aire y se toma un momento antes de gritar su nombre y respirar el buen aire fresco de la vida en la tierra.

Por supuesto, en ese momento no comprendí todo esto con detalle, pero el peso que sentía en mi mano me dio una idea del tipo en que podía convertirme; solo el sostener aquella cosa te investía de una nueva condición adulta, para la que yo no tenía planes inmediatos, pensé que tal vez el señor Schultz podría utilizarme y quería estar preparado con lo que imaginaba que él buscaba, pero no obstante fue una especie de investidura, no tenía balas y estaba necesitando una limpieza y un buen engrasado, pero podía sostenerla con el brazo estirado y sacar el cargador y volver a meterlo en la culata con un golpe de lo más agradable, y pude asegurarme de que el número de serie estaba limado, lo que significaba que era un arma del gremio, cosa que Garbage confirmó al decirme dónde la había encontrado, en una zona pantanosa junto a la bahía de Pelham, al norte del Bronx, con la marea baja, metiendo su nariz chata y respingona en el lodo como una navaja de jugar al pincho.

Y el nombre era lo más emocionante de todo, era un Automatic, una herramienta muy moderna, pesada pero compacta, y Garbage me dijo que creía que funcionaría si yo conseguía encontrar una bala para ella, ya que él no tenía, y tranquilamente, sin regatear, aceptó el precio de tres dólares que le sugerí, y puso mi billete de diez en las honduras de uno de sus cubos amontonados, donde tenía escondida la caja de cigarros Corona con todo su dinero, y me trajo de vuelta siete billetes de un dólar, muy arrugados de circular por el barrio, y así quedó cerrado el trato.

Yo estaba de un humor maravillosamente generoso y expansivo esa noche, con el peso de mi secreta ambición en el bolsillo derecho de mis bombachos, donde había descubierto, confirmando lo acertado de mi intuición, que el agujero que allí había permitía que la pistola pudiera ser transportada discretamente, el corto cañón a lo largo del muslo, el resto en el bolsillo, todo limpio y acomodado como hecho a la medida. Volví a mi casa y di a mi madre cinco de los billetes, que era casi la mitad de su salario mensual en la lavandería al vapor de la avenida Webster.

—¿De dónde has sacado esto? —dijo, arrugando los billetes en el puño y sonriéndome con aquella vaga sonrisa suya, antes de volver a su último capítulo en la mesa de las luces. Después, con mi pistola bien guardada, volví a la calle, donde los adultos habían tomado posesión de las aceras cambiando de sitio con los niños, que ahora estaban en las casas, pues en la vida hormigueante del vecindario había un

cierto orden, ciertos principios de responsabilidad en madres y padres, y ahora se jugaba a las cartas en las escalinatas, el humo de cigarro ascendía en la noche estival, las mujeres en bata estaban sentadas como muchachos, con sus rodillas señalando hacia arriba desde los escalones de piedra, y las parejas entraban y salían de la luz de las farolas. Me sentí muy conmovido ante el triste idilio de toda aquella pobreza. Por supuesto, cuando miré arriba el cielo estaba claro y un trozo de firmamento inexplicable asomaba por entre las siluetas de las terrazas. Tanta poesía me hizo acordarme de mi amiga Rebecca.

Era una chiquita vivaz, de pelo negro, ojos oscuros y una delicada y fina pelusa oscura sobre el pronunciado labio superior. Los huérfanos estaban ahora dentro, brillaban las luces en las ventanas traslúcidas con dibujos en rombo, y yo desde fuera oía el jaleo, más fuerte en el lado de los chicos, y después un toque de campana, y fui por el callejón hasta el pequeño patio trasero y esperé allí, en un rincón de la ruidosa cancha para los juegos de pelota, con la espalda contra la alambrada, y en cosa de una hora la mayor parte de las luces del piso alto se habían apagado, y salí, me puse debajo de la escalera de incendios, di un salto, agarré el último peldaño y me encaramé a la escalera, y así, mano tras mano y un pie tras otro, ascendí por la negra escala de mi amor y ya en lo alto me balanceé, salté sin red a un alféizar y entré por la ventana abierta del pasillo del piso alto, donde dormían las mayores, las de once a catorce años, y allí, en su cama, encontré a mi amiguita, cuyos ojos oscuros, abiertos cuando los miré, no demostraban la menor sorpresa al verme. Tampoco sus compañeras de cuarto encontraron la cosa lo bastante notable para hacer comentarios. La conduje por el pasillo que formaban sus ojos hasta la puerta que llevaba, subiendo medio tramo de escalera, a la terraza, una especie de parque para juegos con las rayas para el *skelly* y el *shuffleboard* reluciendo oscuramente en la noche de verano, y en el rincón que formaban la pared de la azotea y la caseta de la puerta de la escalera me paré y besé a Rebecca ardientemente, metí la mano por el cuello del camisón para rozarle los pezones con el dorso de los dedos, rodeé con mis manos el duro culito que ofrecía sus contornos a mi tacto bajo la blanca tela de algodón y después, antes de ponerme demasiado fuera de mí, cuando sabía que la posición de ella era más fuerte, negocié el precio justo y aparté de mi ya esmirriado fajo un billete de un dólar, que ella cogió y arrugó en el puño mientras primero se agachaba y después se sentaba en el suelo, sin la menor ceremonia, y aguardaba, mientras yo, primero sobre una pierna y después sobre la otra, me quitaba los zapatos de lona y el resto hasta la cintura, con cierta torpeza trémula indigna de un mago, lo que no era sino un reflejo de lo extraño que resultaba que mientras hombres como el señor Schultz y yo doblábamos con cuidado nuestro dinero, fuese el fajo delgado o grueso, las mujeres como mi madre y la pequeña Rebecca hacían con el suyo una bola y la sujetaban, olvidándose de soltarla, lo mismo si estaban sentadas absorbidas por su duelo iluminado por las velas con un chal por la cabeza, que si estaban tumbadas en el suelo para que las jodieran dos veces por un dólar.

Cuando llegó el barco había dos coches esperando bajo la lluvia, con los motores en marcha. Me hubiese gustado recibir instrucciones, pero el señor Schultz metió a la chica que no se llamaba Lola en la parte de atrás del primer coche, se sentó a su lado y cerró de golpe, y yo, sin saber qué hacer, seguí a Irving al segundo coche y subí tras él. Tuve la suerte de que hubiese un traspontín, porque me encontré sentado de espaldas a la marcha dando frente a tres miembros de la banda sentados hombro con hombro a causa de su corpulencia, Irving ahora con abrigo y sombrero como los demás, todos mirando fijamente al frente, sin perder de vista a través del parabrisas, por encima de los hombros del conductor y del hombre sentado junto a él, al coche que iba delante. No era una buena sensación viajar emparedado entre aquel ejército. Lo que realmente quería era estar donde el señor Schultz pudiese verme, o fuera y solo, tal vez en el tren elevado de la Tercera Avenida, solo en un vagón y leyendo los anuncios al parpadeo de las bombillas mientras aquello iba embalado por encima de las calles hasta los confines del Bronx. El señor Schultz hacía cosas impulsivas e imprudentes, y me molestaba ser yo una de ellas. Había sido aceptado de mejor gana por los jefes de la organización que por la gente de a pie. Me gustaba pensar en mí como en una especie de miembro asociado de la banda, y si eso era cierto era yo el único, quizá porque el puesto hubiera sido creado especialmente para mí, lo que debería haber dicho algo a aquellos estúpidos, aunque no era así. Me preguntaba si tendría algo que ver con la edad. El señor Schultz tenía treinta y tantos años y el señor Berman era incluso más viejo; pero, a excepción de Irving, la mayoría estaban en la veintena, y para alguien con un buen empleo y perspectivas de ascenso con solo, por ejemplo, veintiún años, un tipo de quince era un niño cuya presencia cuando se trataba de negocios resultaba impropia, para decirlo suavemente, y si no imprudente, sí desde luego una afrenta a la dignidad de todos. Uno de los matones del club Embassy era Jimmy Joio, que procedía de la avenida Weeks, justo a la vuelta de mi calle, y cuyo hermano menor iba a quinto grado conmigo, aunque en realidad estaba cursándolo por tercer año consecutivo cuando llegué; pero el par de veces que me había encontrado con Jimmy me había mirado como si no me viese, aunque tenía que saber quién era. Todos aquellos pistoleros podían hacerme sentir en cualquier momento una especie de loco descarado, ni siquiera un chaval, sino un enano, un pequeño bufón deforme sin más agilidad que la necesaria para apartarse del camino de los perrazos del rey. Lo que le gustaba al señor Schultz, vivía bajo su protección, pero yo sabía que necesitaba mejorar mi reputación con todos ellos, aunque de cuándo o cómo sería eso posible no tenía la menor idea. Ir sentado en un traspontín tratando de que mis rodillas no chocasen con las de ellos no eran precisamente las

circunstancias que buscaba. Nadie decía nada, pero yo sabía por el puro sentido común de tales cosas que era testigo de otro de los asesinatos del señor Schultz, el más íntimo y desde luego el más cuidadosamente planeado, y lo mismo si eso aumentaba mi crédito como socio digno de confianza que si me exponía a serios peligros —pensaba mientras iba de espaldas por la Primera Avenida a las dos de la madrugada—, aquello no me gustaba, podía haberme pasado muy bien sin ello y era un idiota por haberme expuesto de aquel modo. Si había estado presente había sido por un capricho del señor Schultz. ¡Dios mío! Me sentía con las piernas débiles y mareado, como si estuviese todavía en el barco. Pensé en Bo, que quizá continuaba todavía descendiendo con los ojos abiertos y los brazos en alto. En la medida en que podía pensar racionalmente, quería saber lo que iba a ocurrirle a aquella señorita Lola, pues también ella lo había presenciado, y a los asesinos no les gustan los testigos externos, lo que hacía que me interesase muy especialmente su posición en aquello, y necesitaba información. Por otra parte, no debía dejarme ganar por el pánico. Seguía viva, ¿no?

No me gustaba mi estado de ánimo, y miré por la ventanilla para contagiarme de la estructura de la ciudad, de la solidez de los oscuros edificios y los colores de las luces del tráfico reflejadas en el negro reluciente de la calle. La ciudad siempre me había dado seguridad cuantas veces se lo había pedido. Recordé mis intenciones imperiales. Si no podía confiar en mis propios impulsos para dirigirme, no tenía la clase del señor Schultz. Él actuaba sin pensarlo demasiado, y así debía hacer yo. Éramos seres directos, y en la medida en que confiaba en mí mismo debería confiar en él. Me hallaba en una situación escalofriante de peligro tridimensional, peligro de mí mismo, de mi mentor y del peligro en que él estaba, que era una vida profesional de riesgos mortales; y aparte de todo eso estaban los polis. Cuatro dimensiones. Abrí una ventanilla y aspiré el fresco aire de la noche, tan relajante.

Los coches se dirigían a las afueras. Recorrimos la Cuarta Avenida, y después el túnel, que nos llevó hasta la rampa que describía una curva en torno a la terminal de la gran Estación Central, y luego entramos en Park Avenue, la auténtica, y pasamos frente a las nuevas torres del Waldorf Astoria, con su famoso Peacock Alley y su no menos famoso hostelero, el incontrolable Oscar, como sabía por mi lectura del *Mirror* y, una fuente de información inestimable; después torcimos a la izquierda, por la calle Cincuenta y Nueve, y fuimos dando tumbos detrás de un tranvía cuya campana sonaba en mis oídos como el gong de un combate de boxeo, y por último nos detuvimos en la esquina del Central Park, a la sombra del general Tecumseh Sherman a caballo avanzando allá arriba entre la lluvia, que caía también de la fuente de taza en pisos que había al otro lado de la plaza al estanque que tendría que hacer vadear al caballo si quería llegar hasta la mujer con un cesto de fruta que coronaba el conjunto, suponiendo que fuese fruta lo que quería. Nunca me habían gustado los monumentos públicos, son algo fantasmal y extraño en Nueva York, que no vienen en absoluto a cuento, cuando no son simplemente mentiras estúpidas, y con todo lo que pueda



decirse del Bronx, allí no encontraréis generales a caballo, ni damas con cestos de fruta, ni soldados de a pie sobre estéticas colinas de camaradas moribundos levantando los brazos y alzando los fusiles al cielo. Para mi asombro, se abrió la portezuela y allí estaba el señor Schultz.

—Muy bien, chaval —dijo, y metió el brazo, me agarró por el mío y de repente me encontré allí, en la Grand Army Plaza, aguantando la lluvia y pensando, en aquel mundo de agua, que todo había acabado para el gran Fantomas, malabarista y mago de los *rackets*, me encontrarían de bruces en el barro, bajo un arbusto de Central Park, y si la profundidad a que lo entierran a uno es una medida del éxito, yo valía lo que valiese para el hocico de perro que me sacase de dos dedos de agua y limpiara a lametones el barro de mis ojos muertos. Pero lo que el señor Schultz dijo llevándome rápidamente al primer coche fue—: Acompaña a la dama a su apartamento. No debe hacer llamadas telefónicas bajo ninguna circunstancia, aunque no creo que lo intente. Va a recoger algunas cosas; debes esperar con ella hasta que yo vuelva. No será mucho tiempo. Quédate con ella, y alguien te llamará por el teléfono interior para que la bajes. ¿Entendido?

Asentí con la cabeza. Fuimos hasta su coche, y aunque le chorreaba el agua del ala del sombrero, solo ahora alargó el brazo hacia el asiento posterior, cogió un paraguas negro y después de abrirlo se inclinó hacia la muchacha, la sacó del coche y me entregó chica y paraguas; fue un momento encantador, los tres bajo un único paraguas, y ella mirándolo con una sonrisa leve y críptica mientras él le acariciaba suavemente la mejilla y le sonreía también; después subió al coche, y estaba todavía cerrando la puerta cuando arrancaron con un chirrido de cubiertas, el otro coche pegado a él.

Estábamos en medio de un enorme aguacero. Se me ocurrió que no tenía la menor idea de dónde estaba el apartamento de la señorita Lola. Por alguna razón supuse que debía encargarme de todo, que ella no tomaría la menor iniciativa y esperaría simplemente a ser llevada. Pero me cogió del brazo con ambas manos y, pegada a mí bajo el gran paraguas negro, que sonaba como un tambor, me llevó medio andando medio corriendo a cruzar la Quinta Avenida, tan reluciente con la lluvia que despedía la que caía al suelo. Parecía dirigirse al hotel Savoy-Plaza. Por supuesto, de las puertas giratorias salió un portero con su propio paraguas y se precipitó hacia nosotros, inútilmente, salvo por la solicitud que demostraba, y momentos después penetrábamos a toda prisa en el vestíbulo alfombrado y brillantemente iluminado, aunque íntimo, donde un tipo con faldones y pantalón a rayas nos cogió el nuestro. En el bello rostro de la señorita Lola había un rubor de excitación, y se echó a reír contemplando el desastre de su traje mojado, se pasó la mano con un gesto encantador por el pelo húmedo, sacudió las muñecas en la alfombra y recibió los saludos del empleado de recepción como algo debido —buenas noches, señorita Drew, buenas noches, Charles—, así como el cortés saludo del policía que estaba allí de pie con sus amigos del personal del hotel, como solía hacer, buscando la calidez

del acogedor vestíbulo, en noches inclementes como aquella, mientras yo, sin atreverme a mirarlo, esperaba con la garganta seca qué explicación iba a dar ella de mi presencia, la de un golfillo a los ojos de cualquier poli, y trataba de no mirar hacia la puerta giratoria, que de todos modos no era una buena salida, lo que me hizo decidirme por la escalera curva que había más allá de los ascensores, que aunque llevaba arriba podía conducirme a alguna bajada. Rezaba porque el señor Schultz supiera lo que estaba haciendo, y por la comprensión, si no la habilidad, de la señorita Lola, la señorita Drew o quienquiera que fuese y por lo que quiera que hubiese pasado durante esa noche de la muerte de un hombre al que quería presumiblemente lo bastante para andar yéndose a cenar y a la cama con él. Pero no dio la menor explicación mientras cogía su llave, como si todas las noches del año entrase así, con muchachos extraños vestidos con viejas chaquetas de ante de imitación, pantalones de brega del ejército o la marina y cortes de pelo con copete al estilo del Bronx; me tomó del brazo y entró conmigo en el ascensor como si yo fuese el compañero habitual de sus noches, tras de lo cual las puertas se cerraron y el tipo nos llevó arriba sin tener que preguntar el piso, y mi pensamiento se abrió simultáneamente a la verdad de que las explicaciones se le piden a todo el mundo menos a la gente que está en la cima, y a la terrible sombra de una revelación, la de que para la tal señorita Drew, que ahora me miraba con sus crueles ojos verdes, aquello solo había sido un emocionante paseo en un remolcador.

Diré la clase de hotel que era aquel. Cuando se abrió la puerta del ascensor nos encontramos ya en el apartamento. El suelo estaba descubierto y barnizado a conciencia, y había una especie de alfombra o tapiz colgado en la pared opuesta, con filas de caballeros con armadura y lanza sobre caballos encabritados, todos alzados sobre sus patas traseras en el mismo ángulo que los demás, como las Rockettes, y la razón de que no hubiese mobiliario en el cuarto era que se trataba del vestíbulo de entrada, aunque uno podía meterse en cualquiera de las dos urnas altas como mi cintura que había en los rincones y verse así en medio de un círculo de filósofos griegos envueltos en sábanas, o en sudarios, dado mi estado de ánimo. Pero preferí seguir a la nueva señorita Drew, que abrió de par en par las dobles puertas altas hasta el techo que había a la izquierda y cruzó un corto vestíbulo adornado con cuadros al óleo, parduscos, en los que se veían finas grietas. Torciendo a la izquierda había una puerta abierta desde la cual, cuando pasamos, una voz de hombre dijo:

—¿Drew?

—Tengo que hacer pis, Harvey —dijo ella en un tono de lo más natural, y siguió hasta doblar una esquina, tras de lo cual oí abrirse y cerrarse otra puerta. Me quedé plantado en aquella entrada contemplando una habitación que era una biblioteca privada con estanterías acristaladas, una alta escalera inclinada que rodaba sobre raíles, un inmenso globo terráqueo en su armazón de madera encerada y la luz de dos

lámparas de mesa metálicas con pantallas verdes situadas a ambos extremos de un mullido sofá, en el que estaban sentados muy juntos dos hombres, uno de ellos algo más viejo que el otro. Lo que me pareció notable es que el mayor tuviese la polla tiesa del otro en su mano.

Me temo que me quedé mirándolos.

—¡Creí que ibas a estar fuera toda la noche! —dijo el más viejo, mirándome pero escuchando hacia otro sitio.

Soltó lo que agarraba, se levantó del sofá y enderezó su corbata de lazo. Era un hombre alto y apuesto, el tal Harvey, muy bien vestido con un traje de *tweed*, en el bolsillo de cuya chaqueta metió la mano como si algo le doliese bajo la tela, aunque cuando vino hacia mí no parecía dolerle nada, y de hecho su aspecto era de lo más saludable y el de un hombre que sabía cuidar de sí mismo. No solo eso sino que imponía respeto, pues sin pensarlo me aparté de su camino. Al pasar por mi lado me dijo: «¿Estás bien?», en voz alta al oído, y noté las huellas del peine en su pelo donde iba hacia atrás desde las sienes, el tal Harvey.

Vivir en un planeta sin explicaciones hacía las cosas mucho más fáciles. El aire estaba un tanto enrarecido, algo más que el que yo acostumbraba respirar; claro que allí no parecía haber ninguna necesidad de hacer esfuerzos. El tipo que estaba en el sofá cogió con el pulgar y el índice uno de los paños que protegían el respaldo y se lo echó por encima. Después levantó la vista y se rio de un modo que sugería que éramos cómplices, y me di cuenta de que pertenecía a la clase trabajadora, como yo. No lo había comprendido a primera vista. Parecía llevar los ojos maquillados, y desde luego eran oscuros y atrevidos; lucía un pelo negro liso y sin raya, y por los hombros, amplios y huesudos, sujeto por las mangas atadas, un jersey colegial con un dibujo en marrón claro y gris.

El responsable de toda aquella misteriosa experiencia era el señor Schultz, de modo que pensé que haría bien en atender a su asunto. Crucé el vestíbulo, doblé unas cuantas esquinas y encontré a Harvey en un gran dormitorio acolchado en gris y blanco, mayor que tres alcobas del Bronx juntas, donde una puerta con espejo abierta daba a un cuarto de baño, una especie de campo de blancos azulejos, donde estaba Drew con el agua de la bañera corriendo, lo que a Harvey le hacía hablar a voces por encima del ruido, sentado en una esquina de una enorme cama doble con las piernas cruzadas y un cigarrillo en la mano.

—¿Cariño? —gritó—. Dime dónde has ido y qué has hecho. ¿No me habrás abandonado?

—No, mi amor. Pero ese ha salido de mi vida.

—¡Qué habrá hecho! Me refiero a que estabas tan colada por él —dijo Harvey, sonriendo de un modo desvaído y triste para sí mismo.

—Bueno, si quieres saberlo, murió.

Harvey enderezó la espalda y levantó la cabeza como preguntándose si habría oído bien, pero no dijo nada. Después se volvió y me vio sentado en el rincón más

lejano en una silla tapizada de gris, un muchacho tan fuera de lugar allí como en la biblioteca, pero ahora visible, ya un poco más enterado; enderecé también la espalda y le devolví no menos rudamente la mirada.

Se apresuró a levantarse, entró en el cuarto de baño y cerró la puerta. Cogí el teléfono que había en la mesilla de noche y escuché hasta que la telefonista del hotel dijo: «Sí, diga», y entonces colgué. Era un teléfono blanco, la primera vez que veía uno así. Incluso el cordón estaba forrado de tela blanca. La gran cama tenía un cabezal tapizado de blanco y grandes almohadas mullidas, media docena de ellas, con pequeños volantes de encaje, y todos los muebles eran grises y la gruesa alfombra también y las luces estaban ocultas e iluminaban, saliendo de una cornisa, las paredes y el techo. La habitación la utilizaban dos personas, porque había libros y revistas en ambas mesillas y dos enormes armarios con las puertas y las patas curvas blancas que por dentro eran roperos, el de él y el de ella, y dos tocadores a juego con las camisas de él y la ropa interior de ella; hasta entonces yo solo había sabido de la riqueza por lo que leía en la prensa amarilla y había pensado que podía imaginármela, pero la riqueza vista de cerca de aquella habitación era asombrosa, pensar lo que la gente necesitaba realmente cuando era rica, por ejemplo largos bastones con calzadores en la punta, y jerseys de todos los colores del arco iris, y docenas de pares de zapatos de todos los estilos y para todos los momentos, y juegos de peines y cepillos, y cajas labradas con montones de anillos y pulseras, y relojes de mesa de oro con péndulos que oscilaban a un lado y hacían una pausa antes de oscilar al otro.

Se abrió la puerta del cuarto de baño y salió Harvey llevando el vestido, la ropa interior, las medias y los zapatos de la señorita Drew, todo en un rebuño frente a él; lo dejó caer en una papelería y se frotó las manos como limpiándoselas; se veía que no era feliz. Fue al otro extremo de la habitación, abrió otra puerta, desapareció por ella y se encendió una luz; era un armario practicable y salió con una maleta que echó sobre la cama. Se sentó junto a ella, cruzó las piernas, después los brazos sobre la rodilla y esperó. Yo esperé también, retirado en mi asiento. Y al fin salió la dama del cuarto de baño, envuelta en una gran toalla sujeta bajo la clavícula y con otra enrollada a la cabeza como un turbante.

La discusión fue sobre su comportamiento. Él decía que se estaba haciendo extravagante y perjudicial, con aquel empeño en que aceptasen la invitación a cenar para la noche siguiente, eso sin hablar del fin de semana en las regatas. ¿Es que quería que se quedasen sin un solo amigo? Lo que decía no podía ser más razonable, yo andaba un poco perdido, porque la señorita Lola señorita Drew llevaba su parte de la conversación mientras se vestía. De pie junto al armario, dejó caer la gran toalla: sin duda era más alta y de talle más largo y quizá el culo un poco más suave y plano, pero allí estaba, en la espalda, la misma sarta de tiernos huesos adolescentes de mi pequeña y sucia Rebecca, y todas sus partes eran como las de Rebecca y la suma el cuerpo familiar de una mujer, no sé lo que yo había estado esperando, pero era un ser mortal con la carne sonrosada por el agua caliente, se puso el liguero y se sostuvo

sobre cada fina y blanca pierna mientras, suave pero eficazmente, levantaba la otra para recibir su media transparente, que estiraba y alisaba hacia arriba teniendo cuidado de mantener la costura derecha hasta que podía bajar el pie meneando los dedos, jugar la cadera y sujetar la media a los clips metálicos que colgaban del ligero, y después levantó un pie y lo introdujo en unos blancos pantaloncitos de raso, y después el otro, se los subió y abrochó la cintura, en un ejemplo de la eficiencia práctica de la raza de las mujeres vistiéndose, procedente de su ancestral convencimiento de que un taparrabos era su armadura en el mundo, que las libraría de guerras, disturbios, hambres, inundaciones, sequías y las llamas de la noche ártica. Mientras yo observaba, iba estando cada vez más cubierta; cayó una falda sobre sus caderas, subió la cremallera del costado, se puso unos zapatos de altos tacones y después, vestida solo de cintura para abajo y todavía con la toalla en la cabeza, empezó a hacer el equipaje, yendo de los cajones y el armario a la maleta y vuelta, tomando rápidas decisiones y actuando enérgicamente con arreglo a ellas, sin parar de decir que le importaba un pito lo que pensarán sus amigos, ella iba a ver a quien le diese la gana, y si él sabía eso a qué venía armar tanto jaleo, tanto quejarse estaba empezando a aburrirla, y después bajó la tapa de la maleta de cuero y accionó de golpe los dos cierres. Yo creía haber oído todo lo que había habido entre la señorita Lola y el señor Schultz en la bodega de aquel remolcador, pero era evidente que no había sido así; había entre ellos algún pacto que ella estaba decidida a respetar.

—Hablo de orden, de la necesidad de un cierto orden —decía el tal Harvey, aunque se veía que sin muchas esperanzas—. Vas a destruirnos a todos. Quiero decir que no se trata de un poco de escándalo. Eres un diablillo muy inteligente y muy malo, pero hay límites, cariño, de veras los hay. Vas a verte metida hasta el cuello y después ¿qué harás? ¿Esperar que vaya yo en tu auxilio?

—No me hagas reír...

Y se sentó desnuda hasta la cintura ante el espejo del tocador, se quitó la toalla de la cabeza, se pasó unas cuantas veces un peine por la corta melena, se puso color en los labios, buscó un cubrecorsé que estiró sobre su torso, y sobre eso una blusa que metió por la falda, y después una chaqueta, y un par de pulseras, y un collar, y se levantó y me miró por vez primera, convertida en una mujer nueva, la señorita Lola señorita Drew, con los ojos llenos de formidables intenciones, y ¿cuándo había visto yo a una mujer vestirse así, con solo crema y agua, para huir con el asesino de sus sueños?

De modo que aquí estamos, a las tres de la madrugada y saliendo de la ciudad por la carretera 22, hacia las montañas, donde no he estado nunca, yo delante junto a Mickey el chófer, y el señor Schultz y la dama detrás, con vasos de champán en la mano. Él le está contando la historia de su vida. Siempre cien metros más atrás va un coche con Irving, Lulu Rosenkrantz y el señor Abbadabba Berman. Ha sido una larga

noche en mi educación, pero va a haber más, estoy camino de las montañas, el señor Schultz me está enseñando el mundo, este hombre es como una suscripción al *National Geographic Magazine*, solo que las únicas tetas que he visto son blancas, he visto los contornos del fondo del mar y los de la blanca señorita Drew y ahora veo los de las negras montañas. Por primera vez comprendo el lugar que la ciudad ocupa en el mundo, debería haber sido algo obvio pero nunca me había dado cuenta, era la primera vez que salía de ella, nunca había tenido la necesaria perspectiva, es una estación en nuestro viaje anfibio, a la que salimos todavía cubiertos de limo, donde nos soleamos, nos alimentamos, marcamos nuestras huellas, hacemos nuestros bailes y dejamos nuestras espiras coprolíticas antes de trasladarnos a las negras montañas de fuertes vientos y ninguna lluvia. Y lo que oigo mientras empiezan a cerrárseme los ojos es el suave silbido del viento en la media ventanilla que he dejado con una rendija abierta mediante un giro de la manivela, no un silbido propiamente dicho, sino el casi silbido que hace una persona cuando está silbando para sí misma, y el resonante chirrido del señor Schultz contando cómo de chico robaba en las partidas de dados, y el rumor de las cubiertas sobre la carretera húmeda, todo ello en realidad protestas de mi cerebro mientras me rodeo con los brazos y dejo a mi barbilla caer hasta el pecho, oigo una última risa sin poder evitarlo, son las tres de la mañana, de la mañana más impresionante de mi vida, y ni siquiera me he dormido todavía.

Sabía por la columna de Walter Winchell que el señor Schultz andaba huido: el gobierno federal lo buscaba porque no había pagado impuestos sobre tanto dinero como había ganado. Un día, la policía había hecho una incursión con hachas en su cuartel general de la calle 149 Este y encontró allí pruebas acusatorias de su negocio de cerveza. Sin embargo, yo lo había visto con mis propios ojos y había sentido su mano en mi cara. Ya es bastante espectacular ver en carne y hueso a alguien a quien solo conoces por los periódicos, pero ver a alguien de quien los periódicos han dicho que anda huido resulta casi mágico. Si los periódicos decían que el señor Schultz había huido es que era cierto; pero a la mayoría de la gente eso le sugería alguien que corría de noche y se ocultaba durante el día, cuando realmente de lo que se trata es de ser invisible, si no corres ni te escondes y andas huido estás ahí todo el tiempo, simplemente controlando la capacidad de las personas para verte, y eso es una magia muy potente. Por supuesto que lo haces a base de dólares; enseñas un dólar y ya eres invisible. Pero aun así es un truco difícil y peligroso que puede no resultar siempre cuando lo necesitas. Pensé que no resultaría en Manhattan, porque era donde estaban los fiscales federales que planeaban juzgar al señor Schultz por evasión de impuestos. Funcionaría mucho mejor en el Bronx, por ejemplo en las cercanías de un almacén de cerveza clandestino. Y donde mejor podía funcionar, decidí, era en el mismísimo cuartel general de la banda, que ya había sido registrado y limpiado por la policía ante la insistencia de los fiscales federales.

Y así es como un día de verano el joven Billy vino a estar colgado de la trasera de un tranvía de la avenida Webster que iba en dirección sur, hacia la calle 149. No era fácil viajar de ese modo, los dedos no tenían más que un estrechísimo asidero sobre el alféizar exterior de la ventanilla trasera, que por supuesto era la delantera cuando el tranvía iba en la otra dirección, lo que quiere decir que era todo un ventanal y tenías que agacharte mientras ibas colgado para que no asomase tu cabeza, pues si el conductor te veía por el retrovisor podía hacer que el tranvía diese sacudidas, lanzarlo a una especie de tartamudeo eléctrico a base de frenos que te hacía caer, hubiese o no tráfico a tus espaldas, lo que verdaderamente era digno de un auténtico hijo de puta. No solo eso, sino que los pies tenían solo un estrechísimo parachoques donde apoyarse, de modo que en realidad te sujetabas más por adherencia de todo el cuerpo que por otra cosa. Por eso cuando el tranvía hacía una parada, lo mejor era dejarse caer hasta que volvía a ponerse en marcha, no solo porque eras realmente vulnerable agarrado a un tranvía parado porque podía caer por allí un poli y zurrarte en el culo con la porra, sino para recobrar fuerzas y poder seguir allí colgado hasta la siguiente parada. Uno no quería caerse mientras aquel maldito chisme iba a toda mecha, sobre

todo en Webster, que es una calle industrial de almacenes, garajes, tiendas de maquinaria y depósitos de madera que forman largas manzanas y hacen que el tranvía vaya a toda velocidad disfrutando con su carrera entre paradas lejanas, lo bastante de prisa para balancearse de un lado a otro sobre los raíles, saltando infernalmente sobre ellos y despidiendo chispas allá arriba, donde el trole toma la corriente del cable. Más de un chico ha muerto yendo en la trasera de un tranvía. A pesar de ello, era mi modo preferido de viajar, incluso cuando, como ahora, tenía un par de dólares en el bolsillo y podía permitirme pagar el níquel que costaba el viaje.

Me abracé a la gran máquina, llegué allí y salté, corriendo, cerca ya de mi parada. Pero no tenía la dirección del cuartel general de la calle 149 Este, de modo que durante un par de aburridas horas estuve subiendo y bajando cuevas, yendo por el oeste hasta el Concourse y después volviendo hacia el este sin saber nunca lo que andaba buscando en medio de aquel calor que parecía hervir a fuego lento, hasta que tuve la suerte de ver dos coches, un cupé LaSalle y un sedán Buick, aparcados juntos en el solar de una hamburguesería cerrada, la White Castle, no lejos de la unión con el Southern Boulevard. Por sí mismos, ninguno de los dos me hubiese llamado la atención, pero juntos me parecieron familiares. Cerca de la White Castle había un estrecho edificio de oficinas de cuatro plantas, color indiscernible y grandes ventanales incrustados de polvo. Cuando me acerqué, olía a orines y a madera podrida. Aunque hubiese habido algún indicador en la pared, no habría manera de leerlo. Estaba contento. Di media vuelta, crucé la calle, me senté en el bordillo, entre dos camiones aparcados, y esperé por si veía algo.

Y lo que vi fue muy interesante. Era hacia mediodía, creo, relucía el sol en los cables, los humos de los tubos de escape de los camiones ascendían blancos como flores, el calor rielaba en el asfalto y la superficie de la calle se hundía con el peso del tacón de mis zapatos de lona, que dejaba una marca en forma de cuarto creciente, de modo que un buen detective podría decir «ahí es donde estuvo sentado», precisamente aquí fue donde se hundió su tacón, y por la profundidad de la marca yo diría que era probablemente mediodía, y de vez en cuando llegaba alguien, generalmente un tipo en mangas de camisa, y se metía en la casa. Uno se apeaba del autobús en la esquina, otro de un coche que quedaba esperando junto al bordillo con el motor en marcha, otro llegaba en un taxi amarillo, pero todos con prisa, con urgencia, y con cara de ansiedad, blancos y negros, unos a grandes zancadas, otros corriendo, y llegó uno que cojeaba, pero la cosa era que todos traían bolsas de papel oscuro y al salir no llevaban nada.

Pensaréis que era fácil encontrar una bolsa de papel caída en la acera o en un callejón o en un cubo de basura, pero por alguna razón en la calle 149 no ocurría así, y para conseguir una tuve que localizar una tienda de comestibles, entrar y gastar dinero en algo. Después enrollé la boca de la bolsa cerrada como hacían ellos, la doblé un par de veces para que pareciese arrugada, respiré hondo y, aunque estaba a una manzana del sitio, solo para ponerme en ambiente eché a andar a buen paso como



todos aquellos tipos, con lo que rompí a sudar, empujé las puertas del edificio hasta verme en la especie de oscuro urinario que servía de vestíbulo y subí por unas escaleras de madera sobre las que se podía oír andar hasta a una cucaracha; sabía que estarían en lo más alto, era lo sensato, y cuanto más subía más claridad encontraba, y en el último piso había un tragaluz cubierto por una reja oxidada, y al extremo del descansillo una puerta de acero lisa con cierto número de curiosos tajos y abolladuras, y como le habían arrancado el pomo me limité a empujarla con el dedo; se abrió y entré.

No sé qué esperaba, pero lo que encontré fue un corto pasillo vacío con el suelo astillado y otra puerta, nueva y de acero sin pintar, esta vez con una pequeña mirilla y que no se abría al tocarla, de modo que llamé, retrocedí un paso para que el tipo pudiese ver mi bolsa y esperé. ¿Oirían mi corazón latiendo porque lo dejasen entrar con un ruido más fuerte que el de un mazo, que el de un hacha golpeando sobre acero, que el de una docena de polis subiendo a la carrera cuatro tramos de peldaños de madera?

Después la puerta sonó y se abrió cosa de tres dedos, de modo que, qué diablos, me encontré en una habitación amplia y agradable con varias mesas viejas y un hombre en cada una contando tiras de papel, o fajos de billetes, y todos se mojaban el pulgar al hacerlo, y sonaba un teléfono, y yo me acerqué a un mostrador que me llegaba al pecho mirando todo aquello con mi bolsa por delante y tratando de despreocuparme del tipo que había abierto la puerta y que estaba detrás de mí con su metro ochenta de estatura y respirando ruidosamente, era de esas personas que respiran roncando, y pude oler el ajo, y todavía no sabía su nombre, pero era Lulu Rosenkrantz, y tenía aquella cabezota de pelo negro despeinado y que necesitaba un corte, unos ojillos prácticamente ocultos por la maraña de las cejas, la nariz rota y las mejillas entre melocotón y azul, y picadas de viruela, y a cada vaharada de ajo que soltaba yo me imaginaba que era fuego lo que salía de su boca. No veía al señor Schultz por parte alguna, el tipo que se acercó al mostrador era un calvo con pulseras de goma para sujetarse las mangas de la camisa por encima del codo, y me miró con curiosidad durante un segundo, cogió la bolsa, le dio la vuelta y la vació. Recuerdo su cara cuando cayó sobre el mostrador una docena de paquetes de pastelillos Dugan envueltos en celofán, dos por paquete: de pronto palideció y en sus ojos hubo una mirada entre alarmada y estúpida con el esfuerzo por comprender, todo ello un segundo antes de que diese vuelta a la bolsa, la sacudiese para ver si salía algo más y después todavía la levantase y mirase dentro para ver dónde estaba el truco.

—¿Qué coño es esto? —gritó—. ¿Qué coño me traes?

Los demás dejaron de trabajar y fueron quedándose en silencio, y un par de ellos se levantaron y vinieron a ver. Lulu Rosenkrantz se me acercó más. Todos nos quedamos callados contemplando los pastelillos. Y no es que yo lo hubiera hecho adrede, no los hubiese comprado de haber encontrado una bolsa en la calle; hubiera inflado la bolsa, de modo que pareciese que contenía algo, y cuando les haces eso a

las bolsas de papel sabes que puedes hacer que estallen golpeándolas como quien toca los platillos, sujetas la boca con una mano y das un puñetazo en el fondo, y suponiendo que yo hubiera hecho eso, reventado la bolsa enfrente de aquel tipo —me refiero a que con un chaval medio salvaje nunca se sabe—, aquel hubiera sido mi final, una docena de tipos que se hubiesen lanzado sobre mí y Lulu Rosenkrantz me hubiera golpeado en la coronilla con el puño, y después, cuando ya estuviese en el suelo, me hubiera puesto el pie en la espalda para inmovilizarme y me habría ejecutado de un tiro en la base del cráneo, ahora lo sé, ni siquiera te atreves a hacer ruidos repentinos cuando estás con esa gente. Pero dado que tenía que comprar algo para conseguir la bolsa, había elegido los pastelillos de chocolate con glaseado de vainilla, que da la casualidad que me gustaban, quizá me figuré que podrían parecer paquetes de tiras de la lotería clandestina y montones de billetes sujetos con gomas, pero la verdad es que me había limitado a cogerlos de la estantería y echarlos sobre el mostrador, no pensé en ello, había pagado, venido por la calle, subido las escaleras y entrado con los pastelillos por una puerta de acero y bajo la mirada de uno de los pistoleros más mortíferos de Nueva York hasta el corazón del negocio lotero del señor Schultz. Y era algo infalible, como lo habían sido mis malabarismos cuando con tanto aplomo había convertido la naranja navel, la piedra, las pelotas de goma y el huevo en una especie de surtidor que por encima de la cerca que tenía a mi espalda fue a dar a las vías del New York Central. En esta ocasión, cuanto hacía estaba dando resultado, no podía equivocarme, era algo realmente misterioso para mí, había sabido sin saberlo que cualquiera que fuese mi vida en este mundo tendría algo que ver con el señor Schultz, pero ahora estaba empezando a sospechar, por débiles que fuesen los indicios, que yo podía tener poderes. Esa es la sensación que te entra, la de que tu vida está encantada, lo que entre otras cosas significa que se te ha ido de las manos.

En ese preciso momento, mientras aquellos cerebros peso pesado estaban en plena contemplación de la Idea del Pastelillo, salió el señor Schultz de un despacho del fondo precedido por el sonido de su voz y después por un hombre de traje gris a rayas, que retrocedía mientras trataba de meter unos papeles en su cartera.

—¡Valiente consejero! ¿Para qué te pago? —gritaba el señor Schultz—. Solo tienes que hacer el trato, es muy sencillo, ¿no?, un simple trato, vienes a darme la lata con todas esas estupideces legales, por qué no puedes limitarte a hacer lo que debes y dejar de joderme, me estoy muriendo aquí, podría ir yo mismo a la facultad de Derecho e ingresar en los colegios de abogados de todos los estados de la Unión mientras espero a que tú muevas el culo.

El señor Schultz estaba en mangas de camisa, con tirantes y sin corbata, y tenía en la mano un pañuelo arrugado con el que se enjugaba el cuello y las orejas mientras avanzaba sobre el abogado. Era la primera vez que lo veía claramente sin que me diese el sol en los ojos: pelo negro ya ralo peinado hacia atrás, frente amplia, párpados caídos de bordes rosáceos, la nariz enrojecida, como si estuviese acatarrado o padeciese alguna alergia, un tazón por mandíbula y una boca grande y

perturbadoramente ondulante para una voz de timbre muy parecido al de una trompa.

—Deja un momento los papeles y escúchame —dijo, y dio un salto adelante y de un manotazo echó a volar la cartera—. ¿Sabes lo que tengo aquí? Veinte pupitres. Ya ves a los hombres sentados a esos pupitres, hay diez. ¿Es que esos pupitres vacíos no te dicen nada? Me están acorralando, estúpido, cada semana que paso escondido pierdo apuestas, pierdo bancas, pierdo a mis hombres a manos de la gentuza de ese jodido *dago*. ¡Llevo en la cuneta dieciocho condenados meses, maldito Ivy League, y mientras tú te dedicas a tomar el té con el fiscal ellos están quitándome cuanto tengo!

El abogado se había puesto colorado pero también rojo de rabia por lo de la cartera, que ahora perseguía a la vez que los papeles, poniéndose en cuclillas para volver a meter todo dentro. Era una de esas personas de piel blanca que enrojece a la vez que su dignidad. Me fijé en sus zapatos, de un negro reluciente y con hileras de diminutos agujeros decorativos.

—Dutch —dijo—, parece que no te das cuenta de que en esta situación no eres tú quien tiene los triunfos en la mano. Acudí a nuestro amigo en el senado estatal y ya ves lo que hizo. He recurrido a tres de los mejores abogados de Washington, tengo a una eminencia trabajando en ello, un hombre muy importante y respetado que conoce a todo el mundo, e incluso él pone trabas. Es un asunto duro de pelar, son federales y no atienden a razones, y será una desgracia, pero lleva tiempo y vas a tener que aguantarte.

—¡Aguantarme! —gritó el señor Schultz—. ¿Aguantarme?

Pensé que si iba a matarlo sería ahora. Soltó una ristra de maldiciones que en sus labios fue casi una especie de letanía, retrocedió y avanzó vociferando, era mi primera experiencia de su temperamento y estaba horrorizado, miraba las venas hinchadas de su cuello y me preguntaba por qué el abogado no estaba acobardado, no sabía con qué comparar aquello, me parecía el último grado de vehemencia, no podía entender, como los otros, que no se trataba de rabia nueva, sino un tanto gastada por el uso, como en una discusión de familia, es decir, corriente, y por tanto con un cierto carácter ceremonial. De modo que me asombró ver al señor Schultz ir derecho al mostrador que estaba frente a mí, donde reparó en todos aquellos pastelillos, y en medio de su arenga cogió uno de los paquetes, lo rompió para abrirlo, quitó el papel oscuro y rizado en que los cuecen y volvió a la discusión mientras consumía un pastelillo de chocolate con glaseado de vainilla, pero sin darse mucha cuenta, como si el comer fuese una forma distraída de rabia, y ambas función de un apetito genérico y sin nombre. Y eso fue de sobra satisfactorio para el tipo que sostenía la bolsa de papel vacía, el enigma de la esfinge estaba resuelto, volvió a su trabajo y los demás se dieron media vuelta y regresaron a sus pupitres, y Lulu Rosenkrantz a su sitio junto a la puerta, donde se sentó, apoyó la silla contra la pared, sacó con un golpe un Old Gold de su paquete y lo encendió.

Yo seguía allí y todavía vivo, y por lo que los demás sabían era uno de ellos, al menos por unos instantes más. El señor Schultz ni siquiera había reparado en mí, pero

un par de ojos sagaces y regocijados lo habían visto y comprendido todo, incluido, supongo, lo descarado de mi ambición, y ahora su mirada directa y sin pestañeos me hizo reparar en el hombre sentado a una mesa junto a la ventana de la pared del fondo, que hablaba por teléfono mientras me miraba, sostenía una conversación íntima y tranquila a la que no parecían molestar en absoluto los gritos del señor Schultz. Al instante supe con certeza que era el gran Abbadabba Berman, el cerebro financiero del señor Schultz, quizá porque la lenta sonrisa que me dedicó en medio de todo aquel ruido y por encima de las cabezas de los demás mientras hablaba por teléfono mostraba la concentración repartida propia de una mente superior a cuanto la rodeaba. Se volvió levemente, levantó el brazo, dibujó una cifra en el aire y al momento uno de los que estaban en la parte derecha de la habitación se levantó y escribió el número 6 en una pizarra. Y de repente los hombres sentados en los pupitres empezaron al unísono a arrancar trozos de papel de sus montones de tacos de la lotería y tirarlos al suelo como si estuviera pasando una especie de abstracto desfile de Lindbergh. Según me dijo más tarde, el seis era el último dígito anterior al decimal de las apuestas totales de las primeras tres carreras del día según las máquinas de apuestas mutuas del Tropical Park de Miami Florida, y era la primera cifra del que sería el número ganador de ese día. La segunda saldría por el mismo procedimiento de las segundas dos carreras, y la última resultaría la mayoría de las veces de las dos últimas carreras del día, porque si ocurría que el número ganador lo habían jugado muchos, si por ejemplo figuraba en los folletos astrológicos que solían consultar los jugadores, el señor Berman lo incluía en una llamada de última hora a un socio que era empleado del hipódromo y hacía una apuesta, provocando así un cambio mínimo en los resultados de las máquinas de apuestas mutuas, lo que hacía que la última cifra del número ganador cambiase a otra a la que no hubiesen jugado tantos, protegiendo así las ganancias generales del señor Schultz ese día y salvando el honor de los *rackets*. Este tejemaneje había sido idea del señor Berman, y era ese tipo de cosas el que hacía que fuese conocido como Abbadabba. Yo le concedí inmediatamente todos los poderes que la fama le atribuía por el modo en que escribió en el aire un número y este pasó por entre todo aquel ruido y griterío para hacerse visible en una pizarra. Cuando terminó de hablar por teléfono y se levantó, no se notó mucho la diferencia de postura; llevaba un traje de verano cruzado amarillo y un sombrero de paja echado hacia atrás, y la chaqueta abierta le colgaba en un ángulo que me hizo pensar que tenía algo de joroba. Andaba balanceándose. La camisa era de una seda amarilla más oscura, y a ella iba sujeta con un alfiler de plata una corbata de seda azul. Me sorprendió que alguien tan poco agraciado físicamente quisiera vestir de manera tan llamativa. Llevaba los pantalones sujetos tan arriba por los tirantes que parecía no tener pecho. Cuando se acercó al mostrador apenas asomaba más de su lado que yo del mío. Sus ojos castaños estaban circundados por unas gafas con montura de acero. No me sentía amenazado por su mirada, que parecía proceder de una esfera de pura abstracción. Cada pupila castaña tenía un cerco azul lechoso. La nariz era afilada, con

motitas de pelo rizado asomando por cada ventana, y la barbilla puntiaguda, y tenía una boca maliciosa en forma de V en cuya comisura, cuando hablaba, se movía arriba y abajo una colilla. Descansó una mano con aspecto de garra sobre uno de los paquetes de pastelillos.

—Bueno, chico, ¿dónde está el café? —dijo guiñando los ojos para mirarme por entre el humo.

Un minuto más tarde yo corría escaleras abajo repitiendo para mis adentros cuántos solos, cuántos solos con azúcar, cuántos con leche y azúcar; corrí calle 149 abajo en dirección al restaurante Boulevard, corría más de prisa que los coches, y las bocinas de autobuses y camiones, el chirrido de los cambios de marcha, el clopclop y el traqueteo de los carros tirados por caballos, todo el tumulto del tráfico en las horas punta de un día laborable resonaba en mi pecho como una música coral. Di una voltereta y dos saltos mortales, no se me ocurrió en ese momento de qué otro modo alabar a Dios por proporcionarme mi primera misión para la banda de Dutch Schultz.

Por supuesto, y como de costumbre, me adelantaba a los acontecimientos. Durante varios días viví al borde de acabar con la paciencia de todos y consignado la mayor parte del tiempo a la misma piedra del bordillo de mi observación desde el otro lado de la calle, donde había empezado. El señor Schultz ni siquiera había reparado en mí, cuando finalmente lo hizo, mientras yo barría tiras de lotería del suelo, no recordó al malabarista, sino que preguntó a Abbadabba Berman quién diablos era yo y qué estaba haciendo allí.

—Es solo un crío —dijo el señor Berman—. Nuestro niño de la suerte.

Por alguna razón la respuesta satisfizo al señor Schultz.

—Podríamos utilizar algunos —murmuró, y desapareció en su despacho. De ese modo cabalgué en el tranvía de la avenida Webster cada mañana como quien va al trabajo, y si me daban algo que hacer, si traía café o barría el suelo, consideraba la jornada como un éxito. La mayor parte del tiempo el señor Schultz no estaba presente, era el señor Berman quien parecía encargarse de todo. Yo tenía tiempo sobrado para empezar a darme cuenta de que era él quien había tomado una decisión. El señor Schultz solo había hecho un juicio, pero Abbadabba Berman me había contratado. Y después, el día en que decidí explicarme los detalles del juego, surgió en mi ánimo la idea del aprendizaje, y encontré en mí una dignidad, sentado allí en el bordillo, como un joven operario, que me tranquilizó y me infundió paciencia.

Cuando no estaba el señor Schultz la vida era pesada, los corredores llegaban por la mañana con sus bolsas de papel y a mediodía lo habían entregado ya todo, la primera carrera del día empezaba a la una de la tarde y los números subían a la pizarra aproximadamente cada hora y media, la mágica construcción numérica se completaba hacia las cinco, y hacia las seis la oficina estaba cerrada y todo el mundo se había ido a casa. Cuando el delito funcionaba debidamente, resultaba muy aburrido, tan lucrativo como aburrido. El señor Berman solía ser el último en marcharse y llevaba una cartera de cuero que yo suponía contenía los ingresos del día, y en el momento en que salía a toda prisa del edificio se detenía un sedán en el

que se iba, casi siempre después de verme al otro lado de la calle y dedicarme un saludo con la cabeza por la ventanilla, y yo no consideraba que mi día había terminado hasta que lo había hecho; trataba de aprender algo de cada pequeño signo y cada clave infinitesimal, y aquella cara en el pequeño triángulo de la ventanilla de atrás, a veces oscurecida todavía más por una nube de humo de cigarrillo, eran mis instrucciones crípticas para la noche. El señor Berman era como el otro rostro del señor Schultz, los dos polos de mi mundo, y la furia de poder del uno era la calmada administración de la lotería por el otro; no podían ser más diferentes como hombres, por ejemplo, el señor Berman nunca levantaba la voz, sino que hablaba por la comisura de la boca que no tenía ocupada con su perpetuo cigarrillo, y el humo le velaba la voz y la enronquecía, de modo que salía fragmentada, como una línea de puntos. Descubrí que tenía que escuchar atentamente para oír lo que decía, porque no solo no gritaba, sino que no repetía nunca. Tenía aquel aura de su leve deformidad, de su leve joroba y el andar con las rodillas tiesas, que sugería una fragilidad, una grisura física que disimulaba con su elegante y conjuntado estilo de vestir, mientras que el señor Schultz era todo salud bruta, y se movía en medio de un caos de humores y sentimientos excesivos que nada parecido a la vestimenta podía realmente paliar o subrayar.

Un día encontré en el suelo, cerca de la mesa del señor Berman, unos papeles que parecían diferentes, y cuando estuve seguro de que nadie miraba los recogí y me los eché al bolsillo. Por la noche, ya en casa, los examiné; eran tres trozos de papel, todos ellos con el dibujo de un cuadrado dividido en dieciséis casillas, en cada una de las cuales había un número diferente, y estuve un rato contemplándolos y empecé a ver algo: los números daban la misma suma, cualquiera que fuese la línea que se sumara, horizontal, vertical o diagonal. Y cada cuadrado era totalmente diferente, había discurrido series de números siempre diferentes y que funcionaban de ese modo. Al día siguiente, cuando tuve la oportunidad, lo observé y vi que lo que yo había supuesto su trabajo era en realidad una especie de ocio garabateado estaba allí sentado todo el día en su mesa haciendo cálculos; yo había supuesto que tenían que ver con el negocio, pero en realidad el negocio no le exigía tanto, estaba tirado, los números que le interesaban eran del género enigmático. El señor Schultz nunca estaba ocioso que yo supiese, no tenía esa cualidad de poder pensar en algo que no fuesen los negocios, pero vi que Abbadabba Berman vivía y soñaba números, no podía evitarlo, estaba tan preso de sus números y lo que podían hacer por él como el señor Schultz de sus ambiciones.

Ni una sola vez en aquella primera semana de mi andar por allí el señor Berman me preguntó mi nombre, dónde vivía, cuántos años tenía, o algo parecido. Yo estaba preparado para mentir, pero no hubo ocasión. Cuando me hablaba me llamaba «chico». Una tarde dijo:

—Eh, chico, ¿cuántos meses tiene el año?

Yo respondí que doce.

—Muy bien; no me digas qué día naciste, pero toma el número de ese mes y añádele el del mes siguiente, ¿entendido?

Lo había entendido, todo emocionado de que hablase conmigo.

—*Okay*, ahora multiplica esa suma por cinco, ¿entendido?

Pensé un momento y dije que ya lo tenía.

—*Okay*, ahora multiplica por diez y al resultado añádele el número del día en que naciste, ¿entendido?

Muy bien, sí, ya estaba.

—Ahora dime el número que te ha salido. Lo hice: novecientos cincuenta y nueve.

—*Okay* —dijo—; gracias por decírmelo. Naciste el nueve de septiembre.

Por supuesto, había acertado y sonreí reconociéndolo. Pero él siguió.

—Voy a decirte cuánto dinero tienes en el bolsillo. Si acierto, para mí, ¿*okay*? Si me equivoco, igualaré esa cantidad y tendrás el doble que antes. ¿*Okay*? Vuélvete y cuéntalo, pero no dejes que yo lo vea.

Le dije que no necesitaba contarle, que sabía cuánto tenía.

—*Okay*, dobla la cantidad de memoria, ¿entendido?

Claro: tenía veintisiete centavos y la doblé, cincuenta y cuatro.

—*Okay*, añade tres, ¿entendido?

Cincuenta y siete.

—*Okay*, ahora multiplícalo por cinco, ¿entendido?

Doscientos ochenta y cinco.

—*Okay*, réstale seis, ¿entendido? Ahora dime el resultado.

Se lo dije: doscientos sesenta y nueve.

—*Okay*, acabas de perder veintisiete centavos. ¿He acertado?

Había acertado.

Sacudí la cabeza admirado y sonreí, aunque me había escocido y mi sonrisa debió de ser de lo más falso. Le di mis veintisiete centavos. Tal vez tenía una leve esperanza de que me los devolviese, pero se los embolsó, volvió a su mesa y me dejó con mi escoba. Entonces pensé que, con su mentalidad, si necesitaba saber mi fecha de nacimiento, o el dinero que tenía, sería aquel el método que emplearía. Pero ¿y si quería mi dirección, o el número de mi escuela pública? Todo podía ser traducido a números, incluso los nombres, si se asignaba un número a cada letra, como en las claves. Lo que yo creía ociosidad era un modo de entenderse, y eso me hizo sentirme incómodo. Los dos sabían cómo conseguir lo que querían. Incluso un extraño que no sabía nada de él, ni su nombre ni su fama, se daría cuenta al momento de que el señor Schultz estaba dispuesto a dejar inválido o matar a quien se interpusiera en su camino. Pero Abbadabba Berman lo calculaba todo, traducía las apuestas a cifras, no podía andar bien pero era rápido como el rayo, de modo que acontecimientos y resultados, los deseos y los medios para satisfacerlos, eran traducidos en su mente a valores numéricos, lo que quería decir que nunca hacía nada a menos que supiese



cómo iba a resultar. Me preguntaba cuál de los dos representaba un peligro mayor para un simple muchacho que solo trataba de prosperar y ser algo. Había en ambos una implacable voluntad adulta.

—Y mira a ver si puedes hacer solo uno de esos cuadrados numéricos; no es tan difícil una vez que hayas visto de qué se trata —me dijo el señor Berman soltando una tosecilla seca por entre el humo del cigarrillo.

Un par de semanas después hubo una especie de emergencia. El señor Berman estaba despachando con gente en la oficina y por teléfono, y debió de quedarse falto de personal, porque me hizo una seña y escribió algo en un trozo de papel, una dirección de la calle 125, y también un nombre, George. En seguida comprendí que aquello era una suerte para mí. No hice preguntas, ni siquiera sobre cómo ir allí, aunque nunca había estado en Harlem. Decidí coger un taxi y dejar que el conductor encontrase el camino. Había reunido cuatro dólares de mis propinas por barrer y hacer recados y pensé que una carrera de taxi sería una buena inversión, porque además me permitiría demostrar lo rápido y digno de confianza que era. Pero nunca había hecho señas a un taxi, y me quedé bastante sorprendido cuando se paró uno. Dije la dirección como si hubiera estado viajando en taxi toda mi vida, subí y cerré de golpe la puerta; sabía la actitud que se debía adoptar en los taxis por las películas, no daba la menor muestra de la emoción que sentía, pero apenas había recorrido una manzana, sentado en el centro del asiento posterior aunque tenía todo el sitio del mundo en el cuarteado cuero rojo, cuando decidí que aquel no era mi modo preferido de viajar. Fuimos por el Grand Concourse y atravesamos el puente de la calle 138. La dirección que me habían dado era una confitería cercana a la esquina de la calle 125 y la avenida Lenox. Dije al taxista que esperase, como la gente en las películas, pero replicó que solo esperaría si le pagaba lo que ya marcaba el taxímetro, y así lo hice. Cuando entré en la tienda vi en seguida a George de pie detrás del mostrador con un ojo hinchado y un arañazo rojo en la cara; sostenía debajo del ojo un trozo de hielo que al fundirse le salía por entre los dedos como si fuesen lágrimas; era un negro de tez clara con el pelo entrecano y un cuidado bigote gris, y estaba agitado y pálido; otros dos o tres hombres que parecían no tanto clientes como amigos estaban sentados al mostrador, eran también negros y llevaban sus gorros de trabajo de lana, aunque estábamos en pleno verano, y no se alegraron de verme. Permanecí tranquilo y traté de actuar como un auténtico representante de negocios. Miré por la ventana a los transeúntes negros que me miraban al pasar, y entonces me di cuenta de que la luna estaba partida diagonalmente y había trozos de cristal sobre el gastado suelo de linóleo, junto a los periódicos, y el taxi parado fuera no parecía encajar en el ambiente, nada encajaba, nada iba con el resto, aquella oscura y pequeña confitería se había desprendido del señor Schultz como un trozo de continente que se interna en el mar; George buscó en uno de los recipientes de helado que había debajo de la barra,

sacó una bolsa de papel moreno con la boca enrollada como acostumbraban entregarlas y la echó sobre el mostrador de mármol belga.

—No puedo hacer nada, ahora trabajo para ellos —dijo levantando la tarta de helado hasta su cara—. Le dices eso, ¿entendido? Ya ves lo que pasa si trato de cumplir. Díselo. Por mí se pueden ir todos al infierno, dile eso también. Todos los blancos juntos.

Y me volví al Bronx, con la bolsa de papel sujeta con las dos manos, y ni siquiera miré dentro, sabía que había cientos de dólares pero no quería mirar, era de sobra feliz con tener aquel puesto oficial de corredor, me preguntaba qué le habría ocurrido al hombre de George, pero en realidad no me importaba mucho, me sentía demasiado bien porque todo hubiera salido sin problemas, y sin estar asustado, y que aquel George no pusiera en cuestión mis credenciales ni hiciese el menor comentario personal sobre mí, tan furioso como estaba, sino que simplemente me tratase como a uno más de los hombres del señor Schultz, un profesional, alguien cuya cara no demostraba la menor emoción en presencia del dolor o la desgracia, sino que había venido por el dinero y se iba con él, punto, y que ahora pasaba por el puente sobre el río Harlem con el corazón latiéndole lleno de feliz gratitud por la belleza y la emoción de su existencia, mientras el río corría lleno de basura industrial y los sopletes de soldar de los talleres de maquinaria de la orilla eran como fuegos de artificio en la mañana de julio.

Por supuesto, a pesar de lo feliz que era porque empezaba a caerles bien, las cosas iban mal en esa época para la banda de Dutch Schultz, y no se arreglaron hasta que Dixie Davis, que así se llamaba el abogado al que el señor Schultz gritaba todo el tiempo, pudo trazar un plan para la entrega del señor Schultz a la oficina del fiscal del distrito. Si no conocías el carácter arcano de tales asuntos no tenía sentido que el señor Schultz estuviese esperando a entregarse para ser acusado, pero lo cierto era que paseaba arriba y abajo sin pensar más que en eso, y en una ocasión trató incluso de arrancarse el pelo por la rabia que le producía su frustración al no poder hacerlo todavía, porque lo cierto era que hasta que no se viese en libertad bajo fianza no estaría libre para poder atender a sus asuntos. Pero no podía entregarse sin contar con ciertas garantías legales que le diesen mejores oportunidades en un juicio, por ejemplo que el juicio se celebrase fuera de Nueva York, donde a causa de cierta infortunada publicidad relacionada con sus actividades los componentes del jurado tenderían a verlo a una luz poco favorable. Este era el punto crucial de las interminables negociaciones entre los abogados y la oficina del fiscal, quería algunas garantías antes de entregarse, y hasta que no las obtuviese no podría dejarse detener y por tanto verse libre. Me dijo que los asuntos ilegales necesitan como cualquier otro la constante atención del dueño para que marchen, porque nadie se preocupa por las cosas tanto como el amo y es responsabilidad suya que las ganancias sigan afluyendo, mantener a su gente en constante alerta y sobre todo hacer que el negocio siga creciendo, porque, según me explicó, hoy en día una empresa no puede mantenerse tan solo repitiendo lo que hizo ayer; si no crece se seca, es como algo vivo, y cuando deja de crecer empieza a morir, eso sin hablar del carácter especial de su empresa, no solo muy compleja en materia de oferta y demanda, sino llena de sutiles detalles ejecutivos y habilidades diplomáticas. Solo la paga exigía un departamento especial, las personas en las que te veías obligado a confiar eran vampiros, necesitaban el dinero como ellos la sangre, y si no estabas allí para dárselo se debilitaban, se dormían, se desvanecían en la niebla, tenías que tener una presencia pública en la empresa o se te iría de las manos y cualquier cosa que levantasess te podría ser arrebatada; de hecho, cuanto mejor eras, cuantas más cosas conseguías, más seguro podías estar de que esos cerdos tratarían de quitártelo, y no se refería solo a la ley sino a la competencia, este era un campo altamente competitivo que no atraía precisamente a *gentlemen*, y si encontraban un resquicio en tu armadura, ahí se cebaban, bastaba con que el más insignificante centinela se durmiese en su puesto, que a algún infante pudiesen embobarlo para que abandonase la guardia, por no hablar de tu propia ausencia del puesto de mando, mejor no mencionarlo siquiera, y

estabas acabado, porque metían los tanques por esa brecha, fuera la que fuese, y era tu final, te perdían el miedo, y si no te temen eres como un muerto en tierra de nadie, no queda ni siquiera algo reconocible que poner en el ataúd.

Hice más esas preocupaciones —cómo no iba a hacerlas—, sentado en el porche trasero de la casa de ladrillo rojo de dos plantas de City Island con el gran hombre confiándole sus pensamientos y preocupaciones al huérfano Billy, el afortunado muchacho, el asombrado beneficiario de tan súbita e impredecible intimidad. Había pasado de no reconocermelo a recordar la primera vez que me vio al otro lado de la calle haciendo malabarismos, ¿cómo podía yo no hacerme cargo de las oscuras inquietudes de su corazón y sentir las dentro de mí como algo que no iba a olvidar, aquel miedo constante a la pérdida, aquel seco sollozo interior ante las circunstancias injustas, y la heroica satisfacción de resistir, de ver las cosas hechas? De modo que aquel era el lugar secreto donde estaba cuando no se hallaba presente en sus recintos protegidos, aquella casa particular de ladrillo rojo igual a las demás casas con terraza que se veían por todo el barrio, excepto que esta era la única en una breve calle de chalés todavía dentro del Bronx, y ahora yo una de las pocas personas que lo sabían, Irving lo sabía, por supuesto, porque la casa era de su madre, y la anciana señora lo sabía también porque era quien cocinaba y hacía que las cosas marchasen normalmente —andaba por allí con las manos siempre húmedas— en aquella tranquila bocacalle con unos cuantos cilantos como los que hay en todos los parques urbanos, y lo sabía el señor Berman porque fue quien un día me permitió acompañarlo en el viaje que hacía todas las tardes para traer al señor Schultz las recaudaciones y repasar las cifras. Y estando sentado fuera, en el patio trasero cercado, mientras hacían eso razoné que todos los vecinos de la calle y quizá de unas cuantas manzanas alrededor debían saberlo también, porque cómo puede uno ignorar que vive un famoso en su calle si tiene un coche oscuro con dos hombres parado día y noche delante; aquel era un sitio pequeño, en realidad un barrio de los muelles, al estilo de los de Nueva York, pero que no tenía realmente mucho en común con las interminables colinas y valles pavimentados llenos de casas de pisos, tiendas, trenes elevados, tranvías y carros de vendedores ambulantes del Bronx, era una isla con sol, y los que vivían en ella debían de sentirse diferentes, aparte de todo, como me sentía yo ahora disfrutando de mi relación con la buena vida espaciosa, de la vista del Sound, que me parecía un mar, un profundo horizonte de mar gris deslizándose y cambiando sin prisa, como cambiarían la pizarra y la piedra si no estuviesen fijadas al terreno, con la majestuosidad de un cuerpo monumental, demasiado grande para tener enemigos. En la puerta contigua, del otro lado de la cerca de alambre, había un astillero, con toda clase de barcos de vela y de motor apoyados sobre tacos de madera o tumbados en la arena, y en el agua unos cuantos veleros fondeados frente al muelle del astillero. Pero la embarcación a la que yo había echado el ojo estaba amarrada al muelle y parecía impecable y dispuesta para zarpar; era una lancha rápida de caoba barnizada, con asientos de cuero marrón acanalado empotrados, un brillante marco de

metal en el parabrisas, volante como el de un coche y una banderita norteamericana ondeando a popa. Vi un hueco en la alambrada que separaba la casa del astillero, justo al borde del agua, y una senda hasta el muelle donde esperaba aquella lancha, y pensé que tenía que ser para huir el señor Schultz, si llegaba el caso. Cómo admiraba yo aquella vida de esfuerzo, de vivir desafiando a un gobierno al que no le gustabas ni te necesitaba, que quería destruirte, de modo que tenías que construir tus defensas con dinero y hombres, desplegando armamento, comprando alianzas y patrullando fronteras como un Estado en trance de secesión, y vivir gracias a tu voluntad, ingenio y espíritu guerrero en pleno ojo del monstruo, en su mismo ojo.

Pero, más allá de esto, lo que realmente me emocionaba era aquel vivir desde el riesgo en constante contemplación de la muerte, por eso la gente de aquella calle-isla nunca se chivaría, la presencia de aquel hombre los honraba y les permitía vivir en la conciencia que tenían de él como en una especie de luz de vida y muerte, disfrutar de momentos de superior consciencia o iluminación como los que los mejores de ellos podían tener en la iglesia o en los primeros momentos de un amor romántico.

—¡Diablos! Tuve que ganarme cuanto tengo, nadie me lo dio; salí de la nada y todo lo que hago lo hago por mí mismo —dijo el señor Schultz. Se sentó reflexionando sobre esta verdad y dio una chupada al cigarro—. Sin duda he cometido errores, solo así se aprende. La única vez que he cumplido una condena fue a los diecisiete años; me mandaron a la isla de Blackwell por robo, no tenía abogado y me condenaron a indeterminada, que quiere decir que estaría más o menos tiempo según cómo me portase, cosa muy justa. Te aseguro que si llego a tener a uno de esos abogados de primera a estas alturas probablemente ya me habrían condenado a la perpetua, ¿eh, Otto? —dijo riéndose, pero el señor Berman se había quedado dormido en su silla con el sombrero de paja sobre la calva; supongo que había oído más de una vez al señor Schultz quejarse de lo dura que era su vida—. De todos modos, maldito si yo iba a besar culos solo para salir de allí, en vez de eso la armé buena, fui un cabrón de tal calibre que no pudieron hacer carrera de mí y me enviaron a un reformatorio del interior, una granja con vacas y toda esa mierda. ¿Has estado alguna vez en un reformatorio?

—No, señor.

—Bueno, pues aquello no era precisamente un *picnic*. Yo no era muy corpulento, tenía aproximadamente tu tamaño, un mocoso flaco además, y allí había unos tipos de cuidado. Comprendí que había que hacerse cuanto antes una reputación donde importa, donde pueda correr la voz, de modo que fui malo por diez. Y no admitía la menor. Buscaba peleas, me medía con los tipos más grandes que podía encontrar. Dios ayudase al fulano que se metiera conmigo, como hicieron un par de ellos, para su desgracia. Incluso me escapé de aquel maldito sitio, no fue difícil, salté la alambrada y pasé un día y una noche en los bosques antes de que me cogiesen, y me echaron un par de meses más por eso, y además me había llenado de hiedra venenosa, y anduve todo ese tiempo oliendo a calamina como un zombie loco. Cuando al fin me

fui, se alegraron, te lo aseguro. ¿Has estado en alguna banda?

—No, señor.

—Entonces ¿cómo esperas llegar a alguna parte, cómo quieres aprender? Yo contrato siempre a gente de las pandillas. Ese es el campo de entrenamiento. ¿Has oído hablar de la de Frog Hollow?

—No, señor.

—¡Cielos! Era la más famosa de las antiguas bandas del Bronx. ¿Qué pasa con esta generación? Fue la banda del primer Dutch Schultz, ¿no lo sabes?, el más duro peleador callejero que ha existido, capaz de rebanarte la nariz de un mordisco o arrancarte los huevos de raíz. Mi pandilla me bautizó así por él cuando volví del reformatorio. Era algo honroso, demostraba que había cumplido mi condena, la había soportado y salía de mi entrenamiento hecho un león. Por eso desde entonces me conocen por Dutchman, *el Holandés*<sup>[1]</sup>.

Carraspeé y miré por encima de los setos al agua, donde un pequeño barco con una vela blanca triangular parecía estar surcando la tela metálica.

—Ahora hay algunas bandas —dijo—, pero en su mayoría no son más que chiquillos. No quiero pagar por los errores de nadie, solo por los míos. Creo que hoy en día para un verdadero entrenamiento hay que ir directamente a la cima.

Contuve el aliento. No me atrevía a mirarlo, prefería contemplarme los pies. Sentía sus ojos clavados en mí y olía a cigarro.

—Eh, Otto —dijo—, despierta, estás perdiéndote algo bueno.

—¿Sí? Eso es lo que tú te crees —masculló el señor Berman desde debajo del sombrero.

No pasaba todo a la vez pero ocurría noche y día, no parecía haber pauta de tiempo, ningún plan excepto el momento posible, y fuera lo que fuese nos dirigíamos a ello en coche, y, cuando miras por la ventanilla, la vida que estás atravesando para llegar a ese momento adquiere un tinte extraño, de modo que si brilla el sol lo hace de un modo excesivo, y si es de noche todo está demasiado oscuro, la organización entera del mundo parece formar parte de la de tu atención y cualquier cosa que haya normalmente a tu alrededor se convierte en antinatural por el carácter insólitamente absoluto de la exigencia moral de lo que estás haciendo. Eso era lo que yo quería; estaba entrenándome en la cúspide. Recuerdo, por ejemplo, cuando me dejaron en la esquina de Broadway y la calle Cuarenta y Nueve y me dijeron que estuviese por allí y tuviese los ojos bien abiertos. No me dijeron más, pero era algo importante. Uno de los coches salió a toda velocidad y no volví a verlo; el otro, en el que iba el señor Berman, siguió dando la vuelta a la manzana cada dos minutos, un solo sedán Chevrolet negro y casi cuadrado que no llamaba la atención entre el tráfico de coches también negros, taxis amarillos en busca de viajeros, autobuses de dos pisos y tranvías casi vacíos, y ni Mickey el chófer ni el señor Berman me miraban al pasar,

de lo que deduje que tampoco yo debía mirarlos de un modo especial. Me encontraba en la puerta del restaurante de Jack Dempsey, que aún no había abierto, debían de ser las nueve o nueve y media de la mañana, Broadway estaba todavía bastante fresco y funcionaban ya los puestos de periódicos, los de bebidas de coco y perros calientes y un par de tiendas que vendían pequeñas estatuas de la Libertad de plomo, pero poco más.

Al otro lado de la calle Cuarenta y Nueve había en un segundo piso un estudio de baile y el gran ventanal estaba abierto y alguien tocaba *Bye, Bye, Blackbird* al piano. Hay un Broadway local, una comunidad visible por la mañana antes de que abran los salones de «juegos recreativos» y los bares, gente que vive arriba, en los pisos, por encima de las marquesinas de los cines, y sale llevando al perro de la correa para comprar el *Racing Form* y el *Mirror* y una botella de leche, y los repartidores de las panaderías que cargan y llevan grandes cestas de panes y bollos a las tiendas, o los camiones de la carne con mozos que se echan cuartos de vaca a la espalda y los dejan caer por las rampas que van a dar a los sótanos de los restaurantes. Yo seguía observando y vi al barrendero, con su gran escoba y su uniforme blanco de verano con un adorno caqui y naranja en el sombrero, recoger el estiércol de caballo, el papel y toda la basura de una noche de Broadway en su ancha pala y echarlo en el gran cubo de basura de su carro de dos ruedas, como un ama de casa arreglando su cocina. Poco después llegó el carro cisterna regando la calle para que estuviese reluciente y fresca, y casi simultáneamente vi encenderse la sarta de luces en torno al Loew's State Theatre, unas cuantas manzanas más abajo, donde Broadway desemboca en la Séptima Avenida. Con el sol era difícil leer los titulares luminosos que se encendían alrededor del edificio del *Times*, en Times Square. Apareció una vez más el negro Chevrolet y esta vez el señor Berman me miró y empecé a sentir ansiedad, tenía que ver lo que se suponía que debía ver, pero el tráfico era normal, no especialmente denso, y la gente iba por la acera a sus asuntos sin excesiva urgencia; vino un hombre de traje y corbata con un cajón de manzanas al hombro y lo puso en la esquina con un letrero de *Manzanas 5¢*, la mañana iba calentando y me pregunté si lo que buscaba estaría en el ventanal que tenía detrás, donde se veía a Jack Dempsey en una gran ampliación del ring de Manila rodeado por miles de espectadores, y había otras fotos del gran hombre dando la mano a gente famosa, gente del espectáculo como Jimmy Durante, Fanny Brice y Rudy Vallee, pero entonces vi reflejado en el cristal del restaurante el edificio de oficinas del otro lado de la calle y me volví para mirar; arriba, en la quinta o sexta planta, un hombre salió a un alféizar con un cubo y una esponja, fijó su cinturón de seguridad a los ganchos empotrados en el ladrillo, se echó hacia atrás sostenido por él y empezó a describir amplios arcos en el cristal con la esponja enjabonada, y después vi a otro hombre en otro alféizar de ventana de la planta que quedaba encima de él salir a hacer lo mismo. Observaba a aquellos hombres que lavaban las ventanas, y por alguna razón supe que era aquello lo que tenía que ver, a aquellos limpiaventanas haciendo su trabajo matinal allá arriba. En la

acera, por debajo de ellos, había un letrero de los que se sostienen solos como una A advirtiéndoles a los transeúntes que había alguien trabajando allá arriba y debían tener cuidado; lo habían colocado los limpiaventanas en nombre de su sindicato. Ahora yo había cruzado Broadway, estaba en la esquina suroeste de la calle Cuarenta y Nueve y la Séptima Avenida y veía a aquellos hombres trabajando allá arriba; dos de ellos estaban en un andamio colgado del parapeto de la terraza a unos quince pisos por encima de la calle y vi que ese era el sistema para limpiar los grandes ventanales de la cima, demasiado anchos para que los abarcara un cinturón de seguridad. Y fue ese andamio, con los limpiaventanas y sus esponjas, cubos y trapos, el que de pronto dio una sacudida, la cuerda de uno de los lados se rompió en el aire como un látigo y los dos hombres echaron desesperadamente los brazos atrás y se escurrieron del andamio. Uno de ellos cayó al lado de la entrada de coches. No sé si grité, ni quién más vio u oyó lo que ocurría, pero cuando le faltaban todavía por caer varios pisos, unos segundos antes de su muerte, toda la calle lo sabía. El tráfico se había detenido, como si alguien hubiese tirado de una cuerda atada a todos los vehículos. Hubo un grito colectivo, una percepción total del desastre por parte de los peatones en muchas manzanas a la redonda, como si todos estuviésemos al tanto de lo que ocurría por encima de nuestras cabezas, de modo que en el momento en que la composición se vio perturbada todos lo supieron al instante. Después el cuerpo, en un momento de extensión plana y horizontal, golpeó el techo de un coche aparcado frente al edificio e hizo un ruido como el estampido de un cañón, una explosión terrible de la masa de huesos y carne, y lo que me dejó boquiabierto fue que se movía, el tipo se movía en la concavidad que había hecho, aquella sinuosidad de huesos aplastados avanzaba poco a poco, como si fuese un gusano reptando un momento sobre el metal caliente antes de que incluso ese grado de vida increíble escapase temblando por sus dedos.

Pasó a mi lado un poli a caballo galopando por la calle Cuarenta y Nueve. El otro limpiaventanas estaba todavía allá arriba, colgando del extremo suelto del andamio ahora vertical y pataleando para encontrar apoyo donde no lo había, gritando mientras la plataforma oscilaba de un lado a otro del modo menos apropiado para su supervivencia. ¿Qué tiene un hombre en los brazos, ocho o diez pisos por encima del suelo, qué tiene en los dedos, en los músculos de las puntas de sus dedos, a qué nos agarramos en ese mundo de infernal profundidad que nos ofrece sus posibilidades sin fondo en aire, en agua, en el suelo pavimentado que se abre debajo de nosotros, restallando como una tormenta de la densidad más específica? Coches de policía verdes y blancos convergían de todas direcciones. Arriba, en la calle Cincuenta y Siete, un coche de bomberos de los de gancho y escalera giraba para entrar en Broadway. Yo estaba sin aliento con la fascinación del desastre.

—¡Eh, muchacho!

Detrás de mí, en Broadway, estaba el Chevrolet del señor Berman, parado junto al bordillo. Se abrió la puerta, retrocedí a la carrera la corta manzana, monté, cerré de un portazo y Mickey arrancó.



—No te embobes mirando, chico, deja eso para los paletos —dijo el señor Berman. Estaba enfadado conmigo—. No te dedicas al turismo. Cuando te digan que estés en un sitio te estás allí.

Ante esto, me abstuve de mirar por la ventanilla, lo que de otro modo hubiese hecho aun sabiendo que el avance del coche Broadway abajo haría que ya no fuese visible la escena. Pero noté la voluntad que había en mí al no moverme, sino siguiendo sentado en silencio y mirando hacia adelante.

Mickey el chófer tenía ambas manos en el volante cuando no alargaba una para cambiar de marcha. Si el volante fuese un reloj, lo empuñaba a las diez y dos. Conducía de un modo moderado pero no lento, no competía con el tráfico, pero lo utilizaba en provecho propio sin que pareciese nunca acelerar o cerrarle el paso a nadie. No trataba de apurar un cambio de luz, o cuando una luz cambiaba al verde salir a toda marcha. Mickey era el chófer, nada más, pero era bastante; observándolo y notando el movimiento del coche debajo de ti te dabas cuenta de la diferencia que había entre conducir un coche y llevarlo con la autoridad de un profesional. Yo no sabía conducir, cómo iba a saber, pero sí que Mickey podía llevar un vehículo con la misma calma y seguridad a cien millas por hora que a treinta, que cualquier cosa que pidiera a un coche, el coche lo haría, y ahora, con la visión del desvalido limpiaventanas cayendo hacia la muerte, la capacidad de Mickey se alzaba en mi ánimo como un silencioso reproche, en confirmación de lo que había dicho el señor Berman.

No creo que en todo el tiempo que lo conocí mientras vivió llegase yo a cambiar una sola palabra con Mickey. Pienso que se avergonzaba de su modo de hablar. Su inteligencia estaba toda en sus manos carnosas y en sus ojos, que uno veía a veces reflejarse profesionalmente un segundo en el espejo retrovisor, y que eran azul claro. Estaba totalmente calvo, con gruesas arrugas en la nuca que llegué a conocer muy bien. Tenía bulbosa la parte superior de las orejas. Había sido un boxeador que nunca pasó de telonero en peleas de club. Su mayor éxito era haber sufrido un k.o. técnico a manos de Kid Chocolate cuando Kid estaba empezando, una noche en la Jeroma Arena, justo enfrente del Yankee Stadium. Al menos eso me contaron. No sé por qué, pero sentía ganas de llorar por todos nosotros. Mickey nos llevó al West Side, a un garaje de camiones, y mientras el señor Berman y yo cruzábamos la calle hasta un restaurante para tomar café, el Chevrolet fue cambiado por otro coche, que apareció con Mickey al volante unos veinte minutos después. Era un Nash con placas de matrícula en negro y naranja totalmente diferentes.

—Todo mortal peca —me había dicho el señor Berman en el restaurante—. Y puesto que eso va con todos, es algo que todos debemos esperar.

Después puso en la mesa uno de aquellos juegos a base de números y cuadros para que me divirtiese, el de los dieciséis cuadros y quince pequeñas fichas numeradas que tienes que mover hasta que quedan por orden. La cosa está en que solo tienes un espacio adonde mover para conseguirlo, un solo espacio, generalmente

en el sitio menos indicado para lograr lo que te propones.

Pero, como ya dije, lo mío fue una especie de alistamiento, había entrado y firmado. Y lo primero que aprendes es que noche y día no significan nada, solo hay diferentes clases de luz, simple cuestión de grado, y por tanto no hay razón para tener más o menos que hacer en uno que en la otra. La hora más oscura y tranquila era solo otra clase de luz.

No hubo intento por parte de nadie de explicarme por qué se hacían las cosas y nadie trató de justificar nada. Yo sabía que no debía hacer preguntas. Lo que sí entendí es que allí regía una ética muy fuerte, que una vez que aceptabas la primera premisa invertida te encontrabas con los resentimientos y ofensas normales, las mismas sensibilidades heridas por la injusticia, todas las convicciones de rigor en cuanto a lo bueno y lo malo. Pero era sobre aquella premisa sobre la que tenía que trabajar. Encontré que me resultaba más fácil cuando el señor Schultz hablaba conmigo; en tales ocasiones las cosas estaban claras por unos instantes. Decidí que ya había captado la idea pero aún no la sentía; era el sentimiento el que imbuía genio a la idea, como cualquiera podía comprender solo con estar en presencia del señor Schultz.

Entretanto podía imaginarme que se estaban haciendo las cosas a un nivel de intensidad que quizá había sido previsto en las tranquilas tardes en el porche trasero de la casa de City Island. Aquí hablaré del club Embassy del señor Schultz. Era un local que tenía una de sus propiedades en la calle Cincuenta y Seis Este, entre las avenidas Bark y Lexington, y resultaba muy visible con aquel toldo de fantasía con el nombre en cursiva. Yo sabía cuanto hay que saber sobre los clubs nocturnos gracias a las columnas de cotilleo, quiénes los frecuentaban y los nombres fantásticos que algunos de la alta sociedad tenían, y que todos parecían conocerse, estrellas de cine, actores y actrices que acudían allí después del trabajo, deportistas, escritores y senadores, sabía que a veces había espectáculo con orquestas, coristas o negras que cantaban blues, y sabía que todos esos sitios tenían matones por si alguien armaba jaleo y chicas que vendían cigarrillos en bandejas, vestidas con medias de malla y unos sombreritos sin ala muy monos, sabía todo eso aunque nunca lo había visto.

De modo que me emocionó que me mandase a trabajar allí como ayudante de camarero. Imagínenme, a mi edad, trabajando en un *nightclub* del centro. Pero en la semana que pasé allí nada fue como esperaba. Para empezar, no vi ni a un solo personaje famoso. Había gente que venía, comía y bebía y escuchaba la pequeña orquesta o bailaba, pero gente sin importancia. Me di cuenta porque estaban todo el tiempo mirando a su alrededor buscando a la gente importante que habían venido a ver. La mayor parte de las noches aquello estaba medio vacío, excepto hacia las once, cuando empezaba el espectáculo. Todo el local estaba iluminado con luz azul, y había divanes junto a las paredes, mesas con manteles azules alrededor de una pequeña

pista de baile y un escenario sin telón donde tocaba la orquesta, que tampoco era muy grande, dos saxofones, trompeta, piano, guitarra y batería, y había chica del guardarropa pero no de los cigarrillos, ni venían reporteros de noche a averiguar porquerías de los famosos, ni Walter Winchell o Damon Runyon; el local estaba muerto, y lo estaba porque el señor Schultz no podía aparecer por allí. La atracción era él. A la gente le gustaba estar donde ocurrían cosas o podían ocurrir. Y les gustaba el poder. El barman estaba de pie detrás del mostrador cruzado de brazos y bostezando. En la peor mesa posible, junto a la puerta donde había corriente, se sentaban todas las noches dos ayudantes del fiscal con *rickeys* de lima que no tocaban y ceniceros que llenaban y yo vaciaba concienzudamente. Ellos ni me miraban. Nadie miraba a aquel chico de chaquetilla marrón y corbata de lazo, tenía tan poca categoría como para suponerlo legal. Yo iba arreglándomelas en el mundillo del club nocturno y sentía una especie de brillante orgullo por el hecho de que como ayudante de camarero ni siquiera los clientes antiguos reparaban en mí. Eso me hacía valioso. Porque el señor Berman me había puesto allí con la acostumbrada advertencia de que mantuviese los ojos bien abiertos. Así lo hacía, y aprendí en qué clase de idiotas pueden convertirse quienes frecuentan los clubs nocturnos, y cómo les encanta que una botella de champán les cueste veinticinco dólares y que el *maitre* les dé una mesa cuando le meten en la mano un billete de veinte dólares aunque haya tantas vacías que podrían pedir la que quisieran y les hubiese llevado a ella gratis. Como había poco sitio, en las pausas entre actuaciones la orquesta estaba de pie fuera, en el callejón, y eran todos unas víboras, incluso la cantante, que a la tercera o cuarta noche me hizo una seña y me pasó el cigarro, y yo chupé como les había visto hacer a ellos y lo tragué, aquel té tan amargo, que parecía que me bajaban ascuas por la garganta, y naturalmente me dio la tos y ellos se rieron, pero con una risa amable; excepto la cantante, eran músicos blancos no mucho mayores que yo y no sé por qué me tomaban, quizá por alguien que trabajaba para poder estudiar en la universidad, y dejé que lo creyesen, fuera lo que fuese, lo único que me hacía falta era un par de gafas a lo Harold Lloyd y el número hubiera sido perfecto. Lo de la cocina era otra historia, el *chef* era un negro que fumaba cigarrillos cuyas cenizas caían en los bistés que estaba friendo, y tenía una cuchilla con la que amenazaba a los camareros o los subalternos que le ofendían. Era un hombre perpetuamente enfadado que tenía estallidos de rabia como las llamas que brotan de la grasa cuando chorrea. El único que no le tenía miedo era el lavaplatos, un viejo negro canoso y cojo que parecía capaz de meter los brazos desnudos en baldes de agua jabonosa hirviendo sin sentir nada. Estábamos muy unidos porque yo era quien le traía los platos. Le gustaba el modo en que les quitaba los restos de comida. Éramos dos profesionales. En la cocina había que tener cuidado porque el suelo estaba tan grasiento como el de un garaje. Las cucarachas campaban por sus respetos en la pared casi como si estuviesen allí pegadas, la tira de papel para moscas que colgaba del cordón de la bombilla del techo estaba negra, y a veces incluso por los mostradores andaba algún ratón pasando

revista a los recipientes de comida. Todo esto detrás de las puertas giratorias acolchadas y con mirillas ovaladas del club Embassy, con sus luces azules.

Cuando podía me gustaba pararme a escuchar a la cantante. Tenía una voz fina y dulce y parecía mirar muy lejos mientras cantaba. Siempre salían a bailar cuando ella cantaba porque a las mujeres les gustaban sus canciones de pérdida y soledad y amados que no correspondían a ese amor. *The one I love belongs to somebody else. He means his tender songs for somebody else.* De pie frente al micrófono, cantaba sin apenas gestos, quizá a causa de tanto té como fumaba, y de vez en cuando, en momentos realmente inapropiados de la letra, tiraba hacia arriba de su vestido de raso sin hombreras como temiendo que aquellos gestos apenas insinuados dejasen al aire sus pechos.

Todas las madrugadas, a eso de las cuatro o cuatro y media, aparecía el señor Berman tan fresco como la mañana y vestido con alguna ingeniosa combinación de colores pastel. A esa hora ya se habían marchado todos, los hombres del fiscal del distrito, los camareros y la orquesta, y el local estaba solo y ostensiblemente abierto, a veces con el policía de ronda, con la gorra encima de la barra, tomando algo por cuenta de la casa. Mi trabajo consistía en quitar los manteles de las mesas y amontonar sobre ellas las sillas para que las dos mujeres de la limpieza que venían por la mañana pudiesen pasar el aspirador por la alfombra que había debajo y fregar y encerar la pista de baile. Después debía ir al sótano, donde había un pequeño despacho acolchado en una salida de incendios que daba a un paso subterráneo que llevaba, subiendo un tramo de escalera de hierro, a un callejón. En ese despacho, el señor Berman examinaba la recaudación de la noche y me preguntaba qué había visto. Naturalmente yo no había visto nada, excepto la que era para mí la nueva vida de Manhattan, una vida nocturna que hizo que en el breve espacio de una semana todo se invirtiera y yo terminase de trabajar al amanecer y me fuese a dormir de día. Lo que había visto era la vida de la gente influyente y correr el dinero, no al ser ganado y recaudado, como en la calle 149, sino gastado y convertido en luz azul, vestidos lujosos y canciones de amor dichas con absoluta indiferencia. Había visto que la chica del guardarropa pagaba al señor Berman por su trabajo, en vez de lo contrario, pero eso debía de ser beneficioso para ella, puesto que cada noche se iba con un hombre diferente que la esperaba fuera, bajo el toldo. Pero no era a eso a lo que él se refería cuando me hacía la pregunta. También había visto, en mi imaginación, a mi amiguita Rebecca con tacones altos y un vestido negro de encaje bailando allí conmigo las melodías de la cantante. Pensaba que incluso la impresionaría con mi chaquetilla de mozo. Yo dormía en ese mismo despacho cuando se iba el señor Berman, y allí soñaba con hacer el amor a Rebecca sin tener que pagar por ello. En mi sueño, yo era un gánster y eso bastaba para que me amase lo suficiente para disfrutar con lo que estaba haciéndole. Pero desde luego no era en eso en lo que pensaba el señor Berman. La mitad de las veces me despertaba por la mañana todo pegajoso a causa de mis sueños, lo que creaba problemas de lavandería,

que resolví también como un habitante de Broadway, buscando una lavandería china en la avenida Lexington, pero también comprándome calcetines, ropa interior, camisas y pantalones en la Tercera Avenida, debajo del tren elevado. Aquello era como mi Tercera Avenida. No fui desgraciado esa semana. Encontré que me hallaba realmente cómodo en la ciudad, no era diferente del Bronx, tan solo lo que el Bronx quería ser, eran calles y podía aprenderlas y ahora tenía un trabajo que me daba doce dólares semanales, salidos del bolsillo del señor Berman solo para que acarrease platos y mantuviera los ojos abiertos, aunque no sabía para qué. Al cabo del tercer o cuarto día de esto ya raramente veía el cuerpo del limpiaventanas cayendo a lo largo del edificio de oficinas de la Séptima Avenida. Era casi como si el East Side supusiera un comportamiento diferente incluso para los gánsteres. Yo dormía en ese despacho del subsuelo en un catre plegable, y hacia mediodía subía por las escaleras metálicas hasta el callejón, daba la vuelta a la esquina, recorría unas cuantas manzanas y encontraba en la avenida Lexington una cafetería donde comían los taxistas mientras yo desayunaba. Tomaba grandes desayunos, y compraba panecillos y bollos a los viejos que el propietario de la cafetería trataba de echar a patadas de la puerta giratoria. Reflexionaba sobre mi aptitud para la vida y no encontraba nada que criticar, excepto quizá el no ir a las afueras a ver a mi madre. Una vez la llamé por teléfono desde la confitería de la esquina de nuestra manzana y le dije que estaría fuera algún tiempo, pero no sabía si se acordaría. Había tenido que estar un cuarto de hora al teléfono para que alguien diese con ella y la ayudase a bajar.

Menciono todo esto como un intervalo de paz y reflexión.

Después, una noche pude decir al señor Berman que había venido Bo Weinberg con un grupo y había cenado y pagado a la orquesta para que tocasen un par de números que le gustaban. No es que yo lo hubiese reconocido, pero de pronto los camareros se habían espabilado. Berman no pareció sorprendido.

—Volverá —dijo—. Y no importa con quién esté. Mira quién se sienta en el bar, cerca de la puerta.

Así lo hice, un par de noches más tarde, cuando reapareció Bo con una bonita rubia y otra pareja de buena facha, él rubio, bien vestido y peinado con tupé, y ella morena. Cogieron el mejor diván, cerca de la orquesta, y todos aquellos clientes que habían venido esa noche buscando emociones parecieron pensar que habían tenido la suerte de encontrarlas. No era solo que Bo fuese guapo, aunque sin duda lo era, alto, fuerte, moreno, impecablemente arreglado y con dientes que parecían brillar, sino que era como si se bebiese la luz disponible, de modo que el azul se volvía rojo y todos los demás que estaban en el local parecían borrosos y pequeños por comparación. Tanto él como sus acompañantes iban de etiqueta, como si viniesen de algún sitio importante, como la ópera o un espectáculo de Broadway. Bo saludaba a uno y a otro, comportándose como si fuese el dueño del local. Los músicos salieron antes que de

costumbre y empezó el baile, y pronto el club Embassy fue lo que yo había imaginado que debía de ser un club nocturno. En cuestión de minutos el local estuvo lleno, como si todo Nueva York hubiese acudido a la carrera. La gente no paraba de acercarse a la mesa del tal Bo para presentarse. Le acompañaba un famoso golfista, pero no me sonaba el nombre. El golf no era precisamente mi deporte. Las mujeres reían y daban chupadas al cigarrillo, y tan pronto como yo veía lleno el cenicero lo cambiaba. Era extraño, cuanta más gente había y más ruidoso se volvía el sitio con la música y las risas, más grande parecía el club Embassy, hasta llegar a parecer el único sitio que existía, quiero decir sin nada fuera, ni calle, ni ciudad, ni país. Me zumbaban los oídos, yo era un ayudante de camarero pero sentí como un triunfo personal que el propio Walter Winchell apareciese y se sentase unos minutos a la mesa de Bo, aunque apenas lo vi porque estaba trabajando como un descosido. Más tarde el propio Bo Weinberg se dirigió a mí para decirme que dijese al camarero que volviese a llenar los vasos de los ayudantes del fiscal, que estaban sentados en la mesa con corriente, junto a la puerta. Esto provocó un gran alborozo. Muy pasada ya la media noche, cuando decidieron comer algo y me acerqué a la mesa para poner los panecillos en sus platitos con mis pinzas de plata, como ya sabía hacer con aplomo, tuve que aguantarme las ganas de coger tres o cuatro y hacer juegos malabares con ellos al son de la música, en ese momento *Limehouse blues*, que la orquesta interpretaba con un ritmo lento y majestuoso. *Oh Limehouse kid, oh oh Limehouse kid, going the way that the rest of them did.*

Pero a pesar de todo nunca olvidaba las instrucciones que me había dado el señor Berman. El hombre que había entrado poco antes que Bo Weinberg y se había sentado al extremo de la barra no era Lulu Rosenkrantz con sus arrugas en la frente, ni Mickey con sus orejas de coliflor, ni nadie a quien yo hubiese visto nunca en los camiones o en la oficina de la calle 149, y de hecho no lo reconocí como de la organización. Era un tipo pequeño y gordito, con un traje gris perla cruzado con grandes solapas, corbata de raso verde y camisa blanca, y no se quedó mucho tiempo, fumando un par de cigarrillos y bebiendo agua mineral. Parecía disfrutar de la música de un modo íntimo y tranquilo. No hablaba con nadie, se ocupaba solo de lo suyo y tenía el sombrero de copa baja en la barra, a su lado.

Más tarde, cuando amaneció en el despacho del sótano, en el pasadizo que daba al callejón, el señor Berman levantó la mirada de los montones de cintas de cajero y preguntó «¿Y bien?», con sus ojos castaños de bordes azul pálido mirándome a través de las gafas. Yo había notado que aquel hombre utilizaba sus propias cerillas y dejó la carterilla en el cenicero, y la recogí de la basura de detrás del mostrador cuando se fue. Pero no era el momento de entregar mi prueba. Solo la necesitaba para hacer una atribución esencial.

—Un forastero —dije—. Un fulano de Cleveland.

No hubo sueño para mí esa mañana. El señor Berman me mandó fuera, a una cabina telefónica, y marqué el número que me dio. Dejé que sonase tres veces y colgué. Al volver traje café y bollos. Llegó la mujer de la limpieza, que adecentó el club. Ahora estaba agradable y tranquilo, con todas las luces apagadas, excepto una encima de la barra, y trazas del sol mañanero que conseguía colarse por entre las cortinas de la puerta de entrada. Parte de lo que yo había estado aprendiendo era cuándo estar a mano y visible, a diferencia de a mano e invisible. Este segundo fue el recurso que ahora elegí, quizá sin otro motivo que la poca afición del señor Berman a hablarme a esas horas. Me senté arriba, en el amanecer solitario del bar, terriblemente cansado y no sin orgullo por haber hecho lo que sabía era una útil identificación. Pero después, de repente, apareció Irving, lo que quería decir que el señor Schultz no andaba lejos. Pasó detrás del mostrador, puso hielo en un vaso, cortó una lima en cuatro y con los dedos exprimió jugo en el vaso, que después llenó con un chorro de sifón. Una vez hecho todo esto meticulosamente, sin que quedase en la superficie del mostrador ni siquiera una marca, bebió su refresco de lima de un trago, lavó el vaso, lo secó con un trapo y volvió a ponerlo en su sitio. En ese momento se me ocurrió que mi satisfacción conmigo mismo era una necesidad. Consistía en creer que era yo el sujeto de mi experiencia. Y cuando Irving fue a la puerta, a cuyo cristal alguien llevaba un rato llamando, y dejó entrar al imprevisor inspector municipal contra incendios, que esta vez había acertado de lleno, y por qué, a no ser que porque por el aire de la gran ciudad de piedra las palabras van murmurando suavemente en la pálida mañana que este pez gordo ha muerto y aquel otro está moribundo, como si fuésemos un desierto en el que brotan pequeñas flores que contienen las profecías de antiguas tribus, vi incluso antes de que ocurriera a qué errores de pensamiento podía conducir la presunción, lo peligrosa que era, que la confianza en la ausencia de percepción resultaba mortal, que aquel hombre había olvidado lo que era un inspector de incendios, su lugar en la teoría de las inspecciones, y el aún más bajo que ocupaba en el sistema de incendios. Irving estaba preparado con dinero de su bolsillo y hubiera hecho salir al tipo de allí en seguida, pero ocurrió que el señor Schultz subía de la oficina con los periódicos de la mañana. En otra ocasión el señor Schultz pudo haber admirado realmente la frescura de aquel hombre y haberle dado unos dólares, o haberle dicho: estúpido, cómo te atreves a entrar aquí con esa idiotez; pudo haberle dicho: si tiene alguna queja hable con su departamento, voy a hacer una llamada que le va a arder el pelo, cretino. Pero lo cierto es que lanzó aquel rugido de rabia, lo tiró al suelo, le aplastó el gañote y utilizó la pista de baile para cascarle el cráneo como si fuese un huevo. Que era un joven de pelo rizado fue cuanto pude ver de él a aquella luz, quizá unos años mayor que yo y con esposa y un hijo en Queens, ¿quién sabe?, alguien que como yo tenía ambiciones en esta vida. Nunca había visto matar a nadie tan de cerca. Ni siquiera ahora puedo decir cuánto duró; parecía mucho tiempo. Y lo

más anormal son los ruidos, que son los de la emoción última, como pueden parecer a veces los del placer sexual, solo que resulta vergonzoso y degradante para la idea de vida que pueda ser tan humillada, tan eternamente humillada. El señor Schultz se levantó y se sacudió las rodilleras del pantalón. No tenía ni una mancha de sangre, aunque se habían formado hebras y coágulos alrededor de la cabeza, en el suelo. Se subió los pantalones, se alisó el pelo y se enderezó la corbata. Respiraba dando boqueadas. Parecía a punto de gritar.

—Sacad este montón de mierda de aquí —dijo, incluyéndome en las instrucciones. Después volvió abajo.

Me parecía imposible moverme. Irving me dijo que trajese de la cocina un bidón vacío de los que usaban para la basura. Cuando volví, había doblado el cuerpo y lo había atado cabeza con tobillos con la chaqueta de aquel tipo. Ahora pienso que debió de romperle el espinazo para conseguir doblarlo tan bien. Tenía la chaqueta por la cabeza, lo que fue para mí un gran alivio. El torso estaba todavía caliente. Metimos de culo el cuerpo doblado en el bidón de hierro galvanizado y rellenamos el espacio de alrededor con virutas como las que protegen las botellas de vino francés en sus cajas, ajustamos la tapa a puñetazos y pusimos el bidón fuera con la basura de la noche cuando los de la recogida venían ya por la calle Cincuenta y Seis. Irving cambió unas palabras con el conductor. Hay empresas privadas que se llevan los residuos comerciales; el ayuntamiento solo se ocupa de la basura de los particulares. Bajaron dos tipos a la acera, levantaron el bidón y se lo dieron al que estaba de pie en el camión, encima de toda la basura, encargado de vaciar el contenido y volver a tirar los bidones vacíos a los que estaban en la acera. Volvieron todos los bidones menos uno, y de haber habido gente alrededor, lo que no era el caso, porque quién quiere contemplar la limpieza de los desperdicios de la noche anterior en el mundo nuevo de la mañana, con los motores chirriando y los cubos golpeando la acera con el descuido por los tímpanos característico de la profesión, nadie hubiese notado que el camión se iba con un bidón de basura lleno empotrado en la olorosa porquería de una noche de juerga, o imaginado que dentro de un par de horas un tractor lo enterraría profundamente entre los gritos de las bandadas de gaviotas que volaban sobre el vertedero de Flushing Meadow.

Lo que deprimía a Irving, y a Abbadabba Berman, era que aquello no formaba parte del plan. Lo vi en sus caras. No era tanto el temor a que pudiese haber complicaciones imprevistas, eso no preocupaba a un profesional. Se trataba de que a esos pobres palurdos a los que les entran manías de grandeza, que en realidad solo son una idea muy pobre de lo que es la grandeza, no hace falta matarlos. Y sobre todo, que aquel tipo no era del oficio. Al cabo de un rato, incluso el señor Schultz parecía deprimido. Era todavía por la mañana y se tomó un par de Cherry Heerings que le sirvió Irving en el bar. Se le veía sombrío, como si comprendiese que estaba



convirtiéndose en una cruz que todos, incluso él, tenían que llevar. Fue él mismo quien hizo este interesante distingo en cuanto a su temperamento.

—No puedo aguantarlo cuando es ya del dominio público —dijo—. ¿Recuerdas, Irving, a Norma Floy, aquella tía que me estafó treinta y cinco mil dólares, la que me dejó por aquel cabrito instructor de equitación? ¿Qué hice yo? ¿Qué hice? Me eché a reír. Mejor para ella. Por supuesto, si alguna vez me topo con su cabecita rubia no le va a quedar ni un diente. Pero quizá no lo haga, y a eso me refiero. Esos tipos lo están divulgando por ahí. Ahora son los inspectores de incendios, y después quién, ¿los carteros?

—Todavía estamos a tiempo —dijo el señor Berman.

—Claro, claro. Pero cualquier cosa es mejor que esto. No lo aguanto más. De este modo estoy acabado. He estado haciendo caso a demasiados abogados. Tú sabes, Otto, que los federales no me van a permitir pagar los impuestos que debo.

—Así es.

—Quiero otra entrevista con Dixie. Y quiero poner de una vez las cosas en claro con Hines. Después nos enfrentaremos con lo que debemos enfrentarnos.

—Recursos no nos faltan —dijo el señor Berman.

—Tienes razón. Haremos el par de cosas esenciales que en este momento parece que debemos hacer y después esto va a ser Jauja. Van a ver esos hijos de puta... Todos ellos. Todavía soy *el Holandés*.

El señor Berman dijo que saliese y estuvimos junto a los cubos de basura vacíos que había en la acera.

—Suponiendo —me dijo— que tuvieras los cien primeros números, ¿cuánto vale cada uno? Es cierto que un número puede valer uno, y otro noventa y nueve, es decir, noventa y nueve unos, pero cada uno de ellos en la fila de cien vale solo la centésima parte de los cien, ¿te das cuenta?

Le dije que sí.

—Muy bien; ahora suprime noventa de esos números y los que te quedan son diez, no importa cuáles, supongamos que los cinco primeros y los cinco últimos. ¿Qué valor tendrá cada número? No importa cuál es, lo que importa es su parte en el total. ¿Lo entiendes?

Dije que lo entendía.

—De modo que cuantos menos números hay más vale cada uno, ¿tengo razón?, y no importa lo que él dice que es como número, vale su peso en oro, eso es lo que vale comparado con lo que valía rodeado por todos los otros números. ¿Comprendes la cosa?

Dije que sí.

—Bien, bien, piensa después en estas cosas, en cómo un número puede parecer una cosa pero significar otra, en cómo puede parecer una cosa y tener el valor de otra.

Después de todo, tú creías que un número era un número y ya está. Pero ya has visto un sencillo ejemplo de cómo no es así. Vente a dar un paseo conmigo. Tienes un aspecto horrible. Estás verde. Necesitas un poco de aire fresco.

Fuimos hacia el este, llegamos a Lexington, cruzamos y tomamos por la Tercera. Íbamos despacio, como había que hacer con el señor Berman. Él caminaba ligeramente de costado.

—Te diré mi número favorito —dijo—, pero quiero que adivines cuál puede ser.

—No lo sé, señor Berman. No puedo adivinarlo. Tal vez el que se puede formar con todos los otros números.

—No está mal —dijo—, salvo que eso puedes hacerlo con cualquier número. No, mi número favorito es el diez. ¿Sabes por qué? Contiene la misma cantidad de números pares e impares. Contiene el número de la unidad, y la ausencia de él a la que equivocadamente llaman cero. Contiene el primer número par, el primero impar y el primer cuadrado. Y contiene los primeros cuatro números, que sumados equivalen a él. El diez es mi número de la suerte. ¿Tú tienes número de la suerte?

Negué con la cabeza.

—Pues piensa en el diez. Quiero que te vayas a casa. —Sacó del bolsillo un fajo de billetes—. Aquí está tu salario por el trabajo de mozo, doce dólares, más ocho de indemnización por despido. Porque quedas despedido. —Y antes de que yo pudiese reaccionar—: Y aquí tienes veinte dólares simplemente porque sí, porque sabes leer los nombres de restaurantes italianos en las cajas de cerillas. Aquí tienes tu dinero.

Tomé el dinero, lo doblé y me lo eché al bolsillo.

—Gracias.

—Y ahora —dijo—, aquí tienes cincuenta dólares que te doy yo, cinco billetes de diez, pero este dinero es mío. ¿Comprendes cómo puedo dártelo y seguir siendo mío?

—¿Quiere que le compre algo?

—Has acertado. Y mis instrucciones son que quiero que me compres para ti uno o dos pantalones nuevos, una bonita chaqueta, una camisa, una corbata y un par de zapatos con cordones. ¿Ves esos de lona que llevas? Para mí fue personalmente violento llegar por la mañana y ver que un mozo del elegante club Embassy andaba por ahí toda la noche con sus botas de baloncesto Mat Holman sin cordones quién sabe desde cuándo, con la lengüeta colgando y para colmo enseñando el dedo gordo. Tienes suerte de que pocas personas se fijan en los pies. Pero yo sí noto esas cosas. Quiero que quemes esos chismes, que te cortes el pelo para que no parezcas Ish Kabible en una noche de lluvia y que compres una maleta y metas en ella ropa interior bonita, calcetines y un libro para leer. Quiero que compres un auténtico libro en una librería, no una revista ni un cómic, un libro de verdad, y lo pongas también en la maleta. Y que te compres unas gafas para leer el libro si llega el caso. ¿Ves? Unas gafas como estas que llevo yo.

—Yo no uso gafas —dije—. Tengo una vista perfecta.

—Vete a una casa de empeños y verás que tienen gafas con cristales sin graduar.

Limítate a hacer lo que te digo, ¿de acuerdo? Tómame unos días. Con tranquilidad; trata de disfrutar. Hay tiempo. Cuando te necesitemos ya mandaremos a buscarte.

Para entonces estábamos al pie de las escaleras del elevado de la Tercera Avenida. Iba a hacer otro día muy caluroso. Yo había contado mentalmente el dinero que tenía en el bolsillo. Noventa dólares. En ese momento el señor Berman apartó otro billete de diez.

—Y compra algo bonito para tu madre —dijo, la única de sus frases que estuvo resonándome en la cabeza mientras volvía a casa en el tren.

El tren del Bronx iba vacío a esa hora de la mañana, y yo, solo en el vagón, contemplaba las ventanas de las gentes mientras pasábamos. Vislumbraba las habitaciones como si estuviese tomando instantáneas. Una cama esmaltada de blanco contra una pared, una mesa de roble redonda con una botella de leche abierta y una bandeja, una lámpara de pie con la pantalla plisada protegida con celofán y la bombilla alumbrando todavía en plena mañana un asiento tapizado de verde. La gente se asomaba al alféizar apoyada en los codos y miraba el tren que pasaba, como si no los viese cada cinco o diez minutos. ¿Cómo se vería desde allí, entre un ruido que invadía las habitaciones y hacía saltar el yeso de las paredes? Esas locas colgaban el lavado familiar en tendederos entre las ventanas, y sus bragas revoloteaban al paso del tren. No me había dado cuenta hasta entonces de lo amontonadas que están todas las cosas en Nueva York, unas encima de otras, incluso los trenes había que ponerlos encima de la calle, como están unos pisos sobre otros, y también había vías de tren debajo de las calles. En Nueva York todo estaba en diferentes niveles, la ciudad entera era roca y con la roca podía hacerse todo, construir rascacielos sobre ella, agujerearla para hacer túneles del metro, clavarle vigas de acero y hacer circular los ferrocarriles en el aire por entre los pisos de la gente.

Iba sentado con las manos en los bolsillos del pantalón. Había distribuido mi dinero en dos mitades y lo llevaba agarrado con ambas manos. No sé por qué, el viaje de vuelta al Bronx se me hizo eterno. ¿Cuánto tiempo había estado fuera? Ni idea. Tenía la sensación de estar volviendo a casa con permiso, como un soldado que llevase un año en Francia. Todo me parecía extraño. Me bajé una parada antes y caminé una manzana hasta la avenida Bathgate. Era la calle del mercado, todos hacían allí sus compras. Fui por las aceras llenas de gente, entre los carritos parados junto al bordillo y los puestos abiertos en los bajos de las casas de vecindad, todos compitiendo con las mismas naranjas, manzanas, mandarinas, melocotones y ciruelas a los mismos precios, ocho centavos la libra, diez centavos la libra, un níquel la pieza, tres por diez centavos. Escribían los precios en bolsas de papel que colgaban como banderas sobre tablillas de madera detrás de cada cajón de fruta o de verdura. Pero eso no bastaba. Los voceaban. Gritaban: mire, Missus, tengo lo mejor, pruebe esta piña, melocotones de Georgia recién llegados. Hablaban, engatusaban y las compradoras les respondían. Me sentí algo mejor en medio de toda aquella vida inocente, urgente, solo levemente rateril. Había cháchara, y en la calle las bocinas de los camiones, muchachos que corrían de un lado para otro y encima de las salidas de incendios hombres sin trabajo sentados en pantalón y camiseta acanalada leyendo el periódico. La aristocracia de los negocios tenía verdaderas tiendas a las que entrabas

a comprar tus pollos todavía con plumas, o tu pescado fresco, o tu bisté, o leche, mantequilla y queso, o salmón, pescado ahumado y encurtidos. Enfrente de las tiendas *army-navy* había trajes en perchas colgadas de las barras de los toldos o vestidos en bastidores con ruedas frente a la entrada, y también la ropa se vendía barata en Bathgate, donde por cinco, siete o doce dólares te daban dos pantalones con la chaqueta. Yo tenía quince años y cien dólares en los bolsillos. Sabía con seguridad que en ese preciso momento de aquella vida al día era la persona más rica que pisaba la avenida Bathgate.

Había una floristería en la esquina y entré y compré a mi madre un geranio en su tiesto, porque era la única flor cuyo nombre conocía. No olía mucho, y más bien como tierra o como una verdura que como una flor, pero era el tipo de planta que ella compraba y después se olvidaba de regar hasta que se marchitaba en la salida de incendios, frente a la ventana de la cocina. Las hojas estaban enteras y verdes y tenía pequeños capullos rojos todavía sin abrir. Sabía que un geranio no era el regalo adecuado, pero era sinceramente mío y no de Abbadabba Berman en nombre de la banda de Schultz. Caminando hacia mi calle, me sentía un tanto alterado; pero cuando doblé la esquina de la confitería me encontré con los chicos del Max y Dora Diamond corriendo en calzoncillos bajo la regadera sujeta a la boca de incendios. La calle estaba cortada, serían hacia las diez de la mañana, y todos corriendo en ropa interior mojada, los pequeños chillando, con sus cuerpecillos relucientes tan hermosamente ágiles y rápidos. Por supuesto, los pocos mayores llevaban trajes de baño auténticos de lana, bañadores azul oscuro, y unidos a ellos partes de arriba con hombreras tanto los chicos como las chicas, la lana de uniforme azul-huérfano, y no pocos lucían agujeros por donde asomaba la carne. Y había chicos normales de los pisos, con sus colores personales y sus madres observándolos y lamentando que su dignidad no les dejase también a ellos correr bajo el agua. Esta formaba un paraguas irisado sobre la reluciente calle negra. Busqué a mi amiga Becky, pero sabía que no estaría allí, que ya no volverían a cogerla corriendo bajo el chorro, como tampoco a ninguno de los otros incorregibles, no era algo que pudieran permitirse por mucho calor que hiciese, su dignidad les obligaba tanto como a los padres a hacer distinciones, de hecho así ocurría con todos nosotros, sin exceptuarme a mí, el más rígido de todos, que ahora entraba en el oscuro patio de mi casa, salía de la luz y subía, atravesando los oscuros corredores de baldosas octogonales saltadas, al piso donde me había criado.

Mi madre estaba ocupada en lo que sabía que estaría. Por más que curiosease en todas las habitaciones del mundo, no encontraría otra casa como la mía. Había habido un incendio en la cocina, y el esmalte de la mesa lucía una gran quemadura en forma de huevo, con ampollas en la pintura de los bordes. No obstante, las velas estaban encendidas y alineadas en sus vasos. A veces, en tiempo frío, cuando entraba el viento por las rendijas de las ventanas y de debajo de la puerta, y arriba, por el hueco del montaplatos, se inclinaban tan pronto a un lado como al otro y oscilaban y

cambiaban sin orden como en una especie de danza. Ahora ardían tranquilas, aunque parecía haber más de las que yo recordaba. El efecto que me producían era el de estar contemplando un gran candelero, una araña; que aunque estaba de pie lo mismo podía estar tumbado en el suelo contemplando un gran firmamento imperial. Había algo de majestuoso en mi madre. Era una mujer alta, más que yo. Había sido más alta que mi padre, como recordé ahora mirando la foto de la boda que había sobre la cómoda del salón que le servía también de dormitorio cuando se hacía la cama en el sofá. Años atrás lo había tachado a él trazando una gran X con carboncillo sobre el cristal. Eso fue después de haberle raspado la cara. Hacía cosas así. De pequeño yo pensaba que todas las alfombras tenían forma de trajes y pantalones de hombre, porque había clavado el traje de él al suelo como si fuese la piel de un gran animal, una piel de oso, o de tigre. La casa había olido siempre a cera ardiendo, a velas apagadas, a humo de pabilos.

Enfrente de la cocina había un retrete, un oscuro cubículo con solo la taza, mientras que la bañera estaba en la cocina, cubierta con una pesada tapa de madera con bisagras. Puse el geranio allí para que lo viese.

En la pequeña alcoba donde yo dormía encontré algo nuevo, un coche de niño de mimbre oscuro, estropeado pero que había sido elegante. Parecía ocupar toda la habitación. Las llantas de las ruedas estaban abolladas, de modo que se bamboleó cuando lo empujé atrás y adelante. Pero las gomas habían sido lavadas hasta dejarlas blancas, y tenía alzada la capota, esa parte con bisagras que puede levantarse cuando hace mal tiempo y queda encajada con puntales decorativos a los lados. Tenía una serie de hendiduras en diagonal, iluminadas por la luz de la ventana del dormitorio. Echada medio de través en el cochecito había una vieja muñeca de trapo; quizá los había encontrado juntos en la calle, o los había comprado por separado a Arnold Garbage y los había juntado ella, el cochecito y la muñeca, y los había subido por la escalera al piso y a mi cuarto para que me los encontrase cuando volviera a casa.

No hizo muchas preguntas y pareció bastante feliz de verme. Mi llegada dividió su atención; si las velas fuesen un teléfono hubiera sido como si mantuviera dos conversaciones a la vez, tan pronto me escuchaba como se volvía hacia las luces. Cenamos como siempre, sentados junto a la tapa de la bañera, y mis flores formaban una especie de centro de mesa y parecían sobre todo darle a entender que había encontrado trabajo. Le dije que trabajaba como ayudante de camarero y hacía también de algo así como vigilante nocturno, y que era un buen trabajo porque daban muchas propinas. Fue lo que le conté y lo que pareció creer.

—Pero solo durante el verano, porque tienes que volver a la escuela en septiembre —dijo, levantándose para corregir la posición de una de las luces. Asentí, pero le dije que tenía que vestirme adecuadamente para el empleo o no podría conservarlo, de modo que el sábado por la tarde, cuando volvió del trabajo, tomamos el tranvía de la avenida Webster hasta Fordham Road y fuimos a comprar un traje en I. Cohen, que fue el sitio que ella eligió, decía que era donde mi padre había

encontrado buenos precios en los viejos tiempos, y tenía buen gusto, se convirtió de pronto en una madre eficiente y capaz en el mundo exterior, lo que me dejó muy aliviado por varios motivos, uno de ellos que yo no sabía comprar ropa. Parecía también razonablemente normal, llevaba su mejor vestido, de grandes flores violetas sobre fondo blanco, y el pelo recogido bajo el sombrero, de modo que no parecía tan largo. Una de las cosas que me fastidiaban de mi madre era que nunca se cortaba el pelo. Entonces se llevaba corto, pero ella lo tenía largo y por la mañana, cuando estaba preparándose para salir a su trabajo en la lavandería industrial, se lo peinaba en una larga trenza que recogía en lo alto de la cabeza y en la que después clavaba un montón de horquillas. Tenía un tarro de *sour-cream* lleno de esas largas horquillas decorativas sobre la cómoda. Pero cuando después de haberse dado un baño en la cocina por la noche se preparaba para acostarse, a veces yo no podía evitar ver todo aquel largo pelo medio gris cuando se lo peinaba sobre la almohada del sofá, con parte de él cayendo incluso por un lado hasta tocar el suelo y otra parte cogida entre las hojas de su Biblia. Me fastidiaban también sus zapatos, tenía los pies mal de estar todo el día sin sentarse en el trabajo, y su solución era llevar zapatos de hombre, unos blancos a los que daba crema blanca todas las noches, lo mismo en verano que en invierno, y que aseguraba eran de enfermera cuando yo estaba del suficiente mal humor para mencionarlos. Cuando discutíamos, mis críticas la hacían sonreír. Eran algo que la hacía ser todavía más como era. Ella nunca me criticaba, porque estaba demasiado distraída, solo hacía de vez en cuando alguna pregunta cuya ansiedad se disipaba al dispersársele la atención antes incluso de llegar al final de la frase. Pero esa tarde del sábado, cuando fuimos a Fordham Road, tenía buen aspecto y actuaba casi siempre como si estuviese al día y de acuerdo conmigo. Eligió un traje de verano recto gris claro con dos pares de pantalones, una camisa Arrow con refuerzos en las puntas del cuello para que no se volviesen y una corbata de punto rojo de remate cuadrado. Estuvimos largo rato en I. Cohen, y mientras, el viejo caballero que nos atendía fingía no ver lo pobres que éramos, el estado de mi calzado de lona, los zapatos blancos de hombre de mi madre; tal vez aquel hombrecillo regordete con una cinta de medir colgándole del cuello como un *taled* tenía razones para conocer el orgullo de los pobres. Pero cuando mi madre abrió el bolso y desplegó el dinero que yo le había dado me pareció detectar un gesto de alivio en su cara, si no era de curiosidad por aquella mujer alta y guapa que traía a su hijo andrajoso y le compraba un traje de dieciocho dólares más los complementos como si nada. Quizá pensase que era una rica excéntrica que me había recogido en la calle por caridad. Esa noche diría a su esposa que su trabajo lo convertía en filósofo, porque veía a diario que la naturaleza humana está llena de sorpresas y lo único que se puede afirmar de ella es que es incomprensible.

I. Cohen hacía los arreglos y subía los pantalones mientras uno esperaba, pero dijimos que volveríamos y fui con mi madre cuesta arriba hacia el Grand Concourse. Encontré una zapatería Adler y compré un nuevo par de lona negro con la suela bien

gruesa y después elegí zapatos, negros con alzas de cuero invisible como los que le había visto a Dixie Davis, el abogado del señor Schultz. Todo esto nos salió por otros nueve dólares. Con los zapatos en una caja y luciendo los *sneakers* nuevos continuamos nuestro camino Fordham arriba hasta encontrar un Schrafft's. Allí nos reunimos para el té de la tarde con toda la gente fina del Bronx. Pedimos pequeños sandwiches de ensalada de pollo con el pan sin corteza, té auténtico para mi madre y un batido de chocolate para mí, todo servido sobre manteles de papel con calados por camareras con uniformes negros y delantales blancos de encaje que hacían juego con los mantelitos. Me sentía feliz por estar haciendo algo así con mi madre. Quería que lo pasara bien. Disfruté con el chocar de loza del restaurante, las remilgadas y presumidas camareras balanceando sus bandejas, el sol de la tarde que entraba por el ventanal e iluminaba la roja alfombra; me encantaban los silenciosos ventiladores de grandes paletas que giraban en el techo todo lo lentamente que convenía a la dignidad de los comensales. Le había dicho a mi madre que tenía dinero para comprarle también ropa a ella, montones de ropa, y unos zapatos que fuesen mejor a sus pies, y que si quería podíamos ir hasta los grandes almacenes Alexander, en la esquina de Fordham Road y el Grand Concourse, el principal cruce del Bronx. Pero se había quedado embelesada con el encaje de papel del mantel y estaba recorriéndolo con los dedos, palpando el relieve con las yemas y cerrando los ojos como si fuese ciega y estuviera leyéndolo en Braille. Después dijo algo que no estaba seguro de haber oído bien, pero no me atrevía a pedirle que lo repitiese.

—Espero que sepa lo que hace —murmuró. Fue como si hubiese alguien más sentado a la mesa, y la voz no era del todo la suya. No sabía si había dicho aquello hablando para sí o lo había leído en los puntos en relieve del mantel.

Fuera como fuese, esa noche le puse en el monedero cuarenta dólares, lo que me dejó con poco más de veinticinco. Me di cuenta de que estaba acostumbrándome a esas grandes sumas, manejando aquellos billetes como si estuviese acostumbrado a ello desde la cuna. Bien es verdad que uno se acostumbra muy de prisa al dinero, que en seguida olvidamos lo que tiene de milagroso y se convierte en algo sin importancia. No obstante, el salario de mi madre en la lavandería era de doce dólares semanales y ese dinero seguía siendo milagroso para mí, lo que quiere decir valioso a la manera antigua, algo que les faltaba a mis ganancias por su prodigalidad. Era una idea a lo Abbadabba Berman. Esperaba que los dólares que había puesto en su bolso adquiriesen las cualidades de los del sobre de su paga. En el barrio notaron en seguida que yo tenía dinero. Compraba paquetes enteros de cigarrillos Wings y no solo los fumaba continuamente, sino que era generoso con ellos. En la prendería de la Tercera Avenida donde fui a buscar las gafas encontré una chaqueta de un equipo, de raso reversible, negra por uno de los lados, pero cuando le dabas la vuelta a todo se convertía de pronto en blanca, y la compré y por las noches me pavoneaba con ella.



El nombre del equipo era The Shadows, que no me sonaba como de allí, y estaba escrito en una letra cursiva blanca de fantasía por el lado negro y en negro por el lado blanco. De modo que llevaba eso, y con mis cigarrillos y el calzado de lona nueva y supongo que con mi actitud, de la que no me daba cuenta pero que debe de haber sido muy clara para los demás, representaba otra clase de aritmética para los de mi calle, no solo los chicos, sino también los mayores, y era muy curioso, porque quería que todos supiesen lo que no les era difícil figurarse, que para un chaval solo había un modo de encontrar dinero fácil, pero al mismo tiempo no quería que lo supiesen, quería seguir siendo lo que era, un muchacho que aún seguía gozando de la suspensión de juicio de la niñez, que pensasen que era el hijo alocado de una famosa loca, pero había algo en mí que podía valer la pena, adquirir con el tiempo los rasgos del honor, de modo que un maestro perspicaz o algún otro milagro divino podría transformar el voltaje de mi cerebro en una energía para la vida futura de la que todo el mundo en el Bronx podría estar orgulloso. Me refiero a que para el adulto más sagaz, alguien a quien yo no conocía ni sabía que hubiese nunca reparado en mí, y que podía vivir en mi casa o verme en la confitería o en el patio de la escuela, yo sería una de las posibilidades de redención, que había cierto ingenio en el modo en que me movía, cierta encantadora inteligencia en los gestos inconscientes del juego que le darían por un momento y con total independencia de cualquier fidelidad por su parte esa sensación objetiva de esperanza, de que siempre había una oportunidad, de que a pesar de lo mal que iba todo, Estados Unidos era un gran número de malabarismo y todos podíamos ser mantenidos en el aire de algún modo y girar no de mano en mano, sino de la luz a la oscuridad, de la noche al día, en un universo que al fin y al cabo era obra de Dios.

Pero de cualquier modo el cambio era palpable, no importa lo que yo deseara, te sientes diferente y en la calle se te conceden numerosos y discretos tipos de reconocimiento, como si hubieras ingresado en un seminario o algo parecido, pequeños reflejos en los ojos de la gente, que tan pronto te ven y están seguros de que no quieren tener nada que ver contigo como te conceden un momento de su seria atención, según cuales sean sus ideas sobre la vida religiosa, o tal vez de la vida política, pero en cualquier caso se preguntan en qué puedes perjudicarlos o serles útil, y en adelante eres un nombre más en el sistema.

Al mismo tiempo nadie sabía nada, ni con quién estaba ni dónde trabajaba, todo eso era secundario para mi mitológico cambio de posición, excepto, claro, para los del oficio, que por su parte, y por principio, no mostrarían el menor interés porque esas cosas, para empezar, salían a su debido tiempo, y en segundo lugar porque a los ojos de un profesional yo era, sin duda, todavía un mocoso. De modo que de lo que hablo es de un muy sutil suceso espiritual de mi calle, que fuera de aquella vida tan pública del verano difícilmente hubiese alcanzado tal extensión; me refiero a que nunca en la timidez de mi regreso tuve la ilusión de que alguien conociera la magnitud de lo que me había ocurrido, cómo había estado viviendo en el corazón

mismo de la prensa amarilla, distribuido en tinta de imprenta y oculto como el zorro de la página de pasatiempos, excepto que yo estaba en medio de las noticias más importantes de nuestro tiempo.

Pero una noche me encontraba sentado en la escalinata de los huérfanos, envuelto en el lado blanco de mi chaqueta de los Shadows y en compañía de mis dos amigos, Rebecca y Arnold Garbage, y la teníamos casi para nosotros solos, pues a los más pequeños ya los habían metido dentro porque había sonado su toque de queda, y era ese momento de las noches de verano en que todavía está claro el cielo pero ya hay una oscuridad de farola en la calle, ruidosa con las ventanas de todo el mundo abiertas, las radios funcionando y las discusiones en lo más vivo, y apareció por la esquina el coche patrulla verde y blanco de la policía del barrio y al llegar donde estábamos se detuvo y el motor siguió silenciosamente en marcha y miré al poli que iba dentro y él me miró a mí, y la evaluación fue penetrante y comedida, y me pareció que todo se volvía de pronto silencioso, aunque por supuesto no era así, y reparé en mi chaqueta blanca reluciendo con la última luz que bajaba del cielo, me sentí levitar con aquella luz y el coche del poli también pareció alejarse flotando, desde su oscuro fondo verde a su blanca mitad de arriba en suspensión sobre las cubiertas, y después la cabeza de la ventanilla se apartó y dijo algo al poli que yo no podía ver, el conductor, y se echaron a reír y con los faros recorriendo la calle como dos disparos se alejaron.

Ese fue el momento de mi toma de conciencia, en medio de aquella luz extraña, de la primera rabia de que me había hablado el señor Schultz, de cómo te asalta como un bien, como un don. Experimenté la característica rabia criminal, la reconocí, excepto que a mí me había llegado mientras estaba sentado pasándolo bien con otros medio niños allí, en los escalones del hogar Max y Dora Diamond. Era evidente que lo que yo había buscado y a la vez no deseaba, aquella peculiar notoriedad de mis sueños de chiquillo, era ahora oficial, yo era un ciudadano de otra especie, no cabía ya la menor duda. Estaba furioso porque seguía pensando que era a mí a quien le correspondía decidir lo que era, no a los malditos polis; furioso porque nada en este mundo es provisional; furioso porque el señor Berman me había mandado a casa con dinero en el bolsillo solo para que aprendiese lo que cuesta el dinero, y yo no me había dado cuenta.

Ahora recordaba sus palabras, que debía limitarme a estar tranquilo y cuando me necesitasen ya me encontrarían. Había sido al pie de las escaleras del elevado y apenas le había oído. ¿Por qué no oímos las cosas que nos dicen? Un minuto más tarde yo había subido a saltos las escaleras y echado mi níquel en el torniquete, con un grueso espejo de aumento iluminado que te muestra lo grande que es un bisonte norteamericano.

De modo que esa noche hice algo que no había hecho nunca: di una fiesta. Me

pareció suficientemente desafiante. Encontré en la Tercera Avenida un bar que vendía cerveza a su precio a los menores, y compré un barril, alquilé la espita y Garbage se lo llevó bien tapado en uno de sus carritos, lo empujamos escaleras abajo hasta su sótano y allí fue donde di la fiesta. Lo más trabajoso fue quitar de en medio las suficientes porquerías de su almacén para tener algo parecido a un par de viejos catres donde sentarse y un poco de espacio para bailar. Garbage aportó los vasos altos y polvorientos en que bebíamos la cerveza y el viejo gramófono Victor de altavoz curvado como una concha marina, la caja de agujas y el cajón de discos de música negra que nos proporcionaron nuestra música de baile. Le dije que le pagaría el alquiler de todo lo que nos suministrase. Esa noche estaba dispuesto a pagar a todo el mundo por todo, incluso a Dios por el aire que respiraba. Y di la fiesta para los incorregibles del hogar Max y Dora Diamond una vez que todos los demás, incluidos los vigilantes de piso y el supervisor, se habían ido a dormir. En total eran unos diez o doce chicos, incluida mi amiga Rebecca, que vino, como algunas otras chicas, en camión, pero con pendientes y los labios pintados. Todas las llevaban del mismo color y evidentemente de la misma barra. Y allí estábamos, tan orgullosos con aquella cerveza que debía proceder del almacén del señor Schultz porque era realmente agua meada, pero que solo por ser cerveza nos proporcionaba el necesario sabor a corrupción adulta. Alguien había hecho una incursión en la cocina y había venido con tres salamis y varios panes blancos en papel parafinado, y Garbage rebuscó en uno de sus cubos hasta que encontró un cuchillo de cocina y una mesita rota, e hicimos sandwiches y bebimos cerveza y yo tenía cigarrillos para quienes los querían. En el ambiente seco y ceniciento del sótano, con el polvo de carbón en suspensión iluminado por la luz amarillenta de una vieja lámpara de pie, fumamos Wings, bebimos nuestra cerveza sin espuma, comimos y bailamos al son de las viejas voces negras de los años veinte, cantando sus lentas canciones mezcla de dos versos de amor y uno de amargas decisiones, de manitas de cerdo, bollos de jalea, paseos en calesa de papás que hacían cosas malas y mamás que las hacían también y gentes que esperaban trenes que ya se habían ido, y aunque ninguno de nosotros sabía bailar más que el baile de figuras que enseñaban arriba, la música nos decía cómo. Garbage estaba sentado junto a la Victrola y le daba cuerda y sacaba un disco de su funda de papel en blanco y lo ponía, se sentaba en una mesa con las piernas cruzadas y un cojín debajo; hacía eso sin bailar ni hablar con nadie pero dando —mediante su asentimiento a cuanto ocurría en su sótano— la mejor medida de la impasible sociabilidad de que era capaz, sin beber cerveza ni fumar, sino solo comiendo y enfrascado en el inacabable suministro de música rayada, trompetas, clarinetes, tubas, pianos y baterías de afligida pasión, y las chicas bailaban unas con otras y después sacaban a los chicos a bailar con ellas, y estábamos teniendo una fiesta de lo más solemne, chicos blancos del Bronx abrazándose a los sonos de la dulce música negra, llenos de la intención de vivir la vida como debería ser vivida, allí en el hogar para huérfanos. Poco a poco, sin embargo, aquello empezó a tomar un aspecto diferente,

porque algunas de las chicas encontraron colecciones de ropa dentro de grandes cajas de cartón en lo más recóndito de los escondrijos de Arnold Garbage, y a él no pareció importarle, de modo que se vistieron de esto y aquello encima de los camiones, probando y eligiendo sombreros, vestidos y zapatos de tacón alto de tiempos pasados hasta que todas estuvieron satisfechas, y mi pequeña Rebecca llevaba un no sé qué de encaje negro español hasta los tobillos y un chal de gasa rosa, pero siguió bailando conmigo descalza, y algunos de los chicos habían encontrado chaquetas de trajes con hombreras como las de jugar al fútbol y zapatos de charol puntiagudos, y se anudaron corbatas grandes y anchas a sus desnudos cuellos, y acabamos estando entre el humo y el jazz como queríamos estar, bailando en el polvo del club Embassy de nuestro futuro, con los disfraces del tímido amor infantil y aprendiendo como solo lo aprenden los afortunados que Dios no es solo instrucción de la mente, sino de las caderas al encuentro de su ritmo ondulante.

Mucho más tarde, Rebecca y yo estábamos sentados en uno de los catres, ella con las piernas cruzadas, un pie sucio balanceándose y el camisón asomando por debajo del vestido de encaje negro. Se había quedado la última. Levantó los brazos, se recogió el negro pelo detrás de la cabeza e hizo no sé qué allí atrás, como hacen las chicas con el pelo, que se queda como lo colocan sin razón visible para ello y a despecho de la ley de la gravedad. Quizá yo estaba algo borracho para entonces, quizá lo estábamos los dos. Además, el baile había sido cálido y ceñido. Yo estaba fumando, y me cogió el cigarrillo, dio una chupada, echó el humo sin tragarlo y volvió a ponerme el pitillo en los dedos. Vi que llevaba rímel en las pestañas y en los párpados y había usado el lápiz de labios comunal, que había palidecido un tanto desde su aplicación, y me estaba mirando de soslayo balanceando el pie, con aquellos ojos oscuros como uvas negras y el blanco cuello rodeado con aquel chal rosa roto y polvoriento... Yo no estaba advertido ni preparado en cada momento para lo que podía ocurrir en el siguiente; nadaba en un reino de intimidad, como si acabase de encontrármela, o de perderla, pero desde luego como si nunca la hubiese jodido en la azotea. Se me secó la boca de lo increíble e infantilmente hermosa que estaba. Hasta ese momento yo había sido el que daba la fiesta, el gran patrón de la noche dispensando su generosidad y concediendo sus favores. Todos aquellos bailes —sí, yo sabía que todos sabían que era mi preferida en mis correrías cachondas por la escalera de incendios, pero eso era deporte, le pagaba, qué diablos, debí de haber estado mirándola, porque se volvió a otro lado y bajó los ojos mientras su pie enloquecía—, todos aquellos bailes que había bailado con ella y solo con ella eran las agotadoras ceremonias de la posesión. Y aquella vieja niña bruja comprendió antes que yo que todo era cosa del corazón, como si mi ascenso en el mundo nos hubiese elevado a una inmensidad importante que ahora nos era permitido ver como una lejanía frente a nosotros, un horizonte. Todos debían de haberlo comprendido, todos

los chicos que había allí, mientras yo pensaba que lo que había estado sintiendo era solo un pasarlo bien, levemente achispado.

De modo que cuando ya no quedaba nadie nos acostamos por primera vez sin ropa en aquel mismo catre, mientras los demás dormían, incluso Garbage en alguno de sus rincones secretos. Estábamos echados en el oscuro sótano de polvo y ceniza, yo pasivo y de espaldas y Rebecca encima, y se pegó a mí dejándose caer con una larga aspiración que después sentí como un fresco aleteo de aire en mi cuello, y lenta y torpemente fue aprendiendo su ritmo sobre mí mientras yo era lo bastante paciente para permitirle hacerlo. Mis manos estuvieron un rato en su espalda y después sobre sus cachas, seguí la suave caída con mis dedos, sabía que la tenía tan negra como el pelo, fui del final de la espalda a la raja del trasero, y después puse el dedo en el anillito de la entrada y cuando levantaba las caderas lo tocaba y cuando bajaba lo perdía en la cárcel de sus duras nalgas. Cuando se alzaba, su pelo caído hacia adelante me rozaba la cara, y al bajarse se me ponía alrededor de las orejas, y le besé las mejillas mientras descansaba y sentía sus labios en mi cuello y sus duros pezoncillos contra mi pecho y sus muslos húmedos sobre los míos, y después, no recuerdo cuándo, empezó a hacer pequeños descubrimientos que me contaba en quejidos íntimos y casi mudos al oído, y después entró en una especie de pánico arrítmico y se puso rígida y sentí en torno a mi polla el apretón de su musculatura interna y cuando alargué la mano y volví a ponerle el dedo en el culo lo cerró y me apresó la punta, y volvió a soltarla, y apretaba estrujando y soltando la polla; y no pude ya resistirlo, me arqueé para que le entrase a fondo y volví a sacarla, subiendo y bajando con el peso de su cuerpo con la misma vehemencia que si fuera yo el que estaba encima, y en seguida empecé a ir tan de prisa que la hacía saltar sobre mi pecho y mis muslos entre leves gruñidos hasta que encontró mi ritmo y empezó a ir contra él, primero de un modo imperfecto y como tartamudo, pero al cabo de una suave eficacia, acercándose a mí cuando debía y separándose cuando lo hacía yo, y era algo tan insoportablemente exquisito que me vino y la sujeté contra mí con las manos y me estuve corriendo chorro a chorro, ordeñado por aquel cuerpecito encantador, todo el tiempo que pude. Y ella me tuvo abrazado para no separarse de mí mientras duró, y después hubo paz entre nosotros, y seguimos echados como estábamos con tan gran confianza como para no necesitar palabras ni besos, solo una dulce, lenta y común deriva hacia el sueño.

Lo que me despertó fue el frío del aire vacío en mi piel, y aquella luz de un gris ceniciento que tenía la mañana en el sótano del hogar infantil Max y Dora Diamond. En el suelo, junto al catre, había un montoncillo de encaje negro y rosa, como si la bruja se hubiese desencarnado: mi amor había vuelto allá arriba, a su infancia. Los huérfanos de hospicio saben con básica astucia cotidiana cómo hacer para no ser cogidos, y se me ocurrió que no era un mal entrenamiento para la chica de un gánster. Me preguntaba qué edad tendrían que tener las personas para poder casarse. Pensé mientras seguía allí echado que mi vida estaba cambiando más rápidamente y en más sentidos de los que podía abarcar. O quizá era todo una sola cosa, como si todo tuviese un mismo origen, de modo que yo me transformaba al contacto con el señor Schultz, Becky se transformaba al contacto conmigo, era un único impulso transformador el que iba extendiéndose sin límite. Rebecca no se había corrido nunca, al menos conmigo, y estaba muy seguro de que tampoco con nadie más. Apenas tenía pelo en el coño. Estaba creciendo para casarse conmigo.

Oh, Dios mío, lo que sentí entonces por aquella misteriosa muchachita sin padres, aquella aceitunilla mediterránea, aquella brujilla tan ágil con sus pezoncitos, su espalda arqueada y su suave trasero, tan trabajada por la dureza del vivir como podía estarlo una hembra. ¡Yo le gustaba! Deseaba echarle una carrera, sabía de lo que era capaz, le daría una cabeza de ventaja porque era el mayor, y apostaba a que sabría aprovecharla. La había visto saltar a la comba, incansablemente, con un montón de habilidades, sobre un pie, redoblando el ritmo, o saltando los arcos restallantes, pasando a través de dos cuerdas que a derecha e izquierda giran en direcciones opuestas, y todo ello más rápido y durante más tiempo que ninguna. También sabía andar sobre las manos, totalmente ajena a que la inversión de la falda dejase al descubierto las blancas bragas y todos los chicos las viesan. Agitaba sus piernas morenas en el aire mientras desfilaba por la calle cabeza abajo. Era una atleta, una gimnasta, y la enseñaría a hacer juegos malabares, aprenderíamos juntos hasta que fuésemos capaces de tener seis mazas volando entre nosotros.

Pero entonces quería comprarle algo. Estuve pensando qué podría ser. Escuché. Conocía la casa de los huérfanos tan bien como la mía, podía vivir allí, e incluso sobrevivir, y, con mis sensaciones refractadas en aquella atmósfera fétida por la peste a cerveza, saber por el grado de vibración del edificio la hora que era. Estaban apenas empezando a ponerse en marcha en la cocina: amanecer. Me levanté, agarré mi ropa y, subiendo a hurtadillas por una escalera trasera, llegué a las duchas de chicos; diez minutos después estaba fuera, en medio de la nueva mañana, con el pelo de mi reciente corte húmedo y brillante, mi chaqueta de los Shadows con el lado blanco

hacia fuera y el desayuno a mano: una barra recién hecha cogida de la gran bolsa de pan que dejaba antes de amanecer en el andén de entregas la camioneta de la panadería de Pechter.

Era tan temprano que nadie se había levantado todavía, ni siquiera mi madre. Las calles estaban vacías y las farolas todavía encendidas bajo un cielo blanco. Se me ocurrió, camino de la Tercera Avenida, que miraría los escaparates de la prendería por si había algo y esperaría allí cerca a que empezase la jornada para comprarlo. Quería regalarle a Becky alguna joya, quizá incluso un anillo.

A esa hora ni siquiera estaba abierto el puesto de periódicos que había al pie de la estación del elevado. Los diarios de la mañana estaban en paquetes atados con bramante donde los habían tirado los camiones de reparto. Supe sin mirarlo que el titular del *Mirror* se refería a mí y sentí la atracción de las palabras antes de leerlas: ESPANTOSO CRIMEN DE LAS BANDAS. Debajo se veía la foto oscura de un hombre muerto en un sillón de barbería, que creí que estaba sin cabeza, hasta que leí el pie que explicaba que la tenía envuelta en sabanillas calientes de peluquería ensangrentadas. Un capo de la lotería clandestina del West Side. Estaba tan aturdido que puse mis tres centavos en el suelo junto al montón de periódicos antes de coger uno para leer la noticia.

La leí con interés de propietario, primero a la sombra del elevado, y después, no muy seguro de haberlo entendido todo, y aprovechando la franja de luz que llegaba del hueco entre las vías que había sobre mi cabeza, estiré los brazos y volví a leer a la tranquila y deslumbrante luz de la mañana el diario crimen gansteril del *Mirror*, mientras nada se movía a ninguno de los niveles, ni tren ni tranvía, excepto la oscuridad a franjas a lo largo de la avenida adoquinada, como un celador de cárcel paseando su porra a lo largo de los barrotes de las celdas, mientras la cabeza empezaba a dolerme a través de los ojos, y reconocía la alternancia de luz y sombra de la impresión negro sobre blanco del papel como el mensaje que había para mí en aquella noticia.

Porque, por supuesto, yo sabía de quién era obra aquello, la noticia no decía mucho más de lo que se veía en el titular y la foto, pero la leí con una intensa concentración, no solo como alguien del mismo oficio, sino de la misma empresa, estaba leyendo algo sobre mi mentor, y la prueba era que no necesitaba prueba alguna, lo sabía hasta el punto de buscar en el texto el nombre del señor Schultz, preguntándome por qué no estaba, entumecido e incapaz de pensar en forma tras mi primera noche de amor, como si todo el mundo supiese algo porque yo lo sabía, como si no supiese algo que nadie más sabía, y mucho menos los periódicos. Volví y saqué un *News*, que traía una foto casi igual y contaba lo mismo, y después cogí un *Herald Tribune*, uno de esos periodicuchos pomposos, y no sabía más que los otros, aunque empleaba más palabras. Ninguno sabía. No había día de la semana en que no muriese algún gánster, y el porqué y el quién eran materia de confusión pública. Las líneas de poder se entrecruzaban en secreto, los aliados se convertían en enemigos, las

sociedades se deshacían, a cualquiera podía matarlo casi cualquier otro del oficio en cualquier momento, y la prensa y los polis necesitaban testigos oculares, declaraciones, documentación, y seguir rastros y figurarse cómo había ocurrido. Podían tener sus teorías, pero les costaba mucho conseguir una versión autorizada, como a cualquier historiador que examina los restos cuando ya se ha hecho el silencio. En cambio yo lo supe inmediatamente, como si hubiera estado allí. Había utilizado lo primero que tenía a mano, había improvisado guiado por su rabia, quiero decir que no se sienta a alguien en un sillón de barbero para matarlo, lo encuentras allí y agarras una navaja. Se había puesto totalmente fuera de sí como con el inspector de incendios, yo había enlazado con el gran Dutch Schultz cuando su imperio ya declinaba, estaba perdiendo el control; allí, en primera página, estaba el retrato de un loco sanguinario, y ahora ¿qué leches iba a hacer yo? Tenía la sensación de estar implicado de un modo nada prometedor para mí, como si aquel hombre hubiese faltado a nuestra confianza y después de todo yo no tuviese nada que aprender de él excepto cómo autodestruirse.

Rompí a sudar y me acometió la más temible e insoportable de las sensaciones: la náusea. En esos momentos solo quieres tirarte al suelo y agarrarte a él, no es posible otra cosa. Miré alrededor y dejé caer los periódicos en un cubo de basura, como si pudiesen echarme el guante por tenerlos, como si fueran la prueba de mi complicidad.

Me senté en el quicio de una puerta, metí la cabeza entre las rodillas y esperé a que se me pasara aquello. Al cabo de unos minutos me sentí mejor, el sudor se te enfría y ya estás bien, puedes volver a respirar. Tal vez fuera en ese momento cuando germinó en mí la secreta convicción de que siempre podría escapar, de que podían buscarme pero nunca me encontrarían, de que conocía más salidas de las que eran capaces de imaginar. Pero de manera consciente lo único que podía pensar era que el señor Schultz representaba un peligro mayor para mí cuando no estaba en su presencia que cuando estaba. Podían detenerme por cosas que él había hecho y yo ignoraba. Cuanto menos los veía a todos, incluido el señor Berman, más vulnerable me volvía. Como idea, la cosa resultaba de lo más contradictorio, pero como sensación era indiscutible. Si no lo tenía donde pudiese verlo, ¿cómo escapar, si no sabía hacia dónde correr? En ese momento supe que tenía que volver con la banda, ella era mi garantía, mi protección. Pensé, allí sentado bajo el tren elevado, que no estar con ellos era un lujo que no podía permitirme. No era seguro estar lejos de ellos.

Me dije que no estaba pensando con claridad. Para calmarme, eché a andar. Anduve y anduve, y después, como dándome cierta seguridad de que el mundo podía encajar cuanto le ocurriese, pasó el elevado tronando sobre mi cabeza, las calles empezaron a poblarse de coches y camionetas, la gente que tenía trabajo se dirigía a él, los tranvías tocaban la campana, los tenderos abrían sus puertas y yo encontré un restaurante, entré, me senté en el mostrador junto a mis conciudadanos del mundo, tomé jugo de tomate y café y, como me sentía algo mejor, pedí dos huevos fritos con tostada y bacon, y un donut, y más café, y rematé la cosa con un cigarrillo para



reflexionar, y para entonces las perspectivas no eran ya tan malas. El señor Schultz había dicho al señor Berman en mi presencia: parece que hay un par de cosas esenciales que debemos hacer. Los limpiaventanas cayendo del piso de un edificio eran una de esas cosas, y aquella, otra. Se trataba de un asesinato profesional planeado de modo tan conciso y exacto como un telegrama de la Western Union. Al fin y al cabo la víctima era del oficio, alguien de la competencia, y su asesinato simbólicamente significativo para las pocas personas con las que el señor Schultz quería comunicarse. Pero al mismo tiempo, al haber utilizado una navaja de afeitar, muy probablemente sugeriría a la oficina del fiscal, a los reporteros de crímenes, a los polis más enterados, a los peces gordos de Tammany<sup>[2]</sup> e incluso a todos los del oficio, excepto la competencia, que debía de ser obra de algún otro, porque no tenía la firma de *el Holandés*; era el tipo de asesinato propio de un negro, o de la venganza de un siciliano, pero en cualquier caso había en él lo bastante de todo para poder ser obra de cualquiera.

Todo esto resultaba muy consolador, si no fuese porque empezaba a tomar a mal que me hubiesen mandado lejos cuando asuntos tan importantes estaban siendo adjudicados. Me preocupaba que hubiera cambiado mi situación sin yo saberlo, o aún peor, que fuera yo quien la había sobrestimado. De modo que volví a subir por la Tercera Avenida empezando a sentirme tan inquieto como al principio y con la misma necesidad de volver a estar con el señor Schultz. Me encontraba en una situación muy extraña. Me había portado como un novato tras el asesinato matinal en el club Embassy. Tal vez no debería haber parecido tan impresionado. A lo mejor pensaron que no tenía lo que hay que tener. Al momento estaba corriendo, volando camino de casa sobre franjas de sol y sombra. Subí los escalones de dos en dos por si había llegado un mensaje para mí mientras estaba fuera.

Pero no había ninguno. Mi madre estaba de pie recogiendo el pelo. Me miró con curiosidad, con los brazos alzados, las manos detrás de la cabeza y dos de aquellas largas horquillas enjoyadas entre los dientes. Apenas pude esperar a que se fuese al trabajo. Era de una lentitud exasperante, como si sus minutos fuesen más largos que los de las demás personas; se movía en una especie de tiempo majestuoso de su propia y misteriosa invención. Al fin se cerró la puerta tras ella. Saqué del fondo del armario mi nueva maleta de segunda mano, que era de piel y se cerraba por arriba como un gran maletín de médico, y metí en ella mi traje de I. Cohen, camisa, corbata, mis gafas de montura metálica y cristal plano parecidas a las del señor Berman, y algo de ropa interior y calcetines. Metí también el cepillo de dientes y el del cabello. Aún no había comprado un libro en una librería, pero podría hacerlo, en el centro. Tenía que quitar de en medio el terrible cochecito de niño al que tanto cariño tenía mi madre para poder meterme debajo de la cama, donde había escondido mi Automatic. La puse en el fondo, debajo de todo lo demás, accioné los cierres,

abroché las correas, dejé la maleta junto a la puerta y me aposté de guardia en la ventana de la escalera de incendios. Estaba convencido de que vendrían a buscarme esa misma mañana. Era para mí asunto de gran urgencia que lo hiciesen. No podían fallarme. ¿Por qué iba a insistir el señor Berman en que me comprase ropa nueva si pensaban dejarme tirado? Además, sabía demasiado. Y era listo; sabía lo que estaba pasando e incluso más, lo que iba a ocurrir después.

Lo único que no sabía ni podía imaginar era cómo vendrían a recogerme, cómo iban a saber dónde estaba. Después vi al coche patrulla del distrito llegar despacio por la calle y pararse frente a mi casa. Pensé: ya está, es demasiado tarde, se acabó, están deteniendo a todos, y ha sido él, nos la ha hecho buena. Cuando se apeó el mismo tipo que me había estado observando hacía unas noches, tuve conciencia del significado de la ley, del poder del uniforme, y una desesperada sensación de exclusión del futuro. Por muy experto, astuto y rápido que seas, si el terror del momento te atrofia quedas tan inerte, tan paralizado por la visión del desastre como un animal cogido en la luz de los faros. No sabía qué hacer. El tipo desapareció debajo de mí al entrar al edificio y subió por la oscura escalera, podía oír sus pasos, pero en la calle, cuando miré, el otro poli se había apeado y estaba apoyado contra la puerta del conductor con los brazos cruzados, justo debajo de la escalera de incendios. Me tenían. Yo estaba de pie detrás de la puerta y escuchaba sus pisadas. Después oí su respiración. ¡Dios mío! Luego el muy cabrón golpeó la puerta con el puño. Cuando la abrí estaba allí plantado, llenando el dintel en la oscuridad, un poli gordo y corpulento que se enjugaba el pelo gris con un pañuelo y después se secó el borde interior de la gorra.

—Venga, chaval —dijo, todo azul y tan corpulento como son los polis, con tantas cosas como meten bajo la guerrera, monedas, porras, blocs de multas y balas—, no me preguntes por qué, pero te buscan. Muévete.

Y aquí resumiré lo que me contó el señor Schultz del asesinato, porque yo no podría ni siquiera empezar a reproducir palabra por palabra, tratar de comprender cómo fue el estar en su presencia y gozar de su confianza cuando hablaba de asuntos tan íntimos; hay un júbilo horrorizado, a veces no escuchas los detalles por mirar a la cara del que habla, te maravillas de tu temeridad al haberte puesto ante su vista, esperas que no se dé cuenta de que tu deseo más profundo es de conformar tu pensamiento al suyo, hablar para tus adentros con su voz, lo que significa que aún no puedes. Pero escuchando esas confidencias, mudo de orgullo por estar recibéndolas, y recordando mi pánico aquella mañana, me sentía estúpido y un tanto desleal por haber dudado siquiera de él o de su consideración hacia mí, pues, según me dijo, a pesar del carácter improvisado de lo de la barbería daba la sensación de ser acertado, tanto como si hubiera sido planeado, aunque las cosas planeadas salen mal tan a menudo que aquella fue mejor que planeada, y supo inmediatamente que era un golpe genial por las muchas cosas que consiguió al mismo tiempo, todas ellas relacionadas entre sí, de modo que como todo buen negocio fue en parte suerte y en parte

inspiración, pero en cualquier caso una jugada maestra a la vez que acertada como negocio y poéticamente eficaz, aparte, por supuesto, de estar sólidamente basada en el único motivo válido, que es la simple y justa retribución. Estaba muy orgulloso de aquel trabajo. Creo que eso aliviaba la violencia que sentía por su pérdida de control con el inspector de incendios. Y en este caso no había menor tristeza, dijo, no quedaba resquemor alguno, no como pasó con Bo, no era nada tan personal, solo ocurrió que Irving localizó al tipo mientras el señor Schultz estaba utilizando los placeres de un burdel situado a menos de dos minutos del hotel Maxwell. Celebraba su regreso de Syracuse, donde, tras entregarse a la justicia, había pagado la fianza y salido de la audiencia no siendo ya un huído; estaba celebrando el éxito de la primera parte del plan y tomándose un vaso de vino preliminar con las chicas y, que yo le dijese, ¿podía haber algo en la vida más grande que eso?, como si yo lo supiera, para reaparecer y reanudar su antigua vida, para ser *el Holandés* de antes, desde los zapatos sin limpiar al sombrero gris perla ligeramente sucio, y de ese modo aquello fue auténtica suerte, una buena señal, pudo ir allí y solventar las cosas mientras el peluquero estaba todavía arreglándole el pelo a aquel cabrito. Estuvo ya listo desde el momento en que el otro echó el sillón hacia atrás para afeitarlo. El *capo* de la lotería tenía su arma en el regazo bajo la sábana a rayas, como acostumbraban hacer muchos, y dos de sus guardaespaldas estaban sentados en el vestíbulo leyendo los periódicos de la noche junto a las palmeras de adorno que hay frente a la puerta de cristales, esa era la situación. Uno de los guardaespaldas miró casualmente por encima del periódico, y al ver allí a Lulu Rosenkrantz de pie y sonriéndole con su sonrisa desdentada bajo aquella frente saliente y peluda, y junto a él Irving llevándose el dedo a los labios, carraspeó levemente para llamar la atención de su colega, y juntos, tras cambiar apenas una leve mirada, doblaron los periódicos y se levantaron, con la esperanza de que su inmediata y unánime decisión de mandar al cuerno la lealtad les ganase el favor de aquellos dos bien conocidos y formidables personajes. Y así fue, pues se les permitió desaparecer por la puerta giratoria del hotel sin resentimientos ni más requisito que entregar los periódicos, que Irving y Lulu se sentaron a leer en los sitios ahora libres junto a las palmeras de adorno, aunque la verdad era, explicó el señor Schultz, que Lulu no sabía leer. Al mismo tiempo, el peluquero, que solo admitía a personas muy especiales después de la hora de cierre, tras haber visto y comprendido el significado de la ceremonia que tenía lugar frente a su establecimiento mientras aplicaba la toalla caliente a la cara de su cliente, envolviéndola según costumbre como un copete de merengue, de modo que solo queda visible la punta de la nariz, se excusó silenciosamente de no poder seguir, con ayuda de un callejón que llevaba a la calle, y pasó murmurando disculpas junto a otro peluquero en bata blanca de manga corta que entraba en ese momento, el propio señor Schultz, con los brazos gordos pero no musculados cubiertos de pelo negro, el cuello corto y grueso y una sombra negroazulada en las mejillas, sometidas al tormento de dos afeitados diarios. *El Holandés* se acercó al cliente recostado, le

aplicó más toallas calientes imitando los atentos servicios de un barbero y dejó caer sobre ellas, especialmente en las ventanas de la nariz, una poción de un pequeño frasco sin etiqueta que había tenido la previsión de tomar prestado, sin demasiadas explicaciones, a la madame del burdel. Y, tras dar vueltas en torno al sillón haciendo pequeños ruidos serviciales hasta que estuvo satisfecho, palpó debajo de la sábana, cogió el arma de los dedos ahora flojos, la puso delicadamente a un lado, levantó las toallas por el sitio donde envolvían la barbilla, las dobló cuidadosamente detrás de la garganta y, eligiendo una navaja de afeitar ya abierta del estante que había debajo del espejo, y tras comprobar que estaba impecablemente afilada, la hundió sin vacilar en la parte descubierta, justo por debajo de la línea de la mandíbula. Y mientras el labio de sangre, fino como un hilo, iba ensanchándose lentamente en una sonrisa y la víctima hacía un pequeño movimiento de semiprotesta en su asiento, un leve alzamiento de hombros y rodillas más inquisitivo que acusatorio, lo mantuvo sujeto con un codo sobre la boca momificada y fue aplicando capa tras capa de toallas calientes y húmedas, que tenía a mano en el artefacto cromado que había detrás del sillón, a su pecho, garganta y cabeza, hasta que solo un rosa rezumante, el color de una lenta e indecisa puesta de sol, cubría la envoltura, de modo que pudo, con una insolencia exenta de prisa, limpiar la navaja de afeitar de palmo y medio, cerrarla y meterla en el bolsillo del pecho junto al peine, y, tras una mirada vindicativa al vestíbulo como si hubiese allí, observando, toda una audiencia de banqueros, interventores, cobradores y corredores de la industria de la lotería clandestina, limpió la empuñadura de la Smith Wesson con la sábana a rayas, volvió a colocarla en la mano de la víctima y a poner la mano en el regazo, extendió la sábana rayada sobre el cuerpo y se retiró por la puerta de cristales, que se cerró sobre la escena con un clic, con lo que allí quedaron dos sillones de barbero, dos cadáveres y dos hilos de sangre salpicando el suelo embaldosado.

—No hubo en ello nada espantoso —me dijo el señor Schultz, refiriéndose al titular que me había llamado la atención—. Eso fueron estupideces del periódico; nunca consigues que te dejen en paz. Fue lo más bonito y profesional que pueda darse. De todos modos, probablemente fue el narcótico lo que mató a ese hijo de puta. Quiero decir que sí se movió, pero también se mueve el pollo cuando le cortas el cuello. Los pollos salen corriendo cuando ya están muertos. ¿Sabías eso, muchacho? Lo he visto en el campo.

## SEGUNDA PARTE

Estábamos, la primera mañana, en la escalinata de la audiencia y contemplábamos lo que había más allá del puente sobre un torrente de montaña que llevaba a los campos, los pastos y las colinas que nos rodeaban, todo verde y lila en las laderas, y las cosechas de un verde más oscuro. Lucía el sol en un cielo intensamente azul, a cierta distancia una vaca soltaba mugidos que me sonaban como la canción de la gran alegría inconsciente de la naturaleza, y Lulu Rosenkrantz masculló:

—Yo no sé nada de esto. ¿Qué hace uno cuando quiere dar un paseo?

Tampoco yo había estado nunca en el campo, a no ser que contemos el parque Van Cortlandt, pero me gustaban el olor y la luz, la paz de aquel cielo. También estaba al tanto de los fines del asentamiento humano. Allá a lo lejos la gente cultivaba lo que necesitaba, sembraban y tenían ganado lechero, y este pueblo, Onondaga, capital del condado, era su mercado. Se alzaba en la ladera de las colinas, dominando las tierras agrícolas, y el riachuelo bajaba de las montañas y lo atravesaba. Nadie me dijo que no lo hiciese, de modo que hice una excursión al viejo y ruidoso puente de madera y contemplé el agua corriendo rápida y somera sobre las piedras. Era más ancho cuando uno estaba encima, parecía más un río que un arroyo. Después, unas cuantas manzanas más allá a lo largo del río, encontré una serrería abandonada, con las naves inclinadas como si un viento fuerte pudiese aplanarlas; el sitio llevaba mucho tiempo cerrado, pero mostraba claramente las pasadas ambiciones de alguien y lo que era una empresa a base de recursos naturales, algo que había leído en la geografía de la escuela sin llegar a entenderlo del todo. Me refiero a que uno no puede entender realmente una frase como *recursos naturales*, tienes que ver los árboles en las montañas, y el río, y la serrería junto a él para empezar a hacerte una idea, a ver el sentido de todo aquello. Y no es que yo quisiera semejante vida para mí.

En Onondaga, un montón de gente había vivido y había muerto y lo que dejaban eran sus casas; en seguida me di cuenta de que las casas llevaban mucho tiempo construidas, eran de madera, la gente del campo vivía en casas de madera pegadas unas a otras, una especie de grandes cajas teñidas de marrón oscuro o pintura gris desconchada con tejados de dos aguas embreados y porches llenos de leña, y de vez en cuando había una casa fantasma que tenía en una esquina una torre coronada por un tejadillo que parecía un gorro con orejas de burro, y ventanas curvas, tablillas clavadas encima en diferentes formas y celosías de hierro decorando los bordes del tejado, como si tuviesen problemas con las palomas. De todos modos, eso era también América, le dije a Lulu Rosenkrantz, aunque él parecía dudar. Al menos los edificios públicos eran de piedra, la audiencia estaba hecha de bloques de piedra roja con adornos de granito que me recordaron al hogar Max y Dora Diamond, salvo

que era mayor, tenía ventanas y puertas en arco y las esquinas redondeadas, como lo está a veces la justicia, y la escuela del distrito, de cuatro plantas, era de la misma fea piedra roja que la audiencia, y también la biblioteca pública, una diminuta construcción de una única sala, forrada de piedra para que pareciese que la gente se tomaba el asunto de la lectura más seriamente de lo que en realidad lo hacía. Estaba después la gran iglesia gótica de piedra gris, bautizada modestamente iglesia del Espíritu Santo, y hasta entonces lo único que conocía del pueblo a lo que no habían bautizado con el nombre del tal Onondaga, un indio que al parecer había causado una gran impresión. Había una estatua suya en el césped de delante de la audiencia, en la que se le veía protegiéndose los ojos con la mano para otear hacia el oeste. A la señorita Lola señorita Drew, cuando salió por primera vez y vio la estatua, pareció gustarle mucho, y estuvo contemplándola hasta que el señor Schultz se cabreó y se la llevó de allí.

El mayor edificio del pueblo era el hotel, el Onondaga, por supuesto, seis pisos de ladrillo rojo en pleno centro del barrio comercial, si es que podía llamarse así, ya que muchas de las tiendas estaban cerradas con letreros de SE ALQUILA en los escaparates, y los pocos coches aparcados con las ruedas delanteras sobre el bordillo eran viejos cacharros negros, modelos A y T, o camiones agrícolas con tracción por cadena y sin puertas; no había muchos sitios adonde ir en Onondaga, en realidad con nuestra llegada éramos nosotros lo único que ocurría, algo de lo que me di cuenta cuando el viejo de color que hacía de botones me trajo el equipaje con auténtico deleite a mi habitación individual del último piso y ni siquiera esperó por la propina que estaba calculando darle. Allí era donde íbamos a alojarnos todos, en el sexto piso, que el señor Schultz había alquilado entero. Cada persona tendría al menos una habitación para ella, de otro modo no parecería justo, dijo el señor Schultz mirando a la señorita Lola señorita Drew, de modo que ella tuvo suite propia, y él otra, y los demás habitaciones individuales, excepto que el señor Berman tuvo una segunda en la que mandó poner un teléfono especial con línea directa para no utilizar la centralita del hotel.

La mañana de nuestra llegada estuve dando botes sobre mi cama. Abrí una puerta y, ¡hop!, había un cuarto de baño con una bañera enorme, toallas blancas muy buenas colgando del toallero y un espejo de cuerpo entero en la puerta. Aquello era tan grande como la cocina de nuestra casa. El suelo tenía pequeñas baldosas blancas octogonales, igualito que en nuestro pasillo del Bronx, aunque mucho más limpias. La cama era blanda y ancha y el cabezal la mitad de una gran rueda con radios de madera de arce. Había un sillón con una mesa al lado de la que salía una lámpara, y una pequeña cómoda con espejo, y en el cajón de arriba departamentos cóncavos para el dinero suelto y otras cosas pequeñas que podían perderse. Había cortinas blancas de gasa que podían correrse con un cordón y detrás persianas negras como las de mi escuela, que podían cerrarse para ver diapositivas o películas mediante una pequeña polea sujeta al alféizar. Junto a la cama había una radio de mesa que hacía algo de

ruido pero no parecía captar ninguna emisora.

Me encantó aquel lujo. Me tumbé de espaldas en la cama, que tenía dos almohadas y una colcha blanca con un dibujo de bultitos, hileras de pequeños pezones de algodón que al pasarles la yema del dedo por encima me hacían pensar en Becky. Tumbado con las manos detrás de la cabeza, lancé mi pelvis al aire unas cuantas veces imaginando que la tenía encima. Las habitaciones de los hoteles eran lugares sexy. Había visto en el vestíbulo de abajo un escritorio con papel del hotel gratuito, que se podía coger, y pensé que dentro de un par de días le escribiría una carta. Empecé a pensar qué iba a decirle, si pedirle o no perdón por dejarla sin despedirme, etcétera, pero me interrumpió la calma. Me incorporé. Estaba todo muy silencioso, extrañamente tranquilo, lo que al principio parecía formar parte del lujo, pero después me pareció como otra presencia que iba haciéndose notar. No me refiero a que sintiese que estaba siendo observado, nada de eso, era más bien como si ciertas expectativas de la sociedad estuviesen tratando de presentármese bajo la forma del papel de la pared, por ejemplo, filas interminables de ramilletes de «botones de oro», o de los componentes del mobiliario, allí plantados tan silenciosamente como elementos de un rito misterioso a la espera de que lo ejecutase como es debido. Me senté, encontré una Biblia en el cajón de la mesilla y pensé que alguien la habría dejado allí por accidente. Después me di cuenta, por la resuelta limpieza y el orden que reinaba en la habitación, de que debía estar allí como parte del mobiliario. Miré por la ventana; mi habitación estaba en la parte de atrás y me ofrecía una buena vista de las terrazas de tiendas y almacenes. Nada se movía en Onondaga. Detrás del hotel había una ladera cubierta de pinos que conseguía tapar el cielo.

Comprendí lo que debía estar sintiendo Lulu Rosenkrantz, la ausencia de la vida tal como la conocíamos, ronca, estruendosa y moviéndose mecánicamente entre bocinazos y timbres, rechinar de ruedas y chirriar de frenos, toda esa ruda variedad del exceso de gente en un espacio demasiado pequeño, donde uno podía realmente ser egoísta y libre. Pero él al menos tenía a Irving y a Mickey y años de lealtad a la banda para consolarlo, mientras que ninguno de ellos sentía un especial afecto hacia mí. Hasta ese momento nadie me había dicho qué estaba haciendo en Onondaga. Pensaba que ya había pasado la etapa de ir a por cafés, pero no estaba seguro. Sabía cosas que era fatal saber si no confiaban en uno. Me encontré, no por primera vez, midiendo mis motivos para tener confianza frente a lo profundo del peligro en que estaba. Siempre sería así; cada vez que me sentía bien por el modo en que estaban yendo las cosas y por estar viviendo sin errores mi vida encantada, me bastaba recordar que una pequeña equivocación era suficiente para cambiar mi suerte, tal vez incluso sin yo saberlo. Era cómplice habitual de asesinatos, podía ser detenido, juzgado y condenado a muerte, pero eso no bastaba para asegurarme un sitio. Pensando en Bo Weinberg, abrí la puerta que daba al ancho pasillo alfombrado en penumbra y miré a derecha e izquierda en busca de algún indicio de vida. Todas las puertas estaban cerradas. Volví a entrar y cerré la mía para no perturbar la quietud, lo



que me oprimió de tal modo que decidí hacer algo, de modo que saqué mi traje de I. Cohen con los dos pares de pantalones, lo colgué en el gran armario polvoriento, puse las camisas y otras cosas, con la pistola aparte, en el cajón de la cómoda, metí la maleta vacía en el armario, y después me senté en el borde de la cama y me sentí peor que nunca. En parte puede haber sido porque cuando uno va a algún sitio siempre resulta misterioso al llegar. O quizá, me decía, no estaba acostumbrado a vivir en solitario. Solo llevaba viviendo así cinco o diez minutos y todavía no estaba acostumbrado. En cualquier caso, mi optimismo de la primera parte del día me había abandonado por completo. Lo único que me alegró fue ver a una cucaracha subir por la pared entre los ramilletes de botones de oro, porque entonces supe que el hotel Onondaga se daba más pisto del que merecía.

Los primeros dos días los pasé casi solo. El señor Berman me dio cinco dólares en billetes pequeños y me dijo que los gastase en tantos sitios diferentes como pudiese. La cosa no era fácil, Onondaga no era tan rica en frutos de la tierra como la avenida Bathgate. Las tiendas eran locales oscuros y extrañamente silenciosos, con las estanterías vacías y separadas entre sí por tiendas cerradas y condenadas. Fui al Ben Franklin, una tienda de todo a cinco y diez centavos, y era patético, yo había robado en alguno de los mejores «cinco y diez» de Nueva York y sabía cómo debían ser, y aquel pequeño local era tan pobre y deprimente que el dueño mantenía solo una bombilla encendida al fondo y los chiquillos campesinos que entraban descalzos se clavaban astillas de la madera podrida del piso. Apenas había existencias. Compré unos cuantos coches de juguete metálicos y motocicletas con policías pegados a ellas y los regalé. Di con una tienda para mujeres, compré una pamelita para mi madre, llevé la sombrerera a correos e hice que se la enviasen por el procedimiento más caro. Encontré una joyería y compré un reloj de bolsillo por un dólar.

Por el ventanal del *drugstore* vi a Lulu y a Mickey el chófer sentados al mostrador, bebiendo leche malteada con paja. Tomaban un sorbo y después miraban el vaso para ver cuánto les iba a durar todavía aquella prueba. Me encantó ver que el señor Berman les había hecho el mismo encargo que a mí. Cuando abandonaron el *drugstore* me pegué a ellos para practicar. Estuvieron un rato vacilando frente a un escaparate en el que se exhibía un tractor. Encontraron un puesto de periódicos y entraron, pero yo les podría haber dicho que no había diarios de Nueva York. Salieron encendiendo unos cigarros tan echados a perder que llameaban como antorchas. Lulu estaba disgustado y Mickey tuvo que calmarlo. Compraron un saco de cebollas de cincuenta libras y lo dejaron en un cubo de basura. Entraron en la tienda *army-navy* y les vi por el escaparate elegir camisas y sombreros, y después botas de faena con cordones que sabía que no vería nunca en sus pies.

Al segundo día de esa borrachera de compras mi imaginación ya no daba más de sí. Entonces se me ocurrió que podía seguir con mi trabajo y a la vez hacer amigos, de modo que compré conos de helado para los chiquillos que me seguían y, en un pequeño parque que había enfrente de la audiencia, les hice malabarismos con tres

pelotas de goma rosa. En Onondaga había niños por todas partes, eran los únicos seres humanos que veía por las tardes, los únicos que andaban al sol sin saber qué hacer en sus monos sin nada debajo, descalzos y mirando de reojo con sus caras pecosas; me recordaban mi calle y aquel sitio lleno de huérfanos, pero estos tenían menos humor, apenas sonreían o brincaban, se divertían con gesto imperturbable, atendían muy serios a mis hazañas circenses, pero se echaban atrás cuando les ofrecía enseñarles a hacerlo.

Entretanto, de todas las personas que no debían ser vistas, las que más llamaban la atención era el señor Schultz y la señorita Lola señorita Drew, día y noche había un continuo desfile del servicio de habitaciones a la *suite* de él. Me preguntaba qué haría ella para que pareciese que la suya estaba ocupada. Después dudé que eso la preocupase. Trataba de no pensar en ella pero era difícil, sobre todo de noche en mi cuarto cuando, tumbado en la cama, fumaba mis Wings y escuchaba débilmente música de baile entre el crepitar de la radio. Lamentaba haberla visto desnuda, sabía demasiado para andar imaginándomela en ese preciso momento, la verdad es que me ponía malo pensar en ella. Después me enfadé. Sin duda era ella quien me había enseñado lo poco que sabía de las mujeres; primero había pensado que era aquella inocente víctima de sangre azul cogida entre dos fuegos en un episodio de la vida de las bandas; después, ya en su apartamento del Savoy-Plaza, se vio bien claro que se había largado con el ganador, yo creía que solo las mujeres descarriadas eran fulanas, pero había también fulanas ricas y ella era una de esas, tenía un matrimonio tan adelantado en materia de licenciosidad complicada que era ya degenerado, era una loca de cuidado, le gustaba un tipo de acción primordial, me refiero a que sentarse en un Packard a primeras horas de la mañana para ser llevada quién diablos sabe dónde mientras bebía champán con el hombre que acababa de asesinar a su novio puede ser considerado por algunos una situación sórdida a la que va unido un cierto grado de riesgo, pero no fue eso lo que vi en sus ojos en la intimidad de su dormitorio, cuando, como sabéis, una mujer que se acicala para salir es su yo auténtico preparando la mercancía, sin necesidad de sentarse con las piernas bien juntitas o de estar con un pie algo más adelantado que el otro y apuntando hacia adelante.

Estuvieron allí dentro dos días enteros sin salir ni a respirar un poco de aire. Al final de la tercera mañana los vi por casualidad aparecer saliendo del hotel. Iban cogidos de la mano. Me preocupó que el señor Schultz me viese haciendo juegos malabares en la acera para una pandilla de pueblerinos. Pero no reparaba en nada que no fuese ella; la hizo pasar por delante de Mickey, que sostenía la portezuela del Packard, y subió detrás. La expresión de su cara sugería que los dos días con sus noches pasadas en la cama con la señorita Drew la habían de algún modo elevado en su consideración. Cuando se fueron, pensé que si quería sobrevivir a su fatal conocimiento de cierto paseo en barco, aquel era sin duda el modo de hacerlo, y resultaba cómico, porque era tan despreocupada como para que la simple supervivencia fuera lo último que le pasase por la cabeza.

Pero al final del segundo día vino a animarme una invitación a cenar en una gran mesa redonda en el comedor del hotel, y allí estaban todos, el señor Schultz con la señorita Lola señorita Drew a su derecha, Abbadabba Berman a su izquierda y los demás, Lulu, Mickey el chófer, Irving y yo, en abanico frente a él. El señor Schultz estaba de muy buen humor y me pareció que todos los de la banda se alegraban de estar juntos y que tal vez no era yo el único un tanto añorante.

En dos o tres de las mesas había parejas mayores que no dejaban de mirarnos y cuchichear, en los ventanales del comedor se encuadraban caras de transeúntes que iban siendo reemplazadas por otras, y en la puerta aparecían a cada momento, para sonreírnos, observarnos y quizá asegurarse de que seguíamos allí, el recepcionista y el maduro botones de color. Al señor Schultz todo eso le encantaba.

—Cariño —dijo a la camarera—, háblame de tu bodega.

Lo que yo pensé era una curiosa insinuación hasta que ella dijo que lo único que tenían era Taylor's New York State en botellas con tapón de rosca, y a él le dio la risa como si lo supiese de sobra. La chica era rolliza, y tenía la piel enrojecida y llevaba un uniforme como el de las camareras del Schrafft's de Fordham Road, negro con un ribete blanco, y un gorrito almidonado, pero a pesar de ello estaba tan nerviosa que continuamente se le caía todo; nos llenaba el vaso de agua hasta el borde y cosas así, y pensé que en cualquier momento iba a escapar del comedor llorando. Al señor Schultz no le importaba, y pidió dos botellas de tinto Taylor's New York State. Ya sabía que Lulu y Mickey hubieran preferido cerveza si no podían tomar algún licor, pero no dijeron ni pío. No estaban cómodos con corbata, ninguno de los dos.

—Por la justicia —dijo el señor Schultz levantando su copa, y tocó la de la señorita Lola señorita Drew, que lo miró y soltó una encantadora risa gutural, como si él estuviese bromeando, y después todos chocamos las copas, incluida la mía de leche.

Nuestra mesa estaba en medio de la sala, debajo de una araña de bombillas de cristal transparente que hacían las cosas borrosas y deslumbrantes a un tiempo, de modo que resultaba difícil saber cómo era cada uno; yo quería ver qué aspecto tenían las personas que habían pasado cuarenta y ocho horas dándose una paliza de follar, quería alguna prueba, algo tangible que poder utilizar en mi imaginaria vida de celos abstractos, pero no había modo, al menos con aquella luz, en especial me era difícil ver la cara de la señorita Lola señorita Drew, tan cegadoramente hermosa bajo aquella melenita dorada, con sus ojos tan verdes y su piel tan blanca, era como tratar de mirar al sol, resultaba imposible verla entre el resplandor y apenas resistía mirándola más de un instante. Estaba totalmente absorbida por el señor Schultz y se le quedaba mirando cada vez que abría la boca, como si fuera sorda y tuviese que leer en sus labios.

La cena consistía en lonchas de carne con guisantes y puré de patatas, un cesto con pan blanco envuelto, un trozo de mantequilla y una botella de salsa de tomate en medio de la mesa. Era buena comida caliente y yo estaba hambriento. Comí de prisa,

como todos, nos lanzamos a ello como una venganza; el señor Schultz pidió a la chica que trajese otra fuente de carne, y solo cuando se embotó un poco el filo de mi hambre noté que la señorita Lola señorita Drew no había tocado su cena, sino que estaba de codos en la mesa mirando intensamente cómo empuñaba los tenedores nuestra manada de lobos mientras masticábamos con la boca abierta y alargábamos la mano para alancear rebanadas de pan. Parecía fascinada. Cuando volví a mirar había levantado su tenedor y plegado la mano sobre él hasta conseguir formar un puño en torno al mango. Lo sostuvo en una dirección y luego en otra para ver lo que se sentía, y después pinchó la tajada de carne de su plato y la balanceó lentamente en el aire al nivel de los ojos. Cuando llegó a eso fuimos quedándonos inmóviles, la atención de toda la mesa se concentró en ella, aunque parecía ya haberse olvidado de nuestra presencia. Bajó el tenedor, lo dejó clavado muy tieso en el trozo de carne y, como si estuviese totalmente sola y pensando en algo lejano, cogió su servilleta, la desdobló y se la puso en el regazo. Miró al señor Schultz con una dulce sonrisa distraída y luego a su copa, que él se apresuró a llenar. Después procedió a cenar, cogiendo el tenedor con la mano izquierda y el cuchillo con la derecha, y cortando y llevándose a la boca, tras haber dejado el cuchillo y cambiado el tenedor a la mano derecha, bocaditos de carne y pizcas de puré. Era una maniobra de acusada distinción llevada a cabo a velocidad ritual, al modo como en la escuela los maestros escriben palabras en la pizarra mientras las van diciendo sílaba a sílaba. Mientras todos la observábamos, cogió su copa de vino, se la llevó a los labios y bebió sin hacer el menor ruido, aunque yo era todo oídos, ni un trago, ni un sorbetón, ni un barboteo, de modo que cuando volvió a dejar la copa en la mesa me pregunté si habría ingerido algo de vino. Tuve que concluir que aquella era una de las más deprimentes exhibiciones de elegancia que había visto nunca, y, tan hermosa como era, de momento echó a perder su atractivo, al menos para mí. Lulu Rosenkrantz frunció aquel entrecejo capaz de aterrorizar a un asesino profesional e intercambió miradas con Mickey el chófer, Abbadabba contemplaba fijamente el mantel con aire mustio, e incluso el impasible Irving bajó los ojos, pero el señor Schultz afirmaba con la cabeza, frunciendo los labios como si alguien estuviese haciendo una puntualización oportuna. Se echó hacia adelante y, mirando en torno suyo, dijo con lo que él creía una voz modulada:

—Gracias, señorita Drew, por sus sinceros comentarios, que creo hechos con el mejor interés de que tengamos cuidado con lo que hacemos por nuestro propio bien.

Inmediatamente supe que había ocurrido algo importante, pero no confié en dar con lo que era hasta más tarde, cuando estuve solo en mi habitación, otra vez en la cama con las luces apagadas y los grillos de los campos de Onondaga latiendo con el ruidoso pulso de la noche, como si la noche fuese un cuerpo enorme, como el mar, con cosas que vivían en él, hacían el amor en él y yacían muertas en él. La señorita Lola señorita Drew desdeñaba los recuerdos. Técnicamente era una cautiva, su vida corría peligro, pero no tenía intención de serlo. Tenía algo que aportar. Por supuesto, lo que había dicho el señor Schultz era cierto: debíamos vigilar nuestra conducta allí,

como viajeros en el país extranjero de algún dictador. Pero lo que asombró a todos en la mesa fue que se pusiera de su lado; ella había hecho aquella loca pantomima, presumiendo de privilegiada capaz de instruir a los menos afortunados que ella, y en vez de cruzarle la cara, que es lo que probablemente hubiese hecho cualquier otro, lo había aceptado y le había parecido valioso. Para ellos era como una especie de anuncio, el de que a aquella mujer se le estaba dando entrada en sus asuntos, que así iban a ser las cosas.

Por supuesto, no sabía si estaba en lo cierto, si era eso lo que pensaban todos, pero sí, por mi carrera con él, que al señor Schultz le gustaba ser buscado, que era vulnerable a la gente que se sentía atraída por él, seguidores, admiradores, acólitos, y a los que dependían de él de cualquier otro modo, ya fuesen muchachos presumidos o las mujeres a cuyos hombres mataba. Ella era un despojo de guerra, lo que le había dado su delicioso valor era el cariño que le tenía Bo Weinberg. Tuve que preguntarme si cuando el señor Schultz se la llevaba a la cama disfrutaba de la erección del triunfo, haciendo el amor a la dama pero brindándoselo al muerto.

A la mañana siguiente, muy temprano, el señor Berman llamó a mi puerta y me dijo que me pusiera el traje nuevo y las gafas y me reuniese con el señor Schultz abajo en el vestíbulo antes de quince minutos. Lo hice en diez, tiempo sobrado para correr a la esquina y tomarme un donut y un café. Volví cuando ya salían todos. Estaban Mickey con el Packard, Lulu Rosenkrantz montando a su lado y el señor Schultz y la señorita Drew sentados ya detrás. Subí de un salto.

Fue un viaje corto, en realidad solo a la vuelta de la esquina, al National Bank de Onondaga, un edificio estrecho de piedra caliza con dos largos ventanales con barrotes y columnas que sostenían un techo triangular de piedra sobre la entrada. Mickey paró al otro lado de la calle y nos quedamos todos allí sentados contemplándolo, con el motor en marcha.

—En una ocasión me encontré por casualidad a aquel Alven Pincus que trabajaba con Pretty Boy Floyd —dijo Lulu—. Un excelente reventador de cajas de caudales.

—Sí, ¿y dónde está ahora? —dijo el señor Schultz.

—Bueno, les fue bien algún tiempo.

—Piénsalo, Lulu —dijo el señor Schultz—. Para empezar, la pasta está bajo siete llaves. Hace falta ser estúpido. Ese pobre granuja no está donde hay que estar. —Y acarició el maletín que llevaba en el regazo—. Bien, señoras y señores —dijo, y se apeó y sostuvo la puerta para que bajásemos.

Yo no sabía lo que debía hacer. Cuando salí del coche, la señorita Drew dijo:

—Espera un momento —y me arregló la corbata. Retrocedí instintivamente.

—Sé buen chico —dijo el señor Schultz—. Ya sé que es duro.

Notaba que mis zapatos negros me estaban haciendo ya una ampolla en el tobillo, y las patillas de alambre de mis gafas de cristal plano me pellizcaban detrás de las

orejas. Por supuesto, se me había olvidado comprar un libro como me había dicho el señor Berman, de modo que como último recurso llevaba la Biblia de mi habitación en la mano izquierda. La derecha me la tenía cogida la señorita Drew, que me la apretó mientras cruzábamos la calle detrás del señor Schultz.

—Estás muy guapo —dijo.

Me sentaba como un tiro que incluso cuando llevaba mis zapatos con alzas fuese más alta que yo.

—Es un cumplido, no pongas esa cara —añadió.

Estaba muy contenta.

Nos condujeron, pasando frente a las jaulas de los cajeros, al despacho del fondo, donde el presidente salió de detrás de su mesa y estrechó calurosamente la mano del señor Schultz, aunque su mirada revoloteaba sobre todos nosotros sopesándonos fríamente. Era un hombre corpulento con una carnosa papada tubular que funcionaba como una bomba hidráulica bajo su mandíbula en cuanto movía la boca. A su espalda se veía aquella puerta abierta y la verja de acero, delante de un cuarto interior que era en realidad una gran caja fuerte con la gruesa puerta entreabierta y dentro montones de cajones como los apartados en una oficina de correos.

—Bien, bien —dijo una vez hechas las presentaciones, en las que el señor Schultz me describió como su *prodigy*, y a la señorita Drew como mi institutriz—, siéntense, por favor, no tenemos a menudo gente famosa en nuestra pequeña ciudad. Espero que les guste.

—Ah, sí —dijo el señor Schultz, empezando a soltar las correas del maletín—. Para nosotros, esto es como un verano en el campo.

—Sí, campo es lo que podemos ofrecer: pozos donde bañarse, torrentes trucheros, bosque virgen —y al decir esto sus ojos se clavaron un momento en las piernas cruzadas de la señorita Drew—, hermosas vistas desde lo alto de las colinas, si les gusta hacer excursiones, y aire libre, todo el que puedan respirar —dijo, riéndose como si hubiera dicho algo divertido, y continuó con su necia perorata mientras sus ojos iban y volvían una y otra vez al maletín del señor Schultz, hasta que este lo colocó sobre la mesa con la tapa doblada hacia atrás, de modo que con un rápido empujón y un tirón hacia atrás montones de billetes verdes cayeron sobre el gran secante también verde. Bastó esto para que las palabras dejaran bruscamente de salir de la boca del banquero, aunque la bomba hidráulica le impidió cerrarla todavía durante un momento.

Era un montón de dinero, más del que yo había visto nunca, pero me contuve mejor que el banquero, sin dar el menor indicio de que veía algo fuera de lo corriente. El señor Schultz dijo que quería abrir una cuenta corriente con cinco mil y poner el resto en una caja de seguridad. Al momento fue convocada la vieja secretaria, y, entre un torrente de nerviosas atenciones, ella y el banquero salieron para contar el botín mientras el señor Schultz volvía a sentarse y encendía un cigarro del humedecedor que había encima de la mesa.

—Muchacho —dijo—, ¿has visto cuántas jaulas de cajero hay funcionando?

—¿Una?

—Sí. Un cajero canoso sentado allí leyendo el periódico. Cuando entren los amigos de Lulu no encontrarán ni un sabueso del banco en la puerta. ¿Sabes a cuánto deben ascender las reservas de ese tipo, teniendo un montón de hipotecas de granjas agrícolas? Se pasa la vida ejecutándolas y liquidando el condado de Onondaga a diez centavos el dólar. Te lo aseguro, pasará las noches en vela pensando en todo ese dinero encerrado en mi caja de seguridad, en lo que representa. Dale una semana, diez días. Me llamará.

—Y tú comprarás lo que sea —dijo la señorita Drew.

—Exacto. Tenéis ante vosotros al dueño del quinto pino. —Se abotonó la chaqueta de su traje oscuro, sacudió de las mangas un polvo imaginario, se llevó el cigarro a la boca, se agachó y se estiró los calcetines—. Cuando termine aquí podré presentarme para el Congreso.

—Me gustaría decir algo de un tema diferente, pero no si vas a poner mala cara —dijo la señorita Drew.

—No, por favor. ¿Otra vez mis palabras?

—Protege, como *proto-jay*.

—¿Y qué dije yo?

—Dijiste *prodigy*. Eso es otra cosa, una especie de niño genial.

En ese momento volvió el banquero todo feliz frotándose las manos, extendió unos impresos para que el señor Schultz los firmase, quitó el capuchón de su estilográfica, lo encajó en el otro extremo y le ofreció la pluma a través de la mesa sin dejar de parlotear mientras tanto. Pero durante el garabateo de la firma estuvo callado y los documentos fueron debidamente cumplimentados en silencio, como si fuese un tratado internacional. Después entró la vieja secretaria con los recibos y un talonario y hubo más cumplidos y ofrecimientos y al poco rato estábamos de pie para las despedidas, las muchas gracias y los dígame si hay algo que yo pueda hacer, es una gran verdad que el dinero levanta el ánimo a la gente, los lanza a regocijos histéricos, de repente se preocupan por ti y te desean lo mejor. El banquero, que apenas se había fijado en nadie más que en el señor Schultz, dijo de pronto:

—Eh, muchacho, ¿qué lee ahora la joven generación? —Como si fuese algo realmente importante para él. Dio la vuelta al libro que llevaba yo en la mano para poder leer el título: no sé lo que esperaba, quizá una novela francesa, pero el caso es que se quedó verdaderamente sorprendido—. Muy bien, estupendo, hijo —dijo. Me agarró por el hombro y mirando a mi institutriz añadió—: Mis respetos, señorita Drew, yo soy jefe de exploradores, la verdad es que con jóvenes como este no tenemos que preocuparnos por el futuro del país.

Nos acompañó hasta la salida con nuestros tacones resonando en el suelo de mármol; era como un desfile, con el único cajero de pie en su jaula mientras pasábamos.

—Adiós, que Dios los bendiga —dijo el banquero, agitando la mano desde los escalones de entrada.

Lulu sostuvo la puerta del coche, nos instalamos en el asiento de atrás, y cuando ocupó su sitio Mickey, puso en marcha el motor, embragó y nos fuimos. Solo entonces dijo el señor Schultz:

—¿Qué coño era toda esa historia? —Y alargó el brazo por encima de la señorita Drew para tomar de mis manos la sagrada Biblia del hotel Onondaga.

Hubo un silencio absoluto en el coche, excepto por el pasar de las hojas. Yo miraba por la ventanilla. Descendíamos despacio la colina, ahora a lo largo de la calle principal, casi desierta. Aquí en el campo tenían cosas como los almacenes de piensos. Yo iba sentado, con un traje nuevo de pantalón largo, mis zapatos con alza y mi muslo tocando el de la hermosa señorita Drew, en el asiento trasero del lujoso coche particular del hombre que solo existía para mí como un sueño impresionante pocas semanas atrás, y no podía ser más desgraciado. Bajé del todo la ventanilla para que saliese el humo del cigarro. No me cabía la menor duda de que algo inimaginablemente terrible estaba a punto de ocurrir.

—Eh, Mickey —dijo el señor Schultz.

Los pálidos ojos azules de Mickey y el chófer aparecieron en el espejo retrovisor.

—Para en la iglesia que hay allí en lo alto, donde se ve la torre. —El señor Schultz empezó a reír por lo bajo—. Es lo único en lo que no habíamos pensado —dijo, y puso la mano en la rodilla de la señorita Drew—. ¿Puedo añadir mis respetos a los de aquel tipo?

—A mí no me mires, patrón —dijo ella—; no tuve nada que ver con eso.

El señor Schultz se inclinó para poder verme al otro lado de la señorita Drew. Sonreía ampliamente con sus dientes enormes, toda una gran boca llena de ellos.

—¿De veras se te ocurrió a ti?

No tuve oportunidad de explicarlo.

—Ya ves —dijo a la señorita Drew— que sé de lo que hablo cuando elijo mis palabras. El chico es mi prodigio.

Y así fue como llegué a verme enrolado en el curso dominical de estudios bíblicos de la iglesia del Espíritu Santo, en Onondaga New York, el interminable verano del año 1935. Aguantar discursos sobre el tema de las bandas del desierto, sus problemas con la ley, sus timos y fraudes, los modos en que se sacudían unas a otras y las grandiosas pretensiones que tenían, tal fue mi maldito destino en el sótano de la iglesia, con las paredes de piedra rezumando y los mocos de los catarros de verano colgados de las narices de mis condiscípulos embutidos en sus monos o en sus vestidos de flores descoloridas, siempre de una talla demasiado grande, y balanceando bajo los bancos sus pies calzados o descalzos, cada puñetero domingo. La verdad era que para lo que había conseguido y a donde había llegado podía haberme quedado en el hogar para huérfanos.



Pero el domingo era el peor de los días; el resto de la semana nos aplicábamos a hacer cosas, y allí no había nada que hacer más que el bien. Íbamos al hospital a llevar revistas y golosinas a las salas. Dondequiera que había una tienda abierta con algo que vender, siempre que no fuesen repuestos para tractores, entrábamos y lo comprábamos. A poco más de un kilómetro de la ciudad había un campo de golf en miniatura destrozado; fui allí en coche con Mickey y Lulu en varias ocasiones y los tres impulsábamos la pelota a través de pequeñas rampas de madera y barriles y tubos; llegué a hacerlo bastante bien y les gané unos cuantos dólares, pero decidí no volver el día en que Lulu, en un ataque de falta de deportividad, rompió el palo contra su rodilla. En el pueblo, cada vez que yo ponía el pie fuera del hotel se reunía una pequeña muchedumbre de catetillos que me seguían por la calle, y yo les compraba caramelos, molinillos de papel y helados, mientras el señor Schultz daba recepciones a sus padres y madres bajo los auspicios de la Legión americana, o se hacía cargo de las reuniones de la iglesia, comprando todas las tartas caseras y dando después una fiesta para que los asistentes tomaran tarta y café. De todos nosotros, era el único que parecía disfrutar realmente de aquellos largos y aburridos días. La señorita Drew encontró un establo con caballos para montar; se llevaba al señor Schultz a pasear a caballo todas las mañanas y yo podía verlos desde la ventana del pasillo de la sexta planta trotando por los caminos hasta los barbechos donde le daba clases de equitación. Los de correos trajeron cosas que ella había pedido por teléfono a una tienda de Boston, ropas de montar para los dos a base de chaquetas de *tweed* con coderas de cuero, pañuelos de seda para el cuello, sombreros de fieltro verde oscuro con una pequeña pluma en la cinta, botas de cuero suave y lustroso y *jodhpurs*, esos curiosos pantalones color lavanda más anchos en las caderas, lo que estaba bien en su caso, dado que con su larga cintura tendía a ser un tanto plana de por ahí, pero le sentaba como un tiro a la estólida figura del señor Schultz, que con ellos puestos parecía lo menos atlético del mundo, por no decir otra cosa, y no es que ninguno de nosotros, ni siquiera el señor Berman, pensásemos llamarle la atención sobre ello.

El único rato que yo disfrutaba eran las primeras horas de la mañana. Me levantaba siempre el primero e iba a comprar el *Onondaga Signal* en el quiosco para poder leerlo mientras desayunaba en un pequeño salón de té, una especie de cafetería que había encontrado en una callejuela. La mujer que lo atendía tenía horno propio y hacía muy buenos desayunos, pero lo mantuve en secreto. Creo que era el único de todos nosotros que leía el *Signal*; era muy aburrido, con sus noticias agrícolas, su sabiduría de almanaque, los consejos para hacer conservas caseras, etc., pero traía historietas de *El fantasma* y de *Abbie y Slats*, lo que me proporcionaba una pequeña conexión con la vida real. Una mañana, en primera página, había una información sobre la compra por el señor Schultz de una granja al banco para devolvérsela a la familia que la había perdido. Cuando volví al hotel había allí más coches viejos aparcados con las ruedas contra el bordillo que de costumbre, y sentados en cuclillas por todo el pequeño vestíbulo, hombres en mono y mujeres en bata. En adelante hubo

en el hotel, dentro o fuera, una guardia constante de granjeros y mujeres de granjeros, desde dos hasta una docena, según la hora del día. Reparé en que siempre eran o muy delgados o muy gordos. El señor Schultz se mostraba siempre cortés al pasar, y a veces se llevaba a un par de ellos a una mesa del rincón, en el comedor del hotel, como si fuera su despacho, y les escuchaba unos minutos y les hacía preguntas. No sé cuántas hipotecas vencidas recuperó, seguramente ninguna, lo más probable es que les diese el dinero para pagar ese mes o unos cuantos dólares para mantener al lobo lejos de la puerta, como él decía. Lo cierto es que, para no herir sus sentimientos, y con el pretexto de estar ocupado, les tomaba el nombre y les decía que volviesen al día siguiente, y entonces era Abbadabba Berman quien les entregaba el dinero en un pequeño sobre oscuro de su oficina de la sexta planta. El señor Schultz no quería hacerse el magnánimo, con lo que demostraba tener un gran tacto.

Para mí era un misterio cómo una comarca rural podía ser tan hermosa y estar a la vez tan invisiblemente en apuros. De vez en cuando me llegaba hasta el río, cruzaba el puente y seguía las carreterillas del campo, un poco más lejos cada vez a medida que iba acostumbrándome, y descubrí que ningún daño podían hacerme el cielo vacío, las colinas llenas de flores silvestres y la aparición ocasional de una casa algo apartada con su establo y un par de animales vagando por allí. Estaba claro, aquí en el interior, que todas las ciudades tenían un final, y allí empezaba un camino vacío que exigía fe para recorrerlo. Daban ánimos los postes del telégrafo, siempre a la misma distancia uno de otro y unidos por los cables, y también me hacía feliz ver la línea blanca pintada que corría por el centro de la carretera siguiendo todas las pequeñas subidas y bajadas del terreno. Me acostumbré al olor a paja de los campos y a la ocasional e inexplicable tufarada a estiércol que llegaba de un bancal, y lo que al principio oía como silencio resultó ser una música de sonidos naturales, vientos y brisas, aleteos repentinos, arrastres entre la maleza, gañidos agudos, zumbar de bichos, ruido de cascos, gruñidos y graznidos, ninguno de los cuales parecía tener un origen visible. De modo que se me ocurrió, a medida que iba haciendo más excursiones de esas, que uno oye la vida y la huele antes de aprender a verla, como si la vista fuese el más torpe de los sentidos en el mundo natural. Había mucho que aprender del paisaje que misteriosamente se extendía ante mí, ofreciéndome un consuelo neutral entre una tierra sencilla y un cielo extenso y potente, de modo que lo último que hubiese esperado de aquel paisaje era que sufriese las mismas vergüenzas que los pisos de alquiler y los suburbios. Pero ahora había empezado a aventurarme fuera de las carreteras asfaltadas, por caminos de tierra, y un día iba por un ancho sendero pedregoso cuando oí un ruido de una amplitud alarmante que nada tenía de campesino, y mientras seguía andando se hizo identificable como un rodar continuo, como el de un ejército motorizado, y al coronar un alto vi levantarse una nube de polvo de los campos lejanos y después, frente a mí, aparcados junto a la carretera, los oscuros coches y camiones de los pobres del campo; lo que debía de ser una buena parte de la población de Onondaga caminaba a campo traviesa entre los penachos de

polvo que levantaba toda una batería de tractores, cosechadoras y camiones dedicados a arrancar hectáreas y hectáreas de patatas, las máquinas arrojándolas a las cintas transportadoras que las llevaban hasta los camiones, y la gente siguiéndolas agachados para coger las patatas dejadas por las máquinas y ponerlas en sacos de arpillera que llevaban arrastrando tras ellos, algunos incluso apresurándose a gatas por entre los surcos con la urgencia que da la miseria, hombres, mujeres y niños, a algunos de los cuales reconocí de la escuela dominical de la iglesia del Espíritu Santo.

Comprendí entonces el alcance de la estrategia del señor Schultz. Me había preguntado cómo podía engañar a todos, dado que lo que estaba haciendo era tan obvio; pero no trataba de engañar a nadie, no lo necesitaba, no importaba que esa gente supiese que era un importante gánster de Nueva York, aquí nadie sentía el menor cariño por Nueva York de todos modos, y lo que hiciese allí era asunto suyo si aquí daba pruebas de buena fe; ni siquiera importaba que supiesen por qué estaba haciendo lo que hacía mientras lo hiciese a una escala a la altura de su fama. Por supuesto, lo que hacía saltaba a la vista, pero así hay que actuar cuando están por medio las masas, todo había que hacerlo a lo grande, como la publicidad aérea, para que pudiera ser visto en muchos kilómetros a la redonda.

Una noche dijo en el hotel, mientras cenábamos:

—¿Sabes, Otto, que le estaba pagando al presidente del consejo a la semana tanto como me está costando todo esto? Aquí no hay intermediarios que te suban el precio. —Disfrutaba con la idea—. ¿Tengo razón, Otto? Estamos tratando directamente, son huevos frescos de granja.

Se echó a reír, porque en Onondaga todo parecía ir exactamente como esperaba, pero me di cuenta de que Abbadabba Berman no estaba tan entusiasmado. «Presidente del consejo» era el nombre en clave del señor Hines, el hombre de Tammany. Hasta que los federales lo habían echado todo a perder, el señor Hines conseguía que policías demasiados listos para saber lo que les convenía fuesen destinados a State Island y magistrados que no comprendían cuál era su trabajo fueron retirados del estrado, y, a manera de guinda, compraba la elección del más amable y pacífico fiscal de distrito de la historia de la ciudad. Había sido un modo maravilloso de hacer negocios. Aquí, en cambio, lo que estaban tratando era de salir de una grave situación. Además, la banda se hallaba fuera de su elemento, les faltaba experiencia en la legalidad y no siempre se podía contar con ellos para hacer las cosas en forma.

Y el otro problema era la señorita Drew. El señor Berman nunca había sido consultado sobre ella. No podía negarse que la señorita Drew le daba un toque de clase a la representación y pensaba en cosas que su educación le había enseñado, cómo funcionaba eso de la beneficencia y la caridad, las formas que adoptaba, lo que había y no había que hacer al respecto. Y parecía conseguir dar a *el Holandés* un cierto estilo, de modo que a la gente de allí le era más difícil ver en él, sin sombra de

duda, a un hombre de los *rackets*. Pero esa mujer era una X. En matemáticas, me había dicho el señor Berman, cuando no se sabe lo que algo vale, ni siquiera si es positivo o negativo, se le llama X. En vez de un número se le asigna una letra. El señor Berman no tenía gran consideración por las letras. Ahora estaba mirando a la señorita Drew mientras ella, con cara inexpresiva, picaba de su ensalada con la mano derecha y con la izquierda, invisible debajo de la mesa, le tocaba las partes, algo que no pudo ser más aparente porque el señor Schultz dio un respingo, volcó el vino y, tosiendo en la servilleta y poniéndose colorado, le dijo mientras se echaba a reír que era una loca y una verde.

Sentados al fondo del comedor, en un rincón para ellos solos, estaban Irving, Lulu y Mickey el chófer. No se sentían felices. Cuando el señor Schultz gritó, Lulu no estaba mirando en esa dirección, y la cosa le cogió tan de sorpresa que se levantó y buscó en su chaqueta mirando salvajemente alrededor hasta que Irving le tocó en el brazo. La señorita Drew había dividido a la banda. Ahora había una jerarquía, nosotros cuatro sentados a una mesa cada noche, y Lulu, Irving y Mickey en otra. Dadas las exigencias de la vida en Onondaga, el señor Schultz pasaba gran parte de su tiempo con la señorita Drew y conmigo, pero sobre todo con ella, y sé que me sentía maltratado y excluido, de modo que podía imaginar cómo se sentían los otros. El señor Berman tiene que haber comprendido todo esto.

Naturalmente, en cuanto la prensa de Nueva York olfatease lo que Dutch Schultz estaba haciendo allí, nuestra situación cambiaría rápidamente, como en un acceso de fiebre, pero yo no podía saberlo, todo me parecía de lo más misterioso y mareante, por ejemplo que la señorita Drew pudiera ser mi madre y el señor Schultz mi padre, una idea que me vino, no, ni siquiera una idea, peor todavía, una sensación, cuando asistimos a una misa en la iglesia católica de St. Barnabas un domingo, temprano, para que yo no me perdiese la escuela dominical protestante en la iglesia del Espíritu Santo. Él se quitó el sombrero y ella se puso un chal de encaje blanco por la cabeza, y nos sentamos todos solemnes y radiantes en nuestro banco de atrás mientras sonaba el órgano, un instrumento que odio y detesto por el modo en que emborrona tus sentidos con intimidantes ráfagas de rectitud o te cuela en el oído pequeñas y agudas astucias piadosas, y aquel padre con vestiduras de seda balanceando el cacharro del humo allá arriba, debajo de un Cristo sangrante de yeso mal pintado y puesto sobre una cruz dorada, ah, os aseguro que no era esa mi idea de la vida de un delincuente, pero había cosas incluso peores, porque después, en esa misma iglesia, en una mesa cercana a la puerta, el señor Schultz encendió una vela por Bo Weinberg, murmurando no sé qué diablos, y luego, en la acera, el padre vino en nuestra busca, yo no había pensado que los sacerdotes subidos en el púlpito vestidos con sus sedas de colores veían quién había allá abajo, pero así es, lo ven todo, y se llamaba el padre Montaine, hablaba con acento, dijo que se alegraba mucho de vernos y me estrechó vigorosamente la mano, y después él y la señorita Lola señorita Drew hablaron en francés, era un canadiense francés con una cantidad muy limitada de pelo negro y tieso que se peinaba en

persiana para no parecer calvo, lo que por supuesto parecía. Yo me sentía estúpido, torpe de lengua, y estaba engordando a fuerza de desayunar tortitas con cargo a la cuenta de gastos y cenar a base de filetes de jamón y salsa de manzana, llevaba mis falsas gafas y andaba visitando iglesias y me peinaba e iba siempre limpio e impecable con cosas que la señorita Lola señorita Drew había buscado para mí, y esa era otra, había empezado a pedir ropa de mi talla a Boston, iba convirtiéndome en un proyecto suyo, como si fuese realmente responsable de mí, era algo extraño; cuando volvía su intensa mirada hacia mí no veía en ella la menor profundidad de carácter, parecía incapaz de distinguir las apariencias de la realidad, o quizá era lo bastante rica para pensar que cuanto imaginaba era cierto, pero yo no sabía ya lo que era correr a toda mecha, sentía que ya no era yo, estaba sonriendo demasiado y hablando como un marica y me veía reducido a prácticas tortuosas, a hacer cosas que nunca me hubiese imaginado haciendo con mi chaqueta de los Shadows, como escuchar, prestar oídos a las conversaciones como un poli en una estación de escucha, solo para tratar de entender algo de lo que sucedía.

Por ejemplo, una noche en mi habitación olí humo de cigarro y oí voces, de modo que salí al pasillo y estuve allí pegado a la puerta entornada de la habitación que el señor Berman había convertido en oficina, y atisé dentro. El señor Schultz estaba en albornoz y zapatillas, era muy tarde y hablaban en voz baja, si me hubiera cogido allí no sé lo que me hubiese hecho, pero no me importaba, ahora formaba parte de la banda, trabajando con ellos, y me dije que de qué me servía vivir en el mismo piso del hotel que Dutch Schultz si no sacaba algún provecho. Al menos mis sentidos seguían tan agudos como antes, y eso era algo. Retrocedí hasta quedar fuera de su vista y escuché.

—Arthur —decía el señor Berman—, ya sabes que esos chicos irían al paredón por ti.

—No necesitan ir al paredón. Lo único que deben hacer es tener los ojos abiertos, saludar a las señoras y no meter mano a la camarera. ¿Es demasiado pedir? ¿Acaso no les pago? Esto son unas vacaciones pagadas, de modo que no sé de qué se quejan.

—Ninguno ha dicho una palabra. Pero te digo que lo sé. Es difícil de explicar. Todo ese tipo de cosas, como lo de los modales en la mesa, están afectando a su amor propio. Hay un parador a unos treinta kilómetros al norte de aquí. Quizá convendría que los dejases desahogarse de vez en cuando.

—¿Has perdido el juicio? Todo este trabajo, ¿qué te crees que sería de él si se meten en una pelea de bar por una puta? Es lo que nos faltaba, un tropezón con la policía del Estado.

—Irving no permitiría que ocurriese.

—No, lo siento; se trata de mi futuro, Otto.

—Eso es cierto.

Hubo un breve silencio y el señor Schultz dijo:

—Te refieres a Drew Preston.

—Hasta ahora no me la han presentado por su nombre completo.

—Te diré lo que vas a hacer. Llama a Cooney, dile que coja unas cuantas películas solo para hombres y un proyector y se venga con ello.

—¿Cómo voy a hacer eso, Arthur? Se trata de hombres hechos y derechos; no son pensadores profundos, pero pueden pensar y preocuparse por su futuro tanto como tú por el tuyo.

Oí pasear al señor Schultz. Después se detuvo.

—¡Jesús! —exclamó.

—A pesar de eso —dijo el señor Berman.

—Te aseguro, Otto, que ni siquiera me cuesta dinero, tiene más del que tendré yo nunca, esta es diferente, te concedo que está algo mimada, los de su clase siempre lo están, pero cuando llegue el momento bastarán unos cuantos sopapos, te lo prometo.

—Se acuerdan de Bo.

—¿Qué quiere decir eso? También yo me acuerdo, también estoy disgustado, más que ninguno. ¿Quieres que vaya por ahí hablando de ello?

—Solo te pido que no te enamores, Arthur —dijo el señor Berman.

Volví silenciosamente a mi habitación y me metí en la cama. Drew Preston era muy hermosa, esbelta y con un encanto inconsciente en sus movimientos cuando estaba descuidada, como lo estaría cuando saliese al campo, como las muchachas de las ilustraciones de los libros para niños de la biblioteca del hogar Diamond, casi todos del siglo anterior, tan buenas y que tan bien se entendían con los animalillos del bosque, me refiero a que era algo que podía verse en su rostro exquisito en sus momentos de reflexión, cuando olvidaba dónde estaba y con quién, y en aquella boca alta y generosa, curvada hacia atrás como la proa de un barco, y en sus ojos verdes, tan grandes y claros, que podían ser bruscos cuando se llenaban de una curiosidad intensa y tan malvadamente impertinentes bajo la honda modestia de sus pestañas. Todos estábamos subyugados por ella, incluso el filósofo señor Berman, un hombre mayor y con un impedimento físico con el que hacía mucho tiempo se había acostumbrado a vivir y que había olvidado, salvo en presencia de aquella beldad tan bien hecha. Pero todo esto la convertía en peligrosa, era inestable, camaleónica, adoptaba siempre el papel que le sugería lo que la rodeaba. Y pensando sobre esto pensé también en lo descuidados que éramos con nuestros nombres; cuando el pastor me preguntó el mío para apuntarme en la escuela dominical le dije que me llamaba Billy Bathgate, y le vi escribirlo así en el libro sin apenas darme cuenta entonces de que estaba bautizándome dentro de la banda, porque tenía además otro nombre para utilizarlo cuando me pareciese, como Arthur Flegenheimer podía cambiarse en Dutch Schultz y Otto Berman era en algunos círculos Abbadabba, de modo que en lo que hace a los nombres podían ser como las placas de matrícula de los coches, que puedes cambiarlas, porque no están soldadas al chasis, sino tan solo sujetas a él con fines temporales de identificación. Y lo que pensé después fue que la señorita Lola del remolcador y la señorita Drew del hotel era ahora en Onondaga la señora Preston, de

modo que nos llevaba uno de ventaja a todos, aunque tuve que admitir que probablemente me había dado una impresión equivocada cuando la acompañé de vuelta al Savoy-Plaza y el recepcionista la saludó como señorita Drew, no necesariamente porque ese fuera su nombre de soltera, aunque por lo que yo sabía las mujeres casadas de esa posición social conservaban sus apellidos, sino porque al llevar muchos años de servicio podía haberla conocido desde que era una niña, y aunque ahora estaba demasiado crecida para llamarla simplemente por su nombre de pila, el afecto que le había cobrado en tantos años le impedía llamarla por el apellido de su último marido. Quizá no fuese necesario poner nada en claro, ni siquiera los nombres; quizá mi problema era que necesitaba conocer las cosas de un modo definitivo y por eso quería que no cambiaran. Yo mismo estaba cambiado, mirad dónde me encontraba, lo que estaba haciendo, todas las mañanas me ponía unas gafas que no aumentaban nada y todas las noches me las quitaba al acostarme, como si no pudiese hacer nada sin ellas salvo dormir. Era aprendiz de gánster y en consecuencia estaba siendo educado en los estudios bíblicos. Era un chico de la calle del Bronx que vivía en el campo como el pequeño lord Fauntleroy. Ninguna de esas cosas tenía sentido sino fuera porque me encontraba supeditado a una cierta situación. Y cuando la situación cambiase, ¿cambiaría yo con ella? Sí; la respuesta era que sí. Eso me dio la idea de que quizá toda identidad es temporal, puesto que vivimos una vida llena de situaciones cambiantes. Encontré esta idea muy satisfactoria y merecedora de atención. Decidí llamarla mi teoría de las placas de matrícula sobre la identidad. Y como tal teoría, sería aplicable a todo el mundo, loco o cuerdo, no solo a mí. Y ya en posesión de ella, me encontré menos preocupado por la señorita Lola señorita Drew señora Preston de lo que parecía estarlo el señor Otto Abbadabba Berman. Tenía un albornoz nuevo; tal vez debería ponérmelo y cuando el señor Arthur Flegenheimer Schultz volviese a la cama ir a llamar a la puerta de Abbadabba y decirle lo que significaba X. Lo único que no debía olvidar era lo que primero me había llevado a ese punto, la íntima convicción de poseer un don secreto. Eso no debía cambiar nunca.

**D**ormí hasta una hora desacostumbradamente tardía, como pude darme cuenta en seguida al despertar y ver el cuarto lleno de luz y las blancas cortinas como pantallas de cine con la película a punto de empezar. La camarera andaba con el aspirador por el pasillo y oí cómo llegaba a la trasera del hotel una camioneta para hacer una entrega. Me tiré de la cama sintiendo los miembros pesados, pero hice mis abluciones, me vestí y antes de diez minutos iba camino del desayuno. Cuando volví al hotel, Abbadabba Berman estaba fuera con el Buick Roadmaster aparcado, esperándome.

—Eh, chico —dijo—, vamos. Iremos a dar un paseo.

Subí atrás y vi que el único sitio disponible estaba en el centro, entre Irving y Lulu Rosenkrantz. No era cómodo estar allí, y cuando el señor Berman subió delante y Mickey puso en marcha el motor, Lulu se inclinó hacia ellos y pude notar la tensión que lo invadía cuando dijo:

—¿Por qué tiene que venir con nosotros este mierda?

El señor Berman no se molestó en responder. Siguió mirando al frente y Lulu volvió a dejarse caer en el asiento a mi lado, y, aunque dedicándome una mirada asesina, hablaba sin duda para los demás cuando dijo:

—Estoy harto de este disparate; me importa un carajo todo esto.

El señor Berman lo sabía, lo comprendía, no hacía falta que se lo dijeran. Pasamos frente a la audiencia del condado y un coche de la policía de Onondaga se apartó del bordillo y vino detrás de nosotros. Miré atrás para asegurarme, y estaba a punto de decir algo cuando mi instinto me recomendó no hacerlo. Los pálidos ojos azules de Mickey aparecían regularmente en el retrovisor. Los hombros del señor Berman apenas sobresalían del asiento delantero, su sombrero de paja estaba horizontalmente por delante de donde debería estar a causa de la joroba, pero para mí ese era el porte de la astucia y la sabiduría; algo me decía que el coche de policía que nos seguía era otra cosa, algo que él sabía y de lo que no era necesario hablar.

Mickey cruzó las desvencijadas tablas del puente de Onondaga y salió al campo. Todo parecía cocido y descolorido en pleno mediodía, y en el coche hacía mucho calor. Al cabo de unos diez o quince minutos, pasó de la carretera pavimentada al patio de una granja, cruzó por entre un revuelo cacareante de gallinas y los brincos de un par de cabras, contorneó un establo y un silo y en seguida aceleró al entrar en una larga pista de tierra llena de baches, con piedras que hacían *pop* contra las cubiertas y una gran polvareda alzándose detrás de nosotros. Se detuvo frente a una cabaña cercada con una alambrada. Un instante después oí los frenos del coche de policía y el ruido de una puerta, y un agente pasó por nuestro lado, fue hasta la puerta de la



cerca, donde podía verse un letrero que decía PROHIBIDO EL PASO, la abrió de par en par y entramos.

Lo que yo había creído una cabaña era en realidad una larga nave, una especie de barracón donde la policía de Onondaga se ejercitaba en el tiro a pistola. El suelo estaba sucio y al fondo la pared era de tierra, un gran montón de ella que habían paleado hasta formar una especie de colina o berma, que tenía encima alambres sujetos con poleas a ambos lados del edificio, como para tender la ropa. El poli sacó unas dianas de papel de un cajón, las sujetó a los tendedores, los corrió hacia la berma, se sentó junto a la puerta y echó la silla hacia atrás sobre dos patas para liar un cigarrillo; Lulu Rosenkrantz se acercó sin más ceremonia a la barandilla, desenfundó su 45 y empezó a disparar. Sentí como si la cabeza me estallase; miré alrededor y vi que todos llevaban orejeras de cuero, y solo entonces reparé en que había un montón de ellas encima de una mesa y me apresuré a ponerme unas, sujetándolas además con las manos, mientras el loco de Lulu hacía añicos el blanco y dejaba el aire lleno de olor a pólvora quemada y del eco de unas conmociones de gran calibre que parecían presionar hacia afuera los costados del edificio y volver a absorberlos.

Lulu cobró el blanco pero no se molestó en examinarlo, sino que lo quitó, puso otro, lo mandó a tirones a su sitio y procedió a cargar a toda prisa la pistola, hasta se le cayó algún cartucho, tan ansioso estaba por volver a emprenderla con él, y de nuevo disparó las balas una tras otra como si estuviese en una pelea y señalando con el dedo estirado para mayor énfasis, de modo que un rugido continuo llenaba el cobertizo. Era demasiado para mí. Salí y estuve de pie al sol, apoyado contra el guardabarros del coche y escuchando el zumbido de mi cabeza. Daba varias notas a un tiempo, como la bocina del Packard del señor Schultz.

El tiroteo se detuvo unos minutos, y cuando volvió a empezar oí los discretos disparos de alguien que apunta con cuidado, un disparo, una pausa y otro disparo. Al cabo de un rato salió el señor Berman sosteniendo dos de las dianas, se acercó y las dejó una junto a otra sobre el capó del Buick.

Estaban impresas en tinta negra con la forma de la cabeza y el torso de un hombre, y una de ellas aparecía llena de agujeros tanto dentro como fuera del blanco, con el mayor, uno como de granada rompedora, en medio del pecho, de modo que pude ver el reflejo del sol en el capó del coche. El otro blanco tenía agujeros pequeños y precisos dispuestos casi a la manera de un dibujo, uno en medio de la frente, otros dos donde deberían estar los ojos, uno en cada hombro, otro en medio del pecho y dos en el estómago, justo por encima de la cintura. Ninguno de los disparos estaba fuera del objetivo.

—¿Quién es mejor tirador? —me preguntó el señor Berman.

Yo repliqué sin vacilar, señalando el segundo blanco, con sus orificios sin fallo cuidadosamente situados.

—Irving.

—¿Cómo sabes que ese es de Irving?

—Lo hace todo así, muy limpio y sin desperdiciar nada.

—Irving nunca ha matado a nadie.

—A mí no me gustaría tener que matar a alguien, pero si lo hiciese me gustaría saber hacerlo así —dije, señalando el blanco de Irving.

El señor Berman se apoyó en el guardabarros, sacudió el paquete para sacar un Old Gold y se lo puso en la boca. Después sacó otro, me lo ofreció, lo cogí, me dio sus cerillas y encendí los cigarrillos de ambos.

—Si te vieses en un apuro, querrías tener a tu lado a Lulu vaciando el cargador contra todo lo que hubiese a la vista —dijo—. Sabrías que en un caso así se decide todo en cuestión de segundos. —Sacudió la mano apuntando con un dedo, volvió a sacudirla apuntando con dos y así sucesivamente, hasta que la tuvo entera extendida—. *Bum, bum, bum, bum, bum*, se acabó. Así. No te dará tiempo ni a marcar un número de teléfono. Ni recoger el cambio podrías.

Sentí que me estaban echando un rapapolvo, pero seguí firme en mi opinión, aunque mirando al suelo.

—No estamos hablando de bordados femeninos, muchacho —me dijo—. No hace falta tanta limpieza.

Seguimos allí sin decir palabra durante un rato. Hacía mucho calor. Veía a una sola ave volando en círculo, allá arriba, en la blancura de aquel tórrido día sin sol; se deslizaba como un planeador en miniatura, de un tono rojo como de herrumbre, dejándose ir perezosamente de un lado para otro. Yo escuchaba el *pop pop* del fuego de pistola.

—Por supuesto —dijo el señor Berman—, los tiempos cambian, y al mirarte veo lo que dicen las cartas; eres la generación que llega y es posible que lo que a vosotros se os exija sea diferente, necesitaréis otras habilidades. Es posible que todo sea suave y sin tropiezos; la gente hará las cosas en silencio, sin tanto tiroteo en las calles. Necesitaremos menos Lulus. Y si eso llega, puede que nunca tengas que matar a nadie.

Le miré y me dedicó una pequeña sonrisa con su boca en forma de V.

—¿Lo crees posible? —dijo.

—No lo sé. Por lo que puedo ver, no parece demasiado probable.

—Al llegar a cierto punto, todo el mundo mira en los libros. Los números no mienten. Leen los números y ven lo único que tiene sentido. Es como si los números fuesen un lenguaje, como si todas las letras del lenguaje se convirtiesen en números, en algo que todos entienden del mismo modo. Te olvidas del sonido de las letras y de si son oclusivas, explosivas, o tocan el paladar o hacen *ooh o aah*, y de todo lo que puede ser leído equivocadamente o engañarte con su música y con las imágenes que pone en tu mente, todo eso se acabó junto con el acento, y tienes una comprensión totalmente nueva, un lenguaje de números, y todo se hace tan claro para todos como si estuviese escrito en la pared. De modo que, como te digo, llega una época en que toca leer los números. ¿Te das cuenta de adónde voy a parar?

—Cooperación.

—Exactamente. Lo que ocurrió en el negocio del ferrocarril es un ejemplo perfecto. Fíjate en los ferrocarriles. Antes eran un centenar de compañías tratando de cortarse el cuello unas a otras; ahora ¿cuántas hay? Una para cada zona del país. Además, se han asociado para allanarse el camino en Washington. Todo agradable y tranquilo, sin tropiezos.

Aspiré el humo del cigarrillo y hubo una innegable oleada de emoción en mi pecho y mi garganta, como un surgir de mi poder. Lo que estaba oyendo era una profecía, pero si era de un acontecimiento inevitable o de una traición planeada no estaba seguro. ¿Y qué me importaba eso mientras supiera que se me valoraba?

—De todos modos, sea lo que sea lo que vaya a ocurrir, debes aprender lo básico —dijo el señor Berman—. Pase lo que pase, tienes que saber cómo desenvolverte. Ya le dije a Irving que debía enseñártelo. Tan pronto como acaben ellos, será tu turno.

—¿Te refieres a disparar?

Sostenía en su palma la Automatic que yo había comprado a Arnold Garbage. Estaba limpia y engrasada, sin rastro de herrumbre, y cuando la cogí vi que tenía el cargador en su sitio y supe por el peso que estaba cargada.

—Si vas a llevarla, llévala —dijo el señor Berman—. Si no, ponla en algún sitio que no sea el cajón de la cómoda, debajo de la ropa interior. Eres un chico despierto, pero, como todos los chicos, haces tonterías.

Nunca olvidaré lo que se siente al sostener por primera vez una pistola cargada y al levantarla y disparar, el susto de su vivo tirón del hueso de tu brazo; no cabe duda de que se te ha concedido un poder, es una investidura, como la de armarte caballero, y aunque no la hayas inventado, ni proyectado, ni construido, el mérito es tuyo porque la tienes en tu mano, ni siquiera necesitas saber cómo funciona, todo el mérito es tuyo; con la más ligera presión de tu dedo aparece un agujero en un trozo de papel a sesenta pies de allí, cómo no vas a estar impresionado contigo mismo, cómo no amar esa causalidad que gira y vuela; yo estaba impresionado, estremecido, las pistolas cobran vida cuando las disparas, se mueven, no me había dado cuenta hasta entonces. Traté de recordar mis instrucciones, de respirar como es debido, adoptar la postura correcta y mirar a lo largo del brazo, pero hizo falta todo ese día y el resto de una semana de entrenamiento diario y pulverizar muchos terrones para convertir el arma en algo familiar a mi mano, conseguir que apuntase a donde yo miraba, hacer que mis dotes para la coordinación, la elasticidad de mi brazo de malabarista, la fuerza de mis piernas y mi aguda vista se afirmasen en sus niveles naturales de acierto y me viese alcanzando el blanco para matar a quien fuese a cada leve presión de mi dedo índice. Al cabo de unas pocas y cortas tardes fui capaz de apuntar y poner el proyectil en medio de la frente, o en los ojos, los hombros, el corazón o la tripa, lo que prefiriese. Irving tiraba del blanco, lo descolgaba, lo ponía cuidadosamente sobre la mesa encima del anterior y los agujeros coincidían. Nunca me alabó, pero tampoco pareció nunca aburrirse enseñándome. Lulu ni se dignaba mirar. Ignoraba mi plan,

que era tener las técnicas de precisión de Irving dominadas de tal modo gracias a mis habilidades que pudiese descuidar la postura, dejar caer el brazo, disparar como Lulu cuando estaba furioso y hacer los mismos agujeros en los mismos sitios. Sabía también lo que diría si me veía hacerlo, que disparar contra blancos de papel no significaba nada, me gustaría verte salir a un trabajo con alguien que se levanta de su silla en el restaurante y las pistolas de todos volviéndose hacia ti, tan grandes que parecen ochenta y ochos de campaña, con los cañones tan anchos y profundos como una Gran Berta en su plataforma sobre raíles, y a ver lo que sabías hacer entonces.

Lo curioso es que noté esa misma actitud en el poli que venía a diario a abrir las puertas, sentarse sobre las patas traseras de la silla y liar sus cigarrillos; solo después de mi segundo día de tiro me di cuenta de que era el jefe, llevaba en la gorra un galón que ninguno de los otros polis de allí tenía, ni siquiera los sargentos, y los brazos que dejaba ver su camisa de manga corta eran los de un viejo que había sido musculoso, y tenía el abdomen caído; yo creía que un jefe de policía tendría algo mejor que hacer que abrir personalmente la puerta del campo de tiro a unos tipos de la ciudad que le habían pagado y quedarse por allí para disfrutar del espectáculo, pero en Onondaga lo que sobraba era tiempo y eso nada tenía que ver con las responsabilidades del cargo, estaba observando a un muchacho, e incluso mientras disparaba mis cargadores pensaba en el jefe de policía que tenía a mi espalda con una leve sonrisa en los labios, era otro hombre dedicado a un trabajo prestigioso fuera, en el campo, como el padre Montaine, apenas visible para el mundo pero aun así cómodo y satisfecho con lo que la vida le daba, mientras el humo de su cigarro de picadura me mantenía consciente de su presencia como de la de un granjero sentado en su porche para divertirse viendo el desfile.

Por primera vez desde mi llegada al condado de Onondaga tenía la sensación de estar haciendo algo que valía la pena, aquellos pocos días de disparar cartuchos; estaba impaciente esperando ir allí, y al anochecer llegaba a cenar hambriento, con los oídos todavía zumbándome y el recuerdo del olor acre a pólvora quemada chisporroteando en mi cerebro. Estaba claro que contaban conmigo, y reflexioné sobre lo organizado que en realidad estaba todo en el aparente caos de la vida del señor Schultz, en lo pacientemente que se ocupaban de todo, desde las exigencias de la ley en esos momentos a las necesidades que esperaban tener en el futuro, estaban manejando sus intereses desde lejos, asentando su presencia en aquella capital de condado de la región norteña, arreglando sus problemas internos a su manera, y él incluso se había traído a alguien bonito para el viaje. Era una especie de juego malabar, ¿no es cierto?, mantener todas las cosas en el aire. A mí me gustaba disparar con pistola, pensaba que era probablemente el experto más joven en la historia de las bandas, no estoy seguro de que llegase a pavonearme, pero por la noche en la cama pensaba en los brutos del barrio persiguiéndome por la avenida Washington, en cómo si ocurría eso ahora me detendría, me volvería con mi pistola en la mano y mi brazo apuntando y los vería frenar dando un patinazo, tirarse al suelo e incluso arrastrarse

bajo los coches para esconderse de mí, y la escena me hacía sonreír en la oscuridad.

Pero el resto de lo que se me ocurría que podía hacer con aquella pistola no era para sonreír en absoluto.

Aquí debería decir que por detrás de la vida que estoy describiendo ocurrían cosas, cosas de negocios en las que yo no estaba directamente implicado. El señor Schultz seguía recaudando la lotería clandestina, seguía vendiendo cerveza y mandando en los sindicatos de limpiadores de ventanas y de camareros, un par de veces desapareció durante uno o dos días y fue a Nueva York, pero en general dirigía las cosas a distancia, lo que puede no haber sido un modo muy cómodo de hacer negocios si uno es tan suspicaz por naturaleza como lo era él y desconfía de cuantos no son sus socios más íntimos, e incluso de ellos cuando no están donde puedas no quitarles ojo. Buena parte del tiempo podía oírle gritar por el teléfono especial del señor Berman, las paredes eran demasiado gruesas para entender lo que decía, pero el tono, el timbre y la entonación llegaban claramente y, como al hombre que se despertaba cuando no pasaba el tren frente a su ventana, me hubiera sobresaltado que transcurriese un día sin oírle levantar la voz.

Mickey estaba a menudo fuera haciendo el largo viaje a Nueva York y regreso en una noche y un día, y a veces aparecían en otros coches otros hombres a los que todo el mundo menos yo parecía conocer, y que cenaban con Irving y Lulu en la otra mesa; tal vez veía dos o tres caras nuevas a la semana. Todo ello me hizo empezar a darme cuenta de la magnitud de la operación, de que solo la nómina mensual debía de ser ya considerable, y desde mi privilegiado observatorio pensaba que el señor Schultz tendría que estar luchando muy duro después de las pérdidas que había sufrido como fugitivo de la justicia. Era difícil juzgar sobre estas cosas cuando insistía tanto en presentarse como engañado, estafado, tomado por tonto. El señor Berman se pasaba las horas enfrascado en los libros, y a veces lo acompañaba el señor Schultz, casi siempre bien entrada la noche, y en una ocasión pasé frente a la puerta abierta de la oficina del señor Berman y vi allí por primera vez una caja fuerte, y junto a ella, en el suelo, sacas de correo vacías, y se me ocurrió que todo el dinero venía a parar allí, a la distancia de un pasillo de mí, una realidad que me resultaba inquietante. Aparte de las sumas simbólicas que había depositado aquella vez con fines políticos, el señor Schultz no tenía cuenta en el banco, porque las anotaciones del banco podían ser objeto de intervención judicial y los activos confiscados, y podían denunciarlo por delito fiscal; era una simple precaución, las pruebas que ahora tenían los federales se basaban en rollos de calculadora y papeles cogidos en una incursión en la oficina de la calle 149, lo que ya era bastante malo. De modo que era práctica contable esencial que todos los cobros, las liquidaciones y el pago de la nómina se hiciesen en metálico, era un negocio al contado y los beneficios del señor Schultz eran a tocateja, y una noche soñé con una gran marea de dinero que iba y

venía, y lo que quedaba en la playa, el señor Schultz llegaba corriendo y lo hacía paquetes que metía en un saco de arpillera como si fuesen patatas, sabiendo que era un sueño mientras lo soñaba porque el campo estaba a la orilla del mar pero dándome cuenta en el sueño, lo que equivale a decir considerándolo la verdad del asunto, de que llevaba tiempo haciendo eso y tenía que haber acumulado muchos sacos de arpillera llenos de pasta; y después aquello era como una especie de tesoro, pero en el sueño yo no sabía dónde estaba oculto, y menos aún lo supe cuando me desperté.

Por esos días, el abogado del señor Schultz, Dixie Davis, a quien había visto aquella vez en la oficina de la lotería clandestina, vino de Nueva York y llegó al hotel Onondaga en un sedán Nash conducido por un miembro de la banda a quien yo no conocía. Dixie Davis era mi ideal de persona bien vestida, había comprado mis zapatos *wing-tip* porque se los había visto a él y ahora reparé en los suyos de verano que tenían una especie de rejilla, eran marrones con esa rejilla color crema desde los cordones a la punta, y no me gustaron gran cosa aunque probablemente eran muy frescos. Llevaba un traje cruzado color tabaco muy claro que me gustó, y una corbata de algodón a rayas en tonos pálidos azul, gris y rosa que me pareció elegante, pero lo mejor de todo era el sombrero de paja con que se tocaba y que se puso al salir agachado del coche. Dio la casualidad de que bajaba yo entonces, de modo que vi al señor Berman, nada tímido en cuanto a combinaciones de color, saludarlo junto a la puerta giratoria. Dixie Davis llevaba con él su cartera, bien rellena con los misteriosos problemas de la vida jurídica. Era algo diferente a como yo lo recordaba, quizá ante la idea de encontrarse con el señor Schultz pareció perder su seguridad en el momento en que empujó la puerta, entró en el vestíbulo, se quitó el sombrero de paja, miró a su alrededor un tanto nervioso y sostuvo la cartera con ambas manos, y aunque sonreía y estaba alegre vi que tenía la palidez de la ciudad, no era tan apuesto como yo lo recordaba bajo aquel peinado con copete, sino algo dentado y untuoso en sus gestos, tenía una de esas sonrisas que decaen en las comisuras de la boca, lo que en el Bronx llamábamos sonrisa de comemierda, y la llevaba puesta cuando pasó con el señor Berman hacia el ascensor.

El señor Schultz iba a tener la tarde ocupada, de modo que dijo a Drew Preston que dedicase su tiempo a hacer de institutriz conmigo. Mantuvimos ambos una reunión, de pie frente al pequeño museo indio que había en la parte de atrás de la audiencia de piedra rojiza, bajando al sótano por unas escaleras.

—Mira —me dijo—, solo tienen unos cuantos tocados de plumas, lanzas y cosas así, y de cualquier modo ahí no hay nadie para ver lo buena institutriz que soy. ¿Qué te parece si nos vamos de merienda?

Le dije que cualquier cosa me parecía bien con tal de que no tuviese nada que ver con la educación. La llevé a ver a la dueña de mi salón de té secreto que hacía cosas tan buenas, y compramos sandwiches de ensalada de pollo, fruta y milhojas, y

después ella una botella de vino en la tienda de licores, y salimos cuesta arriba por la parte este de la ciudad hacia las montañas; fue una excursión más larga de lo que yo esperaba, la mayoría de mis exploraciones las había hecho al norte y al oeste, hacia la zona de las granjas, pero los montes parecen más cerca de lo que están y mucho más allá del final de las calles pavimentadas todavía seguíamos subiendo en amplios círculos por un camino de tierra mientras la gran colina que había detrás del hotel Onondaga seguía pareciendo exactamente igual que desde mi ventana, lo bastante cerca para tocarla pero lo mismo de lejana, incluso cuando al volverme y mirar abajo, a los tejados de la ciudad, vi los progresos que habíamos hecho.

La señorita Drew caminaba delante, lo que de ordinario hubiese despertado mi espíritu competitivo, pero esta vez disfrutaba viendo el juego de los músculos en sus largas pantorrillas blancas. En cuanto estuvimos fuera de los límites de la ciudad se había soltado y quitado la falda de institutriz y se la había echado al hombro, lo que hizo que mi corazón dejase de latir por un momento, pero debajo llevaba unos pantalones cortos, de esos anchos que usan las chicas, y caminaba con una muy atractiva y larga zancada a paso ligero y entrenado, con la cabeza baja y balanceando el brazo libre, mientras las redondeces de sus *shorts* se alternaban subiendo y bajando de un modo que no tardó en hacerme fiable y familiar; iba disparada colina arriba, con sus largas piernas y los pequeños pies con zapatos de tacón bajo y calcetines blancos, y después el camino se hizo horizontal y nos encontramos a la sombra de los pinos, y allí el camino se transformaba en senda y nos adentramos en el bosque, un mundo totalmente nuevo, blando al pisar con el grueso mullido de pardas agujas de pino y ramas secas que crujían en medio del silencio, un mundo pardusco con el sol allá arriba, sobre las altas copas, de modo que solo motas de él o pequeñas manchas conseguían llegar al suelo forestal. Yo nunca había estado en bosques tan extensos, quiero decir que en el Bronx había solares de tierra con hierbas que crecían como árboles, retorcidas y selváticas, pero no tanto como para perderse en ellas, ni siquiera las partes más salvajes del zoo del Bronx me habían proporcionado la sensación que ahora tenía de estar dentro de algo, como en una caverna o una cueva, no me había dado cuenta de que en los bosques pasa eso, que al internarte es como si estuvieras descendiendo al fondo.

Drew Preston parecía saber adónde iba, encontró lo que dijo eran antiguas pistas forestales, de modo que la seguí, confiado, y nos adentramos en pequeñas praderas soleadas que a mí me parecieron muy a propósito para el *picnic*, pero no se detuvo sino que siguió una dirección casi siempre cuesta arriba, y después supe que estábamos realmente en las colinas, a unos cuantos kilómetros de la ciudad, porque oí ruido de agua y llegamos al río Onondaga, que allí era poco caudaloso y no mucho más ancho que un arroyo, de modo que se podía cruzar pasando por las piedras que sobresalían, cosa que hicimos, y yo pensaba cuándo querrá pararse, pero siguió andando alejándose del río por la empinada ribera, ladera arriba de un bosque oscuro; yo estaba empezando a pensar en quejarme porque con mi nuevo calzado de lona el

roce de los calcetines me levantaba ampollas y los mosquitos me picaban las piernas desnudas, pues llevaba mis nuevos pantalones cortos de verano de hilo a lo pequeño lord Fauntleroy y la camisa de polo de manga corta a rayas azules y blancas que me había elegido ella, pero llegamos a un extenso y llano parque natural, y allí el ruido del agua se hizo más fuerte; ella estaba unos cuantos metros delante de mí, parada al fin y con su silueta rodeada por una corona de luz deslumbradora, y cuando la alcancé vi que estábamos al borde de una gran cascada iluminada por el sol donde el agua caía blanca de tan espesa y rugía al romperse contra los peñascos. Allí decidí hacer el *picnic*, sentados con las piernas colgando sobre la orilla de raíces retorcidas y musgo movido por la brisa, como si supiese que aquel sitio existía y dónde encontrarlo.

Sacamos los sandwiches del papel parafinado y pusimos la merienda sobre su falda, que había extendido en el suelo, desenroscó la tapa de la botella de vino tinto Taylor's New York State y tuvo el tacto o el descuido de suponer que naturalmente yo iba a turnarme para beber de la botella como hizo ella, y bebí, pero solo después de quitarme las gafas, y estuvimos sentados en silencio comiendo, bebiendo y contemplando la asombrosa y crujiente belleza de aquella garganta de blancos peñascos bañados por el agua y el sol. En el fondo revoloteaba un arco iris que brillaba sin pausa, como si lo que caía y se rompía en sus colores no fuese agua sino luz. Aquel tenía que ser el más secreto de los sitios, tenía la sensación de que si nos quedábamos allí seríamos libres, de que el señor Schultz no daría nunca con nosotros porque era incapaz de imaginar que existiese un lugar así. ¿Qué nueva suposición estaba haciéndome en aquel romántico escenario? ¿Qué pude haber estado a punto de decir cuando me volví hacia ella solo para darme cuenta de que aquel no era un silencio compartido? Ella estaba sentada con los hombros hacia adelante, cada vez más ensimismada en sus pensamientos, y se había olvidado de mí y de la comida y, mientras sostenía con ambas manos la botella entre sus rodillas, incluso de darme más tragos de vino. La ventaja que eso tenía para mí era que podía contemplarla sin llamar su atención, y lo primero que miré fueron sus muslos, ya sabéis cómo se ensanchan estando sentado, especialmente cuando no son demasiado musculosos, y en medio de aquel sol despiadado eran muslos de muchacha suaves y blancos como la leche, con las venas finísimas y azulísimas de un trazo tan delicado que me di cuenta con cierta sorpresa de que era más joven de lo que había imaginado, no sabía su edad pero las compañías que había tenido y el hecho de que estuviese casada me habían hecho pensar en ella como en una mujer mayor, nunca se me había ocurrido que pudiera ser tan precoz a su manera como yo a la mía, era una muchacha, claramente mayor que yo pero todavía una muchacha, quizá veinte, tal vez veintiún años tendría aquella señora Preston con el anillo de oro en el dedo. Bastaba ver su piel al sol para darse cuenta. Pero vivía una vida tan por delante de la mía en saber experimentado que a su lado yo era un niño. Y no me refiero solo a su libre acceso como gran beldad a las más avanzadas esferas del poder y la depravación; había



elegido esa vida cuando, quizá por las mismas razones que le dictaban sus ratos de meditación, pudo haber preferido vivir en un convento, por ejemplo, o ser actriz de teatro. Me refiero más bien a cómo sabía que aquel sitio estaría allí, a lo familiares que le eran los bosques, a lo que sabía de caballos. Recordé que su marido, el invertido Harvey, había dicho algo de una regata, de modo que probablemente sabía también de navegación y de mares, y de playas para nadar que no estaban llenas de gente, y de esquiar en las montañas de los Alpes, y en realidad de todos los placeres del planeta, de todas las cosas gratuitas que uno podía tener si sabía dónde estaban y tenía el entrenamiento necesario para disfrutarlas. En eso consistía la riqueza, en un conocimiento práctico de esas cosas que te permitía hacerlas tuyas. De modo que mirándola ahora tuve la revelación del gran alcance de mis ambiciones, sentí el primer dolor agudo de ese mismo saber, que era un indicio de todo lo que me había perdido hasta entonces y se había perdido mi madre y se perdería siempre y todo lo que estaba condenada a perderse la pequeña Becky, la de los ojos oscuros, si yo no la amaba y la llevaba conmigo para ayudarla a salvar todas las alambradas que tendría que atravesar.

De pronto me encontré penosamente pendiente de Drew Preston, me impacientaba la soledad que se fabricaba en exclusiva, me parecía un desaire. Me encontré esperando por ella, por su atención, que necesitaba imperiosamente pero no pensaba rebajarme a solicitar. Fue entonces cuando llegué hasta su perfil. El calor de la caminata le había pegado el pelo a la frente y pude ver entera su silueta, una curva blanca y suave como la de una escultura. Los rayos de sol que subían reflejados de los peñascos me permitían ver a través de la transparencia de su ojo hasta el óvalo verde del iris con sus luces doradas que se difuminaban en resplandor, y el ojo entero pareció aumentar y me di cuenta de que estaba llorando. Lloraba en silencio, mirando fijamente por entre las lágrimas, y se lamía las que le llegaban a la comisura de la boca. Me volví a otro lado como hace uno cuando es testigo íntimo y no invitado de una terrible emoción. Solo entonces la oí sorber las lágrimas y bebérselas, como un ser humano normal cuando llora, y me pidió con voz ahogada que le dijese cómo había muerto Bo Weinberg.

Yo no deseaba hablar de ello más que lo deseo ahora, pero lo hice y lo haré, fue entonces cuando se lo dije, de modo que ahora tengo que volver a contarlo.

—Cantó *Bye, Bye, Blackbird*.

Se me quedó mirando, con el agua rugiendo y el arco iris rielando allá abajo. Parecía no haber entendido.

—«Mete en mi equipaje todas mis preocupaciones y mis penas, que allá voy, cantando en voz baja, adiós, mirlo, adiós» —dije—. Es una canción famosa. —Y después, como si pensase que no había mejor manera de explicárselo, canté para ella:

*Hazme la cama y enciende la luz,  
que llegaré*

*entrada ya la noche,  
adiós, mirlo, adiós.*

Empezó a tararearla muy pronto, mientras el señor Schultz estaba abajo con ella y yo de pie a medio camino de la cubierta superior, sujeto por los tobillos y los codos a la escalera, que se alzaba y caía vertical mientras el remolcador cabalgaba las olas o se hundía entre ellas. Era como si Bo la hubiera oído en el zumbido del motor o en una frase del viento, al modo como los ritmos mecánicos o naturales de nuestro alrededor suelen transformarse en nuestra mente en alguna canción popular. Irguió la cabeza y trató de enderezar los hombros, parecía haber encontrado nuevas fuerzas en la distracción de cantar, en su control de la canción, como cuando tarareas mientras estás concentrado en algún trabajo, y había recobrado un tanto el juicio, carraspeó y cantó algo más alto pero todavía sin palabras, y solo se detuvo para tratar de mirar tras de sí tanto como podía, y sin verme pero sintiendo que estaba allí me llamó, eh, chico, ven aquí, habla con el viejo Bo, y volvió a tararear mientras esperaba confiadamente a que apareciese junto a él. Yo no quería verme más comprometido en aquello de lo que ya lo estaba compartiendo la camareta de aquel moribundo, su estado me parecía contagioso, no quería saber nada de su experiencia, ni de sus oraciones, llamamientos, quejas o últimas peticiones, no quería estar en sus ojos en sus últimos momentos, como si por ello algo de mi ser fuese a bajar con él al mar, sé que no es bonito confesarlo pero así es como me sentía, totalmente ajeno al no ser yo santo, ni sacerdote para absolverlo, rabino para consolarlo o enfermera para cuidarlo, y no queriendo participar de ninguno de los modos concebibles en nada de lo que él estaba pasando, ni siquiera como espectador. De modo que, naturalmente, no tuve otra opción que bajarme de la escalera y quedar sobre la oscilante cubierta, donde pudiese verme.

Movió la cabeza arriba y abajo para verme bien, tenía un aspecto impensable en él, con todo torcido, el esmoquin, las perneras del pantalón, la camisa medio salida, la chaqueta arrugada en la espalda como si tuviese joroba, el espeso pelo negro y reluciente caído a un lado, asintió varias veces con la cabeza, sonrió y dijo: hablan bien de ti, muchacho, tienen puestas en ti grandes esperanzas, ¿lo sabes, te lo dicen todos?, menudo cabroncete estás hecho, ¿verdad?, no engordarás nunca, solo te falta crecer cuatro o cinco centímetros para poder pelear en los plumas. Sonrió con sus dientes siempre blancos desde aquella cara atezada, en la que unos pómulos salientes alargaban sus ojos siberianos. Los tipos pequeños matan bien, según mi experiencia, es así como ascienden, sabes, y consiste en pinchar hacia arriba, dijo levantando bruscamente la cabeza para que hiciese de cuchillo, si usas pistola arma un escándalo, de manera que es también por conveniencia tuya, pero si eres tan listo como dicen llegarás a donde te hacen las uñas y una chica guapa se sienta junto a tu sillón y te las

limpia a diario. Yo mido más de metro ochenta pero siempre maté rápidamente, ni torturé ni fallé nunca, ¿que el tipo tiene que irse?, *bum*, le apagas las luces, dime quién es, Dutch, *bum*, hecho, eso es todo. Nunca me gustó nadie que disfrutase con ese trabajo, aparte de hacer bien algo muy difícil y muy peligroso. Nunca me gustaron los tipos sucios, te daré un consejo del viejo Bo. Tu hombre no va a durar mucho. Ya ves qué cosas hace, es un tipo muy emotivo, un loco peligroso a quien le tienen sin cuidado los sentimientos de los demás, me refiero a personas importantes, tan duras como él y con mejores organizaciones, y te diré, aquí entre nosotros, que mejores ideas para el futuro que ese insensato. Es un tipo obsoleto, ¿sabes lo que quiere decir eso? Está acabado, y si eres tan listo como dicen me escucharás y mirarás por ti. Te lo dice Bo Weinberg. Irving lo sabe y está preocupado pero no dirá nada, para él es tarde, está a punto de retirarse y no va a cambiar de bandera ahora. Pero tiene mi respeto y yo el suyo. Lo que he hecho en mi vida, lo que he conseguido, el valor de mi palabra, son cosas que Irving respeta y contra él no tengo nada. Pero recordará, todos recordarán, tú también, muchacho, quiero que os miréis en Bo Weinberg por vuestro propio bien y comprendáis el terrible trato que se ha dado a semejante hombre, míralo a los ojos si puedes para que no lo olvides mientras vivas porque dentro de unos minutos, solo unos minutos, estará en paz, del otro lado, no le harán daño las cuerdas, no sentirá el calor ni el frío ni estará asustado o humillado, feliz o triste, ni necesitará ya nada, ese es el modo en que Dios compensa lo terrible de la muerte, que viene a tiempo, y el tiempo se va pero la muerte queda y con ella la paz. Pero tú, chico, eres testigo y será duro pero así es la cosa, recordará y *el Holandés* sabrá que recuerdas y ya nunca podrás estar seguro de nada porque estás condenado a vivir con el recuerdo de la infamia que hicieron a Bo Weinberg.

Miró a otro lado, y me sobresaltó oír la canción cantada con una fuerte voz de barítono, ronca de desafío: mete en mi equipaje todas mis preocupaciones y mis penas, que allá voy, cantando en voz baja, adiós, mirlo, adiós. Aquí nadie puede amarme o comprenderme, ah, con qué historias de mala suerte me vienen todos. Dum de dum, enciende la luz, que llegaré entrada ya la noche, adiós, mirlo —y sacudió la cabeza y cerró los ojos con fuerza para alcanzar la nota alta al final—, adiós.

Después dejó caer pesadamente la cabeza y tarareó suavemente la canción para sí, como si otra vez estuviese pensando, casi inconsciente de estar tarareando al mismo tiempo, y cuando lo dejó y empezó otra vez a hablar ya no me hablaba a mí sino a otro Bo sentado a su lado, quizá de punta en blanco en el club Embassy, con los vasos frente a ellos mientras recordaban: sí, el tipo está allá arriba, detrás de puertas bien cerradas en el Grand Central Building, ¿dónde es, en la planta doce?, gente por todas partes, y tú sabes que tiene que tener una habitación llena de armas y un antedespacho y un despacho, en ese edificio tan legal y bien cuidado que está a caballo de Park Avenue y la Cuarenta y Seis, de modo que esas son las condiciones. Pero ellos lo saben y saben que es difícil, el tal Maranzano ha estado en el oficio toda su vida, no estamos hablando de un primo, y la Unione sabe que para ese trabajo

necesitan al as de espadas, y Dutch viene a mí y me dice: mira, Bo, no tienes que hacerlo, estas son cosas de italianos, les gusta limpiar sus generaciones de vez en cuando, pero como un favor te han pedido a ti, y no nos perjudicaría estar donde nos deban una grande, de modo que dije: desde luego, me refiero a que era un honor para mí, entre tantos pistoleros es el mío el que quieren, así fue como lo hice y me cubrí de gloria para el resto de mis días, solo con eso, como el sargento York. Ya sabes que me gusta ser serio. Me refiero a que me gusta ganar dinero y comer y tirarme a mujeres bonitas, me gustan los caballos y la mesa de dados, me gusta entrar en una habitación con gesto indolente, pero por debajo de eso me gusta más que nada ser de fiar, ese es el mayor placer, el de mi ser más puro, estar donde alguien diga ni ese ni aquel, tiene que ser Bo Weinberg, donde alguien me pregunte y yo diga que sí con la cabeza y la cosa esté hecha, todo tan suave, rápido y fácil como ese movimiento de cabeza, y ellos lo saben y lo dan por hecho, y hecho está, de modo que cuando lo lean en los periódicos al otro día, o a la semana siguiente, será otro misterio no resuelto de un mundo con leyes propias, otra dulce historia para los periódicos. De modo que voy a la reunión y no diré su nombre, pero allí está y dice con esa voz de degollado que sanó: qué necesitas, y yo digo: consígueme cuatro chapas de policía, eso es todo. Y levanta las cejas pero no dice nada, y al día siguiente las tengo, y cojo a mis muchachos, los llevo a una tienda y nos vestimos todos como detectives, con impermeables y hongos, y vamos al local y abrimos nuestras carteras: policía, quedan detenidos, y van todos a la pared y yo abro la puerta, el tipo está detrás de su mesa levantándose, muy tarde en comprender, tiene entre setenta y setenta y cinco años y se mueve despacio, me apoyo en el borde de la mesa y le coloco el tiro limpiamente en el ojo. Pero ahora viene lo divertido, ese edificio tiene vestíbulos de mármol y suena como tierra de nadie, y a través de las puertas abiertas, por los pasillos, las cajas de escalera y los huecos de los ascensores el tiro se oye en todas partes y todo el mundo sale pitando, mis muchachos, los matones que estaban contra la pared, todos corren como locos cogiendo ascensores y bajando escaleras de tres en tres. Cuando salgo de allí con la pistola caliente en el bolsillo las puertas están empezando a abrirse y abajo oigo esos pánicos, ya sabes, cuando la gente sabe que ha ocurrido algo terrible y empiezan a gritar, y pierdo la cabeza y corro escalera abajo y escalera arriba, y me lío en ese jodido edificio a dar vueltas por los pasillos buscando salidas y metiéndome en los cuartos de la limpieza, el caso es que me he perdido, y, no sé cómo, cuando llego abajo no estoy en la calle sino en la terminal de la Grand Central y son las cinco o las seis de la tarde y el sitio está... como la Grand Central, gente en todas direcciones cogiendo trenes o esperando a que se abran las puertas mientras resuenan los altavoces en medio de todo aquel barullo, y me meto entre la multitud que espera el Cinco Treinta y Dos y dejo la pistola en el bolsillo de un tipo, te juro que fue eso lo que hice, en el abrigo, estaba sosteniendo la cartera en la mano izquierda y el *World-Telegram* doblado para leerlo en la derecha, y justo en el momento en que se abren las puertas y todo el mundo empuja para entrar allá le va,

tan suavemente que ni siquiera lo nota, y me alejo poco a poco y él cruza las puertas y corre rampa abajo hacia su asiento y, te lo imaginas, hola, cariño, ya estoy en casa, Dios mío, Alfred, qué es esto que tienes en el bolsillo, ¿eh, una pistola?

Y está riéndose, se le saltan las lágrimas de risa, es un instante precioso en el paraíso del recuerdo, y aunque me río con él, pienso en lo fácilmente que nos conmueven los recuerdos, en cómo el relato es un tramo de luz en el espacio. El suyo me sacó de aquel barco que subía y bajaba como saltando a la pata coja en medio de una peste a petróleo, yo estaba allí en la Grand Central, dejando con mi mano la pistola en el bolsillo del abrigo de Alfred, pero al mismo tiempo jugando con la carterita de cerillas sobre el blanco mantel almidonado del club Embassy, y la flaca cantante cantando *Bye, Bye Blackbird* y fuera, en Manhattan, las limusinas esperando y llenando de humo del escape la noche invernal.

Me convertí en el blanco de su siniestra mirada. ¿Y tú de que te ríes?, dijo. ¿Te parece divertido, listillo? Era evidente que la historia había terminado, como en los juegos malabares, cuando la pelota que lanzas arriba encuentra el momento para bajar, vacila como si no pudiese y al fin cae a la misma velocidad de aquella luz celestial. Y la vida ya no es buena, sino solo algo que te pasa.

¿Te parece divertido, listillo? Fue un hombre que en sus tiempos tuvo a su cargo a mucha gente, ojalá dures tanto en sazón, hasta que cumplas los setenta. Entonces podrás reírte. Maranzano era un tipo importante, no una basura como Coll, al que nunca podrías meterle suficientes balas, no como Coll, ese jodido chaval irlandés para el que una muerte era poco. ¡Pero yo maté a Coll!, gritó. Lo convertí en babas, mierda y sangre en aquella cabina telefónica. ¡Brrrrrup! Arriba una ventana. ¡Brrrrrup! Abajo la otra. ¡Lo maté! Te hablo de hechos, pequeñajo, ¿tú sabes lo que es eso, lo que es ser capaz de hacer eso? ¡Ahora estás en la Galería de Personajes Famosos! ¡Yo maté a Salvatore Maranzano, y a Vincent Perro Loco Coll, y a Jack Diamond, y a Dopey Benny! ¡Yo maté a Maxie Stierman y a Big Harry Schoenhaus y a Johnny Cooney! ¡Yo maté a Lulu Rosenkrantz! Yo maté a Mickey el chófer y a Irving y a Abbadabba Berman, y maté al Holandés, a Arthur. Me miró con los ojos saltones como si estuviese a punto de romper las cuerdas que lo sujetaban. Después fue como si ya no pudiera seguir mirándome. Los he matado a todos, dijo inclinando la cabeza y cerrando los ojos.

Después me susurra: cuida de mi chica, no dejes que le hagan nada, llévatela lejos antes de que se la cargue también, ¿tengo tu promesa? Te lo prometo, le digo en el primer acto compasivo de mi vida, porque ahora el motor funciona en el vacío y el remolcador se mece salvajemente en el remolino, yo no sabía que las olas se creían en la obligación de ser aquí fuera también incluso mayores y más feroces y como dotadas de vida propia en medio de ninguna parte. Baja Irving por la escalera y Bo y yo observamos su economía de movimientos al abrir la doble puerta de la parte de

atrás del camarote, salir y dejar las hojas bien sujetas. De pronto la limpia ráfaga se ha llevado el olor a petróleo y a cigarro, estamos al aire libre, al débil reflejo de la luz de nuestra camareta veo alzarse la mar gruesa formando gigantescos y tétricos desfiladeros e Irving está en la barandilla de popa, que desengancha, levanta y pone limpiamente a un lado. El barco da tales bandazos, se revuelca de tal manera que he vuelto a mi sitio en el banco y me sujeto apoyando los talones contra una plancha metálica de la cubierta y aferrándome a los mamparos. Irving es un auténtico marino a quien no preocupan ni el subir y bajar de la cubierta ni las salpicaduras que recibe en el pantalón. Está de nuevo dentro, con su cara fina y demacrada salpicada de agua de mar y su fino pelo reluciendo sobre el brillante cuero cabelludo, y metódicamente, sin pedirme ayuda, levanta con una palanqueta el borde del balde galvanizado, mete debajo una plataforma con ruedas y a empujones y golpes va introduciéndola más y más bajo el balde hasta que puede hacer palanca con todo su peso para sujetarla con un pie y tirar del balde hasta ponerlo encima, con un ruido extrañamente seco y chirriante que me recuerda que si fuese un cubo de jugar con la arena y no estuviesen dentro los pies de nadie, se podría volcar y darle unos golpecitos y saldría la perfecta escultura en cemento de un balde boca abajo, quizá incluso con el nombre del fabricante en relieve. Las rodillas de Bo están ahora alzadas en un ángulo doloroso y la cabeza incluso más baja que aquellas, está casi doblado por la mitad, pero en seguida Irving se ocupa de eso, mete astillas debajo de las cuatro ruedas de goma de la plataforma, abre una caja de herramientas, saca un cuchillo de pescador, corta las cuerdas de Bo, las enrolla y las deja a un lado, ayuda a Bo a levantarse de la silla de cocina y lo pone de pie en el balde ahora rodante sobre la cubierta del remolcador, allí, en todo lo alto del océano Atlántico. Bo tiembla, gime, se le doblan las piernas, les falta circulación, e Irving me llama, me dice que sostenga a Bo del otro lado, y, ah, esto es precisamente lo que prefiero no hacer durante mi entrenamiento, exactamente esto, sentir el falso abrazo de Bo, oler su aliento cálido, notar a través de la negra chaqueta el sudor de su brazo en mi cuello, y su mano crispada sujeta a mi cabeza como una garra, aferrada en mi pelo, y su codo taladrándome la carne, el hombre caliente y vivo descansando su pecho sobre mí, gimiendo sobre mi cabeza, todo su cuerpo estremecido. Allí me tenéis sosteniendo al hombre al que estoy ayudando a morir, somos su único apoyo, sigue agarrándose a la vida e Irving le dice: no es nada, Bo, no pasa nada, y, tranquilo y alentador como una enfermera, quita con el pie el calce, estamos frente a la popa ahora abierta, y me manda que haga lo mismo con el de mi lado, lo que hago rápida y cuidadosamente, y llevamos a Bo rodando sobre la plataforma sin apenas esfuerzo con ayuda del mar hasta la escotilla, donde se suelta de nosotros y se agarra al armazón, ahora de pie allí solo con su vehículo de cemento yéndosele atrás y adelante como unos patines que no supiese manejar del todo, gritando *ohh ohhooooo* y retorciéndose desde la cintura mientras pugna por mantenerse vertical; Irving y yo lo observamos desde atrás y de pronto Bo aprende cómo dominar aquello y se las arregla para aminorar la velocidad de las ruedas de

goma y con las piernas sujeta el balde de cemento y consigue que su movimiento sea relativamente gobernable y se atreve a levantar la vista y se encuentra frente a una cubierta sin barandilla y un mar más alto que él y después más bajo en una noche de viento negro y furioso, y con el esfuerzo los brazos están a punto de desencajarse y aspira a bocanadas ese viento horrible y esa noche y veo cómo se mueve su nuca y alza la cabeza y los hombros frente a ese mundo de terror inexplicable y aunque no puedo oír por culpa del viento sé que está cantando y aunque no la oigo sé cuál es la canción que se lleva lejos el viento marino, su canto de despedida, la canción que llevaba en la cabeza, lo único que cualquiera tiene siempre, y así estaba Bo Weinberg, en catastrófica soledad, cuando el piloto embregó y el barco arrancó repentinamente y apareció el señor Schultz en mangas de camisa y tirantes y se acercó y levantó un pie calzado solo con el calcetín y lo aplicó a la rabadilla de Bo, y las manos se desprendieron de su asidero y hubo una embestida del cuerpo buscando ansiosamente equilibrio donde no lo había, se inclinó hacia atrás, volvió hacia adelante y cayó al mar y lo último que vi fueron sus brazos, y los blancos puños, y sus pálidas manos alzadas al cielo.



Cuando acabé, no dijo nada. Me pasó la botella de vino. Levanté la cabeza para beber y cuando volví a mirar ya no estaba sentada a mi lado sino que se había deslizado por la orilla musgosa y estaba descendiendo por la garganta con ayuda de las grietas que había entre las rocas y los retoños de pino que crecían en ellas. Me tumbé boca abajo y la observé. Todavía le faltaban dos terceras partes del recorrido cuando la envolvió la niebla.

Me pregunté si iría a hacer algo realmente estúpido, si habría contado mi historia demasiado bien. No lo había incluido todo, por ejemplo cuando Irving y el piloto estaban hablando en la caseta del timón y Bo Weinberg me pidió que fuese abajo y viera qué le ocurría a ella. Así lo hice y oí un poco, no mucho, por lo fuerte que sonaban allí abajo los motores del barco. Escuché unos minutos ante la puerta de la camareta adonde la había llevado el señor Schultz y después volví a la cubierta y le dije a Bo que estaba bien, que el señor Schultz paseaba arriba y abajo explicándole su punto de vista. Solo había querido hacérselo más fácil.

—¿Querías vivir la vida? —Había oído gritar al señor Schultz—. ¡Pues mira, «miss debutante», esto es la vida, esta cara tiene!

Después no conseguí oír nada durante un rato. Estaba en cuclillas en el pasadizo y cuando ya iba a abandonar pegué el oído a la puerta y volví a oír su voz.

—¿No te importa lo muerto, verdad? Te digo, detalles aparte, que está muerto. ¿Lo entiendes? ¿Podrás olvidar a los muertos? Creo que has olvidado ya, ¿no es cierto? Bueno, estoy esperando un sí o un no. ¿Qué? ¡No te oigo!

—Sí —dijo ella.

O debió de decir, porque el señor Schultz exclamó:

—Ah, qué pena. Es una lástima por Bo —y se echó a reír—. Porque si llego a pensar que lo querías pude haber cambiado de opinión.

Agarré su falda, la tiré ladera abajo y contemplé cómo flotaba entre la niebla y desaparecía. ¿Qué esperaba? ¿Que la encontrase, se la pusiera y trepase hasta mí? No estaba obrando con sensatez. Me di la vuelta, me puse de espaldas a la cortadura y fui tras ella. Era más difícil de lo que parecía; lo descubrí casi inmediatamente cuando, con la cabeza apenas por debajo del borde, la raíz en la que puse el pie se rompió y estuve a punto de caerme. No me gustó nada ver la cara de la roca a medio palmo de mi nariz. Las piedras estaban deshaciéndome los codos y las rodillas. Me daba pánico bajar, no sé lo que temía, que fuese a dejarme allí para siempre o que alguien la encontrase, la cogiese y le hiciese algo malo. Algún loco de los bosques al acecho de la ocasión. Pero era más que eso: que lo encontrase y, olvidando lo que podía pasarle, se fuera con él adondequiera que tuviese su guarida, a cualquier asqueroso cobertizo.

Algunas de las ramas de pino tenían resina que se me pegaba a las manos y me ayudaba a sujetarme. Sentía calor en la espalda, cuanto más descendía más fuerte era. Encontré una repisa y me detuve a descansar; el ruido del agua era enorme, como de carbón cayendo por una rampa. Salir de la repisa era más difícil que llegar a ella. Debajo había menos ramas y más pequeñas para agarrarse. Pronto no hubo ninguna, y me sujeté metiendo las punteras en las rendijas y aferrándome con los dedos a las rocas que afloraban. Después, de repente, el cielo se cubrió de nubes, hacía frío, y me di cuenta de que había cantos rodados sobre los que hacer pie, y así, poco a poco, descendí por esos pedruscos amontonados hasta el fondo y me vi en medio de una niebla blanca con el cielo allá arriba, difuso y pálido.

La cascada estaba a mi derecha, a unos treinta metros; era el último salto y el más largo y no se veía desde arriba. Se me ocurrió entonces que es la caída del agua lo que forma las gargantas, quiero decir que eso podía no ser noticia para cualquier otro pero era prácticamente mi primer atisbo de la naturaleza en acción. También he leído cosas sobre los dinosaurios pero no es lo mismo que encontrar los huesos de alguno. El agua corría velozmente por delante de donde yo estaba de pie sobre una empinada orilla de arena y piedras; el lecho no tendría más de dos metros de anchura, pero no había otro lugar más ancho a la vista. La falda estaba en el suelo, donde yo la había tirado. La enrollé, me la metí bajo el brazo, me encaminé a la izquierda, lejos de la cascada, y pronto estuve de nuevo sobre cantos rodados, saltando de uno a otro con el agua hirviendo a mis pies y en torno a ellos; todo esto era colina abajo, y me sentía como si estuviese descendiendo a un poro del planeta, y cuando llegué a una revuelta y miré abajo, a una repisa saliente en forma de enorme cabeza de flecha, vi su ropa amontonada sobre ella, incluidos zapatos y calcetines. Salté y corrí hasta el borde y me encontré encima de una oscura poza de agua limpia y totalmente quieta, excepto por un borde o derrame plateado en la orilla más lejana.

Me pareció que llevaba mirando aquel agua el tiempo suficiente para que cualquiera que estuviese sumergido tuviera que haber salido o haberse ahogado. Estaba aterrado; me quité los zapatos y la camisa y me preparé para saltar; no nado muy bien, pero me sentía capaz de bucear si era necesario, y en ese momento el agua se estremeció y apareció ella, surgieron su cabeza y sus hombros, y gritó o cogió aire con tal ansia que fue como un grito de dolor, y después se dejó caer hacia atrás y se puso a flotar de espalda con los brazos estirados, y estuvo echada allí en la poza con el pecho jadeante y las piernas apenas una tenue sombra en la oscuridad del agua.

Al cabo de un rato se enderezó, sacudió la cabeza y se arregló el pelo. Nadó de costado hasta salir de mi campo visual y un minuto después apareció por un sitio hacia donde yo no estaba mirando y trepó al saliente con el cuerpo pálido y húmedo, los dientes castañeteándole y los labios azulados. Me miró como si no me reconociese. Enrollé mi camisa y le froté el cuerpo mientras estaba de pie con las rodillas apretadas y los brazos tapándole los pechos; le froté por detrás los hombros, la espalda y las piernas, y, al cabo de un momento de indecisión, el trasero y también

las piernas por delante mientras estaba de pie con las manos en la boca y estremecida mientras iba entrando en calor. Después, por segunda vez en mi vida, vi cómo se vestía la señora Preston.

Apenas dijo nada en el camino de vuelta. Seguimos la garganta hasta donde estaba seca, y después se ensanchaba con un piso de piedras más pequeñas hasta nivelarse con el terreno. Yo estaba abrumado, no me atrevía a ser el primero en hablar y esperaba, pendiente de ella, sentía que había entre nosotros una especie de alianza, pero condicional, y como todavía me faltaba crecer me sentía ignorante, víctima de un escarmiento, ridículo y como un niño. Volvimos a atravesar el bosque de agujas de pino, dimos con la pista forestal y salimos a las praderas. Allí habló.

—¿De verdad te dijo que me protegieses?

—Sí.

—Qué raro.

No respondí.

—Me refiero a que pensase que no era capaz de cuidar de mí misma —añadió, a modo de aclaración. Se inclinó donde brillaba el sol entre los árboles para coger una florecilla azul que se doblaba como una campanilla—. ¿Y tú le prometiste que lo harías?

—Sí.

Se acercó, me puso la flor en la oreja y tuve que contener el aliento hasta que dejé de sentir su contacto. La señora Preston emanaba una atracción tan radiante como secreta e indiscriminada, que parecía estar ya allí, estuvieses tú o no.

—No te la quites —dijo—. Eres un diablillo tan bonito... ¿Lo sabías?

—Es lo que me dicen.

Minutos después bajamos un terraplén con árboles y salimos al camino de tierra, y allí a la carretera pavimentada que bajaba por la colina hasta Onondaga. Yo iba detrás para poder contemplarla al sol. Su pelo había perdido el ondulado y estaba seco, liso y retirado de la frente, con la huella de los dedos donde había intentado arreglarlo. No había ni rastro de maquillaje en su cara, pero aquellos labios tan llenos tenían ahora el color natural y su piel había recobrado el rosa de la vida. Pero aún no sonreía, y tenía ojos enrojecidos de nadador. Antes de llegar al hotel me preguntó si tenía novia y le dije que sí, y me dijo que quienquiera que fuese esa chica tenía mucha suerte, pero la verdad fue que cuando me lo preguntó me sentí culpable porque ya no pensaba en la pequeña Becky, que ahora no me parecía más que una niña, sino tan solo en ella. Me tenía asustado, aquella guía de los bosques, ah, lo que me había enseñado, como un instructor con un silbato al cuello; por primera vez comprendí qué clase de pareja hacía con el señor Schultz, se quitaba la ropa para los pistoleros, para el agua, para el sol, era la vida la que la desnudaba, comprendí por qué se había ido con él, esto no era como las madres y los padres de la vida ordinaria, no había consideraciones de amor, ellos no vivían en un universo de amor, dedicados a joder y matar, la suya era una vida adulta grande, vacía, resonante a terror.

Pensé en ella desde el momento en que nos fuimos a nuestras habitaciones separadas y estuve echado en mi cama al atardecer, tan embotado como el tiempo que flotaba caliente y pesado en el hotel Onondaga, con las blancas cortinas de gasa inmóviles en las ventanas abiertas. Las cortinas se volvieron grises, se ennegrecieron, las iluminó un gran relámpago y tras un intervalo hubo un trueno ahogado y lejano. Ahora me gustaba mucho más que antes y supe que incluso podía estar enamorado de ella, cómo no iba a estarlo un pobre chico después de lo que me había hecho pasar. Por supuesto, no había perdido por completo el juicio y sabía que cualesquiera que fuesen mis sentimientos debería sufrirlos en silencio si quería alargar todavía un poco mi vida terrenal. Cerré los ojos y volví a verla saliendo del pozo del fondo de la garganta con los pezones rizados y azules y el pálido vello púbico tieso con el chorrear del agua. Pensé que tenía delante a alguien que había tratado de morir, aunque por supuesto no podía estar seguro porque ella vivía una existencia ampliada, poco adecuada para encerrarla en juicios. Me preguntaba qué ocurriría si su intimidad con el señor Schultz prevalecía sobre mis confianzas y le contaba las cosas que yo le había contado. Pero tenía la sensación de que no sería así, de que tenía un carácter independiente, vivía sola en una especie de misterio de su propia cosecha y su integridad consistía en ser automotora y autocomunicante, por muy seductoramente cerca que pudiese derivar hacia alguien en un momento dado. Me decía que al fin había mostrado una pena realmente humana y pensé que tal vez a eso se debía en gran parte el cariño que ahora sentía por ella, o al menos trataba de persuadirme de ello, aun cuando no concordase del todo con la pesada herramienta que ahora manejaba, a la que también atribuía un modo de ser inventado que solo existía, como el de ella, en la demostrada incapacidad de mi imaginación. Cuando acabé de darme una ducha fría en el gran cuarto de baño blanco solo mío y de vestirme para la velada con traje, corbata y gafas, había ya resuelto que cualesquiera que fuesen mis sentimientos no me disuadirían de la justicia que mi vida exigía. Era verdad que había prometido a Bo Weinberg que miraría por ella y la protegería, y ya que se lo había dicho, tendría que hacerlo, pero esperaba tanto por mi bien como por el suyo que nunca llegásemos a eso.

A aquellas alturas de nuestra estancia en el hotel Onondaga, como en cualquier acantonamiento ocupado durante largo tiempo, los soldados habían sido provistos de un menú suplementario más parecido al de casa. El señor Schultz había montado una línea de suministros de Nueva York y una vez a la semana llegaba un camión con bistés y chuletas, piezas de cordero, pescado sobre hielo, *delicatessen*, buen licor y cerveza, y cada dos días alguien bajaba a Albany, donde aterrizaba un aeroplano con bollos, tortas y pasteles recién hechos en Nueva York, y todos los periódicos. La cocina del hotel estaba siempre en danza, pero allí a nadie parecía importarle, como yo pensaba que ocurriría, pues lo que había que pensar de todo aquello parecía escapárseles. Todos, sin el menor orgullo, envidia o susceptibilidad, estaban deseando cocinar y servir al señor Schultz cuanto les proporcionaba, y de hecho parecían preferir entre todos sus méritos el de estar tan cerca de semejante personaje.

La cena se había convertido en un rito, como si fuésemos una familia reuniéndose a la misma hora, aunque en mesas diferentes, al terminar el día. Las cenas tendían a ser largas y eran a menudo la ocasión para que el señor Schultz se explayase en recuerdos. En tales ocasiones parecía relajado, salvo cuando bebía demasiado, en cuyo caso se volvía hosco o deprimido y fulminaba con la mirada a aquellos de nosotros que parecíamos estar pasándolo demasiado bien a pesar suyo, o disfrutando en exceso la comida, que le gustaba pedirnos que le pasásemos, por despecho, para poder pinchar este o aquel bocado antes de devolvernos el plato; a mí me lo hizo varias veces, lo que nunca dejó de contrariarme o de hacerme perder el apetito; en una ocasión fue a la otra mesa y cogió un bisté de la bandeja, era como si no pudiera ser generoso y hospitalario sin sentir que esa gente se estaba llevando lo mejor, y esas noches la cena era de lo más desagradable, con la señorita Drew excusándose cuando no le gustaba lo que estaba pasando, la verdad es que resultaba descorazonador pensar que te envidiaba hasta la comida que tomabas, era humillante ver violada tu ración y esas noches no tenían nada de agradables.

Pero, como digo, la mayor parte de las veces, si estaba sereno, era agradable en la mesa, como si los días que pasaba mostrando a Onondaga su buena disposición y su carácter altruista le hicieran realmente sentirse a bien con el mundo. Y esa noche en concreto supe definitivamente que tendría que comer todo lo que cupiese en mi plato porque teníamos dos invitados en nuestra mesa de costumbre, Dixie Davis, que parecía estar retrasando su regreso a Nueva York, y el párroco de la iglesia católica de St. Barnabas, el padre Montaine. Me gustó ver que cuando el padre llegó se detuvo primero en la mesa cercana a la puerta para saludar a Mickey, Irving y Lulu, y al chófer de Dixie Davis que estaba sentado con ellos, y a charlar un rato entre joviales

bromas eclesiásticas. Era muy animado para ser sacerdote, se frotaba las manos con entusiasmo mientras hablaba, como si solo pudiesen ocurrir cosas buenas, estaba rebosante de ambiciones para su parroquia, pequeña y no demasiado rica, pues St. Barnabas era una modesta iglesia de barrio junto al río, donde las calles eran más estrechas y las casas pequeñas y pegadas unas a otras, y estaba hecha de madera en vez de piedra como la del Espíritu Santo, arriba en la colina, aunque por dentro era casi tan grande e incluso más bonita, con su Cristo de yeso coloreado y un surtido de santos colgados a lo largo de las paredes.

En el menú había rosbif, servido muy hecho como a mí me gustaba, y espárragos frescos, que no me enloquecían precisamente, y patatas fritas caseras, grandes y gruesas, y ensalada vegetal, que no suelo ni tocar por principio, y vino francés auténtico que estaba aprendiendo a saborear, pero era un lujo que no quería permitirme por la misma razón que Drew Preston estaba sentada lo más lejos posible del señor Schultz, al otro lado de la mesa. Yo estaba a su izquierda y el padre Montaine a su derecha, y a mi izquierda estaba Dixie Davis, y Drew Preston entre él y el señor Berman. Dixie Davis parloteaba de un modo incontenible, quizá le habían apretado un poco durante la reunión de la tarde, o había traído una información equivocada, o su opinión jurídica no había sido bien recibida, lo cierto era que no podía parar de hablar, a lo mejor se debía solo al hecho de estar sentado junto a la mujer más hermosa y distinguida que había visto nunca, que llevaba un vestido negro liso que hacía resaltar su elegante cuello, rodeado por un solo hilo de perlas en cada una de las cuales brillaba un puntito de la luz de la araña del hotel, pero el caso es que estaba contando a la señora Preston cómo se había iniciado en su profesión, desde qué humildes comienzos, recordándolo con una autosatisfacción histérica mientras ella asentía con su encantadora cabeza para que siguiera y acababa resueltamente con todo lo que había en su plato y se tomaba varios vasos de vino, que él le servía feliz mientras continuaba disfrutando con su presencia y tratando de impresionarla con los acontecimientos de su vida de cobarde. Sé que yo no me hubiese jactado de andar merodeando por los restaurantes baratos de los alrededores de la audiencia haciendo la pelotilla a los que prestan dinero para las fianzas para que me avisaran cuando algún pobre patán necesitaba un abogado. Así era como había empezado él, haciéndose una clientela a partir del diario desfile por el tribunal de los corredores de lotería clandestina a veinticinco pavos el golpe de mazo.

—El resto ya es historia —dijo con su sonrisa dentona y vuelta hacia abajo. Vi también que se sentaba jorobado y con la cabeza adelantada hacia el tupé, de modo que todo su acicalamiento y su buen guardarropa los echaba a perder aquella postura untuosa. No sé por qué me molestaba tanto aquel tipo, apenas lo conocía, pero sentado junto a él y viéndolo tratar de espiar dentro del vestido de Drew Preston sentía que yo debería estar en la otra mesa con Irving, Lulu y los muchachos, no con aquel intelectual que ni una vez se dirigía a mí o parecía notar que estaba yo sentado allí, a su derecha.

Después sacó una foto de la cartera; era de una mujer con una blusa sin espalda y *shorts* guiñando los ojos a causa del sol, con las manos sobre las amplias caderas y los pies en zapatos de tacón alto que apuntaban hacia afuera, uno delante del otro, y la puso ante Drew Preston, que la miró sin tocarla, como si fuese un objeto curioso, algo como un grillo o una mantis religiosa.

—Es mi novia —dijo—, la actriz Fawn Bliss. No sé si ha oído hablar de ella.

—¿Qué? —dijo Drew Preston—. ¿No querrá decir... *Fawn Bliss*? —Y pronunció el nombre en un tono de tal incredulidad que el abogado supuso que no podía creer en su buena suerte al estar sentada junto a él a la mesa.

—Esa es la dama —dijo Dixie Davis, sonriendo y contemplando la foto con insípida adoración.

Drew Preston captó mi mirada y sus ojos pasaron del arrobo a la bizquera, y yo me eché a reír porque no creía que supiese hacer eso, y fue en ese momento cuando reparé en el señor Berman, sentado enfrente, que me miraba por encima de las gafas, y no necesitó decir palabra ni siquiera ladear la cabeza para que yo supiese que había estado escuchando una conversación que no debía. A pesar de mi resolución de estar alerta había sido incapaz de apartar los ojos de la señora Preston, una verdad que sentí en los huesos de mi cuello, que crujieron realmente al resistirse a girar en dirección al padre Montaine y al señor Schultz.

—Tiene usted que hacer el viaje espiritual —estaba diciendo el padre a su manera vigorosa, engullendo y bebiendo mientras hablaba, de modo que parecían ser las palabras lo que comía—, debe estudiar el catecismo, escuchar el Evangelio, purificarse, prepararse para la divina elección y pasar el examen de catecismo. Solo después podrá ser bautizado y confirmado, solo entonces podrá recibir el sacramento.

—¿Y cuánto tiempo lleva todo eso, padre?

—Bueno, depende. Un año, cinco, diez. ¿Con qué rapidez abre usted su corazón a los misterios?

—Puedo moverme más de prisa que eso, padre.

No me atrevía a mirar al señor Berman porque en seguida se daría cuenta de que me había cogido de improviso. Desde el encuentro con el padre aquella vez, en la acera frente a su iglesia, habíamos ido un miércoles a la Noche de Bingo de St. Barnabas; el señor Schultz presidió unos cuantos juegos, cantando los números de las bolas que caían en la copa y armando un gran revuelo cuando alguien ganaba un par de dólares. Sí, y después le habló al oído al padre, quien anunció con gran emoción la bendita generosidad del señor Schultz al dar como cierre de la velada un gran premio especial de veinticinco dólares, y hubo un gran aplauso, que el señor Schultz recibió levantando modestamente una mano y con una amplia y tímida sonrisa, mientras el señor Berman y yo, sentados atrás, pensábamos en los cartones del bingo, y él cogió uno, dio un valor numérico a cada letra y me enseñó un modo posible de ir cerrando líneas a medida que eran cantados los números, y luego me explicó varias maneras de amañar un juego honrado. Pero no veía cómo podían culparme por no saber que el

juego del bingo era el primer paso en el camino de la conversión.

El padre dejó el cuchillo y el tenedor y se echó atrás en su silla, todavía masticando. Miró al señor Schultz con las espesas cejas alzadas en un compasivo escepticismo clerical.

—Pasar del judaísmo a la Santa Iglesia es una gran revolución.

—No tan grande, padre, no tan grande. Jugamos en el mismo campo. ¿Por qué, si no, todos vuestros peces gordos llevan *yarmulkes*? Además, están siempre hablando de nuestra gente y leyendo nuestra Biblia. No tan grande...

—Ah, pero esa es precisamente la cuestión, cómo la leemos, qué es lo que aceptamos, esa es la cuestión, ¿no?

—Conozco a individuos, tipos católicos con los que me he criado, socios en los negocios, ¿verdad, Otto? —dijo el señor Schultz mirando al señor Berman—. Danny Iamascia, Joey Rao, tipos así. Piensan como yo, creen en las mismas virtudes de bondad y maldad, profesan el mismo respeto a sus madres... He confiado en hombres de negocios católicos toda mi vida, padre, y ¿cómo podría confiar en ellos, y ellos en mí, si no nos entendiésemos como verdaderos hermanos de sangre?

Con una lentitud que hacía juego con tan solemnes sentimientos, volvió a llenar el vaso del clérigo. Había ido haciéndose el silencio.

El padre Montaine dirigió al señor Schultz una mirada de reproche y después cogió el vaso y lo apuró de un trago. Se limpió con la servilleta.

—Por supuesto —dijo muy suavemente, como si estuviese hablando de algo que era preferible no mencionar—, en los casos especiales de madurez religiosa hay otro camino.

—Eso es hablar; la forma abreviada —dijo el señor Schultz.

—En tales casos, no sé, debemos tener confianza en que se trata verdaderamente de un comienzo de sumisión a Nuestro Señor Jesucristo.

—Le doy mi palabra de que no puedo ser más sincero, padre. ¿Acaso no fui yo quien se lo planteé? Llevo una vida difícil. Debo tomar continuamente decisiones importantes, necesito fuerza. Veo a hombres que conozco recibir esa fuerza de su fe y no tengo más remedio que pensar que también yo la necesito. Solo soy un hombre, y temo por mi vida como todos los hombres. Me pregunto el para qué de todo. Trato de ser generoso, de ser bueno. Pero me gusta la idea de esa ventaja extra.

—Comprendo, hijo mío.

—¿Qué le parece el domingo? —Remató el señor Schultz.

Después del café, Drew Preston se excusó y al poco rato la reunión se deshizo y el señor Schultz invitó al padre Montaine a subir a la sexta planta del hotel, en su suite, donde se sentaron, bebieron de una botella de whisky canadiense, fumaron cigarrillos y disfrutaron como buenos amigos. Pensé al mirarlos que incluso parecían iguales, ambos imperturbables, sin cuello y descuidados con la ceniza. Los



acompañaba Dixie Davis. El resto de la banda estaba en la oficina del señor Berman, sentados en círculo con aire sombrío y sin apenas cruzar palabra. Al fin el padre se fue a su casa y todos nos trasladamos a la *suite* del señor Schultz; no es que alguien convocase una reunión o cosa parecida, simplemente fuimos todos a caer por allí, nos sentamos y estuvimos callados mientras nuestro patrón paseaba arriba y abajo y nos comunicaba sus pensamientos.

—Mickey, tú lo comprendes, ¿verdad?, Mickey puede entenderlo, tengo que estar preparado, no puedo correr riesgos, necesito toda la ayuda que pueda conseguir. ¿Quién sabe? Recuerdo que hace años me impresionó mucho aquel Patrick Devlin, ¿os acordáis?, los hermanos Devlin, que manejaban la mayor parte de la cerveza del Bronx en esa época, pues yo estaba entonces empezando y quise darle una lección. Era duro, lo colgamos por los pulgares, ¿recuerdas, Lulu?, pero no sabía lo que pensábamos hacer, creía que íbamos a matarlo y gritó pidiendo un cura. Pues bueno, eso me impresionó. No pidió ver a su madre, ni a su mujer, ni a nadie más que a su párroco cuando creyó que iba a morir. Eso me dio que pensar. Quiero decir que en momentos como ese recurres a tu fuerza, ¿tengo razón? En realidad, lo único que hicimos fue untarle los ojos con las tripas y la mierda de una rata muerta y pegárselos con cinta adhesiva y lo dejamos colgando allí en su propio sótano para que lo encontrasen, aunque cuando aquellos estúpidos lo encontraron había perdido la vista. Pero nunca olvidé que quería un cura. Esas cosas se le quedan a uno. Me gusta ese franchute canadiense y me gusta su iglesia, voy a ponerle un tejado nuevo para que no caigan goteras durante los actos sagrados. Me hace sentirme bien, ¿sabéis a lo que me refiero? Me siento bien cada vez que entro allí; no entiendo el latín, pero tampoco el hebreo, de manera que ¿por qué no los dos? ¿Hay alguna ley que lo prohíba? Cristo era las dos cosas; entonces ¿cuál es el problema? Te hacen confesarte, no puedo pretender que eso me vuelve loco, sin ofensa para nadie, pero me ocuparé de ello cuando llegue el momento. De esto no debe enterarse mi madre, Irving, y la tuya tampoco, las madres no deben saberlo, no lo comprenderían. Nunca me gustaron los viejos recitando oraciones en la sinagoga mientras se balancean atrás y adelante, cada uno a su marcha, quiero un poco de dignidad, me gusta que todos canten juntos, que hagan lo mismo al mismo tiempo, me gusta esa clase de orden, significa algo que todos se arrodillen al mismo tiempo, eso nos da luz sobre Dios, ¿te parece demasiado profundo para ti, Lulu? Mira eso, es tan desgraciado, Otto, mira qué cara, va a echarse a llorar, dile que sigo siendo *el Holandés*, que nada ha cambiado, ¡nada ha cambiado, judío, tonto! —Y dio a su pistolero un gran abrazo de oso, riéndose y golpeándole la espalda—. Ya sabes lo que ocurre con los juicios, ya sabes que nos pone algo nerviosos estar empapelados. Solo es eso. No se trata de las honras fúnebres, maldita sea.

Nadie dijo nada a modo de réplica excepto Dixie Davis, que no paraba de asentir y sonreír entre vacuos murmullos de aprobación; los demás estaban asombrados; la verdad era que había sido un día asombroso. El señor Schultz siguió hablando, pero

cuando consideré que el momento era apropiado desaparecí con disimulo y me fui a mi cuarto. El señor Schultz era excesivo, todo el que trabajaba con él debía saberlo, no podía parar, llevaba las cosas al extremo, de modo que lo que empezó siendo un negocio, como todo lo demás allí, quería complicarlo hasta el límite, iba a desbordarse en sus sentimientos como le ocurría con sus cóleras. Yo no pensaba que corriésemos el menor peligro de perderlo a manos del sacerdocio, lo único que buscaba era un poco más de respaldo, algo así como otra póliza de seguros, había estado a punto de confesarlo y a menos que fueses también tú una persona religiosa y pensases que solo había un modo de creer en Dios, que Dios estaba contenido en una confesión y solo en una, lo que él decía tenía una especie de sentido supersticioso, siempre quería más de todo, y si estábamos allí mucho más tiempo probablemente se haría también miembro de la Iglesia protestante del Espíritu Santo, bien sabe Dios que podía permitírselo, era su acostumbrada voracidad para todo, el ansia de apropiación del señor Schultz era más fuerte que su astucia, la principal fuerza que había en él, y actuaba de continuo y dondequiera que estuviese; se había apropiado de tabernas clandestinas, de empresas cerveceras, de sindicatos, de loterías, de clubs nocturnos, de mí y de la señorita Drew, y ahora se estaba apropiando del catolicismo. Eso era todo.

Pero no solo iba a empezar en la primera semana de septiembre el juicio del señor Schultz, sino que iba a precederlo su conversión; había duplicado de golpe las ceremonias críticas de su vida para darnos que pensar a todos. Los días que siguieron fueron muy atareados; apareció otro abogado a quien no había visto nunca, un digno caballero de pelo blanco, evidentemente no familiarizado con las bandas de gánsteres ni con sus portavoces, pude darme cuenta de ello por su porte solemne y sus anticuadas gafas, que no tenían más apoyo que la nariz e iban unidas a una cinta negra de la que se balanceaban cuando no las usaba, y también porque trajo consigo a un joven ayudante, abogado también, que llevaba las carteras de ambos. Esos recién llegados provocaron una reunión a puerta cerrada en la *suite* del señor Schultz que duró todo el día y una visita colectiva a la audiencia a la mañana siguiente, mientras que los preparativos para la iniciación religiosa del señor Schultz obligaron a tener reuniones con el padre Montaine en la iglesia. Estaban además los asuntos corrientes, que parecían dispersar a todo el mundo en direcciones opuestas, excepto a Drew Preston y a mí.

De modo que una mañana me encontré encima de un caballo campestre vivo, sujetando con todas mis fuerzas las riendas, que no me parecían suficientes como soporte, y tratando de comunicarme de un modo razonable con aquel animal altísimo y de ancho lomo que fingía no comprenderme. Yo había pensado que los caballos no tenían opinión propia. Cuando le dije algo para que fuese más despacio inició un galope, y cuando le urgí a ir más de prisa para mantenerme junto a la señorita Drew y su potra gris, se paró, bajó la cabeza y empezó a comer las dulces y lujuriantes hierbas del campo. Su lomo era mi reino, pero no por ello dejaba de ser su lomo. Cuando no iba dando botes encorvado sobre él para no caerme, mientras a mi lado Drew Preston me decía lo que debía hacer con las rodillas y cómo debía llevar enganchados los pies en los estribos, cuestiones importantes para las que todavía no estaba del todo preparado, me quedaba allí sentado al sol mirando pastar a aquel bicho cuyo cuello descendía en un ángulo que hacía desaparecer por completo su cabeza, y oyéndole desgarrar bocados de hierba con sus grandes dientes y molerlos más arriba en sus molares mientras se iba ensanchando el campo entre mí y el único otro ser humano a la vista. El caballo era un bayo de aspecto bastante vulgar que tiraba a negro entre los ojos y en la grupa, pero que en perversidad era todo un campeón. Me pareció una crueldad por parte de la señorita Preston disponerlo todo para que me humillase un caballo. Empecé a sentir un nuevo respeto por Gene Autry, que no solo montaba de una manera que lo hacía parecer fácil, sino que al mismo tiempo conseguía cantar de un modo bastante afinado. Mi único consuelo era que no

había por allí nadie de la banda que pudiese verme, y cuando dejamos los caballos en el establo del granjero y volvimos andando a la ciudad me encantó sentir la tierra bajo mis pies y di gracias a Dios y a su soleado día por estar vivo, aunque ligeramente cojo y con el culo dolorido.

Tomamos un desayuno tardío en mi salón de té. No había nadie más y la mujer estaba en la cocina, de modo que pudimos hablar con toda libertad, la señora Preston y yo. Me sentía muy feliz de volver a estar a solas con ella. No se había reído ni una sola vez de mis apuros encima del caballo, parecía seriamente interesada en enseñarme y pensaba que con algunas lecciones más podría ser un buen jinete, en lo que me mostré de acuerdo. Estaba muy guapa con su camisa de seda pálida de gran cuello y escote y su chaqueta de montar de terciopelo azul con coderas de cuero. Comimos sin prisa nuestros cereales, huevos y tostadas, tomamos dos tazas de café y fumamos Wings, mientras me hacía preguntas acerca de mí, me miraba con gran atención y escuchaba mis respuestas como si nadie le hubiera interesado tanto en su vida. Yo sabía que también miraba y escuchaba así al señor Schultz, pero no me importaba. Pensaba que disfrutar de su atención era un privilegio tan grande como emocionante, éramos amigos, amigos íntimos, y no podía imaginar ningún sitio en el que pudiese estar mejor que con ella en aquel momento, allí, fuera de la vista de todos, desayunando juntos y hablando de aquel modo tan natural, aunque no lo era tanto, dado que la situación me empujaba a actuar con la máxima brillantez.

Le dije que procedía de un ambiente delictivo.

—¿Quieres decir que tu padre es un gánster?

—Mi padre desapareció hace mucho tiempo. Me refiero a mi barrio.

—¿Dónde está?

—Entre la Tercera Avenida y la avenida Bathgate, en el Bronx. Al norte de la avenida Claremont. Es la misma zona de la que procede el señor Schultz.

—Nunca he estado en el Bronx.

—Ya me lo parecía. Vivimos en un piso. La bañera está en la cocina.

—¿A quiénes te refieres cuando dices «vivimos»?

—A mi madre y a mí. Mi madre trabaja en una lavandería. Tiene el pelo gris y muy largo. Creo que es una mujer atractiva; podría serlo si se cuidase. Es muy limpia, no me refiero a eso. Pero está un poco loca. ¿Por qué le cuento todo esto? Nunca le he hablado de ella a nadie y me da no sé qué decir eso de mi madre. Es muy buena conmigo. Me quiere.

—Lo suponía.

—Pero no está del todo bien. No se preocupa de tener buen aspecto, de tener amigos, de comprar cosas o echarse novio o algo así. No la preocupa lo que piensen los vecinos. Es como si viviera dentro de su propia cabeza. Tiene fama de estar chalada.

—Me parece que ha tenido una vida muy dura. ¿Cuánto hace que se marchó tu padre?

—Era yo muy pequeño. Ni siquiera lo recuerdo. Era judío, eso sí lo sé.

—¿Tu madre no es judía?

—Católica irlandesa. Se llama Mary Behan. Pero va más al templo que a la iglesia. Es a esa clase de cosas a las que me refiero. Sube y se sienta con las mujeres en la sinagoga. Eso la consuela.

—¿Y cómo os apellidáis? ¿No será Bathgate?

—Ah, lo ha oído.

—Sí; cuando te inscribiste en la escuela dominical del Espíritu Santo. Ahora sé de dónde te viene.

Me sonreía. Pensé que se refería a de dónde había sacado el nombre, de la avenida Bathgate, la calle de la abundancia, de los frutos de la tierra, pero hablaba de la costumbre de equivocarnos de iglesia. Me costó un momento. Ella trataba de no reírse de su propio chiste y me miraba de reojo, esperando que no me ofendiese.

—Sabe, nunca se me había ocurrido —dije— que seguía los pasos de una familia de locos.

Me eché a reír y entonces se rio ella también. Me encantaba su risa, grave y melodiosa como si sonase debajo del agua.

Después, ya fuera, con el sol abrasando la calle vacía, echamos a andar con toda naturalidad y sin proponérselo en dirección contraria al hotel. Se quitó la chaqueta y se la echó al hombro. Observé nuestras imágenes reflejadas en los ventanales de la tienda vacía con el letrero de SE ALQUILA. Eran negras, apenas había color en ellas. Y sin embargo la calle ardía en luz. Sentí que esa mañana conocía a Drew Preston tal como era de verdad, sin aparentar nada o estar afligida por una de las largas introspecciones emocionales que le provocaba el vino; sentí que la conocía por debajo del deslumbramiento que su belleza producía, hasta el punto de que casi llegué a olvidarme de ella, que la comprendía tal como debía de comprenderse ella misma, como alguien capaz de seguir siendo quien era mientras estaba en poder de otros. Eso era lo que a la banda le parecía presunción, que era por lo que se habían ofendido tanto, pero en realidad se trataba de algo más peligroso, más espiritualmente vulnerable, y creo que lo que le interesaba de mí era que estaba haciendo lo mismo a mi manera.

Caminamos varias manzanas. Se había quedado silenciosa. De vez en cuando me miraba. Después, de repente, me cogió la mano y la sostuvo mientras andábamos. Había estado atribuyéndole una especie de auténtica sensibilidad básica, y ahora tenía que cogerme la mano a plena luz del día, como una novia. Aquello me puso muy nervioso, pero no podía ofenderla soltándome. Miré atrás para ver si había alguien conocido en la calle. Carraspeé.

—No sé si se da cuenta del puesto que ocupa —dije.

—¿Qué puesto es ese?

—Bueno, es usted mi institutriz.

—Eso creía yo, pero al parecer todo este tiempo has estado cuidando de mí.

—Así es, aunque la verdad es que hasta ahora parece habérselas arreglado muy bien por su cuenta. —Apenas lo había dicho cuando pensé que sonaba sarcástico—. Pero creo que mantendría mi palabra si se viese usted en un apuro —agregué a modo de expiación.

—¿Qué clase de apuro?

—Bueno, por ejemplo, no es bueno si no estás en esto haber visto algo, saber algo. No les gustan los testigos. No quieren que la gente tenga nada contra ellos.

—¿Y yo tengo algo? —dijo, como si le costase trabajo comprender la idea.

—Poca cosa. Por otro lado, nadie de fuera de la banda lo sabe, de modo que es una situación algo mejor que si, por ejemplo, el fiscal supiese que estaba usted en aquel barco y quisiera enterarse de lo que había ocurrido en él. Entonces sí podría estar en un serio peligro.

Se quedó pensativa.

—No hablas como si fueses uno de ellos —dijo.

—Porque no lo soy. Todavía no. Estoy tratando de que me acepten.

—Él te considera mucho; solo dice cosas buenas de ti.

—¿Qué cosas?

—Bueno, que eres muy listo, y que tienes agallas, aunque esta no es una expresión que me guste mucho. Podía haber dicho que eres valiente, o atrevido, o audaz, o que eres muy intrépido. ¿Te importa si te pregunto qué edad tienes?

—Dieciséis —dije, exagerando solo un poco.

—¡Madre mía! ¡Madre mía! —exclamó mientras me miraba y bajaba los ojos. Estuvo un momento callada y quitó su mano de la mía, lo que fue un gran alivio aunque me moría de ganas de que volviese a ponerla—. Bueno, algo debes de haber hecho para que hayan oído hablar de ti y te hayan preferido a todos los otros —dijo.

—¿Qué otros? Esto no es como ingresar en la universidad de Harvard, señora Preston. Dio la casualidad de que les llamé la atención, eso es todo. Conecté. En esta banda se hacen las cosas sobre la marcha. Usan lo que tienen a mano.

—Ya me doy cuenta.

—Estoy aquí como está usted.

—No lo entendía. Pensaba incluso que eras pariente de alguno de ellos.

Descendimos por la colina hasta el río, fuimos hasta la mitad del puente y nos quedamos allí, en la barandilla de madera, contemplando el agua que bajaba por el cauce ancho y poco profundo y rompía con fuerza en torno a cada piedra o peñasco.

—Sí, yo tengo algo contra ellos —dijo al fin—. ¿Tú no?

—Si no me aceptan, sí, tendré algo contra ellos. Si por alguna razón deciden en contra mía, sí. Nadie puede saber lo que hará el señor Schultz. Seré un peligro para ellos si él decide que lo soy.

Se volvió a mirarme. Parecía turbada, podía haber en ella incluso un miedo tenue, aunque yo no podía estar seguro de lo que me decía la luz que pasaba como una oleada de calor estival por aquellos ojos verde pálido. Si tenía miedo por mí, yo no

quería eso, es algo que te socava la moral; pensaba que si ella tenía la seguridad temeraria que le daba su vida encantada debería concederme a mí la mía. Ese pudo haber sido el momento peligroso de nuestra alianza, cuando se vio con toda claridad que de verdad nos importábamos el uno al otro. Yo no podía ser visto como inferior, como un cordero entre lobos. Quería ser igual que ella. Fingí creer que el miedo era por sí misma.

—En realidad no creo que tenga que preocuparse —dije en tono brusco y perentorio—. Por lo que yo veo, creo que al señor Schultz le sobran razones para pensar que es usted digna de confianza. E incluso si no es así, me parece que puede confiar en que hará cuanto pueda para convencerse de que lo es.

—¿Tú crees? ¿Y por qué?

—¿Por qué, señorita Lola, quiero decir señorita Drew, digo señora Preston? ¿Por qué?

Pensé que la había herido y me sentí mal. Estaba demostrándole que era un hombre con toda la crudeza de juicio de los hombres. Pero después me aparté de ella en el puente de madera y se dio cuenta de lo que me proponía y volvió a sonreír, y yo me eché a reír, y se acercó para cogerme la mano y mientras yo trataba de soltarme me dijo:

—Por qué, por qué, dímelo, dímelo —implorante como una niña, y me atrajo hacia sí.

Estábamos allí de pie, y dije, sintiendo su calor en mi cara:

—Porque, como todo el mundo menos usted parece saber, las rubias hacen lo que quieren con él.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sabe todo el mundo; incluso vino en los periódicos.

—No los leo —susurró.

Se me había secado la garganta.

—¿Cómo puede saber todo lo que necesita saber si no lee los periódicos?

—¿Qué es lo que necesito saber? —dijo mirándome a los ojos.

—Bueno, tal vez si no se gana la vida trabajando no necesite saber nada. Pero algunos de nosotros, que tratamos de aprender un oficio, tenemos que estar al tanto de lo que pasa.

Notaba las rodillas débiles, estaba abrumado, enfermo con aquel calor, sentía como si estuviese diluyéndome en sus ojos. La deseaba con un deseo tan total que era algo difuso que me dolía por todo el cuerpo, como el calor de mi propia sangre, la deseaba en las puntas de los dedos y en las rodillas y en el cerebro y en la cara y en los huesecillos de los pies. Solo la polla no estaba en ese momento afectada. La deseaba detrás del paladar, donde empiezan las lágrimas, y en la garganta, donde se deshacen las palabras cuando se nos quiebra la voz.

—Esto es lo último que ha pasado —dijo, y me besó en la boca.

El domingo por la mañana todo el mundo estaba de punta en blanco frente a la iglesia de St. Barnabas, incluso Lulu, que llevaba un traje cruzado azul oscuro confeccionado para hacer lo más discreto posible el bulto de la sobaquera y la pistola bajo su brazo izquierdo. Esto debió de ser en la última semana de agosto; se insinuaba ya la nueva estación con una clase diferente de luz, en la ladera que había detrás de mi habitación algunos árboles habían palidecido y tenían leves manchas amarillentas, y allí, frente a la iglesia, soplaban un viento que llegaba del río y que hacía que cuando las mujeres de la parroquia subían la escalinata el borde de sus vestidos domingueros les revolotease en torno a las piernas. Mi traje de verano parecía refrigerado, y mientras esperábamos, mi cuidadoso peinado se alborotó y empezó a romper la costra que le había dado el Vitalis.

Drew Preston se sujetaba un gran sombrero de fiesta que me ocultaba sus ojos. Llevaba guantes de encaje blancos que apenas le llegaban a la muñeca, un vestido oscuro de lo más conservador, medias con las costuras bien derechas en las pantorrillas y zapatos bajos de charol, un conjunto que la hacía casi invisible en aquel escenario. A su lado, el señor Schultz estaba nervioso y no paraba de pellizcar el pequeño clavel de su solapa y de desabrocharse la chaqueta del traje gris a rayas para subirse los pantalones, hasta que descubrió que no llevaba los botones de la chaqueta en los ojales correspondientes y la abrió de un tirón y volvió a abotonarlos, después volvió a ajustarse la chaqueta en los hombros, limpió una imaginaria pelusa de las mangas, descubrió suelto el cordón de un zapato y estaba a punto de agacharse cuando el señor Berman le tocó en el hombro y señaló un coche que acababa de dar la vuelta a la esquina y detenerse junto a la acera y estaba allí con el motor en marcha.

—Ya está aquí —dijo el señor Schultz.

Momentos después otro coche, un cupé, asomó por la esquina, pasó frente a nosotros y se detuvo al final de la manzana, y después apareció un tercero que recorrió muy despacio la calle y fue a pararse donde estábamos, un Chrysler negro con las ruedas ocultas por los guardabarros; debía de ser un modelo de encargo, nunca había visto otro igual. El señor Schultz se adelantó y todos permanecimos en formación detrás de él mientras dos hombres sin rastro de sonrisa se apeaban y nos miraban a todos de ese modo en que solo los polis y los mafiosos miran a las personas, con un repaso rutinario pero expertamente rápido, hicieron breves inclinaciones de cabeza al señor Schultz, Lulu e Irving y uno de ellos subió los escalones y atisbó dentro de la iglesia y el otro miró arriba y abajo de la calle con la mano en la puerta trasera del coche, y después el primero hizo un signo afirmativo desde lo alto de la escalinata y el segundo abrió la puerta del coche y un hombre flaco y atildado, muy bajo, se apeó y el señor Schultz, que había estado esperando pacientemente, casi humildemente, lo abrazó con alegría; se trataba de alguien cuyo nombre no diré ni siquiera aquí y ahora después de tantos años, un hombre a quien reconocí inmediatamente por sus fotos en el *Mirror*, con la cicatriz bajo la mandíbula, el párpado caído y el pelo ondulado, apenas lo vi me coloqué instintivamente detrás



de alguien, fuera del alcance de su mirada. Tenía un moreno cetrino casi azul lavanda, era más menudo de lo que yo había imaginado, llevaba un traje gris perla de solapa recta bien cortado y estrechó cortésmente las manos de Abbadabba Berman, Lulu y Mickey, abrazó calurosamente a Irving, le presentaron a Drew Preston y dijo con voz susurrante que estaba encantado de conocerla y después, levantando la vista hacia el cielo azul:

—Qué buen día hace, Dutch, debes de tener ya influencia con *il Papa* —y todos se echaron a reír, especialmente el señor Schultz, qué feliz era, qué honrado se sentía porque un hombre de esa posición accediese a venir desde Nueva York para hablar por él como padrino y presentarlo formalmente al sacerdote para ser admitido en la Iglesia.

Es así como funciona la cosa, un católico de buena posición tiene que testificar como una especie de testigo de personalidad, yo había pensado que sería alguien de la banda, John Cooney o incluso Mickey si ningún otro era adecuado, puesto que la banda era autosuficiente y para cualquier cosa que necesitase siempre se las arreglaba con sus propios recursos, y no había razón para creer que no fuese a hacer lo mismo en estas circunstancias. Pero vi a Lulu Rosenkrantz de pie detrás del señor Schultz con cara de contento, todos los de la banda estaban ya tranquilos en ese momento, todo cobraba sentido, los había tenido preocupados aquella conversión lo mismo que les había ocurrido con la muchacha, como si *el Holandés* estuviese actuando precipitadamente y sin ton ni son, pero había vuelto a sorprenderlos, había que contar con que querría al más eminente de los hombres para apadrinarlo, no solo para que de ese modo no hubiese impedimentos, sino porque era un honor político, significaba un cierto reconocimiento. Me di cuenta de que eso podía ser un acto de obediencia por su parte, pero también un cierto grado de reconocimiento como igual, y me satisfizo, pensé que era a eso a lo que se refería el señor Berman al hablar de los tiempos venideros en que todos leerían los números, estaban ya trabajando en ello con aquel ritual de amistad. De hecho era una especie de imprimátur, a la majestuosa sombra matinal de la iglesia la buena fe estaba ordenándose en cortejo, eran las primeras representaciones del nuevo mundo que se avecinaba, los muchachos habían pensado que era religión lo que estaba haciendo, pero resultó que era lo de siempre, y visto en conjunto pensé que era una astuta jugada por parte del señor Schultz aunque probablemente no sin la ayuda del señor Berman, hacer ese uso de sus ciegos impulsos, un hombre no tan sofisticado como supersticioso y que había estado empleando su insólita temporada en el campo para aprender a montar a caballo con una tía de sangre azul con ese mismo espíritu emprendedor al que no asustaban los giros de trescientos sesenta grados.

Esa mañana deseé ansiosamente creer en los poderes del señor Schultz. Necesitaba que hubiese orden en sus vaivenes, verlo todo en el sitio que le correspondía, lo que él pilotaba era una tiranía muy activa y yo quería que lo hiciese bien, sin bandazos. No quería que cometiese un error, como no quería perder las

armonías de la vida en la banda; si una distorsión de su visión era peligrosa para el orden imperante, también lo era mi descarado pecado de pensamiento, la locura usurpadora que bullía en mí. Mientras estaba allí me registré en busca de debilidades, revelaciones inconscientes, errores de conducta, pérdidas de circunspección, y no encontré ninguno. En su patrullar, mi mente solo encontró la calma, la paz de lo ignorado.

En ese momento, las campanas de la iglesia de St. Barnabas empezaron a sonar como confirmándome en mis esperanzas. Mi corazón se alzó y experimenté una ráfaga de orgulloso bienestar. Aunque es cierto que detesto los órganos de iglesia, siempre me han gustado las campanas que repican por encima de las calles, que nunca están del todo afinadas pero quizá por eso nos sugieren una música ancestral, tienen ese osado y feliz tañido que me recuerda una convocatoria de aldeanos para alguna primitiva festividad, como la de follar en masa en los pajares. Lo cierto es que no hay muchas emociones capaces de durar, pero la de estar satisfecho de uno mismo es una de ellas, y mientras estaba allí con el aire resonando pude pasar revista a mi posición general y me sentí confiado en que era más fuerte entonces, en aquel momento del verano, de lo que lo había sido al comienzo, en que estaba más asentado en la banda y parecía haberme asegurado en diversos grados el respeto de los demás, o si no su respeto al menos su aquiescencia. Yo tenía una gran habilidad para manejarme con los mayores, sabía a quienes hablar, con quienes mostrarme ingenioso y frente a quienes estar callado, y casi me asombraba a mí mismo poder hacerlo con tanta facilidad, sin la menor preparación y saliendo casi siempre bien parado. Lo mismo podía estudiar la Biblia que disparar una pistola, cualquier cosa que me habían pedido que hiciese la había hecho. Pero aún más: ahora sabía que podía percibir y traducir el genio sin palabras del señor Schultz, lo que equivalía a evitar su cólera. Abbadabba Berman era increíblemente perspicaz, me había sorprendido con mi Automatic gracias a la misma manera de pensar avanzada que le había permitido saber exactamente dónde vivía cuando utilizó al poli del Bronx para convocarme. Pero yo ya no estaba atemorizado. Además, si lo veía tan claramente entregado a mi educación, ¿cómo podía yo haber llegado tan lejos si lo sabía todo de mí y podía escudriñar mi mente, despierto o soñando, y saber qué facultad heredada estaba enroscada allí dentro, como mi destino? Incluso si sabía de mí exactamente lo que yo más temía, y yo seguía allí, y no solo allí sino creciendo y colmando mis esperanzas, eso quería decir que tenía sus propias miras para mí, y mi secreto era bueno de todos modos. Pero no creía realmente que lo supiese; en lo que más importa saber yo estaba ahora por delante de él, y su defecto consistía en que era capaz de saber todo menos lo crucial.

De modo que pensaba que las cosas no podían ir mejor, sentía una alegría loca de estar en la compañía en que estaba, me parecía que las alturas de que era capaz no tenían límite. Drew tenía razón, yo era un diablillo, y mientras el eminente invitado subía la escalinata y entraba en la iglesia con el señor Schultz, incluso deseé que

alguien nos hubiese presentado, o al menos haber podido hacerme notar, aunque había tenido buen cuidado de lo contrario, pero no estaba molesto, sabía que en la emoción de los momentos históricos se escatiman a veces las delicadezas, estaba detrás de aquellos grandes hombres mirando hacia arriba a sus cortes de pelo, iba ascendiendo en la misma dirección que aquellos famosos gánsteres de mis sueños, me sentía generoso y, dispuesto a conceder a todo el mundo el beneficio de cualquier posible duda, incluso yendo el último de la fila, al final de la escalinata, a la cola del cortejo que ahora se detenía a la entrada de la iglesia y aguardaba mientras se celebraba la misa a que llegase el momento en que el padre Montaine abandonara el altar, saludase al señor Schultz y lo introdujera en la iglesia como símbolo de su ingreso en el catolicismo.

Resultó que eso llevaba más tiempo del esperado. Abbadabba Berman volvió a bajar la escalinata para fumar en la acera, yo hice copa con las manos para proteger del viento la cerilla con que le encendí el cigarrillo, y después se nos unió Irving y los tres nos apoyamos en el precioso Chrysler aerodinámico de los visitantes, aparcado allí mismo, e ignorando los otros coches situados a cada extremo de la manzana dimos frente al edificio de St. Barnabas con sus costados vestidos de tablillas y su torre de madera. Callaron las campanas tras unos últimos murmullos cada vez más suaves y pude oír débilmente en el interior el tan diferente sonido del órgano. Fue en ese momento cuando Irving estuvo lo más cerca de criticar a Dutch Schultz que iba a oírle nunca.

—Desde luego —dijo como continuando una conversación—, hay algo en lo que *el Holandés* se equivoca; no tiene ni idea de por qué los viejos judíos rezan de ese modo. Quizá si lo supiera no diría esas cosas. Muchacho, ¿sabes la explicación que tiene eso?

—No estoy muy fuerte en religión —dije.

—Tampoco yo soy religioso, pero el que hagan tantas inclinaciones y reverencias y no se estén quietos un momento tiene una explicación muy razonable. Les pasa lo que a las velas; los viejos que rezan en las sinagogas son llamas de vela que oscilan de un lado para otro. Es la lucecilla del alma, siempre en peligro de apagarse. De eso se trata.

—Eso que dices es muy interesante, Irving —dijo el señor Berman.

—Pero Dutch no lo sabe. Solo sabe que es algo que le molesta —dijo Irving con su hablar calmado.

El señor Berman tenía el codo de manera que la mano que sostenía el cigarrillo le llegaba cerca de la oreja, que era su postura favorita para pensar, y así habló.

—Pero cuando dice que los cristianos lo hacen todos a la vez, tiene razón. Ellos tienen una autoridad central. Cantan juntos, y salmodian, se sientan, se levantan, se arrodillan y hacen todas las cosas de una manera ordenada, bajo control, de modo que en eso tiene razón.

Cuando al fin las cosas echaron a andar, me encontré sentado en uno de los bancos delanteros junto a Drew Preston, que era donde quería estar. Me recordaba a mí mismo que todo iba bien, que todavía no había ocurrido nada, excepto que yo había sido admitido en el secreto y misterioso reino de sus aflicciones. Eso era todo. Ella no se dio por enterada de mi presencia, algo que a la vez aprecié y me hizo sufrir. Pasé a ciegas las páginas del misal. Su cara en la iglesia bajo aquel sombrero estaba encendida con los suaves tonos de las vidrieras y me sugería lo apropiado y ennoblecedor de mi papel como su juvenil protector. Pero tenía tantas ganas de follarla que apenas podía resistirlo. No sabía si sobreviviría a la misa. El señor Schultz había llamado a aquello la forma abreviada, lo que me hizo preguntarme cómo sería la larga. La verdad es que por primera vez en mi vida comprendí el sentido de la palabra *eterno*.

Recuerdo solo algunas cosas de la entera y atrozmente eterna ceremonia. La primera es que el señor Schultz pasó por todo, fue proclamado candidato, bautizado, confirmado y participó en la eucaristía, con el cordón del zapato suelto. La segunda, que cuando su honorable padrino, de pie junto a él, le puso la mano en el hombro siguiendo las indicaciones del padre Montaine, el señor Schultz se llevó un susto tremendo. Quizá me fijase solo en esas cosas porque la mayor parte de lo demás era en latín y solo prestaba atención cuando realmente ocurría algo. Creo que el padre Montaine fue el único hombre en el mundo que pudo permitirse echarle un jarro de agua por la cabeza a Dutch Schultz, no una sino tres veces, sin sufrir represalias. Lo hizo de un modo que me pareció enérgico y lleno de entusiasmo litúrgico, mientras el señor Schultz salía cada vez del trance escupiendo, con los ojos rojos y furioso mientras trataba de echarse el pelo hacia atrás con disimulo.

Pero lo último que recuerdo de esa mañana fue la enigmática presencia a mi lado de mi hermosa y asombrosa Drew, que se volvía más inocente a mis ojos cuanto más perversamente pensaba en ella. Parecía beberse la música de la iglesia y quedar esmaltada en santidad como una de las santas monjas que había en un nicho de la pared. Del modo en que mi mundo daba vueltas, como una bola con la que Dios hacía diabólicamente malabarismos, su no darse por enterada de mi presencia junto a ella confirmaba nuestra conspiración. Supe que no podía seguir engañándome pensando que no la adoraba, y que no iba a destruirme mi sumisión a ella, en el momento en que, con el órgano a todo trapo y la congregación cantando en su registro más puñeteramente agudo, se llevó los dedos enguantados de blanco a los labios y bostezó.

# TERCERA PARTE

Teníamos ya encima el juicio. Dejé mi entrenamiento con la pistola y hacía recados para Dixie Davis, que ahora había fijado su residencia en la sexta planta. Una mañana en que tuve que entregar por encargo suyo una carta al secretario de la audiencia, me detuve después a mirar por las pequeñas ventanas como de barco de las puertas de las salas. No había ninguna ocupada, y como nadie me dijo que no lo hiciese, entré en una y me senté. Era un sitio abierto y ordenado, a diferencia, por ejemplo, de una comisaría, con paredes forradas de madera, grandes ventanales abiertos para dejar entrar la brisa y globos de luz colgados del techo con cadenas. Todo el mobiliario estaba en su sitio, para el juez, el jurado, el fiscal, la defensa y el público. Reinaba un gran silencio. Se oía el tictac del reloj de pared que había detrás del estrado. La impresión que tuve fue que la sala estaba sentada allí, esperando, y me pareció sentir que detrás de esa espera había una paciencia ilimitada. Comprendí que la ley tenía utilidad profética.

Me encontré pensando en una sentencia de culpabilidad. Me imaginaba al señor Schultz conducido por los guardias mientras la banda, todos nosotros, andábamos por allí sin hacer nada. Lo imaginé llevado lejos en medio de una rabia apoplética, con mi última visión de él segmentada por la rejilla de rombos soldada a las ventanas traseras del furgón celular. Me sentía muy mal.

Aquí diré, a propósito de Dutch Schultz, que adondequiera que iba inventaba traiciones de su cosecha, las fabricaba incansablemente aprovechando cada época de su vida, se sacaba a los traidores de su propio carácter, cada uno con nuestro modo, forma y tamaño pero todos con el rostro común de la traición, y después iba por nosotros con ansias criminales. Y no es que yo no lo supiese. Tomaba cada noche el ascensor camino de la mesa donde cenaba la familia Schultz y me sentaba allí transido de amor o de terror, era difícil decir de qué.

Un par de noches antes del juicio apareció un hombre llamado Julie Martin al que conocían todos los de la banda excepto yo. Era un tipo fuerte al que le temblaban los carrillos al hablar, mucho más alto que el señor Schultz o que Dixie Davis, pero que andaba con bastón y llevaba una zapatilla en uno de los pies. Tenía los ojos muy pequeños y de un color indeterminado y no le hubiera venido mal afeitarse; hablaba con voz ronca, más profunda incluso que la del Holandés, y no iba nada aseado, le salían rizos oscuros de la nuca y sus manos, enormes, tenían las uñas negras como si se dedicase a reparar automóviles.

Drew Preston se disculpó casi inmediatamente de asistir a la cena, y me tranquilizó que lo hiciese. Aquel tipo no prometía nada bueno. El señor Schultz lo trataba con un respeto sardónico y se dirigía a él como «señor presidente». No supe

por qué hasta que recordé el fracasado negocio del señor Schultz en Manhattan, la Asociación Metropolitana de Propietarios de Restaurantes y Cafeterías. Julie Martin debía de ser el que la dirigía, era de eso de lo que era presidente, y, dado que la mayoría de los restaurantes de buen tono de la zona habían ingresado en la asociación, entre ellos Lindy's y el Brass Rail, la Steuben's Tavern e incluso el local de Jack Dempsey, era un tipo importante en la ciudad. No sería él quien arrojase la bomba maloliente por el ventanal cuando el propietario se resistía a integrarse en la asociación, de modo que no comprendía por qué tenía las uñas sucias y necesitaba un corte de pelo, o por qué, de un modo general, no rezumaba la confianza propia de un miembro de la banda a quien las cosas le iban viento en popa.

Aparte de la bomba maloliente de vez en cuando, la extorsión a los restaurantes era un negocio invisible, más invisible incluso que la política y casi tan provechoso. Mientras los comensales cenaban en los elegantes asadores de Broadway, o los más viejos estaban sentados en las cafeterías frente a sus tazas de café y sus bandejas con humeantes platos de zanahorias y coliflor, el negocio iba invisible y brillantemente adelante a base de la discreta conversación de hombres que no siempre estaban hambrientos cuando visitaban esos locales.

El señor Schultz estaba contándole a Julie Martin su ingreso en la Iglesia católica y fanfarroneando a cuenta de quién lo había apadrinado. Julie Martin no estaba excesivamente impresionado. Era un tipo rudo y se comportaba como si tuviera asuntos más importantes que atender en otra parte. Había una botella en la mesa, como ocurría todas las noches, y se servía sin parar medios vasos de whisky de centeno que bebía como si fuese agua de mesa. En un momento dado dejó caer el tenedor al suelo y llamó a la camarera gritándole: «¡Eh, tú!», mientras pasaba con una bandeja llena de platos sucios, que estuvieron a punto de caérsele. El señor Schultz se había aficionado a esa chica. Era la única a la que ni la generosidad en las propinas ni la charla llena de bromas lograban persuadir de que no estaba cada noche a la hora de la cena en peligro de muerte. El señor Schultz me había dicho que quería convencerla para que fuese a trabajar en el club Embassy, lo que parecía un chiste teniendo en cuenta el terror que él le inspiraba.

—¡Qué vergüenza, señor presidente! —dijo ahora—. Esta no es una empleada de su sindicato. Ahora está en el campo; vigile sus modales.

—Sí, ya sé que estoy en el campo —dijo el hombrón con su voz de bajo. Después lanzó un eructo prodigioso. Yo conocía a chicos que tenían esa habilidad, pero nunca me había entrenado a ello; era un arma de patán que implicaba una aptitud parecida en el otro extremo del tubo digestivo—. Y si puedo acabar con esta porquería de cena, y usted puede decirme de una vez qué tiene en la cabeza tan importante como para hacerme venir hasta aquí, podré al fin largarme de su maldito campo.

Dixie Davis lanzó una mirada temerosa al señor Schultz y dijo con aquella sonrisa suya de desaliento:

—Julie es un auténtico neoyorquino. Los sacas de Manhattan y se vuelven locos.

—Eres un bocazas, ¿sabes, señor presidente? —dijo Dutch Schultz mirando al tipo por encima de su copa de vino.

No esperé al postre, aunque era tarta de manzana; subí a mi habitación, cerré la puerta y puse la radio. Más adelante oí cómo salían del ascensor, camino de la suite del señor Schultz. Por un momento estuvieron hablando todos a un tiempo, en una especie de canción a varias voces un tanto discordante. Después la puerta se cerró de golpe. En mi especial estado de ánimo, tuve una idea que me pareció de lo más racional: que en cierto modo era yo quien había provocado la discusión, que era mi transgresión secreta la que había disparado la metafísica rabia dutchmaníaca, y que por el momento esa rabia parecía ir dirigida en exclusiva y erróneamente contra otro de sus hombres, valioso también, como Bo. No es que yo sintiera la menor simpatía por el corpulento patán del pie malo. No sabía exactamente por qué era la riña, solo que era lo bastante seria y ruidosa para que me llegasen los gritos, ya que no las palabras exactas, cuando salí al pasillo y me situé frente a la puerta. El intercambio de furores me aterró por su proximidad, como el estallido del trueno de una tormenta que está todavía a cierta distancia, y seguí saliendo una y otra vez al pasillo para ver si la puerta de Drew estaba cerrada, para asegurarme de que con ella no iba nada, y cada vez que en las interferencias de la radio sonaba un estampido creía haber oído un disparo y volvía a salir corriendo.

Todo eso duró todavía una hora o más, y después, debió de ser a eso de las once, oí el verdadero disparo, que ese sí que no deja dudas, el estampido es definitivo y te hace carambolas en el oído, y cuando se apagaron sus ecos oí el silencio que provoca la súbita sustracción de una vida al universo, y esta vez, estremecido por lo que ya era certidumbre, me senté en el borde de la cama, demasiado paralizado incluso para levantarme a cerrar la puerta. Allí estuve sentado, con mi Automatic cargada a tope escondida bajo un cojín en las rodillas.

¿Qué pretendía yo al venir con aquellos hombres a sus feroces asuntos en hoteles del interior? ¿Era para comprender, solo para eso? Hacía pocos meses no sabía nada de sus vidas. Trataba de pensar que podían haber hecho todo aquello sin mí, pero era demasiado tarde, y ellos tan extraños, eran todos tan extraños... A todos parecía sacarlos de quicio una misma idea, pues parecían comprenderse y dar sus mesuradas respuestas de acuerdo con ella, pero yo seguía perdido, necesitaba todavía saber qué idea era esa.

No puedo decir cuántos minutos pasaron. Se abrió de par en par la puerta y apareció Lulu, que me hizo señas con el dedo. Dejé la pistola y me apresuré a seguirle por el pasillo hasta la *suite* del señor Schultz. Los muebles estaban en desorden, los asientos echados hacia atrás, y el tal Julie Martin yacía con toda su mole atravesada sobre la mesita de café en el *living* todavía no estaba muerto, sino tumbado sobre el estómago y dando boqueadas con la cabeza a un lado y una toalla del hotel enrollada bajo la mejilla y otra detrás de la cabeza para recoger la sangre, y las dos iban enrojeciéndose rápidamente, y él venga a dar boqueadas, y le chorreaban



la boca y la nariz y sus brazos colgantes por encima de la mesa trataban de encontrar algo a que agarrarse y tenía las rodillas apoyadas en el suelo y no dejaba de hacer fuerza, empujaba con las puntas de los pies contra el suelo con un zapato salido y otro puesto como tratando de levantarse, como si creyese que todavía podía escapar andando, o nadando, pues lo que hacía era un lento movimiento como de estilo braza, aunque solo conseguía levantar la ancha espalda, que en seguida volvía a desplomarse bajo su peso, e Irving no paraba de traer toallas del cuarto de baño para poner junto a la mesita de café, donde la sangre goteaba al suelo, y el señor Schultz estaba de pie mirando aquel corpachón como de tortuga, que braceaba y miraba con ojos ciegos como ojos marinos, y me dijo muy tranquilo en voz baja:

—Muchacho, tú que tienes buena vista, ninguno conseguimos localizar la cápsula, ¿tendrás la bondad de buscármela?

Me arrastré por allí y encontré debajo del sofá el casquillo todavía caliente del cartucho calibre treinta y ocho de su pistola, ahora visible bajo su cinturón porque llevaba la chaqueta abierta, y caída del cuello, pero lo cierto es que en ese momento brillaba por su calma, por su tranquila disciplina en medio de aquel revoltijo de sangre y muerte sin rematar, estaba tranquilo y atento, me dio cortésmente las gracias por el casquillo, que dejó caer en el bolsillo de su pantalón.

Dixie Davis estaba sentado en un rincón rodeándose el cuerpo con los brazos, mientras gruñía como si fuera a él a quien le habían pegado el tiro. Hubo un suave golpe en la puerta y Lulu la abrió para que entrase el señor Berman. Fue entonces cuando Dixie Davis se puso en pie de un salto y gritó:

—¡Otto! ¡Mira lo que ha hecho, lo que me ha hecho!

El señor Schultz y el señor Berman cambiaron miradas.

—Dick —dijo el señor Schultz al abogado—, lo siento muchísimo.

—¡Hacerme pasar a mí por esto! —chilló Dixie Davis, retorciéndose las manos. Estaba pálido y temblaba.

—Lo siento, consejero —dijo el señor Schultz—. Ese hijo de puta me robó cincuenta mil dólares.

—¡Un miembro de la abogacía! —se quejó Dixie Davis al señor Berman, que ahora contemplaba los repetidos movimientos ya sin objeto del agonizante—. ¿Y hace esto estando yo aquí? ¿Saca la pistola en mitad de una frase y le dispara a ese hombre en la boca?

—Vamos, cálmate, consejero —dijo el señor Berman—. Cálmate. Nadie oyó nada. Están todos durmiendo. En Onondaga la gente se acuesta temprano. Nosotros nos ocuparemos de todo. Tú lo único que tienes que hacer es ir a tu habitación, cerrar la puerta y olvidarlo.

—¡Me vieron cenando con él!

—Se fue nada más acabar de cenar —dijo el señor Berman en dirección al moribundo—. Se marchó. Lo llevó Mickey, que no volverá hasta mañana. Tenemos testigos.

El señor Berman fue a la ventana, atisbo desde detrás de la cortina y bajó la persiana. Después fue a la otra ventana y repitió la operación.

—Arthur —dijo Dixie Davis—, ¿te das cuenta de que dentro de pocas horas vendrán abogados federales de Nueva York a alojarse en este hotel? ¿Te das cuenta de que tu juicio empieza dentro de dos días? ¡Dos días!

El señor Schultz se sirvió un trago de una garrafita que había en el aparador.

—Muchacho, lleva al señor Davis a su habitación y mételo en la cama. Dale un vaso de leche caliente o algo.

La habitación de Dixie Davis estaba al final del pasillo, cerca de la ventana. Tuve que ayudarlo físicamente, tanto temblaba; me hizo falta cogerlo del brazo como si fuese un viejo que no pudiera andar solo. Estaba gris de miedo.

—Dios mío, Dios mío —murmuraba.

El peinado de tupé se le había derrumbado sobre la frente. Estaba empapado de sudor y despedía un desagradable olor a cebolla. Lo senté en el sillón que había junto a la cama. En la mesa tenía montones de papeles de su oficio en carpetas. Les lanzó una mirada y empezó a morderse las uñas.

—Yo, un miembro del Colegio de Abogados del Estado de Nueva York —murmuraba—, un funcionario de los tribunales. Y ante mis propios ojos.

Pensé que quizá el señor Berman tenía razón; en el hotel no se oía el menor rumor, como debería haberse oído ya si el disparo hubiera sido escuchado más allá de nuestro piso. Miré por la ventana del pasillo y la calle estaba vacía, las farolas solo alumbraban quietud. Oí abrirse una puerta y cuando me volví, allí, en el pasillo con la luz detrás, estaba Drew Preston, descalza y con un camisón de seda blanco; se rascaba la cabeza y tenía una sonrisa medio atontada. No hablaré aquí del trastorno de mis sentidos. La empujé otra vez a su *suite*, cerré la puerta tras de nosotros, le dije con susurros apresurados que estuviese callada y volviera a dormirse y la conduje al dormitorio. Descalza, era aproximadamente de mi estatura.

—¿Qué ha ocurrido, ha pasado algo? —dijo con su voz tomada llena de sueño. No le conté nada y le dije que por la mañana no hiciera preguntas al señor Schultz ni a nadie sobre aquello, que simplemente lo olvidase, olvídelo, y sellé mis instrucciones con un beso en su hinchada boca de sueño, la tendí, oliendo la encantadora esencia de su ser reunida en sus sábanas y su almohada como si fuesen los prados por los que habíamos andado, puse la mano en sus pequeños y altos pechos mientras se estiraba y sonreía, a punto como siempre, y me había ido ya y estaba fuera, cerrando sin ruido la puerta, cuando se abrió la del ascensor al otro extremo del pasillo.

Salió Mickey de espaldas arrastrando un pesado carrito de madera y tubo metálico; lo hacía tan silenciosamente como era posible. Pensé en el chico del ascensor y me metí detrás de las cortinas de la ventana, pero Mickey lo había hecho funcionar él mismo, y cuando hubo sacado el carrito al pasillo apagó la luz del ascensor y entornó la puerta metálica.

La banda estaba en su elemento; cuando eres del oficio, te mueves en presencia de la muerte violenta con rapidez y eficiencia, como no sería capaz un ser humano normal y corriente; ni siquiera yo, un aprendiz, medio enfermo con el miedo y la confusión, era capaz de cumplir órdenes, pensar y moverme en respuesta constructiva a la emergencia. No sé lo que le habían hecho al cuerpo para que se estuviese quieto, pero ahora yacía totalmente muerto atravesado sobre la mesa de café e Irving estaba extendiendo ediciones de los diarios de Nueva York y del *Onondaga Signal* sobre el carrito; alguien dijo uno dos y tres y pasaron el inmenso cadáver de Julie Martin de la mesa de café a los periódicos, la muerte es sucia, pura basura, y esa era su actitud hacia ella, Lulu arrugando la nariz y Mickey volviendo incluso la cabeza mientras manejaban aquel saco de desechos humanos. El señor Schultz estaba sentado en un sillón con los brazos sobre los del mueble, como Napoleón, y ni siquiera se molestaba en mirar, estaba pensando en el futuro, ¿planeando qué?, convencido por su genio instintivo de que por muy brusco y repentino que hubiera sido su acto criminal, había elegido bien el momento, que es por lo que a los grandes gánsteres nunca los atrapan si no es por la lotería clandestina, los libros de contabilidad, las leyes fiscales, los talonarios de cheques y otras abstracciones amorales del mismo juez, mientras que los asesinos rara vez tienen que ver con eso. Abbadabba Berman supervisaba la limpieza, paseando arriba y abajo con aquel andar suyo de medio lado, el sombrero hacia atrás y el cigarrillo en la boca, y fue a él a quien se le ocurrió recuperar el bastón y ponerlo junto al cadáver.

—Muchacho —me dijo—, vete al vestíbulo y ocúpate de que nadie se fije en el indicador.

Bajé de tres en tres los peldaños de la escalera de incendios, un tramo tras otro, columpiándome alrededor de los postes de los rellanos y llegué al vestíbulo, donde el chico del ascensor dormitaba sentado junto a la gran planta de adorno con los brazos cruzados y la cabeza sobre el pecho. El recepcionista parecía también ocupado detrás del mostrador, bajo los casilleros. El vestíbulo estaba vacío y también la calle. Observé el indicador, y al cabo de un minuto la flecha empezó a girar en torno al círculo, bajó hasta cerca del uno y siguió moviéndose hasta detenerse en el sótano.

Fuera, detrás del hotel, sabía que tendrían ya el coche y habrían pensado en toda una serie de detalles que yo no podía ni imaginar, no dejaba de ser un consuelo, yo era un cómplice a posteriori, entre mis otros problemas, y cuando el ascensor volvió al vestíbulo y se abrió la puerta, Mickey se llevó el dedo a los labios y dejó el artefacto como lo había encontrado, encendido, pero con la puerta de fuelle metálica corrida, y se escabulló hacia la escalera de incendios, y al cabo de un minuto tosí fuerte y desperté al ascensorista, que era un negro de pelo gris, y me llevó al sexto piso y me deseó buenas noches; pude haberme felicitado por mi ensayo de fría astucia a no ser por lo que ocurrió después. Lulu se había quedado en la *suite* del señor Schultz para ordenar el mobiliario, y el señor Berman vino a la puerta con una serie de llaves y un montón de toallas blancas limpias del armario de las camareras.

Admiré todos aquellos detalles de profesionalidad; pensaba en el crimen como cometido en una de esas tablillas de escribir para niños en las que al levantar la página desaparece el dibujo. Al fin, como saliendo de un ligero sueño, el señor Schultz se puso en pie y dio una vuelta por la habitación para ver si todo tenía el aspecto debido, y fue entonces cuando se quedó mirando la alfombra junto a la mesita de café, donde había una oscura mancha negra con varias gotas alrededor como lunas en torno a un planeta, la sangre del expresidente de la Asociación Metropolitana de Propietarios de Restaurantes y Cafeterías. Después fue al teléfono, despertó al empleado de recepción y dijo:

—Soy el señor Schultz. Hemos tenido un pequeño accidente y necesito un médico. Sí; tan pronto como puedan. Gracias.

Yo estaba confuso y un tanto alarmado, mi mente pugnaba por comprender lo que solo conocía como algo tan enigmático que no podía ser bueno para mí. Todos los demás que había en la habitación parecían ahora de lo más despreocupados. El señor Schultz estuvo unos minutos mirando por la ventana, y justo cuando oí llegar un coche volvió a la habitación y me dijo que me pusiera junto a la mesita de café. El señor Berman se sentó y encendió un nuevo cigarrillo con el anterior, y después Lulu se acercó a mí como para corregir mi posición, que al parecer no era del todo la debida, me colocó y siguió sujetándome los hombros, y en el momento en que me llegó la revelación, pero unos segundos tarde, creí verlo sonreír con un relámpago de su diente de oro, aunque quizá la lentitud de mi mente en esa ocasión fuera una bendición, porque en realidad mientras lanzaba el golpe no tuve oportunidad de dejar traslucir nada que no fuese una total lealtad sacrificial, de nada hubiera valido en aquella jerarquía de hombres decir por qué yo, por qué yo, un dolor cegador me dejó mudo, se me doblaron las rodillas, me estalló en los ojos un relámpago, como cuentan los boxeadores que ocurre, y un instante después estaba agachado, gruñendo y babeando, con las dos manos sobre mi pobre nariz, mi mejor rasgo, que ahora sangraba profusamente por entre los dedos hasta la alfombra manchada, y de ese modo aporté el detalle final a la brillante representación de la banda de Schultz en cuestiones de muerte aplicada, mezclando mi sangre con la del gánster muerto y sufriendo de rabia por la injusticia mientras oía el seco golpe profesional de nuestro médico rural llamando a la puerta.

Recuerdo el efecto que ese golpe en la cara tuvo sobre el paso del tiempo; en el instante en que lo sentí, se convirtió en una vieja injuria, y la rabia que engendró en mí en una inmemorial resolución de hacérselo pagar de algún modo para quedar en paz; todo ello en el espacio de un instante de dolor arrasador. Mientras que al oír el disparo había pensado que con los mismos merecimientos podía haber ido dirigido a mí, creía que lo de la nariz rota no tenía justificación posible. Estaba realmente enfadado y me sentía utilizado; mi valor volvió a fluir junto con mi rabia y vi

confirmada la justicia de mis apetitos. Tuve toda la noche una bolsa de hielo sobre la cara para que la hinchazón no me desfigurase e hiciera pensar a Drew Preston que ya no era guapo. Por la mañana la cosa no estaba tan mal como esperaba; solo una cierta inflamación y unas manchas azules debajo de los ojos que lo mismo podían atribuirse al libertinaje que a un buen puñetazo.

Salí a desayunar como de costumbre y encontré que el acto de masticar era doloroso; tenía también afectado el labio, pero me juré ser tan duro y despreocupado en cuanto a la horrible noche que acababa de pasar como cualquiera de los otros. Arranqué de mi cabeza la imagen de aquel muerto que subía y bajaba. Cuando volví, la puerta de la oficina del señor Berman estaba abierta, nuestras miradas se cruzaron y me hizo seña de entrar y cerrar. Estaba al teléfono, sosteniéndolo bajo la barbilla con un hombro alzado y repasando unas cintas de máquina calculadora con la persona que hablaba con él. Cuando colgó, me señaló una silla que había junto a la mesa y me senté como un cliente en su despacho.

—Nos mudamos —dijo—. Nos vamos esta noche y solo seguirán aquí el señor Schultz y los abogados. Pasado mañana empiezan a seleccionar el jurado. No parecería bien que anduviesen por ahí los muchachos durante un juicio cuando empiece a descolgarse la prensa.

—¿Es que va a venir la prensa?

—¿Qué te crees? Va a ser como si anduviese suelto un avispero por Onondaga. Caerán sobre todo lo que vean.

—¿El *Mirror* también?

—¿Qué quieres decir? Por supuesto, todos. Los periodistas son como una plaga, no tienen el menor sentido del honor ni de la decencia y no saben lo que es comportarse con ética. Si fuera solo Arthur Flegenheimer, ¿crees que merecería su atención? Pero Dutch Schultz es un nombre que queda bien en un titular.

El señor Berman sacudió la cabeza e hizo un gesto levantando la mano y dejándola caer sobre las rodillas. Nunca lo había visto tan desconcertado. Esa mañana no era la persona atildada de costumbre; estaba en pantalones de trabajo y en mangas de camisa, tirantes y zapatillas de casa, y aún no se había afeitado aquella barbilla tan puntiaguda.

—¿Dónde estaba?

—En que vamos a mudarnos.

Examinó mi cara.

—No es tan malo —dijo—. Un golpe añade carácter. ¿Te duele?

Negué con un gesto.

—Lulu se entusiasmó demasiado. Tenía que hacer que sangrases por la nariz, no rompértela. Están todos muy tensos.

—No importa.

—No hace falta decir que todo este asunto fue desgraciado. —Recorrió con la vista la mesa buscando cigarrillos, encontró un paquete en el que quedaba uno, lo

encendió y se repantigó en su silla giratoria con las piernas cruzadas y el cigarrillo junto a la oreja—. Ocurre a veces que pasan más cosas de las que puedes abarcar, y eso es todavía más cierto aquí, esta vida es antinatural, tenemos que acabar con ese juicio lo antes posible y volver a casa, a lo nuestro. Y eso me lleva a lo que tengo que decirte. El señor Schultz va a estar muy ocupado de ahora en adelante, todo el mundo va a estar pendiente de él, en el tribunal y fuera, y no queremos que tenga en la cabeza más que el problema que ahora le preocupa. ¿Te parece que la cosa tiene sentido?

Aprobé con la cabeza.

—Entonces ¿por qué ella no es capaz de comprenderlo? Este es un asunto muy serio, no debemos permitirnos más errores, no podemos perder la cabeza. Lo único que quiero es que se largue durante unos días. Ir a Saratoga, ver las carreras, ¿es demasiado pedir?

—¿Se refiere a la señora Preston?

—Quiere ver el juicio, y tú sabes lo que ocurrirá si entra en la sala. Me refiero a que no le importa que la fotografíen como una mujer misteriosa o cualquier otra estupidez que se les ocurra, ni que su marido se entere. Eso sin hablar de que el señor Schultz es un hombre casado.

—¿Que el señor Schultz está casado?

—Con una encantadora dama que lo espera y se preocupa por él en Nueva York. ¿Por qué andas siempre haciendo esas preguntas? Todos estamos casados, muchacho; tenemos bocas que alimentar, familias que sostener. Onondaga ha sido para nosotros una putada, y encima no habrá servido de nada si triunfa el amor.

Ahora me miraba intensamente, sin tratar de disimular que estudiaba mis reacciones o los pensamientos que pudieran reflejarse en mi cara.

—Sé que has estado más tiempo con la señora Preston que yo o los muchachos, desde aquella primera noche, cuando la llevaste a su apartamento para vigilarla. ¿No es así?

—Sí —dije mientras se me iba secando la garganta. No podía tragar porque vería el sube y baja de mi nuez.

—Quiero que le hables, que le expliques por qué si desaparece por algún tiempo le hace un favor al Holandés. ¿Lo harás?

—¿Quiere el señor Schultz que se vaya?

—Quiere y no quiere. Lo deja a su elección. Ya sabes, hay mujeres... —dijo casi como para sí mismo. Hizo una pausa—. Siempre hay alguna. Pero en tantos años como llevamos juntos nunca lo he visto así. ¿Qué le pasa que no quiere admitir que no le conviene, que esa derriba hombres como quien tira bolos, qué le pasa?

En ese momento sonó el teléfono.

—Tú no me has fallado todavía —dijo, girando en la silla e inclinándose para cogerlo. Me miró por encima de las gafas—. No lo jodas ahora.

Me fui a mi habitación a pensar. La cosa no podía haber sido más perfecta como afirmación de mi deseo de liberarme de la vida y las tareas que yo mismo había elegido, y supe exactamente lo que iba a hacer desde el momento en que me dijo que le hablase. No es que no me diera cuenta del peligro. ¿Obedecía a mis propias ideas de libertad, o estaba actuando bajo la influencia del señor Berman? Esto último era muy peligroso. Estaban todos casados, eran adultos tenaces y de una locura imprevisible, apasionados con Dios sabe qué abismos de depravación, que vivían duramente y golpeaban de improviso. Y el señor Berman no me lo había dicho todo; con independencia de sus palabras, yo no sabía si hablaba solo por sí mismo o también por el señor Schultz. No sabía si en este asunto yo estaba trabajando para el señor Schultz o participando en una conspiración para hacer lo que más le convenía.

Si el señor Berman estaba siendo sincero conmigo podía alegrarme ver que apreciaba mi utilidad como un cerebro superior dentro del grupo; estaba confiándome una misión que nadie más podía llevar a cabo tan bien, ni siquiera él. Pero si supiera lo que ocurría entre la señora Preston y yo era muy capaz de haberme dicho exactamente las mismas cosas. Si iban a matarnos, ¿sería en algún lugar distinto de Onondaga? ¿Y si el señor Schultz no podía permitirse seguir con ella? ¿Y si de mí creía que podía prescindir? Asesinaba a personas que trabajaban para él a cierta distancia. Yo sabía que era muy posible que si me marchaba fuese para morir lejos, porque o conocía el secreto de mi corazón, en cuyo caso me mataría, o el irme lejos de su vista le haría inmediatamente pensar en una traición, lo que equivalía a lo mismo.

Sin embargo, ¿qué eran todas estas especulaciones sino síntomas de mi estado de ánimo? No pensaría en nada de eso si tuviese la conciencia tranquila y solo me preocupase ascender. Me encontré empezando a hacer la maleta. Ahora tenía un montón de ropa y una maleta de cuero bonita y suave, con cierres metálicos y un par de correas alrededor. Doblé cuidadosamente mis cosas, una nueva costumbre, y traté de pensar en el primer momento en que tendría ocasión de hablar con Drew Preston. Notaba los primeros síntomas de unas náuseas que reconocí como puro miedo, pero no me cabía la menor duda de que iba a aprovechar al máximo la oportunidad que me había ofrecido el señor Berman. Sabía lo que diría Drew. Diría que nunca había pensado en dejarme, que tenía grandes planes para su querido diablo, y que debía decir al señor Berman que estaba dispuesta a ir a Saratoga pero quería que fuese yo con ella.

Esa noche, mientras Drew acompañaba al señor Schultz al gimnasio de la escuela del barrio, donde daba su gran fiesta de final del verano para todo el vecindario de Onondaga, me fui del hotel con el resto de la banda; ni siquiera sabía adónde íbamos, solo que estábamos yendo allí, con todo el petate, en dos coches, a los que seguía un camión abierto con Lulu Rosenkrantz atrás con la caja de caudales y un montón de

colchones. Durante tanto tiempo en el campo aún no había llegado a acostumbrarme a la noche por lo negra que era, ni siquiera me gustaba mirar por la ventana aquellas implacables tinieblas; en Onondaga las luces de las calles convertían tiendas y edificios en formas oscuras, y fuera de los límites del pueblo la noche interminable era como una vasta y terrible pérdida de conocimiento, no se podía ver nada, no tenía volumen ni transparencia como las noches de Nueva York, no sugería que llegaría el día si uno esperaba y era paciente, e incluso la luna llena solo mostraba las negras formas de las montañas y el vacío lechoso y negro de los campos. Lo peor era que las noches del campo eran las auténticas; una vez que atravesabas el puente de Onondaga y los faros alumbraban la línea blanca de la carretera rural, sabías qué fino y tenue rastro dejábamos en aquella oscuridad, cómo el calor de tu corazón y de tu motor era en aquella oscuridad sin dimensiones como el de alguien todavía no muerto del todo en su tumba para quien no hay diferencia entre tener los ojos abiertos o cerrados.

Me daba miedo pertenecer tan devotamente al señor Schultz. En mi imaginación, me veía como borrado por su dominio sobre mí. Uno puede vivir sometido a las decisiones de otras personas y llevar una vida de apariencias razonable para sí, hasta que la primera chispa de rebeldía te muestra lo que son, tus tiranos. No me gustaba que Drew estuviese allá lejos con él mientras a mí me llevaban como equipaje. La distancia no era tan grande, solo unos quince kilómetros, como me sorprendió ver en una ojeada subrepticia al kilometraje cuando llegamos, pero sentía que cada kilómetro atenuaba mi relación con Drew Preston, no confiaba en que mis sentimientos pudiesen soportarlo. Paramos en aquella casa. Quién la había encontrado, alquilado o comprado, nunca lo sabría. Era una casa de labor pero no había granja, solo aquel ruinoso edificio de tablillas con el porche en lo alto de una rampa de piedra que surgía repentinamente de la carretera, de modo que daba sobre la carretera al este y al oeste de aquel acantilado, que no estaba realmente apartado de la carretera, sino más bien encima de ella. Detrás de la casa había una empinada colina boscosa más negra que la noche, si eso era posible.

Aquel era el nuevo cuartel general, que íbamos a empezar viendo a la luz de las linternas. Dentro olía a rayos, la palabra educada es «a cerrado», que es el olor de una vieja casa de madera en la que nadie vive, y las ventanas estaban medio podridas, y habían vivido allí animales y dejado sus cagadas, ahora secas y convertidas en polvo, y había una estrecha escalera que ascendía desde la entrada y una puerta que daba a lo que me pareció una sala de estar, y un corto pasillo que pasaba por debajo de la escalera e iba hasta una cocina con algo asombroso en el fregadero, una bomba manual para el agua, que salió al principio en un hilillo y después a chorro, con un taponazo de herrumbre y barro que hizo venir corriendo a Lulu.

—Deja de joder por ahí y echa una mano —me dijo.

Salí hasta el camión y ayudé a meter colchones y cajas de cartón llenas de comida y utensilios. Estuvimos haciéndolo todo alumbrados por linternas hasta que Irving consiguió encender la chimenea de la sala de estar, lo que no mejoró mucho las cosas.



Había un pájaro muerto tieso en el suelo que debía de haber entrado por la chimenea, era terrorífico, no cabía duda, quién iba a preferir la vida alfombrada de los hoteles pudiendo disfrutar de aquella histórica mansión digna de nuestros Padres Fundadores.

Esa noche, ya tarde, apareció el señor Schultz con dos grandes bolsas llenas de paquetes de *chow mein* y *chop suey* que alguien había traído de Albany, y que aunque no eran lo mismo que la buena comida china del Bronx, fueron muy apreciados por todos. Irving encontró cacharros donde calentarlo y me tocó una buena ración, el *chow mein* de pollo sobre un montón de arroz humeante y crujientes tallarines asados, el *chop suey* como segundo plato y de postre *litchis*. Los platos de papel acabaron un tanto empapados pero la cosa estuvo bien, fue una comida buena y satisfactoria, aunque faltaba el té, lo único que pude beber con ella fue agua del pozo, mientras el señor Schultz y los demás la remojaban con whisky, cosa que no parecía preocuparles en absoluto. Ardía el fuego en la sala de estar y el señor Schultz encendió un cigarro y se aflojó la corbata. Noté que se sentía mejor; podía incluso sentirse bien en aquel escondite donde no estaba en exhibición como había estado durante muchas semanas en Onondaga y volvería a estar en seguida, por la mañana; creo que había para él un amargo consuelo en volver a verse escondido, porque eso casaba con su sensación de ser alguien rodeado por todas partes.

—Vosotros, muchachos, no tenéis que preocuparos por *el Holandés* —dijo mientras estábamos todos sentados a su alrededor apoyados en la pared—, *el Holandés* se cuida de sí mismo. Olvidaos de Big Julie, no era nadie por quien debierais preocuparos. O de Bo. No eran mejores que Vincent Coll. Manzanas podridas. A vosotros os quiero. Haría cualquier cosa por vosotros. Lo que dije hace tiempo, mi política, sigue en pie. Si os hieren, si os encierran o si, Dios no lo quiera, lo perdéis todo, no tenéis por qué preocuparos, se cuidará de vuestras familias como si siguierais en nómina. Lo sabéis muy bien. Todos, hasta este chico. Mi palabra es mi garantía. Estáis más seguros con *el Holandés* que con la Prudential Life Assurance. Y en cuanto a ese juicio, dentro de pocos días habremos terminado. Mientras los federales perdían el tiempo en la playa nosotros hemos estado aquí atendiendo a lo nuestro. La opinión pública está de nuestro lado. Tendríais que ver la fiesta de esta noche. Desde luego, no es la idea que vosotros o yo tenemos de una fiesta. Cuando volvamos a la ciudad ya habrá una en condiciones, pero esta, a los palurdos les encantó. En el gimnasio del instituto, con papel rizado y globos. Contraté a una de esas orquestas de pueblo a base de violín y banjo y hasta yo bailé. Bailé con mi chica entre aquella multitud de miseria lavada y compuesta. Les he cogido cariño. En el campo no te encuentras ni un sabihondo, solo palurdos que trabajan hasta caerse. Pero tienen ciertas cartas en la mano. La ley no es algo majestuoso. La ley es lo que la opinión pública dice que es. Podría deciros muchas cosas sobre la ley, y el señor Hines muchas más. Cuando teníamos las comisarías importantes, cuando teníamos al tribunal, cuando teníamos al fiscal de Manhattan, ¿no era esa la ley? Conseguimos para hablar en mi favor mañana a un hombre que no me invitaría a

cenar en su casa. Habla por teléfono con el presidente. Pero he pagado su precio y estará a mi lado el tiempo que haga falta. De modo que a eso me refiero. La ley es el dinero que reparto, mis gastos generales. Son los que mandan quienes dicen lo que es legal y lo que es ilegal. Jueces, abogados, políticos, ¿quiénes son sino tipos que chupan del trabajo de las bandas pero les gusta hacerlo sin mancharse las manos? ¿Vais a respetar eso? El respeto os matará. Guardad vuestro respeto para vosotros mismos.

Hablaba en voz baja, modulando su vozarrón incluso allí, a doce millas de Onondaga, en aquella casa apenas visible desde la carretera durante el día. Tal vez la culpa fuese de la penumbra en que nos sumía la luz del fuego, el estar expresando pensamientos íntimos en la intimidad de una hoguera, cuando oyes solo tus propias palabras y ves únicamente sombras.

—Pero esto es casi un honor, ¿verdad? —dijo—. Al fin y al cabo, la gente ha estado dando por acabado a *el Holandés* desde hace tiempo. Y sin embargo todo el mundo me ha seguido aquí, es casi como si Onondaga fuese un barrio más, empezando el otro día por mi nuevo y gran amigo de las bandas del centro. De modo que debe de irme muy bien. ¿Veis? Tengo mi rosario. Lo llevo siempre. Lo llevaré conmigo al juicio. Esta es una noche muy agradable, y la bebida es buena. Ahora me siento bien. Me siento en paz.

Arriba había dos pequeños dormitorios, y cuando el señor Schultz volvió al pueblo me fui a dormir vestido en uno de ellos sobre un colchón tirado en el suelo y con la cabeza en el hastial, empeñado en convencerme de que podía ver las estrellas a través del opaco cristal de la ventana. No me pregunté por qué habiendo solo dos pequeños dormitorios uno era para mí; quizá supuse que me era debido al tratarse de un chico con institutriz. Por la mañana, cuando me desperté, otros dos huéspedes a quienes no reconocí dormían vestidos sobre sus colchones, pero ellos habían colgado sus pistolas enfundadas de unos ganchos en la puerta de madera. Me incorporé, tieso y helado, bajé y salí. Apenas había amanecido y había ciertas dudas sobre si el mundo iba realmente a volver, parecía titubear sumido en una especie de húmeda deriva como si no estuviese por la labor, pero en aquella oscuridad blanquecina se destacaba algo, veinte metros carretera abajo y a nivel de mis ojos un hombre a quien reconocí como Irving estaba en lo alto de un poste de teléfonos empalmando un cable que era el mismo alambre negro que subía por la rampa de tierra, pasaba cerca de mis pies e iba a entrar por la puerta principal. Después miré al otro lado de la carretera y vi allá abajo una casa blanca festoneada de verde y con una bandera norteamericana colgando de una gran asta en el patio delantero, y en un bosquecillo de pinos detrás de la casa, diseminadas entre los árboles, varias cabañas diminutas también blancas y con adornos verdes, y junto a una de ellas aparcado el Packard negro mirando hacia la carretera y con el parabrisas cubierto de escarcha.

Fui hasta la trasera de nuestro refugio y encontré un sitio ideal para una meada larga y reflexiva. Me imaginé que si tenía que vivir allí llegaría a hacer una garganta tan monumental como la que había encontrado Drew Preston durante nuestro paseo. El señor Schultz parecía haber reforzado la capacidad de fuego, si no interpretaba yo mal la presencia de los dos extraños que roncaban arriba. Noté también que aquella casa desvencijada allí encaramada proporcionaba una excelente vista de la carretera en ambas direcciones, y si alguien sacaba una metralleta por la ventanilla del coche no podría limitarse a disparar yendo a toda velocidad. Todo esto tenía para mí un interés técnico.

Pero a las pocas horas me disponía ya a marcharme, aunque no sabía adónde ni por cuánto tiempo. Mi vida ya no me pertenecía; cualquiera que fuese mi resolución, no era ya tan infantil como para creer que era ella la que decidía. La noche anterior, mientras estábamos sentados a la luz del fuego, había sentido que era uno de ellos de un modo no del todo mío, no tal como yo lo pensaba, pero en el calor de la comida compartida en la casa vacía que nos servía de escondite, disfrazado de adulto por la mala luz, me vi hecho todo un hombre de las bandas, ya para siempre, y quizá eso, más que el repicar de las campanas de la iglesia, fue la verdadera y callada señal de mi decisión provisional, lo que apagó mi convicción inconsciente de que podía escapar del señor Schultz cuando quisiera. Ahora pensaba que aquel sitio era más auténticamente suyo, más como el hábitat real de sus vidas, que ningún otro de los que había visto. Estaba impaciente porque se levantasen. Vagaba por allí, hambriento. Echaba de menos mi desayuno en el salón de té y mi *Onondaga Signal*, que me gustaba leer mientras desayunaba, y también mi gran cuarto de baño blanco con la ducha de agua caliente. Cualquiera diría que había vivido en buenos hoteles toda mi vida. Estaba en el porche y miré por la ventana de la sala de estar. En una mesa de madera vi la calculadora del señor Berman y el teléfono de urgencia que Irving estaba en trance de conectar. Había una vieja silla de cocina de alto respaldo, y, destacándose en el centro de la habitación, la caja de caudales de la compañía Schultz. Parecía relucir para mí como el centro indiscutible de la agitación de las últimas veinticuatro horas. Pensaba en ella no solo como el depósito de los fondos en metálico del señor Schultz, sino como la caja fuerte del mundo numérico de Abbadabba.

Irving me vio y me puso a trabajar. Tenía que barrer los suelos e ir limpiando las ventanas para que pudiese verse el exterior. Corté a mano leña para la estufa de la cocina, lo que hizo que me latiese dolorosamente mi pobre nariz, y después fui andando hasta un almacén que había a poco más de un kilómetro y compré platos de papel y botellas de Nehi para desayunar todos. Estaba tan inmerso en la naturaleza como el que más, como un maldito *boy scout* en un *jamboree*. Irving se fue en el Packard con Mickey, de modo que quedó Lulu de encargado y me mandó a trabajar fuera, en la parte de atrás, cavando una letrina. Había allí un retrete que me pareció perfectamente utilizable aunque estuviera un poco desvencijado, pero Lulu encontró

que ofendía su sensibilidad utilizar un retrete extraño, de modo que tuve que coger una pala y cavar aquel hoyo en un claro del bosque encima de la casa, profundizando más y más en la tierra blanda mientras me salían ampollas y llagas en las manos, hasta que uno de los hombres me relevó. Yo había pensado, había imaginado todos los posibles peligros de una vida criminal, pero había pasado por alto la muerte por culpa de los excrementos. Solo cuando volvió Irving y se puso resueltamente a construir un pequeño trono de tablas de pino para el agujero recordé la dignidad que había en el trabajo hecho con estilo, cualquiera que fuese su fin. La verdad es que Irving era un modelo para todos nosotros.

Me puse de la forma más limpia y presentable que estaba a mi alcance en condiciones tan primitivas, y hacia las nueve de la mañana fui con el señor Berman y Mickey a Onondaga y me quedé sentado en el coche aparcado al otro extremo de la plaza que había frente a la audiencia. Casi todos los sitios para aparcar fueron ocupándose a medida que iban llegando del campo los modelos T y A y las camionetas de cadena sin costados, y los granjeros con sus monos limpios y planchados y las esposas de los granjeros con sus vestidos floreados pasados de moda y sus sombreros para el sol ascendían por la escalinata y entraban a donde iba a hacerse la selección para el jurado. Vi a los abogados del gobierno subir con sus carteras desde el hotel, y a Dixie Davis muy solemne junto al más viejo y corpulento, el de las gafas sin montura colgando del cordón negro, y después, con los hombros caídos y arrastrando los pies, en grupos de dos o tres, los tipos del bloc sobresaliendo del bolsillo de la chaqueta, el periódico de la mañana doblado bajo el brazo y las pequeñas tarjetas de prensa como plumas decorativas en la cinta del sombrero. Estudié atentamente a los reporteros; ojalá supiese cuál de ellos era el del *Mirror*, si el de las gafas de concha que subía los escalones de dos en dos o el del nudo de la corbata flojo y el cuello abierto; con los periodistas solo se podían hacer conjeturas, nunca escribían sobre sí mismos, solo esos relatos descarnados de testigos que te decían lo que debías ver y pensar, sin ellos descubrirse nunca, como magos cuyos trucos consistían en palabras.

En lo alto de la escalinata había fotógrafos de prensa con grandes Sepeed-Graphic que no tomaban fotos de la gente que pasaba junto a ellos y entraba al edificio.

—¿Dónde está el señor Schultz? —pregunté.

—Se coló dentro hace ya media hora, mientras esos payasos estaban todavía desayunando.

—Es famoso.

—Esa es su tragedia en pocas palabras. —El señor Berman sacó un fajo de billetes de cien dólares y separó diez—. Cuando estéis en Saratoga, no la pierdas de vista. Cualquier cosa que quiera, cómprasela. Esta tiene ideas propias, lo que podría ser un inconveniente. Hay un sitio llamado el club Brook. Es nuestro. Si tienes problemas, habla con el tipo que lleva aquello. ¿Comprendido?

—Sí.

Me dio los billetes.

—No es para que apuestes —dijo—. De todos modos, si quieres ganarte unos pavos, llámame todas las mañanas. Si sé algo, te lo diré. ¿Entendido?

—Sí.

Me entregó un trozo de papel con su número de teléfono secreto.

—Hombres y mujeres son ya bastante malos por separado. Juntos, pueden matarte. Si puedes con Saratoga, muchacho, creeré que eres capaz de manejar cualquier cosa.

Volvió a sentarse y encendió un cigarrillo. Salí del coche, cogí mi maleta del portaequipajes e hice un gesto de despedida. En ese momento creí comprender los límites del señor Berman. Estaba sentado en aquel coche porque era lo más cercano a la sala de audiencia que podía conseguir; no podía ir donde quería y eso lo volvía lastimero, un hombrecillo cargado de espaldas, con la ropa llamativa y los cigarrillos Old Gold como únicos excesos de una vida aritmetizada. Al volverme a mirarlo mientras me observaba desde la ventanilla del coche, sentí que era alguien que no podía funcionar sin Dutch Schultz, como si no fuese más que un aspecto de este, que se reflejaba en él como en un espejo, y tan dependiente como necesario. Pensé que el señor Berman era el curioso regulador de aquella fuerza asombrosa, que si dejaba un solo instante de girar se pararía para siempre.

**M**omentos después entró en la plaza un precioso descapotable de cuatro puertas, verde oscuro, y tardé un poco en darme cuenta de que lo conducía Drew, que no se detuvo del todo, sino que pasó por mi lado en primera. Eché la maleta en la trasera, subí al estribo y, mientras metía la segunda y cogía velocidad, salté por encima de la portezuela al asiento contiguo al de ella y nos fuimos.

No miré atrás. Bajamos por la calle principal, pasamos por delante del hotel, del que me despedí en secreto, y nos dirigimos al río. No tenía idea de dónde había conseguido aquella monada. Podía hacer cuanto quisiera. Los asientos eran de cuero beige. La capota marrón se movía atrás y adelante sobre tirantes cromados, de modo que al retroceder parecía volver al manantial. El salpicadero estaba hecho de madera con nudos. Me senté con un brazo sobre la portezuela y otro en el respaldo del asiento y gocé del lujo de viajar disfrutando del sol mientras ella se volvía hacia mí y me sonreía.

Diré aquí cómo conducía Drew Preston: parecía una niña, para cambiar se echaba hacia adelante con la blanca mano en la palanca del cambio, su esbelta pierna envuelta en el vestido atropellaba el embrague, y bajaba los hombros, se mordía el labio en la concentración del esfuerzo y empujaba hacia adelante con el brazo recto desde el codo. Llevaba un pañuelo de seda atado bajo la barbilla; era feliz de tenerme en su coche nuevo; cruzamos con el ruido de costumbre el puente de madera y llegamos al sitio donde la carretera se bifurcaba hacia el este y el oeste, y ella giró al este, y Onondaga empezó a ser solo un campanario y algunos tejados en medio de un nido de árboles, y después rodeamos una colina y desapareció. Esa mañana fuimos por entre montañas y entre lagos que chapoteaban a ambos lados de la carretera, pasamos bajo toldos de pinos y cruzamos pequeños pueblos blancos donde la tienda era también oficina de correos; conducía atenta, con ambas manos en el volante, y lo que hacía parecía un placer tal que me moría de ganas de relevarla, de sentir aquella gran máquina de ocho cilindros moviéndose bajo mis manos. Pero una de las cosas que aún no me había tocado en mi entrenamiento con la banda era enseñarme a conducir y preferí actuar para mí mismo como si supiese y no me importase empezar a que fuese ella quien sacase a colación el tema, necesitaba igualdad, el último y más absurdo deseo de aquel cariño, pienso ahora en qué jovencuelo tan horrible era yo, con qué insaciable ambición, pero tenía que haberme dado cuenta de ello aquella mañana en nuestro viaje por entre el hermoso lujo de nuestra naturaleza, tenía que haberme dado cuenta de lo lejos que había llegado desde las calles del este del Bronx, donde el mundo natural solo era visible en forma de cagajones de caballo aplastados por las ruedas de los coches y en los que picoteaban bandadas de gorriones callejeros,

tenía que haber sabido lo que era respirar el aire de esas montañas calientes de sol, vivo y bien alimentado, con un millar de dólares en el bolsillo y los atroces asesinatos del mundo moderno como acontecimientos habituales para mi cerebro. Yo era ahora un chico más duro, llevaba una pistola de verdad al cinto, y sabía en mi fuero interno que no debía estar agradecido sino tomar lo que se me daba como si me fuera debido, pensaba que todo aquello tendría un precio, y dado que ese precio iba a ser en una moneda demasiado costosa para la vida, quería que valiese la pena, me sentía furioso contra ella, la miraba imaginando lo que le haría, admito que con algunas escenas bajas y sádicas, hijas de mi amarga resignación de muchacho.

Por supuesto, cuando nos paramos fue porque ella se detuvo, me echó una mirada, lanzó un suspiro de bel canto de capitulación y de repente salió de la carretera dando botes entre árboles y sobre raíces y detuvo el coche a trompicones apenas estuvimos fuera de la vista de los que pasasen, en una mancha de altos árboles por entre los cuales brillaba el sol envolviéndonos en momentos de calor, momentos de sombra, momentos de luz y momentos de verde penumbra mientras estábamos allí sentados mirándonos en nuestra soledad.

Lo que ocurría con Drew es que no era genitualmente directa, tuvo que besar mis costillas y mi blanco pecho de muchacho, me agarró las piernas y pasó la mano arriba y abajo por el dorso de los muslos, me acarició el culo y me chupó los lóbulos de las orejas y la boca, e hizo todas esas cosas como si fuesen lo único que deseaba, entre pequeños ruidos de aprobación o deleite, como una comentarista de lo que ocurría, breves notas agudas, susurros sin palabras como comentarios para sí misma, era como si me estuviese consumiendo durante un festín, y no tenía por objeto excitarme, ¿qué muchacho en esa situación necesita que lo exciten?, yo la tenía gorda desde que paró el coche, y esperaba algún reconocimiento por su parte de que aquello formaba también parte de mí, pero no lo hubo y mi necesidad acabó convirtiéndose en un dolor exquisito, pensé que iba a volverme loco, me entró una gran agitación y solo entonces descubrí su disponibilidad, que durante todo aquello solo había estado esperando a que me diese cuenta de que estaba plenamente dispuesta a estarse callada y que por una vez fuera yo quien hablase. Era algo tan infantil por su parte, tan sorprendentemente comedido y sumiso, y no quise dármelas de corrido, me porté simplemente con naturalidad, lo que le provocó una risa cómplice, la invitó al generoso placer de recibirme en ella, no era excitación, sino como una especie de felicidad de tener dentro a aquel chiquillo, me rodeó con sus piernas y yo hice que nos meciésemos arriba y abajo en el asiento trasero del coche con mis pies asomando por la puerta abierta, y cuando me corrí me abrazó hasta dejarme sin aliento y sollozó y me besó la cara como si me hubiese ocurrido algo terrible, como si me hubieran herido y ella estuviese, en un rasgo de compasión desesperada, haciendo como que no había pasado nada.

Después fui siguiéndola, totalmente desnudos, por entre la maleza al interior de aquel lugar tan opulentamente verde que ella había elegido de manera arbitraria o por

pura casualidad, con su don para hacer que el mundo girase en torno suyo, de modo que para mí todo aquello era una hermosura, un sitio para estar, mientras seguía a su relampagueante forma blanca alrededor de los árboles, bajo la maraña vegetal, tratando de evitar el latigazo de las ramas y con su brillante parloteo, pájaros invisibles me decían que había tardado demasiado tiempo en encontrarlo. Íbamos descendiendo, y el suelo se hizo cenagoso y el aire estancado y me encontré matando mosquitos sobre mi piel, había querido alcanzarla, derribarla y joderla otra vez, y me hacía aquello, llevarme entre mosquitos furiosos. Pero llegué hasta ella cuando estaba acurrucada echándose puñados de barro y nos aplicamos aquel lodo frío uno al otro y después caminamos como niños, adentrándonos en la oscuridad del bosque, de la mano como niños de un cuento de hadas que estuviesen en un terrible apuro, y en realidad lo estábamos, y encontramos aquel tranquilo estanque tan negro como yo no había visto nunca que fuese el agua y, por supuesto, ella se metió y me invitó a seguirla, y, ¡Dios mío!, era algo fétido, caliente y espumoso, noté en los pies húmedas marañas de hierbas de estanque y anduve con tiento para evitar hundirme y salí arrastrándome lo más de prisa que pude, pero ella nadó de espaldas unos cuantos metros y después salió a gatas, y estaba cubierta de aquel limo invisible, tenía el cuerpo tan enfangado como yo y nos tumbamos y la perforé y sostuve su rubia cabeza hacia atrás mientras bombeaba barro por su cuerpo arriba y estuvimos echados en celo en aquel asqueroso pantano y me corrí y seguí sujetándola sin dejarla moverse, clavado en ella y escuchando su ruidoso aliento, y cuando levanté la cabeza y vi en sus alarmados ojos verdes el pánico de la posible pérdida se me puso otra vez tiesa dentro y ella empezó a moverse, y esta vez no había prisa, pero la tercera la cosa lleva tiempo, y descubrí la voz primitiva que había en ella, como el estertor de la muerte, una estridente tos perruna asexual que repitió una y otra vez a medida que yo se la metía con más fuerza y acabó siendo trémula, una terrible y escandalosa desesperación, hasta que gritó tanto que pensé que le pasaba algo y me aparté para mirarla, tenía los labios hacia atrás enseñando los dientes y sus ojos verdes se nublaron mientras los miraba, habían perdido la visión, se habían apagado, como si su mente hubiera sufrido un colapso, como si el tiempo se hubiese invertido dentro de ella y hubiera vuelto a la infancia y a través del nacimiento a la nada, y por un instante sus ojos no fueron ya ojos, estuvieran solo a punto de serlo, ojos sin espíritu.

Pero momentos después estaba sonriente y besándome y acariciándome como si yo hubiese hecho algo encantador, le hubiese traído una flor o algo parecido.

Cuando nos incorporamos vacilantes caían de nosotros pellas de barro, y se echó a reír y se volvió para enseñarme la espalda, ausente en la oscuridad como si la hubiesen partido en dos, con el perfil brillante y abultado como el de una escultura, e incluso la dorada cabeza parecía partida por la mitad. No había más remedio que volver al estanque, y esa vez nadó más lejos y se empeñó en que la siguiese, y el agua



estaba cada vez más fría y era más profunda, y continuaba hasta detrás de una revuelta. Nadé con ella, dedicándole mi mejor *crawl*, y salimos a la orilla por el otro lado, ya limpios de barro y algo menos escurridizos.

Cuando volvimos al coche estábamos secos, pero resultó muy molesto ponerse la ropa, como si nos hubiese quemado mucho el sol, olíamos a verdín de estanque, olíamos como ranas, viajamos tratando de no echarnos para atrás en los asientos y a las pocas kilómetros llegamos a aquel *motor court* y alquilamos una cabaña y nos metimos juntos en la ducha y nos lavamos uno al otro con una gran pastilla de jabón blanca y estuvimos abrazados bajo el agua, y después nos tumbamos en la cama y ella se acurrucó a mi lado rodeada por mi brazo y quizá fue ese gesto el que provocó nuestro momento de más verdadera intimidad, cuando por una estremecida reducción de su ser se igualó a mí en edad y en ansias de sofisticación, como la novia de un muchacho, con solo dos cadáveres entre nosotros y enfrente una larga vida de terribles sorpresas. Eso me hizo sentir una especie de orgullo temeroso. Sabía que nunca podría tener a la mujer que había tenido el señor Schultz, lo mismo que él no había conocido a la de Bo Weinberg, porque ella ocultaba sus huellas, no dejaba historia tras de sí, se adaptaba al momento, tenía a sus gánsteres o a sus muchachos en distintos avatares de su espíritu, esta nunca escribiría sus memorias, ni siquiera si llegaba a vivir muchos años, nunca contaría su vida porque no necesitaba la admiración, la simpatía o el asombro de nadie, y porque todos los juicios, incluido el amor, procedían de un lenguaje complaciente que nunca se había molestado en dominar. De modo que todo cuadraba, qué protector me sentía yo allí, en aquella cabaña, la dejé dormir sobre mi brazo mientras estudiaba las acrobacias que hacía una mosca bajo el techo y comprendí que Drew Preston concedía la absolución, era lo que obtenías en vez de un futuro con ella. Estaba claro que no se iba a interesar por la empresa de mantenernos con vida, de modo que tendría que ser yo quien lo hiciera por los dos.

El resto de ese día viajamos por los Adirondacks hasta que las alturas se suavizaron y el campo adquirió un aspecto más cuidado, y al anochecer entramos en Saratoga Springs y recorrimos una calle que tenía la insolencia de llamarse Broadway. Aunque a medida que iba mirando me di cuenta de que algo tenía de apropiado el nombre, aquel sitio se parecía al antiguo Nueva York, o a como yo me imaginaba que debió ser en otros tiempos; había tiendas muy civilizadas con nombres neoyorquinos y toldos a rayas bajados para protegerse del sol poniente, la gente que iba por la calle no se parecía en absoluto a la de Onondaga, no había ni un solo granjero entre ellos, se veían muchos coches bonitos, algunos con chóferes uniformados, y había gente claramente perteneciente a las clases adineradas sentada en los largos porches de los hoteles leyendo el periódico. Me pareció extraño que en plena tarde nadie tuviese nada mejor que hacer que leer el periódico, hasta que nos

registramos en nuestro hotel, el Grand Union, el mejor de todos, el que tenía el porche más largo y más ancho, y un botones cogió nuestro equipaje, otro se llevó el coche para aparcarlo y vi que el periódico preferido era el *Racing Form*, en la recepción había un montón con la fecha del día siguiente en la cabecera y la lista detallada de las carreras de ese día para que los *handicappers* se pusieran a trabajar sobre ellas. Y solo traía noticias de caballos, en el mes de agosto en Saratoga nadie se interesaba por nada que no fuesen los caballos, de modo que incluso los periódicos se plegaban a ello y daban solo titulares de caballos y el tiempo en relación con los caballos y horóscopos de los caballos, como si el mundo estuviese poblado solo por caballos, con la única excepción del disperso y escaso número de humanos excéntricos que se reunían para leer sus importantes hazañas.

Al otear el vestíbulo detecté a algunas personas cuyo interés por los caballos podía no ser sincero, una pareja de tipos mal vestidos sentados en sillones contiguos y que solo miraron sus periódicos cuando reparé en ellos. El empleado reconoció a la señorita Drew y se alegró de que al fin hubiese llegado. Estaban ya preocupados por ella, dijo sonriente, y me di cuenta de que tenía reservadas habitaciones para todo el mes de carreras, las utilizase o no; era un sitio al que pensaba ir en esa época del año lo dijese o no el señor Schultz. Subimos a aquella gran *suite*, que inmediatamente me hizo darme cuenta de los recursos tan modestos que ofrecía el hotel Onondaga; había un gran cesto de frutas sobre una mesa con una tarjeta de la dirección del hotel, y un bar con una bandeja de vasos y copas de fino tallo para vino blanco y tinto y un cubo con hielo y una botella cuadrada de cristal tallado con una pequeña cadena y una chapita colgando que ponía BOURBON y otra que ponía SCOTCH, y una gran botella de soda de cristal azul, y entraba la luz por ventanas de largas cristaleras que llegaban prácticamente hasta el suelo, y grandes ventiladores que giraban lentamente colgados del techo mantenían fresco el aire, y las camas eran inmensas y las alfombras gruesas y suaves. Lo curioso es que todo aquello no me hizo pensar mucho mejor del señor Schultz, porque no dependía de él.

A Drew le encantaron mis reacciones ante aquel lujo, sobre todo cuando probé los muelles de la cama con un salto acrobático y cayó sobre mí y rodamos a un lado y después al otro, en una parodia de lucha que en realidad fue un pretexto para probar nuestras fuerzas. No se hizo de rogar, aunque la sujeté por los brazos lo bastante pronto para que tuviese que decir:

—No; ahora no, por favor. He planeado esta velada; quiero llevarte a ver algo maravilloso.

De modo que nos vestimos para la noche con nuestra ropa blanca de verano, yo con el traje cruzado de hilo ligeramente arrugado que había pedido para mí a su tienda de Boston, y ella con un *blazer* azul y una falda blanca plisada. Me encantó que nos vistiésemos en habitaciones contiguas con la puerta de comunicación abierta, me encantaba la aceptación de una relación tan adelantada en nuestros preparativos para ser vistos juntos. Bajamos al vestíbulo, lleno de ociosos nocturnos, entre ellos

mis dos amigos, y cuando salimos la noche estaba cálida por el calor que subía del pavimento hacia el frescor del cielo, de modo que sugirió que diésemos un paseo.

Cruzamos la avenida y vi que el policía que dirigía el tráfico llevaba una camisa blanca de manga corta. No podía tomarme en serio a un departamento de policía que vestía así. No sabía cuál era ese maravilloso sitio que quería que yo viese, pero pensé que me vendría bien salir de una vez del país de los sueños. Hubiera sido estupendo seguir con ella en la espesura del bosque, pero ahora pasábamos frente a céspedes majestuosos y entre las sombras de grandes árboles oscuros con enormes mansiones detrás, este era un lugar bien urbanizado y serio, era tentador no ver más allá de ella, tan deslumbrado por el regalo de su presencia como para olvidar las circunstancias, ninguna de las personas junto a las que pasábamos dejaba de fijarse y reaccionar ante ella, lo que me producía un orgullo loco, pero íbamos cogidos de la mano y el calor de la suya me alarmó, me recordó el latir de su sangre, creando en mi mente visiones de terribles castigos.

—No quiero ser grosero —le dije—, pero creo que será mejor que recordemos nuestra situación. Voy a soltarle la mano.

—Pero es que me gusta.

—Ya tendremos ocasión más tarde. Por favor, suélteme. Estoy tratando de decirle algo. Mi opinión profesional es que nos están siguiendo.

—¿Por qué? ¿Estás seguro? Es tan impresionante... —dijo, mirando hacia atrás—. ¿Dónde? No veo a nadie.

—¿Quiere hacerme el favor de no volverse? No va a ver a nadie; límitese a creer en mi palabra. ¿Dónde está ese sitio al que vamos? Los polis en esta ciudad, cuando hay por medio dinero de Nueva York, no se puede confiar en ellos.

—Confiar ¿para qué?

—Para que protejan a los ciudadanos respetuosos con la ley, como fingimos ser usted y yo.

—¿De qué tienen que protegernos?

—De la gente como nosotros. De los gánsteres.

—¿Soy yo un gánster?

—Solo es una manera de hablar. Todo lo más es la novia de un gánster.

—Soy tu novia —dijo, cayendo en la cuenta.

—Es la novia del señor Schultz.

Caminábamos en el tranquilo anochecer.

—El señor Schultz es un hombre muy normal —dijo.

—¿Sabía que es suyo el club Brook? Está bien relacionado en esta ciudad. ¿Sospecha que no confía en usted cuando no la tiene a la vista?

—Para eso estás tú aquí. Eres mi sombra.

—Fue usted quien pidió que viniese. Eso quiere decir que nos vigilarán a los dos. Está casado, ¿lo sabía?

—Sí, creo que lo sabía —dijo tras una pausa.

—Entonces, ¿dónde la deja a usted eso? ¿Tiene alguna idea? Quiero recordarle que él cometió un error mortal cuando sacó a Bo del restaurante estando usted allí.

—Espera —dijo. Me tocó el brazo y nos quedamos uno frente al otro en la oscuridad, junto a un alto seto.

—¿Usted cree que es normal? Todos los que ahora están muertos pensaban que lo era. La noche en que salió de su habitación, ¿recuerda que la llevé de nuevo a la cama?

—¿Sí?

—Estaban librándose de un cadáver. Aquel tipo gordo del bastón. Robó no sé qué dinero. No era precisamente un alma de Dios. Quiero decir que no estoy sugiriendo que sea una pérdida para el mundo. Pero ocurrió.

—Mi pobre pequeño... De modo que fue por eso.

—¿Lo de la nariz? El señor Schultz hizo que Lulu me diese un porrazo para explicar las manchas de la alfombra.

—Estabas protegiéndome. —Sentí sus labios frescos y suaves en mi mejilla—. Billy Bathgate. Me encanta el nombre que elegiste. ¿Sabes cuánto quiero a Billy Bathgate?

—Señora Preston, estoy tan loco por usted que no puedo ver claro. Pero ni siquiera hablo de eso, no estoy ni empezando a pensar en eso. No fue una buena idea venir aquí. Creo que deberíamos irnos de esta ciudad. Ese hombre mata sin parar.

—Deberíamos hablar de ello —dijo, y me cogió la mano.

Volvimos una esquina y pasamos junto a unos altos arbustos hasta llegar a un pabellón brillantemente iluminado en el que se paraban coches y entraba gente como si fuesen a un concierto.

Estábamos bajo una tienda iluminada por bombillas desnudas y contemplábamos los caballos que paseaban en torno a una pista circular de tierra, cada uno con una pequeña manta de terciopelo en el lomo con un número, y la gente que estaba de pie programa en mano podía leer su ascendencia y otros detalles. Eran potros que aún no habían corrido, y estaban a la venta. Drew me lo explicaba todo en voz baja, como si estuviésemos en la iglesia. Yo me encontraba muy agitado y casi la odiaba por haberme llevado allí. Era incapaz de concentrarse en las cosas importantes. Su mente no funcionaba como es debido. Noté que la piel de los caballos relucía, llevaban la cola peinada y algunos erguían la cabeza contra la correa, el ronزال o comoquiera que se llamase lo que usaban sus cuidadores para sujetarlos. Otros andaban mirando al suelo, pero eran todos increíblemente finos de patas y de una hermosura rítmica. Los llevaban de la nariz, los criaban solo para aquello, los entrenaban y los hacían correr, sus vidas no les pertenecían, pero tenían una gracia natural que era una especie de sabiduría, y me di cuenta de que los respetaba. Difundían un agradable aroma a paja, un olor que amplificaba su gran ser animal. Drew los contemplaba con una atención

asombrada, no hablaba y se limitaba a señalar a alguno cuando la atraía como más poderosamente impresionante que los otros, lo que por alguna misteriosa razón me ponía celoso.

Vi que la gente que examinaba los caballos iba muy elegantemente vestida con ropa deportiva de tema hípico, los hombres con corbata de seda, y más de uno con una larga boquilla para el cigarrillo como la del presidente Roosevelt, y tenían todos una cierta altivez de porte que me hacía cuadrar los hombros. Ninguna era tan guapa como Drew, pero pertenecían a la misma gente de cuello largo, todas tan derechas y delgadas, con una seguridad innata, y pensé que sería estupendo tener un programa que trajese también su linaje y una descripción detallada. De cualquier modo, empezaba a relajarme un tanto. Me calmaba. Aquel era un inexpugnable reino de los privilegiados. Si hubiese allí alguien de las bandas resultaría muy visible. Noté por un par de discretas miradas que me echaron que aunque llevaba ropa debida al buen gusto de Drew y me había tomado la molestia de calarme mis falsas gafas de estudioso, estaba poniendo a prueba la despectiva tolerancia de aquella gente. Me pasó por la cabeza la idea de que Drew sabía lo que estaba haciendo, aunque a su manera de tomarse el mundo, lo mismo que el señor Schultz, sin pensarlo mucho.

Después de un par de vueltas al anillo, sacaron a los caballos por un pasadizo hasta lo que, desde donde estábamos, parecía un anfiteatro con gradas para el público y un presentador. Drew me hizo una seña y salimos y dimos la vuelta hasta la entrada principal, donde estaban los chóferes junto a sus coches, y entramos en el anfiteatro y vimos los mismos caballos desde lo alto, bajo las luces teatrales de la pista de subastas, mientras el anunciador o subastador proclamaba sus virtudes. Después sostenían a los caballos por la brida enfrente de su podio mientras dirigía las pujas, que por lo que pude ver no procedían de la gente sentada en las gradas, sino de empleados como él situados entre la gente que comunicaban las pujas ofrecidas de manera invisible y en silencio por las personas por cuya cuenta actuaban. Era todo muy misterioso y las cantidades asombrosas, ascendían a saltos hasta treinta, cuarenta, cincuenta mil dólares, cifras que asustaban incluso a los caballos, a muchos de los cuales les parecía normal ir sembrando estiércol mientras hacían su entrada en la pista. Cuando ocurría esto, aparecía un negro vestido de esmoquin con un rastrillo y una pala y se apresuraba a quitar de la vista el cuerpo del delito.

El espectáculo no consistía más que en eso. Vi cuanto quería ver en unos minutos, pero Drew no se hartaba. Arriba, detrás de las tribunas donde estábamos, había un constante desfile de personas que circulaban por allí mirándose unas a otras en una especie de imitación inconsciente de los caballos que daban vueltas en la pista de abajo. Drew encontró a una pareja de conocidos. Después se acercó un hombre, y pronto estuvo en un pequeño grupo de amigos, charlando sin aludir para nada a mí. Eso me puso en el estado de ánimo del guardián que se suponía era. Me invadía el sarcasmo; las mujeres que se saludaban parecían besarse en las mejillas, pero en realidad las juntaban un momento y besaban el aire cada una frente a la oreja de la

otra. La gente se alegraba de ver a Drew. Yo tenía la sensación de estar oyendo un coro con vegetaciones. Hubo algunas risitas que imaginé se dirigían a mí, suposición totalmente irrazonable, como pronto comprendí, pero que me hizo volverme a otro lado, apoyarme en la barandilla y mirar abajo, a los caballos. No sabía qué estaba haciendo allí. Me sentía completamente solo. El señor Schultz había tenido a Drew unas cuantas semanas; era evidente que yo constituía una novedad con fuerza suficiente para tan solo un par de días o así; había cometido un error al revelarles mis temores. Los temores no retenían su interés. Le había contado lo de la muerte de Julie Martin y fue como si le hubiese dicho que me había hecho daño en el dedo gordo del pie.

Después apareció a mi lado, me abrazó disimuladamente, miramos juntos al caballo que en ese momento entraba en la pista y a los treinta segundos ya estaba yo preso otra vez de un amor abyecto. Todos mis rencores se disolvieron y me reproché haber puesto en duda su constancia. Dijo que debíamos cenar algo y sugirió que fuésemos al club Brook.

—¿Le parece prudente?

—Seremos lo que se espera que seamos. La novia y su escolta. Estoy muerta de hambre. ¿Tú no?

De modo que cogimos un taxi hasta el club Brook y resultó ser un sitio elegante, con un toldo que salía hasta el bordillo de la acera, puertas de cristal biselado y paredes acolchadas con cuero, un local de ambiente hípico decorado en verde oscuro, con pequeñas lámparas de pantalla en las mesas y grabados de famosos purasangres en las paredes. Era algo mayor que el Embassy. El encargado vio a Drew y se apresuró a llevarnos a una mesa cercana a la pequeña pista de baile. Era el hombre con quien yo debía entrar en contacto si hacía falta, pero me miraba como si no me viese y fue Drew quien lo pidió todo. Tomamos cócteles de gambas, solomillos y una ensalada con anchoas; no me había dado cuenta hasta entonces de lo hambriento que estaba. Pidió una botella de vino tinto francés, que compartimos, aunque ella se tomó la mayor parte. El club estaba tan oscuro que aunque hubiese allí amigos suyos de la gente de los caballos no podrían ver lo bastante lejos con aquella luz baja y velada para reconocerla. Empezaba a sentirme bien otra vez. Allí estaba ella, al otro lado de la mesa, estábamos encerrados en nuestro capullo de luz, y tuve que recordarme lo que había habido entre ella y yo, que la había conocido carnalmente, que la había hecho correrse, porque deseaba hacer todo eso otra vez, pero con la misma ansia que si nunca hubiera ocurrido, con las mismas preguntas acerca de ella y las mismas dudas e imaginaciones sobre sus cualidades físicas, como si estuviera viendo a una actriz en una película. Fue entonces cuando empecé a comprender que uno no puede recordar el goce sexual. Puedes recordar el hecho en sí, y el decorado, e incluso los detalles, pero lo que tiene de único el placer sexual no puedes recordarlo. Su verdad esencial es por naturaleza autosupresora, puedes recordar su anatomía y hasta qué punto te ha gustado, pero sea lo que sea como derroche del ser, como pérdida, como

elemento de la acusación contra el amor por haberte paralizado músculo y corazón, no hay memoria de ello en el cerebro, solo la deducción de que ocurrió y ese momento ya pasó, dejándote una especie de silueta que deseas volver a rellenar.

Después salieron unos músicos al estrado y resultó que eran mis amigos del club Embassy, el mismo grupo, con la misma cantante flaca y apática que se tiraba del vestido de noche sin hombreras. Se sentó en una silla a un lado y acompañó con movimientos de cabeza el primer número, solo de orquesta, y nuestras miradas se encontraron y sonrió y me hizo un leve gesto, sin dejar de balancear la cabeza al compás de la música, y me sentí muy orgulloso de que me reconociese, y no sé cómo se lo dijo a los otros miembros de la orquesta y el saxo se volvió hacia mí e inclinó su instrumento en señal de saludo y el batería se echó a reír al ver con quién estaba yo y me dedicó un giro de palillos y empecé a sentirme como en casa.

—Son viejos amigos —le dije a Drew por encima de la música.

Era feliz al poder revelarles mi dimensión de hombre de mundo y me tenté el bolsillo para asegurarme de que no había perdido los mil dólares del señor Berman, pues pensé que estaría bien invitar a beber a la orquesta cuando terminasen esa parte.

Al final de la cena Drew estaba algo trompa, con el codo apoyado en la mesa y la barbilla en la mano, y me miraba con un vago afecto sonriente. Me encontraba muy a gusto. La penumbra de un club nocturno te sostiene, es una especie de refugio con la oscuridad controlada, a diferencia de la oscuridad abierta de la auténtica noche, con el peso de todo un cielo de posibilidades imprevisibles. La música era tan clara y figurativa, tocaban cosas conocidas, una tras otra, y todas las letras parecían decir algo y venir a cuento, y la línea melódica de los solos tenía siempre la claridad de las verdades. Y dio la casualidad de que una de las canciones se titulaba *Yo y mi sombra*, lo que nos hizo reír; *Me and my shadow, strolling down the avenue*, decía la letra, y se me ocurrió que se trataba de una especie de mensaje de la conspiración que nos traíamos todos, casi esperaba que entrase Abbadabba Berman, era lo de siempre, como de costumbre no me sentía a salvo del señor Schultz cuando estaba lejos de él, la idea de Drew de ir allí era buena, si estábamos siendo vigilados hacíamos lo que debíamos cenando en su club, devolviéndole el dinero como harían sus leales, aquel era su reino y porque estar allí me hacía sentirme más cerca de él ya no estaba asustado.

Decidí dejar de preocuparme y, en vez de tomar decisiones, confiar en nuestro destino a impulsos de Drew, ponerme a su disposición como un verdadero acompañante por cuenta del señor Schultz, ella sabía más que yo, tenía que saberlo, y lo que me parecía su lado poco práctico tenía la fuerza de su temperamento. Lo cierto era que sabía desenvolverse, y a pesar de su temeridad seguía viva. La verdad era que estaba muy segura en Saratoga y que yo no era más que su guardián por cuenta del señor Schultz. No sabía de quién había sido la idea de aquel viaje, pero ahora pensaba que lo mismo podía deberse a su empeño en no salir de Onondaga que a la insistencia del señor Berman en que debía irse.

Después la gente empezó a bailar en la pequeña pista, enfrente de nuestra mesa, y cuando Drew quiso bailar conmigo sugerí con firmeza que era hora de irse a casa. Fui yo quien pagó la cuenta, pero en cuanto a las propinas seguí su consejo, y al salir dejé dinero al barman para que bebiese la orquesta. Tomamos un taxi hasta el hotel Grand Union, fuimos ostentosamente a las puertas separadas de nuestras habitaciones contiguas y una vez dentro nos juntamos entre risas en la puerta que las comunicaba.

Pero dormimos cada uno en su cama, y cuando me desperté encontré una nota en la almohada: se había ido a desayunar con unos amigos. Decía que debía sacar una entrada al club y encontrarme con ella para almorzar en el hipódromo. Me daba el número de su palco. Me gustó su letra; era muy igual y redonda, casi como de imprenta, y hacía los puntos de las íes como pequeños círculos.

Me duché, me vestí y bajé corriendo. Los dos tipos no estaban allí. Encontré auténticos diarios de la mañana en el puesto del vestíbulo, los llevé al porche delantero, me senté y los leí todos arrellanado en un gran sillón de mimbre. Ya habían elegido el jurado. La defensa no había echado mano de ninguna de sus amenazas. El verdadero juicio iba a empezar ese mismo día y según el fiscal no iba a durar más de una semana. El *Daily News* traía una foto del señor Schultz y Dixie Davis hablando con las cabezas muy juntas en un pasillo, frente a la sala. El *Mirror* mostraba al señor Schultz bajando la escalinata de la audiencia con una sonrisa tan amplia como fingida.

Salí del hotel y bajé por Broadway hasta encontrar un *drugstore* con cabina telefónica. Me hice con un puñado de monedas y pregunté a la telefonista por el número que me había dado el señor Berman. Sigo sin saber cómo pudo conseguir un número para un teléfono del que la compañía telefónica no sabía nada, pero lo cierto es que contestó al primer timbrado. Le dije que habíamos llegado a la ciudad según lo previsto, habíamos ido a la subasta de potros e íbamos a pasar el día en las carreras; que la señora Preston se había encontrado con algunos amigos de allí, gente tonta con la que solo tenía conversaciones tontas, que habíamos cenado en el club Brook pero que no me había parecido necesario identificarme porque todo había ido muy bien. Le dije solo la verdad, seguro de que la sabía ya.

—Estupendo, muchacho —dijo—. ¿Quieres que hablemos de tu dinero para gastos?

—Pues claro.

—Hay un caballo que llevará el número tres en la séptima carrera. Será una buena apuesta con buenos dividendos.

—¿Cómo se llama?

—¿Cómo voy a saberlo? Mira el programa. Recuerda solo que es el número tres. Supongo que podrás recordar un tres. —Parecía cabreado—. Lo que ganes puedes quedártelo. Llévatelo a Nueva York.



—¿A Nueva York?

—Sí; coge un tren. Necesitamos que hagas ciertas cosas. Vete a casa y espera allí.

—¿Y qué pasa con la señora Preston?

En ese momento intervino la telefonista pidiendo otros quince centavos, y el señor Berman me dijo que le diese el número desde el que le estaba llamando y que colgase. Lo hice y casi inmediatamente sonó el teléfono. Oí raspar una cerilla y después exhalar una gran bocanada de humo.

—Es la segunda vez que hablas de la gente por su nombre.

—Lo siento. Pero ¿qué hago con ella?

—¿Dónde está ahora?

—Desayunando.

—Están de camino un par de amigos tuyos. Seguramente los verás en el hipódromo. Quizá incluso te lleven a la estación si se lo pides cortésmente.

Era en eso en lo que yo pensaba mientras caminaba por las calles de Saratoga, dando vuelta tras vuelta a la manzana como si fuese a alguna parte, como si me hubiera propuesto algún destino. Me habían dado todo aquel dinero, mucho más del que podía gastar en un día e incluso en dos, daba para vivir a lo grande una semana pagando la cuenta del hotel, los restaurantes y las apuestas que pudiese querer hacer Drew Preston. Algo había cambiado. O realmente me necesitaban en Nueva York, como una especie de avanzadilla para su vuelta a la ciudad, o me querían quitar de en medio, pero algo había cambiado. Tal vez con Drew fuera habían podido convencer al señor Schultz del peligro que representaba, de que su alienación podía ser un reflejo de la de ella, el señor Berman parecía pensar que el señor Schultz estaba peligrosamente enamorado, pero cuando pensé en ello, después de que llevasen ya más de una semana juntos en mi compañía, vi que el señor Schultz ignoraba a Drew la mayor parte del tiempo, que era para él un mero alarde, un adorno personal más en vez de alguien a quien adoraba o cuya mano le gustase apretar o que pareciese importarle profundamente y provocar en él el cariño y la locura con que suelen comportarse los enamorados. Cualquiera que fuese la decisión que habían tomado, me pareció conveniente dar por descontado su carácter de pesadilla. Me siento orgulloso del muchacho que yo era, capaz de discurrir a pesar del miedo, y ya se sabe que el pensar más rápido es el del cuerpo, el cuerpo piensa de un modo seguro, sin error, porque no está empapado de un personaje como el cerebro, y en seguida me puse en lo peor, porque no recordaba haber entrado de la calle ni cruzado el vestíbulo, sino que de pronto me di cuenta de que estaba en mi cuarto y tenía la Automatic cargada en la mano, tenía mi pistola, de manera que era eso lo que había pensado. Lo peor era que el señor Schultz se había vuelto contra ella, necesitaba más muerte, estaba gastando sus muertes a tal velocidad que cada vez le corría más prisa la siguiente. ¿Qué diría Drew, qué le haría si lo veía incapaz de protegerse, inmovilizado como estaba por la ley, con la banda hecha añicos como si le hubiese alcanzado una bomba y él abandonado y solo y con los escombros cayendo a su

alrededor, como uno de aquellos niños llorosos de los bombardeos de China?

Era curioso que el señor Schultz lo supiese todo sobre la traición menos cómo funcionaba, en la libertad del espíritu alegremente voraz de todos nosotros; si no ¿por qué iba a tomarse su Abbadabba la molestia de darme el soplo de un caballo vencedor? El señor Schultz carecía de imaginación, poseía una mente vulgar, Drew tenía razón, era un tipo corriente. Pero yo me veía ahí ahora enfrentado con enormes responsabilidades ejecutivas, tenía que hacer que pasasen las cosas, poner a la gente a hacer cosas que creía tenían que hacer, y eso desde una posición sin la menor autoridad. Al pensarlo, recordaba que los hombres que en las películas conseguían que se hicieran las cosas tenían ayudantes y secretarias. En una tarjeta que había frente a mí estaba la lista de servicios del hotel Grand Union, incluidos masajista, peluquero, florista, oficina de la Western Union..., todo un hotel a mi disposición. Reuní fuerzas, cogí el teléfono y, con mi voz más baja y suave, imitando el hablar nasal de los amigos de Drew Preston, informé a la telefonista del hotel de que quería hablar con el señor Harvey Preston, en el Savoy-Place de Nueva York, y si no estaba, saber por la telefonista de allí dónde podía llamársele, que podía ser, tal vez, Newport. Cuando colgué, a mí, el gran malabarista, me temblaba la mano. Supuse que llevaría algún tiempo localizar a Harvey, sin duda encamado en alguna parte con una compañía de su gusto, de modo que llamé al servicio de habitaciones y muy respetuosamente tomaron nota de lo que quería, que era un melón, copos de maíz con crema, huevos escalfados, bacon, salchichas, tostadas, jalea, pasteles daneses y café con leche. Me limité a recitarles la carta. Me senté en un sillón de orejas junto a los ventanales abiertos, metí la Automatic detrás del cojín y esperé mi desayuno. Me parecía importante estarme muy quieto, como en un baño muy caliente, para poder soportarlo. Vendría Mickey al volante, y probablemente Irving con él, porque cualquier cosa que quisieran hacer en Saratoga exigiría precisión, y tal vez paciencia, algo más hábil y triste en sus resultados que escandaloso. Los dos me gustaban. Eran hombres tranquilos y sin mala voluntad hacia nadie. Nunca se quejaban. Podían poner pegas por dentro, pero harían su trabajo.

Pensé en lo que iba a decir al elegante Harvey. Esperaba que estuviese cerca de un teléfono, que incluso podía ser blanco. Me oiría hasta al final si había tenido una mínima preocupación por la seguridad de Drew durante el verano a causa del continuo flujo de facturas y cheques de banco anulados que sin duda le habían llegado por correo. Me presentaría como un nuevo transmisor de los deseos de su esposa. Hablaría en un tono muy de negocios. En ese momento no había en mi mente el mínimo interés personal por la señora Preston, y desde luego nada que pudiese dar a mi voz un tono de amor oculto. Ni siquiera podía sentirme culpable hacia Harvey. Pero, aparte de eso, en aquella situación había perdido toda mi capacidad para el afecto erotizado, se desvanece patéticamente ante el terror, no solo no podía recordar haber hecho el amor con Drew sino que ni siquiera podía imaginarlo. Drew no me interesaba. Llamaron a la puerta, entró mi desayuno sobre ruedas y el mismo carrito

en que llegó se transformó mágicamente bajo su blanco mantel de hilo en una mesa para comer. Venía todo servido dentro o debajo de pesados artilugios de plata. El melón estaba puesto sobre hielo en un cuenco de plata. La noche anterior había aprendido de Drew a no dar propinas excesivas, y saqué al botones de la habitación con todo aplomo. Me senté notando la pistola en la rabadilla y contemplé aquel enorme desayuno como si llevase conmigo la avenida Bathgate a dondequiera que iba, con todo los dulces frutos de la tierra derramados ante mí. Echaba de menos a mi madre. Me hubiese gustado llevar mi chaqueta blanca y negra de los Shadows. Necesitaba robar en los carritos de los vendedores, vagar por los depósitos clandestinos de cerveza y vislumbrar al gran Dutch Schultz.

A mediodía, después de hacer el equipaje y dejarlo abajo, en manos del jefe de los botones, pregunté por dónde se iba a las carreras y fui a pie. El hipódromo estaba a poco más de un kilómetro del hotel, al final de un ancho bulevar de casas de tres plantas con profundos porches, una tras otra. En los patios delanteros había letreros que decían APARQUE AQUÍ, y los residentes, de pie en la calle, hacían señas a los coches que pasaban para que entrasen. En Saratoga todo el mundo trataba de hacer algún dinero, incluso los dueños de aquellas grandes casas. La mayor parte del tráfico se dirigía al aparcamiento del hipódromo, y en todos los cruces había guardias con camisa de manga corta dirigiéndolo. Nadie parecía tener prisa. Los negros coches desfilaban a una marcha majestuosa y nadie tocaba la bocina ni trataba de colarse; era el tráfico mejor educado que había visto nunca. Busqué con la vista el Packard, aunque sabía que no iba a encontrarlo. Si habían salido temprano, incluso conduciendo Mickey les llevaría hasta media tarde llegar allí. De repente vi el techo verde de la tribuna como un castillo con gallardetes entre los árboles, y poco después estaba ante el hipódromo. Era día festivo y entraba un río de gente con sombreros de paja, sombrillas y gemelos. Había hombres pregonando el programa. No era un sitio como el estadio de los Yankees, pero aun así era grande; una estructura de madera pintada de blanco y verde, con el aire de un viejo y distinguido parque de atracciones con macizos de flores a lo largo de los caminos. Me puse a la cola para sacar una entrada de club y me dijeron que no me dejarían pasar por ser un menor no acompañado. Me dieron ganas de sacar mi Automatic y metérsela por la nariz al tipo, pero me limité a pedir a una pareja mayor que me comprasen una entrada y me acompañasen para pasar el torniquete, lo que tuvieron la amabilidad de hacer, aunque fue un recurso humillante para el socio de confianza de uno de los más mortíferos gánsteres del país.

Después, cuando subí por la escalera hasta las tribunas y salí a echar mi primera ojeada a la gran pista ovalada, me sentí inmediatamente a mis anchas, fue la deliciosa emoción de contemplar desde la sombra un gran campo soleado, te la produce un campo de béisbol o de fútbol, y ahora veía que el hipódromo la tenía también, esa

sensación antes de que comience el juego de que te espera un gran día, la palpable expectación de la lucha que se avecina y cuyo desenlace no está escrito, con caballos fantasmas volando hacia la línea de llegada en medio de un prístino brillo de aire y luz. Sentí que allí podía moverme a mis anchas, disfruté de la inesperada confianza que da el sentirte de pronto como en casa.

De modo que allí estaba yo, cargado con mis graves responsabilidades en aquel hermoso día en que parecía que la sociedad entera acudía a jugar. La gente corriente haría sus apuestas abajo y estaría al sol junto a la barandilla para ver lo que pudiese de la verdadera carrera, la de la recta de llegada, mientras los apostadores acomodados estaban sentados a la sombra en las tribunas de madera para poder ver algo más de la carrera. Delante de las tribunas había palcos a los que estaban abonados políticos y hombres ricos y famosos, pero si algún día no los ocupaban se podía sobornar al acomodador para que te dejase utilizarlos por tu cuenta y riesgo. Por último, encima de la tribuna, estaba el carísimo club, a cuyas mesas venían los auténticos aficionados a almorzar antes de las carreras. Allí encontré a Drew, sola en una mesa para dos, frente a una copa de vino blanco.

Sabía que le dijera lo que le dijese no pensaría en marcharse hasta haberse hartado de caballos. Sabía también que si le hablaba del peligro en que estaba o se daba cuenta de mi temor se extraviarían sus ojos y su mente, empezaría a ir a la deriva y el brillo que veía en su mirada se apagaría. Le gustaba mi precocidad. Le encantaba mi personalidad de duro de la calle, quería a sus acompañantes galantes y atrevidos, de modo que le dije que sabía de algo seguro en la séptima e iba a apostar cuanto tenía y a ganar pasta suficiente para tenerla a base de bombones y ropa interior de seda el resto de su vida. Se suponía que era una broma, pero lo cierto es que lo dije con voz velada y más fervor del que pretendía, como una declaración de mi amor infantil, y el efecto sobre sus verdes ojos sin fondo fue arrasador. Nos quedamos allí sentados sin hablar y llenos de tristeza, como si supiese por su propio sistema de calcularlo todo lo que no me atrevía a decirle. No podía mirarla, de modo que me volví hacia la pista bañada por el sol, una pista ovalada de tierra amplia y bellamente conservada, con una cerca blanca, dentro de la que había otra pista de hierba para las carreras de obstáculos, y más adentro todavía macizos de flores rojas y blancas y un estanque donde nadaban cisnes auténticos, todo ello en medio de vastos campos verdes con las estribaciones de los Berkshires a lo lejos, al este, pero yo solo veía el óvalo, y recorría con los ojos la pista cerrada como si fuese un mamparo interminable, como si no tuviera todo el aire del mundo para respirar, sino los humos asfixiantes del diesel en la camareta de un remolcador, y cada momento que habíamos vivido desde aquella noche fuera solo una alucinación, la pausa momentánea del gran mar jadeante antes de lanzarse a engullir la presa de esa noche, y los apenas conocidos míos que habían muerto no hubiesen muerto todavía.

Poco a poco fueron llenándose las mesas, aunque ninguno de los dos teníamos hambre almorzamos salmón frío y ensalada de patatas, y al fin los jinetes con rojas

casacas de caza salieron a la pista y sonó la trompeta y los caballos con sus *jockeys* desfilaron a paso lento ante nosotros hasta la curva más lejana, donde estaba la salida, y empezó la primera carrera del día, como después iba a ocurrir cada media hora; cada treinta minutos o así empezaba una carrera, más de un kilómetro, y a veces menos, alrededor de la ancha pista de tierra rastrillada, los veías un momento al salir y después, a menos que tuvieses gemelos, se convertían en una mancha oscilante, como si un animal avanzase ondulando por el tramo más lejano de la pista, moviéndose más bien despacio, y solo cuando estaban a una distancia que permitía volver a identificarlos como caballos, avanzando afanosamente a golpe de látigo, comprendías el mucho terreno que habían recorrido en tan poco tiempo, y los veías galopar ante ti con una rapidez endemoniada y cruzar la meta frente a las tribunas con el *jockey* de pie en los estribos. Durante la carrera había mucha excitación y empujones y gritos y chillidos, pero no eran la clase de ruido y ovaciones que hay en un partido de béisbol cuando Lou Gehring consigue un *home run*, no era un ruido alegre y vital ni continuaba pasado el momento de la llegada del primer caballo, sino que moría súbitamente como si alguien hubiese dado al interruptor, y volvían todos a sus programas para dedicar la media hora siguiente a las nuevas apuestas, y solo los ganadores seguían cuchicheando felices o celebrando sus ganancias, la carne del caballo era lo último que preocupaba a nadie, excepto quizá al propietario, que iba al círculo de ganadores, frente a las tribunas, a posar para las fotos junto al *jockey* y el caballo con su guirnalda de claveles.

Entonces supe lo que quería decir el señor Berman, lo importante era el número que llevaba cada animal en su recorrido por la pista y los números de los grandes tableros que, frente a las tribunas, mostraban el orden en la línea de llegada. Los caballos eran números que corrían, apuestas animadas, incluso para los ricos hacendados que los criaban, los compraban en las subastas de potros, los mantenían, los hacían correr y ganaban premios con ellos.

Pero todas estas impresiones me llegaban por el rabillo del ojo, como si dijéramos, y ocupaban los bordes de mi atención, mientras dejaba a Drew y volvía a ella, y después la llevé abajo, a su palco, la dejé allí y fui a mirar por todas partes, a buscar a todos los niveles matones conocidos y desconocidos, porque ya no estábamos en la selecta exhibición de caballos de la noche anterior, esto era la gran reunión de los ociosos del mundo; vi empujar sus dos dólares bajo la reja de la ventanilla a personas claramente arruinadas, y a otras al sol en camiseta junto a la barandilla aferrando unos boletos que eran el único modo de escapar de lo que fuese, de salir de ello, nunca había visto a caras tan pálidas venir a disfrutar de un día al aire libre, y por todas partes, en todas las gradas, en todos los pasillos, hombres que sabían lo que los otros ignoraban y hablaban por las comisuras de la boca y asentían con el gesto de enterados, propio del comercio, qué sórdido escaparate de la vida era aquel, qué sucia la elegancia como profesión, con los bebedores de altos vasos helados o copas de licor puro deseando todos tanto de la vida y perdiendo tanto a

manos de ella mientras hacían cola en las apuestas para probar de nuevo en sus democráticas ceremonias de ganancias y pérdidas entre crujidos de las gradas de las viejas tribunas de madera.

Lo único que pedí a Drew fue que no bajase al *paddock* a ver los caballos antes de que saliesen a la pista, que se estuviera sentadita en su palco, numerado y conocido, cercano al palco del gobernador en la misma línea de llegada, y se contentase con mirarlos por los gemelos.

—¿No quieres que apueste?

—Apuesta cuanto quieras. Yo iré a la ventanilla por ti.

—No importa.

Se quedó muy pensativa y callada, y emanando en torno suyo una tranquilidad que yo sentía como una especie de aflicción.

Después dijo:

—¿Recuerdas a aquel hombre?

—¿Qué hombre?

—El de la piel fea. Ese al que él respeta tanto.

—¿Piel fea?

—Sí; en el coche, con los guardaespaldas. El que vino a la iglesia.

—Ah, aquel. Pues claro. ¿Cómo iba a olvidar una piel así?

—Me miraba. No quiero decir que fuese descarado o cosa parecida, pero me miraba y sabía quién era yo. De modo que debo de haberme encontrado con él antes.

Hizo un mohín y sacudió la cabeza con los ojos bajos.

—¿No lo recuerdas?

—No. Debe de haber sido de noche.

—¿Por qué?

—Porque siempre estoy borracha.

Eso me dio una idea.

—¿Estarías con Bo?

—Supongo que sí.

—¿Se lo dijiste alguna vez al señor Schultz?

—No. ¿Crees que debería haberlo hecho?

—Parece importante.

—¿Tú crees?

—Sí, creo que puede serlo.

—Díselo tú, ¿quieres?

Y levantó los gemelos porque los caballos de la próxima carrera entraban ya al paso en la pista.

Minutos después llegó al palco un mensajero uniformado con un enorme ramo de flores para Drew, una gran brazada de flores de tallo largo, y la cogió y se ruborizó, y

leyó la tarjeta y decía *De un admirador*, exactamente como yo lo había dictado, y se echó a reír y miró a su alrededor, y arriba a las tribunas, como para descubrir quién se las había enviado. Llamé a uno de los acomodadores, le puse un billete de cinco dólares doblado en la mano y le dije que trajese una jarra de agua, y así lo hizo, y Drew puso las flores en la jarra y la colocó en la silla vacía que tenía al lado. Estaba ya más alegre; algunos de los ocupantes del palco contiguo sonrieron e hicieron comentarios alusivos, y después llegó otro mensajero uniformado, esta vez con un arreglo floral tan grande que venía con su propio pie de mimbre, y que era una especie de arbolillo con flores como tallos de maíz mezclados con grandes hojas verdes en forma de abanico y campanillas azules y amarillas, y la tarjeta decía *Siempre tuyo*, y ahora Drew se reía con esa felicidad sorprendida de los que reciben felicitaciones el día de San Valentín o en fiestas sorpresa de cumpleaños. No tengo ni idea, respondió cuando un caballero se inclinó hacia ella para preguntarle qué celebraba. Y cuando llegaron la tercera y la cuarta entregas, todavía mayores, la última consistente en docenas de rosas de tallo largo, el palco entero quedó transformado, con Drew rodeada de flores, y hubo gran algazara y curiosidad en los palcos de alrededor y la gente se levantaba para ver lo que ocurría y la corriente de interés se extendió por las tribunas y empezó a acudir gente de todas partes para hacer preguntas y comentarios, había quien pensaba que era una estrella de cine y un joven le preguntó si debía pedirle un autógrafo, Drew tenía ahora más flores en torno suyo que el vencedor de una gran carrera, las tenía en sus brazos y estaba rodeada de ellas y, lo que era aún más importante, de gente que venía a ver qué era lo que causaba aquel revuelo. Algunos eran amigos suyos del ambiente de las carreras, y se sentaron con ella entre bromas y había una mujer que tenía con ella dos hijas, dos rubitas con el pelo cortado a tazón y con vestidos y lazos blancos, calcetines blancos y zapatos blancos de charol, encantadoras y tímidas, y Drew improvisó unos ramilletes para ellas, y apareció un fotógrafo del periódico local y tomó fotos con flash, iba todo tan bien, yo quería que las niñas se quedasen allí, le pregunté a la madre si les gustaría un helado y salí corriendo a comprarlo, y aprovechando la ocasión pedí en el bar del club un par de botellas de champán y varias copas, pasándoles mi fajo por las narices y dejando caer el nombre de Drew para que el barman no me pusiese pegas, y pronto estuvo ella recibiendo en su palco entre flores, y yo permanecí un poco retirado y pude ver que incluso algunos de los funcionarios del hipódromo a caballo miraban desde la pista hacia donde ella estaba, era como si estuviese presente la reina en su palco engalanado, con damitas de honor y la gente bebiendo a su salud.

De modo que la cosa no podía ir mejor, todavía quedaban por llegar las cajas de dulces del *chocolatier* del hotel, yo solo quería que no estuviese sola, tenía otras cosas en reserva si las necesitaba, seguí apartado y miré mi obra y era buena, lo único que tenía que conseguir era que continuase, hasta cuándo no lo sabía, otra carrera, quizá otras dos, me parecía poco probable que miembros de la profesión quisieran actuar en un hipódromo abarrotado, que quisieran añadir a la historia de un gran

hipódromo la anécdota de un asesinato inexplicable, y si empezaban por una visita al hotel verían de sobra que sus cosas no estaban empaquetadas, que no huía, pero ¿cómo podía yo estar seguro de nada si no lo sabía todo? Necesitaba un escudo móvil en torno a ella, algo así como la cascada de pelotas de un malabarista, o el aleteo de un millar de combas, o una mezcla de fuegos de artificio florales y vidas de inocentes niños ricos.

De modo que así estaban las cosas, y supongo que fue durante la quinta carrera, los caballos estaban en el tramo lejano y todos los gemelos levantados, y ¿cómo iba yo a saber que, entre tantos millares de personas, abajo, al sol junto a la barandilla, había unos gemelos vueltos hacia donde no debían, cómo puedes ignorar en el rayo desviado del instante que estás mirando por un túnel a los ojos de tu examinador, que a través del gran cisma de sol y sombra y por encima del aullido codicioso de las masas alguien te está estudiando a fondo? Me volví, bajé corriendo la escalera hasta el nivel de la pista y me abrí paso por delante de las jaulas de los cajeros, donde un número sorprendente de apostantes aguardaba escuchando el relato que por los altavoces un locutor hacía de la carrera, aunque solo tenían que dar unos pasos para verla por sí mismos. El suelo estaba cubierto en todas partes de una capa de boletos de apuestas desechados, y de haber sido yo unos años más joven probablemente hubiese andado por allí recogiénolos solo porque se parecían mucho a las cosas que se pueden encontrar en el suelo, pero los que estaban en cuclillas aquí y allá cogiendo los boletos y volviendo a tirarlos eran gente mayor, desgraciados patéticos en busca de ese acontecimiento místico que es el boleto ganador tirado por equivocación.

Fuera, frente a las tribunas, sentí inmediatamente el calor de la tarde, había una luz cegadora y por encima de los hombros de la gente que gritaba vi a un rebujón de caballos pasar como un trueno. La verdad es que se les oía también, se oían las pisadas y el silbar de los látigos. ¿Corrían los caballos para ganar o para escapar? Encontré a Irving y Mickey en la barandilla, donde eran para todo el mundo unos aficionados más, con chaquetas a cuadros y los estuches con gemelos al hombro, y en el caso de Mickey con la calva tapada por un sombrero de paja y los ojos enmascarados por las gafas de sol.

—Se apagó de mala manera en la recta —decía Irving—. Muchas patas y ni pizca de corazón. A un caballo veloz como ese no se le hace correr más de seis *furlongs*.

Rompió en dos varios boletos y los echó en una papelera cercana. Mickey paseaba sus prismáticos por las tribunas.

—Su palco está casi en la meta —dijo.

—Ya lo veo. Solo le falta una bandera con las barras y las estrellas —susurró Irving—. ¿Qué está pasando ahí arriba?

—Le hace muy feliz verla.

—¿A quién le hace feliz?

—Al señor Preston. Señor Harvey Preston, su marido.

Irving miró por sus gemelos.



—¿Qué aspecto tiene?

—Un tipo alto, más viejo.

—No lo veo. ¿Cómo va vestido?

—Déjame mirar un momento —dije, y toqué a Mickey en el hombro.

Me dio sus gemelos, y cuando los enfoqué la vi tan cerca y mirando con tal ansiedad hacia atrás que deseé gritarle que estaba allí, allí abajo, pero mi talismán seguía actuando, porque mientras ella miraba fijamente allí estaba realmente Harvey que bajaba por las escaleras haciéndole señas, y un momento después estaba en el palco abrazándola y ella a él, y se separaron para verse mejor y sonreían, y él dijo algo, y ella, que parecía realmente feliz de verlo, le respondió y después recorrieron ambos con la mirada todas aquellas flores mientras él sacudía la cabeza y alzaba los brazos, y ella se reía, y toda aquella gente daba vueltas alrededor de ellos y un hombre aplaudía, como celebrando el gesto.

—¿No es algo grande el amor? —dije—. El de la chaqueta de Madrás y el foulard de seda marrón.

—¿El qué?

—Así es como llaman a esos pañuelos que llevan en vez de corbata.

—Ya lo veo —dijo Irving—. Deberías habérselo dicho.

—¿Cómo iba a saberlo? Apareció a la hora de comer. Es la temporada que suelen pasar juntos aquí. ¡Cómo iba a saber que son prácticamente los dueños de esta maldita ciudad!

Minutos después el palco entero pareció alzarse, en una levitación de personas y flores, mientras Drew y Harvey iban hacia la salida. Él saludaba a la gente como un político y los acomodadores se desvivían por serle útiles. Yo no apartaba los ojos de Drew, cargada de flores; no sé por qué, pero parecía moverse entre la gente con tal cuidado que pensé en una embarazada, esa fue mi impresión a aquella distancia sin ayuda de los gemelos, una impresión borrosa. Cuando desaparecieron por el pasadizo fui con Irving y Mickey surcando el gentío del campo, otra vez bajo las tribunas y frente a las ventanillas de apuestas, y estuve en el lado más lejano del mostrador de un puesto de perritos calientes y vimos cómo bajaba el grupo por la escalera y Harvey tenía un coche esperando allí mismo, lo habían dejado entrar por las puertas por las que no debían pasar coches. Drew se volvió y estuvo de puntillas mirando alrededor, trataba de encontrarme, que era lo último que yo deseaba, pero Harvey la metió en el coche a toda prisa y subió detrás, le había dicho que nada de polis, pero allí estaba una pareja de policías estatales con pantalones de montar, la correa de la pistola en bandolera y sombreros de explorador de fieltro de un color verde oliva pardusco y con barboquejo, estaban de servicio sobre todo como adorno, para el caso de que llegase el gobernador o alguien parecido, pero eran corpulentos e incorruptibles, me refiero a que ¿qué podían darte a cambio, una carretera? La situación era ambigua; no me gustaba el ceño que veía en la cara de Irving, si pensaban que estaba asustada e iba a escapar nos veríamos los dos en un tremendo apuro.

—¿Qué es todo ese jaleo? —preguntó Irving.

—Cosas de los peces gordos —dije—. Esos tipos no tienen nada mejor que hacer.

Moviéndose rápidamente sin correr, Irving y Mickey salieron del parque por una puerta lateral y fueron hacia su coche. Insistieron en que los acompañase y no me sentí en condiciones de discutirlo. Cuando llegamos al Packard, abrí la puerta para subir atrás y me llevé una sorpresa al ver sentado allí al señor Berman. Seguía con sus mañas. No dije nada y él tampoco, pero entonces supe cuánto le importaba aquello.

—Apareció el marido —dijo Irving.

Mickey nos metió entre el tráfico, alcanzó el coche antes de una manzana y lo seguimos a una distancia discreta. Me quedé tan sorprendido como el que más cuando le vimos acelerar y salir de la ciudad rumbo al sur. Ni siquiera se habían parado a coger sus cosas en el hotel.

De repente se acabó Saratoga y estábamos en el campo. Seguimos tras ellos diez o quince minutos. Después, al mirar por la ventanilla, me di cuenta de que estábamos junto a un aeropuerto. Había aviones, monoplanos y biplanos, alineados, aparcados como coches. El chófer de Harvey se dirigió hacia allí y nosotros pasamos por delante de la entrada y nos detuvimos fuera de la carretera, bajo unos árboles, desde donde podíamos ver el hangar y la pista. Una manga de viento que había al final de esta colgaba flácida, exactamente como yo me sentía.

Se hizo un silencio terrible en el coche. El motor seguía en marcha, y me parecía sentir al señor Berman calculando las posibilidades. Los otros habían ido hasta un avión de un solo motor que tenía una puerta abierta bajo el ala. Alguien, desde dentro, les tendió los brazos para ayudarlos a subir. Drew se volvió una vez más para mirar atrás y se encontró de nuevo con Harvey como con un muro. Llevaba todavía flores en los brazos.

—Parece que la damita le ha hecho una mala jugada a alguien —dijo el señor Berman—. ¿No lo viste venir?

—Por supuesto —dije—. Como supe que Lulu iba a aplastarme la nariz.

—¿Qué estaría pensando?

—No está asustada, si es a eso a lo que se refiere. Esa gente viaja así. La verdad es que llevaba ya algún tiempo lista para irse.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo dijo ella?

—No con tantas palabras. Pero me daba cuenta.

—Eso es interesante. —Pensó un momento—. Si estuvieras en lo cierto, eso cambiaría las cosas. ¿Dijo algo sobre Dutch? ¿Estaba furiosa con él o algo así?

—No.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé. No la preocupa, es algo que le trae sin cuidado.

—¿Qué es lo que no la preocupa?

—Nada. Lo mismo que se dejó un coche recién estrenado en el hotel. Podemos cogerlo, le dará igual. No busca nada, ni está asustada como la mayoría de las chicas

que conocéis, o celosa o algo por el estilo. Hace lo que quiere, y cuando se aburre pasa a otra cosa. Eso es todo.

—¿Aburrida?

Dije que sí con la cabeza. El señor Berman carraspeó.

—No hace falta decir —nos recordó— que esta es una conversación de la que no debe volver a hablarse. —La puerta de la cabina se cerró—. ¿Y qué hay del marido? ¿Es alguien de quien podamos esperar que nos dé la lata?

—Es un blandengue —dije—. Y entretanto me he perdido la séptima carrera y no pude apostar por ese fijo que usted me dio. Era el cheque de mi paga, mi gran ocasión de hacer un pleno.

Del hangar salió un hombre que agarró con ambas manos un extremo de la hélice, la hizo girar y se apartó de un salto cuando arrancó el motor. Después se metió debajo de las alas, quitó los calzos a las ruedas y el avión se dirigió a la pista. Era un aparato plateado precioso. Se detuvo un momento batiendo los alerones y meneando el timón y empezó a rodar. Al cabo de un momento despegaba. Pudo verse lo ligero y frágil que era cuando se elevó estremecido al cielo. Dio una vuelta reluciendo al sol, se elevó siguiendo su nuevo rumbo y empezó a ser difícil verlo. Mientras lo observaba, sus contornos se movían como si se alejase nadando. Después sentí como si fuese una de esas cosas como hilos que le cruzan a uno por la pupila. Al fin desapareció en una nube, pero seguí teniendo la sensación de algo en los ojos.

—Habrán otras carreras —dijo el señor Berman.

## **CUARTA PARTE**

Apenas regresé me di cuenta de que el campo había dañado mis sentidos; no conseguía oler más que a carbonilla, me escocían los ojos y el estruendo era ensordecedor. Todo estaba caído y deshecho, las viviendas parecían gastadas por la historia, los solares vacíos eran un puro escombros, pero lo más grave, lo que fue para mí la señal más clara de mi lesión cerebral, era lo pequeña que parecía mi calle, lo miserablemente humilde y ahogada entre otras calles. Llegué con mi traje de hilo blanco arrugado, las puntas del cuello vueltas hacia arriba en medio del calor y el nudo de la corbata flojo. Había pensado que quería tener buen aspecto por mi madre, para que viese lo bien que me había ido durante el verano, y lo que ocurría es que estaba hecho polvo del largo viaje, aquel sábado en Nueva York hacía un día sofocante y me sentía débil y rendido, parecía que la maleta iba a arrancarme el brazo, pero por el modo en que la gente me miraba me di cuenta de que las cosas habían cambiado también en ese sentido, les parecía demasiado bueno, no era alguien que volvía a casa, sino un tipo completamente extraño, en el este del Bronx nadie usaba ropa como aquella, ni tenía una maleta de cuero con dos cinchas, todos me miraban, los chicos dejaban de jugar al *skelly* y al *box ball*, los adultos sentados a la puerta se olvidaban de lo que estaban hablando, y yo pasaba ante ellos, desfilaba con mi sentido del oído ahora también dañado y no captaba nada, como si aquel aire tan acre y sofocante me hubiese impregnado de silencio.

Pero todo lo olvidé apenas subí las oscuras escaleras. La puerta de nuestro apartamento no estaba cerrada del todo porque tenía la cerradura rota, primero de la serie de cambios infinitesimales que en dirección descendente había experimentado el universo mientras yo estaba fuera, y cuando la empujé se abrió de par en par a un deprimente piso de techo bajo, a la vez familiar y de una locura arbitraria, con suelos de linóleo torcidos y muebles con el relleno colgando, una planta muerta en la salida de incendios y en la cocina toda una pared y el techo ennegrecidos, donde las luminarias de mi madre debían de haberse excedido. La mesa de la cocina donde solían arder los vasos no estaba funcionando, y se veía el tablero cubierto de espiras, gotas y charcos de cera blanca endurecida, con pequeños cráteres y pozos oscuros que me recordaron la maqueta de la Luna de un planetario. No había señales de mi madre aunque seguía viviendo allí, como pude ver porque allí estaban su tarro con las largas horquillas enjoyadas, su foto de joven junto a la de mi padre que tenía el cuerpo tachado con una X a lápiz y la cara cuidadosamente recortada, su escasa ropa, colgada en el interior de la puerta del armario del dormitorio, y arriba, en el estante, la sombrerera que le había enviado desde Onondaga, con el sombrero todavía dentro y envuelto en papel de seda, tal como había venido de la tienda. En la nevera había

huevos, medio pan de centeno viejo en una bolsa de papel y una botella de leche con la del cuello ya cuajada.

Di una luz, me senté en el suelo en medio de aquellos dominios de una mujer perdida y su perdido hijo, fui sacando de mis bolsillos los billetes doblados que constituían nuestra riqueza, los estiré, los coloqué por valores y los fui poniendo en un montón, aplastándolos por los cuatro lados con las palmas tiesas; había vuelto del campo con algo más de seiscientos cincuenta dólares, los restos de mi cuenta de gastos en Saratoga que el señor Berman me dijo que podía quedarme. Era una cantidad enorme pero no suficiente, nada bastaba para pagar mi cuenta con aquella bendita vida de rectitud, fe y baños en el fregadero de la cocina. Metí el dinero en mi bolsa y la bolsa en el armario, encontré unos bombachos viejos rotos por las rodillas, una camiseta acanalada y mis viejas zapatillas de lona Nat Holman con las suelas gastadas, me los puse y me sentí algo mejor, me senté en la salida de incendios, fumé un cigarrillo y empecé a recordar quién era, de quién era hijo, aunque la perspectiva, al otro lado de la calle, del hogar infantil Max y Dora Diamond, de ladrillo y piedra caliza, se presentó antes a mis ojos que a mi cabeza, sujeté el cigarrillo en la comisura de la boca, salté al costado de la salida de incendios, bajé mano tras mano por la escalera, quedé colgando y me dejé caer los más de dos metros que faltaban hasta la acera para darme cuenta al aterrizar de que ya no era el fantasma volador lleno de gracia que había sido, lo noté en las rodillas y en los huesecillos de los pies, había comido bien en el campo y quizá había engordado un poco, miré a un lado y a otro para ver quién estaba observándome, crucé la calle todo lo despacio que convenía para disimular el barrunto de cojera y bajé al sótano del hogar infantil Diamond, donde mi amigo Arnold Garbage, el que me había vendido la Automatic, estaba sentado en su reino de cenizas donde iba recogiendo cuanto descendía hasta nosotros desde el empíreo de la utilidad.

Ah, mi impasible amigo, «¿Dónde andabas?», dijo, como si su mudez de tantos años no hubiera sido más que un malentendido por mi parte, el muy charlatán, y también él había crecido, iba a ser un gordo gigantesco, como Julie Martin, se puso de pie para saludarme y le cayeron de encima unos cuantos cacharros al suelo de cemento del sótano y allí siguió tan tieso, aquel genio glandular, y sonreía.

De modo que eso estuvo bien, volver al sótano, y estar sentado por allí fumando y contando mentiras a Arnold Garbage mientras él examinaba un misterioso e inidentificable chisme inorgánico tras otro para decidir en qué recipiente echarlo, y sobre nuestras cabezas las pisadas de los huérfanos de la Diamond que jugaban ponían en vibración los cimientos y me hacían pensar en los dulces esfuerzos gorjeantes de los niños como en el borboteo del agua al brotar de la tierra. Me preguntaba en serio si debería volver a la escuela, estaría en décimo grado, el número favorito del señor Berman, que contenía el uno y el cero y era más útil que ningún otro para expresar cualquier número, fue solo un pensamiento pasajero, el tipo de idea que te asalta cuando estás sin fuerzas y muy afectado por algo.

Pero cuando subí a mirar en el viejo gimnasio por si veía a algún otro conocido, una pequeña acróbata morena, por ejemplo, causó consternación, se rompió el ritmo de los juegos y cayó sobre los que jugaban el mismo silencio que cuando llegué a casa con mi maleta, los niños, que ahora me parecían horriblemente jóvenes, se me quedaron mirando fijamente entre la repentina quietud gimnástica, un balón de voleibol rodó por el brillante suelo de madera y un tipo a quien no reconocí y que llevaba al cuello un silbato se me acercó y me dijo que aquello no era un lugar público y que no se permitían visitas.

Fue el primer boletín con la noticia de que los supuestos de que yo partía habían caducado, de que no podía reinsertarme, como si hubiera dos clases de viajes, y mientras yo recorría el interior por carreteras de montaña, la gente de mi calle hubiera estado avanzando por el tiempo celular de su ser. Descubrí que Becky se había ido, la había adoptado una familia de New Jersey, me lo dijo una de las chicas de su piso, que qué suerte tenía Becky, ahora con una habitación para ella sola, y después me dijo que me marchase, que no debía entrar en el piso de las chicas, que eso no estaba bien, y me fui a la terraza donde antes de saber que la amaba había pagado a aquella querida chiquita por sus polvos, y allí estaba el super pintando rayas verdes para hacer una pista de tejo, y se incorporó y se pasó por la cara el dorso de la mano que sostenía la brocha porque le picaba el sudor, y me dijo que yo era una basura callejera y que iba a darme el tiempo que tardase en contar hasta tres para que abandonase el edificio y si volvía a verme por allí me iba a zurrar la badana y después a llamar a los polis para que pudiesen zurrarme también ellos.

Bueno, todo esto fue, como puede imaginarse, una vuelta a casa de lo más interesante, pero lo que en realidad me irritó fue lo vulnerable que yo era, y lo estúpido, por esperar algo, no sabía qué, de aquel barrio que debía haber perdido de vista hacía ya mucho tiempo. Durante los días siguientes me di cuenta de que donde había estado y lo que había hecho la gente lo sabía no con detalle sino como mejor convenía a su idea mítica de las bandas. Mi fama había crecido. En la confitería de la esquina donde compraba los periódicos mañana y tarde, en las tertulias del caliente anochecer y a lo largo de todo el camino hasta Bathgate, me conocían de vista, y el saber quién era y lo que hacía era lo que encendía aquel halo en torno mío mientras caminaba, comprendí que me consideraban *uno de los suyos*, y eso era una especie de infamia. Conocía bien esos sentimientos de barrio, siempre había alguien como yo de quien saber por los otros chicos, a quien oír mencionar solo después de que había vuelto la esquina, a quien temer, de quien te decían que te apartases. Dadas las circunstancias, era pretencioso por mi parte vestir mis viejos harapos de malabarista, tendría que volver a ponerme el guardarropa de mis éxitos. Además, no quería desilusionar a nadie. Una vez que estás en las bandas ya no puedes salirte, me lo había dicho el señor Schultz, y no en tono de amenaza sino de lástima de sí mismo, de modo que pensé que como perspectiva era de lo más sospechoso. Pero no ahora, ahora ya no.

Por supuesto, estoy resumiendo las tristes conclusiones a que llegué al cabo de unos cuantos días. Al principio solo hubo desconcierto, lo peor fue mi madre, a la que no vi hasta unas horas después de mi llegada, venía por la calle empujando su cochecito de mimbre para bebés y supe inmediatamente, incluso desde lejos, que su encantador aturdimiento había ido por mal camino. Llevaba el pelo canoso sin peinar y flotando y cuanto más se acercaba más terriblemente seguro estuve de que a menos que me plantase frente a ella y le hablase pasaría por mi lado sin mirarme siquiera. Incluso eso fue aventurado, la primera emoción que noté en su cara fue la rabia porque el carrito había encontrado un obstáculo, después sus ojos se alzaron y por un momento me sentí como desenfocado en su mente, que me veía y sabía justo lo suficiente para pensar que era importante encontrarme algún sentido y solo después, tras una insoportable parada de los latidos de mi corazón, volví a vivir reconocido por la impresionante, la loca Mary Behan.

—¿Eres tú, Billy?

—Sí, mamá.

—Ya es mayor —dijo a alguien que al parecer estaba escuchando. Ahora me contemplaba con tal intensidad que tuve que acercarme a ella para salir de aquella mirada feroz, la abracé y la besé en la mejilla, no estaba fresca y limpia como la había conocido siempre, sino que llevaba consigo el acre olor a carbonilla de la calle. En el cochecito vi hojas de lechuga ya parduscas cuidadosamente alisadas y extendidas como si fuesen hojas de nenúfar, y mazorcas de maíz, y pepitas de melón unidas todavía a la mucosa membrana interior. No quise saber lo que se imaginaba que llevaba allí. No sonreía, ni era alguien a quien se pudiera consolar.

Ah, mamá, mamá, pero una vez el carrito en casa lo volcó, echó los despojos sobre un periódico, lo enrolló en forma de bolsa y lo echó en el cubo de la basura de la cocina, en espera como siempre a que el encargado diera la señal de ponerlo en el montacargas. Eso me resultó tranquilizador. Pronto me daría cuenta de que entraba y salía de su estado como si sufriese sus propios y pasajeros cambios de tiempo, y cada vez que despejaba yo decidía que en adelante iba a estar bien, que el problema había pasado. Después volvían los nubarrones. El domingo le enseñé el dinero que tenía, lo que pareció complacerla, y después salí y volví con todo lo necesario para un buen desayuno y lo cocinó como solía, recordando cuánto nos gustaban los huevos fritos, y se había bañado, vestido y peinado con el pelo recogido, de modo que pudimos dar un paseo hasta la avenida Claremont, subir las empinadas escaleras que llevan al parque, sentarnos allí debajo de un gran árbol y leer el periódico. Pero no me preguntó nada del verano, ni dónde había estado ni lo que había hecho, no por falta de curiosidad, sino con un silencio de enterada, como si lo hubiera oído todo, como si no pudiese decirle nada que no supiese ya.

Para entonces me sentía ya terriblemente culpable de haberla descuidado, parecía disfrutar tanto estando fuera de su vecindad más inmediata, sentada en la paz verde del parque, y la posibilidad de que mis actos la hubieran afectado, de que la hubieran



hecho sentirse una extraña, como me sentía yo, que nos hubieran tomado por mala gente, y a ella por una loca que, naturalmente, había criado un mal chico, fue suficiente para que me entrasen ganas de llorar.

—Mamá —le dije—, tenemos dinero de sobra para mudarnos. ¿Qué te parecería un nuevo apartamento en algún sitio por aquí, cerca del parque? Tal vez podríamos encontrar una casa con ascensor y podríamos ver el parque desde las ventanas. Mira, como aquellas de allí.

Miró hacia donde le señalaba y después sacudió la cabeza negando repetidamente, y se quedó sentada contemplándose las manos cruzadas sobre el libro de bolsillo que tenía en el regazo, y volvió a sacudir la cabeza como si tuviese que volver a pensar la pregunta y volver a responder porque surgiera una y otra vez no queriendo darse por contestada.

Yo estaba muy triste, insistí en que almorzásemos fuera, estaba dispuesto a hacer lo que fuese, a llevarla al cine, la idea de volver a nuestra calle me resultaba insoportable, me encontraba tan perdido que solo podía pensar en vivir en sitios concurridos, donde siempre ocurriese algo, donde pudiese reanimar a mi madre, hacerla sonreír, hacerla hablar, hacer que volviera a ser mi madre. A la salida del parque paré un taxi e hice que nos llevase hasta Fordham Road, al mismo Schrafft's donde habíamos tomado el té aquel día en que vino conmigo a comprarme ropa. Tuvimos que esperar a que quedase una mesa libre, pero cuando nos sentamos vi que le gustaba estar otra vez allí, y que lo recordaba y disfrutaba con sus pretensiones de exquisitez, su sugerencia de lo dignas que hacía a las personas ser clientes suyos, aunque ahora por supuesto me pareció un sitio aburrido, con comida demasiado insípida servida en porciones ridículas, y pensé para mí riéndome en las comilonas con la banda en el hotel Onondaga y en el aspecto que tendrían todos si estuviesen ahora comiendo allí en el Schrafft's con los beatos de East Fordham Road, la cara que pondría Lulu Rosenkrantz cuando la camarera le sirviese el diminuto sandwich de pepino y mantequilla con la corteza quitada y el vaso de té helado con tan poco hielo. Después cometí la equivocación de pensar en mi cena en el club Brook con Drew Preston y en cómo estaba ella al otro lado de la mesa apoyada en el codo y bebiéndome con la mirada mientras me sonreía con cara soñadora, y sentí que se me calentaban las orejas y levanté la vista y allí estaba mi madre sonriéndome exactamente igual, con un parecido aterrador, de modo que por un instante no supe dónde estaba, ni con quién, y me pareció que Drew y mi madre se conocían, por una especie de superposición que las convertía en viejas amigas, y que sus bocas tan llenas coincidían y los ojos de una pasaban como anillos por los de la otra, y que sobre mí había caído la maldición de un amor indiferenciado que las hacía inseparables. Ocurrió todo en un instante, pero no recuerdo haber recibido nunca de mí mismo una información tan catastrófica, ya había cambiado de todo, de piel y de cerebro, en mí se había transformado y fortalecido todo una y otra vez, todo menos el corazón. Me sentí de pronto rabioso, contra qué o contra quién, no lo sabía, contra

Dios por no funcionar tan rápida y expertamente como yo quería, contra la comida que había en mi plato, estaba fastidiado por mi madre, odiaba la existencia patética en que se había encerrado, no era justo verse arrastrado otra vez al aburrimiento sin esperanza de la vida de familia, que te bajasen los humos de ese modo después de lo que me había costado ser fiel a mis designios criminales, lo estaba consiguiendo, ¿es que no se daban cuenta? Más le valía no tratar de detenerme. Que alguien tratase de hacerlo.

Pero ya se sabe, viene la camarera, dice ¿nada más?, y tú pides la cuenta y la pagas.

Aquella primera mañana del lunes después de mi vuelta, mi madre salió a su trabajo en la lavandería como de costumbre, lo que me hizo pensar que tenía su locura controlada, es decir, que no era tal locura sino una versión pasajera de la confusión en que había vivido siempre. Después miré por casualidad en el cochecito de mimbre y vi allí colocados como en un nido las cáscaras de los huevos de nuestro desayuno del domingo. Así, por vez primera pero no la última, pasé de la confianza a la desesperación en un segundo. Me preguntaba, como iba a hacer una y otra vez dentro de todo un ciclo de irresolución, si debía dejar de engañarme a mí mismo y enfrentarme con la verdad de que había que hacer algo, que sería mejor llevarla a un médico, que la vieses y la trataras antes de que se pusiera tan mal que hubiese que meterla en un manicomio. No sabía bien qué hacer ni a quién consultar, pero creía saber que el señor Schultz tenía una madre vieja y viuda a su cuidado, tal vez él pudiera ayudarme, a lo mejor la banda tenía incluso sus médicos como tenía sus abogados. Y en todo caso, ¿a quién más podía recurrir? Aquel ya no era mi sitio, no tenía ya nada que ver ni con los huérfanos ni con la gente del barrio, solo me quedaba la banda, cualesquiera que fuesen mis intenciones últimas y mis pasajeras deslealtades, era suyo y ellos míos. Fueran cuales fuesen mis deseos —abandonar a mi madre o salvarla—, convergían todos en el señor Schultz.

Pero no tenía noticias de él, ni de ellos, solo sabía lo que leía en la prensa. Ahora no salía más que a comprar los periódicos o mis paquetes de Wings, leía cuantos caían en mis manos, los compraba todos, la cosa empezaba cuando al oscurecer iba hasta el quiosco que había bajo el elevado de la Tercera Avenida y compraba las primeras ediciones de los periódicos de la mañana siguiente, y después, por la mañana, a la confitería de la esquina por las últimas ediciones, y a mediodía volvía al quiosco por las primeras de los periódicos de la noche, y por la noche a la esquina por las últimas. Los alegatos del gobierno me parecían irrefutables. Tenían pruebas escritas, declaraban contables del Internal Revenue Bureau que explicaban la ley del impuesto sobre la renta, parecía que habían echado el resto. Yo estaba muy nervioso. Cuando el señor Schultz subió al estrado me pareció poco convincente. Explicó que su abogado le había aconsejado mal, que había cometido un error, y que cuando otro

letrado se lo explicó, él, el señor Schultz, había procurado pagar hasta el último penique que debía como buen ciudadano y patriota, pero que al gobierno no le había bastado con esto y decidió acusarlo. La verdad es que yo no creía que ni siquiera un campesino se tragase una excusa tan floja.

Mientras esperaba noticias, trataba de ver el lado bueno de los dos veredictos posibles, a fin de prepararme para lo que ocurriese. Si el señor Schultz iba a la cárcel nos veríamos todos a salvo de él durante el tiempo en que estuviese lejos. Eso era un bien innegable. ¡Ah, solo el pensar en verse libre de él! Pero al mismo tiempo mi fe en el trabajo silencioso del mecanismo de relojería que era mi destino quedaría hecha añicos. Si algo tan ordinario y mundanal como la justicia del gobierno podía torcer mi vida era que no existían mis secretas y bien engarzadas conexiones con la verdadera justicia propia de un universo santificado. Si los crímenes del señor Schultz eran solo delitos terrenales que se satisfacían con castigos terrenales, era que en el mundo no había más que lo que yo veía, y los poderes invisibles de los que tan convencido estaba eran simplemente un invento de mi imaginación. Insoportable. Pero si lo absolvían, si lo absolvían me vería de nuevo lanzado a mi arriesgado destino y teniendo que confiar, con mi fe pura y vacilante de muchacho, en que lograría llegar hasta la justa conclusión de los peligros que había elegido. ¿Qué era, pues, preferible? ¿Qué veredicto, qué futuro?

Mientras me decidía por una respuesta, miraba todas las mañanas en la última página del *Times* las salidas de los buques de pasajeros; solo quería saber cuáles eran, adónde iban y que había montones para elegir. Confiaba en que Harvey Preston hubiese resuelto las cosas, estaba empezando a gustarme aquel hombre, lo había conseguido en Saratoga y no veía por qué no iba a conseguirlo ahora. Imaginaba a Drew apoyada en la barandilla, contemplando el mar plateado por la luna y pensando en mí. La imaginaba en pantalón corto y blusa sin espalda jugando al tejo al sol en la cubierta trasera como jugaban los chicos en la azotea del hogar para huérfanos. Si me había equivocado, si el señor Berman, Irving y Mickey solo habían ido a Saratoga para volver con ella o para hablarle de parte del señor Schultz, bueno, qué más daba; después de todo, ¿qué se había perdido, aparte de Drew para mí, de mi Drew para mí?

En los periódicos de la noche del miércoles los abogados presentaban sus conclusiones, el jueves el juez daba instrucciones al jurado, el jueves por la noche el jurado seguía reunido, y cuando a última hora fui a la Tercera Avenida el señor Schultz era ya titular en las ediciones especiales que habían lanzado tanto el periódico de la noche como el de la mañana: inocente de todos los cargos.

Grité, aplaudí, salté y bailé en torno al quiosco mientras sobre mi cabeza rugía un tren. Al verme, nadie podría sospechar que yo creía que aquel era el hombre que hacía solo una semana había estado intentando matarme. Allí lo tenía, en primera plana, sonriendo a la cámara en el *Mirror*, besando su rosario en el *American* y abrazando la cabeza de Dixie Davis y plantándole un gran beso en la coronilla en el *Evening Post*. El *News* y el *Telegram* lo mostraban con el brazo por encima del

hombro del presidente del jurado, un hombre en mono. Y todos traían lo que había dicho el juez al oír el veredicto: «Señoras y señores, en todos mis años en el estrado nunca había presenciado un desdén por la verdad y por las pruebas como el que ustedes han demostrado hoy. Que después de oír la meticulosa acusación presentada por el gobierno de Estados Unidos puedan encontrar al acusado inocente de todos los cargos hace que se tambalee de tal modo mi fe en el proceso judicial que no puedo por menos de preguntarme por el futuro de esta república. Pueden irse, y el tribunal no les agradece sus servicios. Son ustedes una desgracia».

Mi madre cortó la primera página del *Mirror*, con la cara sonriente del señor Schultz, la dobló de modo que solo se viese la foto, la puso en el cochecito y la tapó hasta la barbilla con una manta raída.

Ahora contaré la fiesta que tuvo lugar durante tres noches y dos días en el burdel de la esquina de la Setenta Oeste con la calle Sexta, entre las avenidas Columbus y Amsterdam. No es que yo supiese en ningún momento cuándo era de noche y cuándo de día, ya que todas las ventanas tenían corridas las cortinas de terciopelo rojo, las luces de las lámparas con pantalla de borlas y de las arañas de cristal tallado estaban siempre dadas y la hora concreta no era algo que importase mucho al cabo de un rato. Era una de esas casas de piedra de color pardo, y una de las escenas que recuerdo es la de aquella puta temblorosa y ligeramente entrada en años mirando hacia atrás y haciendo un mohín mientras corría escaleras arriba chillando con miedo fingido porque la perseguía un matón, pero lo que ocurrió fue que por alcanzarla el tipo se cayó de bruces y bajó resbalando por la escalera con los pies por delante y los brazos estirados. La mayoría de las mujeres eran jóvenes, guapas y esbeltas, y algunas se cansaron y se fueron y las reemplazaron otras. Había también un montón de hombres a quienes no conocía. Se suponía que aquello era solo para los miembros más destacados de la banda, pero se había corrido la voz y las caras sin afeitar cambiaban continuamente, y a la segunda noche, o día, había incluso un poli en camiseta, pantalones azules y tirantes y con una puta con su gorra galoneada en la nuca besándole los pies descalzos, dedo a dedo. Las mujeres reían entre pellizcos y cosquillas de hombres temibles, pero no demostraban el menor miedo, y de hecho se iban con ellos escaleras arriba, con la misma falta de temor de Drew a dejarse penetrar por un asesino. Yo estaba asombrado de esa transformación del valor del sentimiento en números; en un rincón de una habitación vi la cara entre sonriente y maliciosa del señor Berman por entre el humo del cigarrillo, y en el gran salón de abajo tres o cuatro mujeres estaban colgadas del señor Schultz en los brazos del sillón y en sus rodillas, mordisqueándole las orejas e invitándolo a bailar, mientras él se reía y las acariciaba, las pellizcaba y las toqueteaba, había una profusión de carne y no me parecía que aquello estuviese organizado pensando en cada persona, sino que era un revoltijo, con rebaños de pechos, constelaciones de pezones, vientres y traseros

cornucópicos y marañas de largas piernas. El señor Schultz me vio mirando y designó a una mujer para llevarme a la cama; la elegida se desenmarañó de mala gana y me condujo escaleras arriba, lo que les hizo una gracia loca a mis colegas, que convirtieron la ocasión en algo tan desagradable para mí como para la mujer, que bufaba de rabia al pensar que la hacían de menos mi edad y mi poca importancia. Apenas pudimos esperar a terminar, la fiesta no era aquello, estaba en otra parte, y me resultó asombroso ver con qué impaciencia y cuánto desdén podía despacharse un refocilo sexual carente de erotismo. Después me bebí un auténtico Manhattan, que al menos estaba dulce y tenía una guinda crujiente en el fondo.

La *madame* que dirigía aquello permanecía en la cocina, al fondo de la planta baja; era una mujer muy nerviosa con la que me senté y estuve charlando un rato; me daba pena, porque el señor Schultz, estando borracho, le había atizado por alguna ofensa imaginaria y le había puesto un ojo morado. Después le había pedido perdón y le había dado otro billete de cien dólares. Era una mujer menuda a la que él llamaba Mugsy, tal vez porque se parecía mucho a la perrita pekinesa que dormitaba en su regazo. Tenía una carita chata, ojos de botón, un pelo rojo muy rizado pero muy fino y un cuerpo pequeño y delgado enfundado en un vestido negro y unas medias algo caídas en las rodillas. Su voz era grave, como la de un hombre. Hablé con ella mientras se sujetaba una loncha de carne cruda sobre el ojo. En el horno estaban las pistolas que los que iban llegando tenían que entregar. Creo que no salía de la cocina porque no quería que entrase alguien, cogiera un arma y empezase a pegar tiros por la casa, aunque no sé lo que aquella frágil damita podría haber hecho para evitarlo. Tenía doncellas negras que mantenían aquello en marcha cambiando sábanas, vaciando ceniceros y recogiendo botellas vacías, y también recaderos de color que entraban por la puerta trasera con cajas de soda y tónica, cerveza y licor, cartones de cigarrillos y comidas calientes en recipientes de metal y desayunos también calientes en cajas de cartón de los restaurantes cercanos. Estaba en tensión pero tenía las cosas muy bien organizadas, lo había planeado bien y desplegado todas sus tropas y solo necesitaba oír de vez en cuando informes sobre la marcha de la batalla. Hice malabarismos con unos cuantos huevos duros, y estaba tan segura de que se iban a ir al suelo que se echó a reír encantada cuando vio que no era así, le caí bien, quería saberlo todo sobre mí, cómo me llamaba, dónde vivía y cómo había llegado un chico tan simpático como yo a aquella profesión tan sórdida, lo que también le hizo mucha gracia. Me pellizcó la mejilla y me ofreció bombones de una caja metálica con pinturas muy raras que tenía siempre al lado; había escenas de hombres con pantalones por la rodilla y pelucas blancas haciendo reverencias a damas con grandes faldas acampanadas.

Pero la tal *madame* Mugsy entendió mi inclinación a quedarme en la cocina como lo que era, y con gran delicadeza y tacto me sugirió que tenía para mí algo especial, eso tan deseable que es una chica tierna, con lo que se refería a una muy joven y casi nueva en el oficio, e hizo una llamada y antes de una hora yo estaba arriba, en un

tranquilo y pequeño dormitorio del último piso, con la que era realmente una chica joven, de pelo claro, cara redonda, talle alto y un tanto huidiza y elástica al tacto, que estuvo conmigo toda la noche, o las horas tranquilas que hacían de noche, y que por fortuna necesitaba por su juventud tanto sueño como yo por la mía.

Me sentía demasiado cohibido, inseguro y triste para disfrutar realmente de una fiesta así. Allá en el Bronx, mientras esperaba a que terminase el juicio, tenía ansias de volver a conectar con la banda, sentía cariño por todos ellos, había una especie de firmeza en su conducta que me hacía sentirme agradecido a su existencia, pero ahora que había vuelto a reunirme con ellos la otra cara de esa gratitud era la culpabilidad, contemplaba las caras del señor Schultz y los demás para ver cómo me iba con ellos, y, en una sonrisa de dientes de oro, tan pronto leía la exoneración como el castigo.

Después, creo que fue a lo largo de la segunda noche, me di cuenta de que no era yo el único que se hallaba en un estado no precisamente de éxtasis. El señor Berman se había atrincherado en el salón y estaba allí sentado leyendo el periódico, fumando y tomando sorbitos de brandy. Salía mucho para usar los teléfonos públicos, y mientras Lulu seguía ejercitando su natural grosero con una selección de damas, ninguna de las cuales dejó de quejarse a la dirección, Irving se ausentaba rara vez, y solo dio rienda suelta a la alegría propia de la ocasión quitándose la chaqueta, aflojándose la corbata, remangándose y haciendo de barman con cuantos gorriones del oficio se acercaban por allí. Acabé por darme cuenta de que los principales lugartenientes del señor Schultz estaban esperando, era lo único que hacían y que al segundo día aquello no era ya una reunión de hombres que celebraban haber salvado juntos un mal trance, sino una especie de comunicado a la profesión, un aviso de que *el Holandés* había vuelto, y la auténtica diversión, el júbilo y el alivio de la victoria habían dado paso a la alegría hueca de un acto de relaciones públicas.

Incluso el señor Schultz buscaba ahora lugares en la casa para los más tranquilos placeres de la reflexión, y al pasar por casualidad frente a uno de los cuartos de baño lo vi dentro de una bañera jabonosa y caliente fumándose un cigarro en medio de aquel aire lleno de vapor y disfrutando de un lavado de espalda a cargo de la *madame*, Mugsy, que sentada en un taburete junto a la bañera hablaba y bromeaba con él como si no la hubiese sacudido el día anterior.

Alzó los ojos y me vio.

—Entra, muchacho, no seas tímido —dijo. Me senté en la tapa del retrete—. Aquí, Mugsy, es mi *pro-to-jé*, Billy. ¿No os conocéis todavía? —Le dije que sí—. ¿Sabes quién es Mugsy, chico? ¿Sabes desde cuándo nos conocemos? Te lo diré. Cuando Vincent Coll alborotaba persiguiéndome por todo el Bronx, buscándome enloquecido, ¿dónde crees que estaba yo mientras tanto?

—¿Aquí?

—Solo que entonces tenía la casa de Riverside Drive —dijo la *madame*.

—Coll era tan estúpido —continuó el señor Schultz— que no sabía nada de las mejores cosas de la vida, no había visto una casa de putas de categoría, y mientras él

andaba por ahí disparando contra todo lo que se movía, asustando gente por bares, tabernas y clubs, el muy imbécil, yo estaba tan tranquilo en casa de mi Mugsy pasándolo bien y esperando el momento oportuno. Sentado en la bañera mientras me fregaban la espalda.

—Así es —dijo la mujer.

—Mugsy es tan honrada como la que más.

—Y más me vale.

—Tráeme una cerveza, ¿quieres, muñeca? —dijo el señor Schultz repantigándose en la bañera.

—Volveré —dijo ella, y se secó las manos con una toalla y salió, cerrando la puerta.

—¿Lo estás pasando bien, muchacho?

—Sí, señor.

—Es importante que saques de tus pulmones el aire limpio del campo —dijo, enseñando los dientes al sonreír. Cerró los ojos—. También que vuelvas a tener el corazón en los cojones, donde debe estar, donde más seguro está. ¿Dijo algo?

—¿Quién?

—Quién, quién...

—¿La señora Preston?

—Creo que así se llamaba la dama.

—Bueno, me dijo que usted le gustaba.

—¿Eso dijo?

—Que usted tenía clase.

—¿Sí? Viniendo de ella... —Se dibujó en su cara una sonrisa complacida. Seguía con los ojos cerrados—. En un mundo mejor... Si este fuese un mundo mejor... —Hizo una pausa—. Me gusta lo de las mujeres, que uno puede cogerlas como conchas en la playa, están por todas partes, pequeñas de color rosa y esas otras con espiras en las que se oye el mar. Lo malo es... —Sacudió la cabeza.

El agua humeante y los azulejos le cambiaban la voz, de modo que incluso cuando hablaba bajo sonaba a hueco como si estuviésemos en una caverna. Ahora miraba al techo.

—Creo que solo nos enamoramos de una; quiero decir que la única época en que es posible es siendo un chaval, como tú, cuando no sabes que el mundo es una casa de putas. Se te mete la idea en la cabeza y ya está, y durante el resto de tu vida estás chalado por ella y cada vez que te vuelves piensas que es aquella que pasa y que sonríe como ella. A esa primera la tenemos cuando todavía somos unos estúpidos y no sabemos nada. Y nos largamos, y se convierte en la única que buscamos durante el resto de nuestra vida, ¿comprendes?

—Sí.

—Diablos, era una chica respetable, Drew. No una vulgar jodona, en absoluto; no tenía un solo detalle barato. Con aquella boca tan preciosa... —Dio una chupada al

cigarro—. Pero ¿sabes lo que es un «noviazgo de verano»? Es triste decir que no fue más que eso. Los dos tenemos nuestras vidas y teníamos que volver a ellas. —Me miró para leer una respuesta en mi cara—. Yo tengo un negocio del que ocuparme, y he sobrevivido gracias a que nunca lo descuido.

Se enderezó hasta quedar sentado en la bañera, con burbujas de agua jabonosa prendidas en los negros pelos de los hombros y el pecho.

—Cuando pienso a quiénes he sobrevivido, con lo que he tenido que enfrentarme... Y todos los días de la semana. Esos ladrones, esas ratas... Todo lo que levantas, todo aquello por lo que trabajas, tratan de quitártelo. Big Julie, mi querido Bo, mi queridísimo Bo, y lo mismo Coll, de quien ya te he hablado. ¿Sabes lo que vale la lealtad? ¿Sabes lo que vale un hombre leal en estos tiempos? Su peso en oro. Fui bueno con Vincent Coll y él va y se larga habiéndole pagado yo la fianza. ¿Sabías eso? Nunca soy yo quien empieza esas cosas. Yo solo soy ese buenazo a quien la gente cree que puede pisar. Y antes de haberme dado cuenta me veo en guerra con ese loco y teniendo que esconderme en una casa de putas. Si te digo la verdad, eso me sentó muy mal, no es de hombres. Pero tenía que esperar mi ocasión. Un día, en medio de todo aquello, encuentran a Vincent y lo detienen, pasa a detención temporal por no sé qué, y pienso que esa es mi oportunidad, de modo que lo acechamos a la salida, pero sabe que estamos allí y hace que vaya a esperarlo su hermana y sale con el niño de ella en brazos. ¿Te das cuenta? Nos echamos atrás, no somos bárbaros, nos la ha pegado y nos largamos, ya habrá otro día. Solo para que veas. Pero el tal Mick<sup>[3]</sup> no juega con reglas civilizadas, y antes de una semana aparece por la esquina de la avenida Bathgate buscándome con las ventanillas bajadas cuando da la casualidad de que estoy en el barrio para visitar a mi anciana madre y llevarle unas flores. Cuando voy a ver a mamá lo hago solo, tal vez sea estúpido, quiero decir que sé que lo es, pero ella lleva otra clase de vida y no quiero ofenderla, de modo que estoy solo con un bonito ramo de flores que acabo de comprar en medio de esa calle llena de gente, saludando al pasar a este o aquel conocido, y tengo ese sexto sentido, ¿sabes?, o tal vez veo algo en los ojos de alguien que viene hacia mí, que me mira al pasar por mi lado. Me tiro detrás de un puesto de fruta, vuelan las postas y las naranjas saltan por el aire y los melocotones y los melones revientan como cráneos y salpican, y yo allí tumbado debajo de los cajones de pomelos, ciruelas y peras que se derrumban y sueltan zumo por todas partes, de modo que pienso que me han dado, noto algo húmedo, tendría gracia, estoy allí tumbado con todo ese jugo de fruta chorreando sobre mí y oyendo chillar a las mujeres y a los niños, es una calle de lo más familiar, ya sabes, llena de carros de vendedores y de gente pregonando, y cuando ya no oigo el coche me levanto y veo por encima del puesto a la gente corriendo y la madre gritando en italiano y hay un cochecito de niño volcado con la criatura fuera y el camisón de la criatura empapado de sangre y sangre por todo su gorro, esos cabrones han matado al niño en su coche, Dios nos ayude a todos. Y después alguien empieza a señalarme y a maldecirme, ¿te das cuenta?, como si fuera yo quien había matado al



niño. ¡Y tengo que echar a correr con la gente detrás gritando! Bueno, cuando ocurrió eso supe que iba a matar a Vincent Coll aunque fuera la última cosa que hiciese; sentía que era un compromiso de honor, hice una promesa sagrada. Pero la prensa me cuelga el mochuelo a mí, al Holandés, porque estoy en guerra con ese maníaco, eso es lo gracioso del caso, estoy pagando las culpas de Vincent Coll, como si no hubiera prevenido a todos, como si no hubiese tratado de decir a todos que tuvieran cuidado con él, me echan la culpa por ser el blanco que él ha fallado, por no haber muerto en lugar de aquel pobre niño, cuando la realidad es que fue Mick quien hizo las cosas mal desde el principio, cuando se saltó la fianza de diez de los grandes que yo había pagado por él, ¡diez de los grandes!, y después atacando mis camiones y mis locales, para empezar nunca me arrepentiré bastante de haberlo contratado, tenía que matarlo, juré cargármelo, se trataba de volver a poner en orden el mundo moral. ¿Y sabes cómo lo hice?

Llamaron a la puerta y entró la pequeña *madame* con dos botellas de cerveza y un par de vasos altos en una bandeja y lo puso en el taburete.

—Le estoy contando lo de Vincent. Fue muy sencillo, una idea muy simple, y es que lo más sencillo es siempre lo mejor. Recordé que él y Owney Madden hablaban a menudo, eso fue todo.

—Un caballero, Owney —dijo la *madame*, encendiendo un cigarrillo.

—Exactamente. Así era, de modo que no sé, debía tener algo contra Owney, pues si no ¿por qué iba un tipo con clase como él a tratarse con semejante...? De modo que no fue tan difícil. Envié a Abe Landau a la oficina de Owney y va y se sienta allí con él toda la noche hasta que suena el teléfono, y entonces le pone el revólver a Owney en el costado y le dice únicamente que siga hablando, señor Madden, manténgalo al teléfono, y teníamos fuera a aquel poli para localizar la llamada, y resulta que el Mick está en la cabina de teléfonos del *drugstore* Excelsior, entre la calle Veintitrés y la Octava Avenida. En cinco minutos tengo un coche allí, y él tiene a dos tipos sentados al mostrador para que le guarden las espaldas, pero ven la Thompson y se largan corriendo calle arriba tan de prisa como pueden llevarlos las piernas, nadie ha vuelto a verlos, y mi hombre cose la cabina a balazos de arriba abajo por un lado y de abajo arriba por el otro, y Vincent no puede ni siquiera abrir las puertas, solo cae fuera cuando las desmontan para sacarlo, y, allá en la oficina de Owney, Abe escucha por el teléfono y lo oye todo, cuando se hace el silencio en la línea cuelga y dice: gracias, señor Madden, siento haberle causado tantas molestias, y así fue como nos cargamos al Mick, que sus entrañas se cuezan en el infierno hasta el fin de los tiempos.

El señor Schultz guardó silencio y le oí respirar fuerte por el esfuerzo de recordar. Cogí una cerveza de la bandeja y me la soplé. Me dio cierto consuelo ver por su ejemplo que una persona puede soportar cualquier pérdida mientras pueda seguir siendo ella misma.

A la mañana siguiente bajé y en seguida me di cuenta de que algo había ocurrido. No se veían mujeres; las puertas de las habitaciones estaban abiertas. Oí el zumbido de una aspiradora, y encontré a Irving en la cocina llenando tazones de café y lo seguí hasta el salón, donde antes de que me diese con la puerta en las narices vi que se estaba celebrando una reunión, había una docena o más de hombres sentados en círculo, todos vestidos y serenos.

Me habían dicho que diese un paseo, y así lo hice, fui y vine por las bocacalles de la zona de los setenta, desde Columbus a Broadway, las casas de arenisca parda y de caliza, de altas escalinatas y con las entradas al sótano bajo las escaleras, todas pegadas de un extremo a otro de la manzana, sin un solo callejón a la vista, sin espacios, ni vistas, ni solares vacíos, solo un muro continuo de residencias. Me sentía como encerrado en la calle por aquellas fachadas de piedra con las persianas de las ventanas bajadas, y además hacía frío, llevaba dos días y tres noches sin salir y me parecía que había llegado de verdad el otoño, un vientecillo brusco levantaba los papeles, y los árboles de los pequeños cercados de la acera iban volviéndose amarillos, como si me hubiera seguido una plaga desde las tierras del norte, como si el frío viniese tras de mí adondequiera que fuese. En ese momento pensé que no debí haber dejado nunca la ciudad, ya no me sentía a gusto en ella, en cada grieta de la acera crecía un hierbajo, cada esquina tenía su racimo de palomas ociosas y por los cables de poste a poste del teléfono corrían las ardillas como presagios de la Naturaleza al acecho, como pequeños espías del invasor.

Por supuesto me había sentado mal ser excluido de lo que era sin duda una seria reunión de negocios; quería saber qué tenía que hacer para que se reconociese mi valor; no importa lo que hiciera y lo bien que lo hiciese, había siempre estas recaídas. Lo mandé todo al cuerno, volví y me encontré con que la reunión había terminado, los visitantes se habían ido y en el salón solo estaban el señor Schultz y el señor Berman, con camisa y corbata. El señor Schultz paseaba sin dejar de enroscarse el rosario en la mano, lo que no era buena señal. Cuando sonó el teléfono, salió en persona y a todo correr a descolgarlo, y momentos después estaba poniéndose la chaqueta y el sombrero y se plantó en el vestíbulo frente a la puerta de salida, pálido de rabia. Yo estaba a la entrada del salón.

—¿Qué tiene que hacer un hombre —me dijo— para merecer un respiro, para poder empezar a recoger el fruto de su trabajo? ¿Cuándo ocurre eso?

El señor Berman gritó en la ventana del salón ¡*Okay!* Y el señor Schultz abrió, salió y cerró. Corrí a la ventana, aparté las cortinas y lo vi meterse en un coche. Lulu Rosenkrantz estaba en el estribo del lado de la calle, y miró a todas partes antes de subir junto al conductor, y el coche arrancó de repente y se fue, dejando tan solo el humo del tubo de escape en el aire.

Entró la pequeña *madame*, Mugsy, trayendo bajo el brazo una caja de zapatos que puso sobre la mesita del café. Contenía todos sus recibos y facturas, y ella y el señor Berman los repasaron juntos como una pareja de cuento de hadas, el viejo leñador y

su anciana esposa fumando sus mágicas hierbas blancas, mezcla de humo y misterio infantil, mientras sostenían una conversación en su lenguaje de números. Recogí del suelo unos periódicos: el alcalde La Guardia había advertido a Dutch Schultz que si volvía a vérselo por alguno de los cinco barrios de Nueva York sería detenido, y el fiscal especial Thomas Dewey había anunciado que estaba preparando una acusación contra él por evasión de impuestos. De modo que así estaban las cosas. Todo ello tenía que ver con aquel veredicto en un pueblo del interior; los editorialistas estaban encantados; yo nunca leía los editoriales, pero en todos venía el nombre del señor Schultz, todo el mundo pedía su cabellera, y cualquier político a quien lograban encontrar e interrogar estaba igualmente escandalizado, había alcaldes de barrio escandalizados, y directores, miembros de la Oficina de Tasaciones, fiscales del Supremo, comisionados de policía, comisionados adjuntos, incluso un funcionario del Departamento de Higiene estaba escandalizado, y también el hombre de la calle de la sección «Man in the Street» del *News*. Era interesante ver, en medio de todo aquel escándalo, lo que el feliz y sonriente rostro de absuelto del señor Schultz tenía de descarado, burlón y siniestro.

—Eso es por los daños —estaba diciendo la *madame* mientras el señor Berman blandía interrogante un papel—. Vuestros muchachos rompieron una docena de mis platos buenos, supongo que tú no los oíste cuando hicieron una guerra con mi vajilla de Wedgwood.

—¿Y esto?

—*Gastos generales*.

—No me gustan los cálculos por encima. Quiero números reales.

—Estas son pérdidas por el uso basadas en hechos. Mira ahí, en el mismo sofá donde estás sentado. ¿Ves las manchas? Eso no sale, el vino no se quita. Necesitaré fundas nuevas, y es solo un ejemplo. No hace falta que te diga, Otto, que no fue un grupo de colegiales lo que trajisteis aquí.

—¿No estarás aprovechándote, Mugsy?

—Me duele que lo digas. ¿Sabes por qué Dutch acude a mí? Porque soy la mejor. Este es un establecimiento de alta categoría y no resulta barato. ¿Te gustan las chicas? Deberían gustarte; son chicas del espectáculo, no putas callejeras. ¿Te gustan el servicio y los muebles? ¿Cómo crees que podría ofrecerlos a base de escatimar? Tengo lo que pago, y lo mismo te ocurre a ti. Me costará una semana poner esto en condiciones de volver a abrir. Dejo de ganar, y además tengo que pagar la renta, los sobornos, las facturas de los médicos y la luz. Ya ves, el ojo morado te lo regalo. Es por cuenta de la casa.

El señor Berman sacó un grueso fajo de billetes y quitó la goma. Contó unos cuantos de cien dólares.

—Esto y ni un penique más —dijo, empujando el dinero sobre la mesa.

Cuando nos fuimos, la mujer se quedó sentada en el diván tapándose los ojos con la mano y llorando. Había un coche aparcado. El señor Berman me dijo que subiese y

él montó detrás. No reconocí al conductor.

—Fue fácil —le dijo el señor Berman. Fuimos por Broadway, y por la Octava Avenida hasta más allá del Madison Square Garden, y después al oeste hasta el río y a lo largo de los muelles, que por un momento me asustaron hasta que me di cuenta de lo que estábamos haciendo, pasamos frente al embarcadero de la Hudson River Day Line, donde un vapor de ruedas tomaba pasajeros para una excursión, y después nos dirigimos al este por la calle Cuarenta y Dos, y luego al norte subiendo otra vez por la Octava, y así sucesivamente, describiendo un gran rectángulo en torno a la zona conocida como la Cocina del Infierno, del centro a las afueras y del este al oeste y viceversa tres o cuatro veces, hasta que por último nos detuvimos en una manzana de los Cuarenta Oeste, no lejos de los corrales de ganado. Vi el coche del señor Schultz aparcado como media manzana delante de nosotros, en el lado sur de la calle, frente a una gran iglesia de piedra oscura que tenía al lado la rectoría y el patio de un colegio.

El conductor no paró el motor. El señor Berman encendió un cigarrillo y me dijo:

—No podemos llamar al presidente por teléfono, ni nos recibiría sin más ni más, ni siquiera a Dixie Davis, que aparte de eso está en Utica declarando en una investigación relacionada con la lamentable muerte de un querido colega nuestro. Creo que eres el único que puede llegar hasta él. Pero debes vestirse bien. Lávate la cara y ponte una camisa limpia. Vas a tener que verlo por nosotros.

El consuelo para mí fue inmediato. La crisis me incluía.

—¿Se trata del señor Hines? —pregunté.

Sacó un bloc de notas, escribió una dirección, arrancó la hoja y me la dio.

—Esperarás hasta el domingo. Ese día recibe gente en su casa. Puedes decirle dónde estamos en caso de que tenga noticias para nosotros.

—¿Dónde?

—Si no me equivoco, estaremos viviendo en el hotel Soundview, de Bridgeport Connecticut.

—¿Qué le digo?

—Te resultará encantador y fácil de tratar. Pero no tienes que decirle nada.

El señor Berman había vuelto a sacar el fajo de billetes. Esta vez cuando quitó la goma desdobló el dinero del otro lado, donde estaban los billetes de mil dólares, contó diez y me los dio.

—Ponlos en un sobre blanco antes de ir. Le encantan los sobres blancos limpios.

Doblé bien aplastados los diez mil dólares y los metí lo más adentro que pude en el bolsillo del pecho. Pero los notaba muy abultados y no paraba de apretarme el costado para asegurarme de que seguían planos. Estuvimos sentados en el coche sin quitar ojo al Packard negro.

—Supongo que no es buena ocasión para plantear un problema personal —dije.

—No, no muy buena. Tal vez sea algo que puedas consultar con el *padre* cuando haya acabado con el señor Schultz. Tal vez tengas más suerte.

—¿Qué está haciendo ahí dentro el señor Schultz?

—Pidiendo un refugio seguro. Quiere que lo dejen en paz. Pero, si no me equivoco, aunque no soy hombre religioso, le darán la confesión, la comunión y todas esas cosas que dan, pero proporcionar escondites no es uno de sus sacramentos.

Contemplábamos por el parabrisas la calle vacía.

—¿Cuál es tu problema? —dijo.

—Mi madre está enferma y no sé qué hacer.

—¿Qué le pasa?

—Está mal de la cabeza, hace locuras.

—¿Qué hace?

—Cosas locas.

—¿Se peina?

—¿Qué?

—Digo que si se peina. Mientras una mujer siga peinándose no tienes por qué preocuparte.

—Desde que he vuelto a casa se peina de nuevo.

—Entonces quizá no estén tan mal las cosas.

Por supuesto mentiría si dijese que no pensaba en aquellos diez mil dólares que llevaba en el bolsillo, y en lo que podría hacer si me largase con ellos, si hiciéramos el equipaje, llevase a mi madre a la estación y subiéramos a un tren para irnos a algún lugar lejano, ¡Dios mío, diez mil dólares! Recordaba la sección de Oportunidades de Negocios del *Onondaga Signal* y cómo podías comprar granjas de decenas de hectáreas por la tercera parte de esa cantidad, y seguramente lo que era verdad en una parte del país lo sería en otras. O podíamos comprar una tienda, un pequeño salón de té, algo seguro donde trabajar y mantenernos decentemente mientras yo, en mis ratos libres, hacía planes para el futuro. Diez mil dólares eran una fortuna. Incluso si te limitabas a dejarlos en una caja de ahorros ganabas dinero.

A la vez estaba seguro de que no iba a hacer nada parecido, no sabía lo que haría pero sí que mi oportunidad en los negocios aún no se había presentado, la vida carecía de grandeza para un vulgar ladrón, yo no había llegado tan lejos ni quienquiera que le hubiese puesto ese talismán a mi vida me había elegido por ser un cobarde traidor. Traté de imaginar lo que pensaría Drew Preston. Ni siquiera comprendería semejante pequeñez de espíritu, y no por nada que tuviese que ver con la moralidad, simplemente no entendería un retroceso así hacia los bordes furtivos de la vida porque era una dirección equivocada. ¿Y cuál era la acertada? Hacia el conflicto, hacia la lucha con la circunstancia, la dirección en la que había estado marchando desde aquel primer viaje en la trasera del tranvía al negocio de lotería clandestina del señor Schultz en la calle 149.

De modo que aunque tuve mis pensamientos ladronesco no llegué a tomarlos en serio; mi verdadero problema era mantener a salvo aquella increíble cantidad de dinero; había guardado en la maleta seiscientos dólares realmente ganados y la había puesto en la tabla más alta del armario del dormitorio, pero era evidente que eso no servía, de modo que me tiré al suelo, metí la mano en el agujero de debajo del sofá por el que estaba saliéndose el relleno, hice una pequeña repisa algodonosa, enrollé los billetes, les puse una goma alrededor y los metí allí. Durante los tres días siguientes apenas salí del apartamento; pensaba que podía traicionar inadvertidamente mi secreto por la expresión de mi cara, que la gente podía leer el dinero en mis ojos, pero sobre todo no quería dejar sola la casa; hacía la compra y volvía corriendo, si necesitaba aire me sentaba en la salida de incendios, y por la noche, cuando mi madre terminaba de hacer la cena, observaba atentamente cómo encendía uno de sus vasos del recuerdo, porque desde mi regreso había vuelto a hacerlo, uno por la noche, estaba poniendo en acción sus luces para poder comprender lo que había que comprender.

Al segundo día fui a la confitería y compré por un penique un sobre comercial blanco, y a la mañana siguiente, muy temprano, me bañé, me peiné y me puse una camisa limpia, pero, no queriendo arriesgarme a ir hasta Manhattan con pinta de rico con dinero en el bolsillo, me puse solo el pantalón del traje de hilo y la chaqueta de los Shadows con el lado negro hacia afuera y tomé el elevado de la Tercera Avenida. Hubiese apostado lo que fuera a que nadie más en el tren llevaba diez mil dólares en el pantalón, ni los impasibles trabajadores que cabeceaban al unísono en los asientos de rejilla, ni el cobrador que iba abriendo puertas, ni el conductor en su cabina delantera, ni siquiera la gente asomada a las ventanas de los pisos frente a los que pasábamos. Hubiese apostado que, a menos que viajara el más listo de la clase en alguno de los coches, nadie en el tren sabía siquiera qué cara venía en el billete de mil dólares. Si me levantara y anunciase que llevaba esa cantidad de dinero, la gente se apartaría de mí como de un loco. Pero tan inmaduras reflexiones acabaron por ponerme nervioso, y en vez de seguir en tren me apeé en la estación de la calle 116 e invertí parte de mi propio dinero en un viaje en taxi hasta el cruce con la Octava Avenida, donde el presidente James J. Hines tenía un apartamento.

Fue interesante ver lo sórdido, ruinoso y miserable que era aquel barrio, al pie de Morningside Heights, con cubos de basura desbordantes y negros jugando a las chapas por las esquinas, pero qué grande y qué bien puesta su casa de apartamentos, como si estuviese en Park Avenue. Un portero de uniforme respondió cortésmente a mis preguntas y un reluciente y moderno ascensor sin ascensorista me llevó a la tercera planta. Pero la vida miserable me había precedido: me encontré al final de un pasillo con hombres que aguardaban, de pie en la penumbra como si estuviesen en la cola de las sobras de comida. Los hombres que esperan en la cola donde reparten comida gratuita están pegados unos a otros con los pies algo separados y la atención puesta en el principio de la cola, como si solo una absoluta concentración pudiera hacer que esta se moviese. Pero aquella se movía muy despacio, y cuando alguien, concluido su asunto, salía, clavaban todos los ojos en él como para leer en su cara el éxito o el fracaso. Me llevó treinta o cuarenta minutos llegar hasta la puerta abierta del apartamento del gran hombre. Durante ese tiempo me imaginé viviendo toda mi vida en la pobreza. Un año tras otro haciendo colas y pidiendo limosna, mermando dentro de la ropa mientras mi mente iba poco a poco convirtiéndose en la de un mendigo. Llevaba dinero para aquel hombre, estaba allí para darle algo, y a pesar de ello tenía que estar de pie en aquel pasillo sofocante y esperar mi turno de pedigüeño.

Después llegué a un vestíbulo o antesala donde unos cuantos hombres desconsolados estaban sentados con el sombrero en la mano como pacientes en la consulta de un médico y me uní a ellos, y empecé a trasladarme de silla en silla acercándome al sanctasanctorum, hasta que finalmente pude pasar por una doble puerta a un corredor donde un tipo sentado a una mesa y otro de pie tras él me inspeccionaron; los reconocí como de la misma especie entre la que había estado viviendo unos meses, gente de esa que hace ruido al pensar. El señor Berman no

había creído necesario darme instrucciones. Yo no era lo bastante mayor para ser un votante que busca trabajo, ni tampoco conocido en la zona; solo un chico relavado a conciencia que trataba de sacar el mayor partido posible de su desastrada persona.

—Soy el hijo de Mary Kathryn Behan —dije sin mentir—. Como mi padre nos abandonó, estamos pasándolo muy mal. Mi madre trabaja en la lavandería, pero está demasiado enferma para seguir mucho tiempo en ese empleo. Me dijo que le dijese al señor Hines que siempre ha votado por los demócratas.

Los perros guardianes se miraron y el que estaba de pie se fue por un pasillo. Había pasado casi un minuto cuando volvió y me escoltó por el mismo camino; pasamos frente a un comedor con vitrinas llenas de porcelana, una sala atestada de muebles imponentes y una especie de sala de juegos con citas enmarcadas y una mesa de billar, y al fin fui introducido en un dormitorio alfombrado y con pesados cortinajes que olía a manzanas, a vino y a loción para después del afeitado, un hábitat lleno de ambiente del que no parecía formar parte ninguna ventana abierta. Y allí, encima de la ropa, apoyado en un gran montón de almohadas y con una bata de seda de color rojo oscuro de la que sobresalían las piernas lampiñas de un viejo, estaba el mismísimo James J. Hines, el líder de Tammany en el distrito.

—Buenos días, muchacho —dijo, dejando de leer el diario de la mañana.

Ocupaba toda la longitud de la cama. Tenía los pies grandes y nudosos y gruesos callos en las plantas, pero aparte de eso era un hombre apuesto, con el cabello plateado liso y peinado hacia abajo, una cara rojiza y cuadrada hecha de rasgos menudos y unos ojos azules muy claros, que me parecieron bastante afables, como si estuviese razonablemente dispuesto a oír cualquier historia que yo estuviese a punto de contarle, y eso teniendo en cuenta las que había oído ya esa mañana y las que todavía le esperaban en el pasillo, que llegaban hasta el ascensor. No dije nada. Esperó, cada vez más extrañado.

—¿Quieres soltar ya lo que sea? —dijo.

—Sí, señor, pero no puedo con este caballero respirándome en el cuello. Me recuerda al que nos perseguía cuando hacíamos novillos en la escuela.

Eso le hizo sonreír, hasta que vio la expresión mortalmente seria de mi cara. No era un estúpido. Despició al sabueso con un gesto y oí cerrarse la puerta a mi espalda. Avancé atrevidamente hasta llegar junto a la cama, saqué el sobre del bolsillo y lo puse sobre la colcha, junto a su gran mano carnosa. Los ojos azules se clavaron en mí con alarma. Retrocedí y observé la mano. Primero fue el índice el que dio unos golpecitos pensativos. Después la mano entera se deslizó dentro del sobre, que no estaba cerrado, y los dedos, aunque tenían forma de espátula, retiraron con habilidad los crujientes billetes y los abrieron en abanico como si fuesen naipes, en lo que bien mirado era una impresionante exhibición de la destreza de articulaciones de un viejo.

Cuando levanté la vista, el señor Hines estaba recostado en la almohada y suspiró como si la carga de la vida se le hubiese hecho de pronto excesiva para poder soportarla.



—¿De modo que tiene todavía la suficiente astucia para utilizar a un muchacho para llegar hasta mí, ese sucio bastardo?

—Sí, señor.

—¿Dónde encontró a un chico tan digno de confianza?

Me encogí de hombros.

—¿Entonces resulta que no existe la tal Mary Behan?

—Ah, sí; es mi madre.

—Me alivia oírlo. Hace muchos años coloqué a una guapa chica irlandesa con ese nombre que vino a América. Tenía la edad de mi hija menor. ¿Dónde vivís?

—En el Bronx, en la zona de Claremont.

—Eso es. Me pregunto si será la misma persona. Era una chica alta con unos andares encantadores y un aire tranquilo y modesto, la clase de chica que adoran las hermanas, sabía que Mary Behan no tardaría en encontrar marido. ¿Y quién fue el canalla capaz de abandonar a una mujer como esa?

No respondí.

—¿Cómo se llama tu padre, muchacho?

—No lo sé, señor.

—Ah, ya veo, ya veo. Lo siento.

Movió varias veces la cabeza y apretó los labios. Después se le alegró la cara.

—Pero te tiene a ti, ¿no es cierto? Ha criado a un hijo capaz, con espíritu atrevido y una clara afición a vivir peligrosamente.

—Eso es verdad —dije, remedando sin darme cuenta su hablar cadencioso. Resultaba difícil no hacerlo, su palabra formaba poderosamente parte de él, era un político, el primero que me había encontrado, y podría decir por el modo en que te hacía trasladarte a su lenguaje que era de los buenos.

—Yo era también muy lanzado a tu edad. Quizá un poco más corpulento, por venir de una familia de herreros, pero con la misma facilidad para meterme en líos que tienen los pequeños. —Hizo una pausa—. ¿Verdad que no necesitas mi ayuda para sacar a tu madre de esa lavandería y mirar por ella?

—No, señor.

—Eso me parecía, pero quería estar seguro. Eres un chico inteligente. Quizá tengas algo de sangre irlandesa, o judía. Eso podría explicar la compañía en que andas.

Guardó silencio y se me quedó mirando fijamente.

—Bueno, si eso es todo, señor —dije—, sé que hay gente esperando.

Como si no me hubiese oído, me indicó una silla junto a la cama para que me sentase. Vi cómo la manaza cerraba de golpe el abanico de billetes y lo metía en el sobre.

—Nada me da más pena, te lo aseguro, que devolver una prueba tan generosa —dijo, y empujó el sobre hacia mí—. Son billetes nuevos y del tipo más noble. Tú sabes que podría aceptarlos y que él siguiera sin entender nada, ¿lo sabes?, pero no

voy a hacerlo. ¿Querrás explicárselo? ¿Le explicarás que James J. Hines no hace milagros? Esto ha ido demasiado lejos, señor Behan. Está por medio el pequeño republicano del bigote, y ese sí que no tiene ni un pelo de poeta.

Los ojos azules me miraron hasta que me di cuenta de que debía recoger el sobre. Me lo guardé en el bolsillo.

—¿Dónde descubrió al hijo de Mary Behan? ¿En la calle?

—Sí.

—Bueno, dile de mi parte que al menos con eso sí estoy impresionado. Y en cuanto a ti personalmente, sabes que solo te deseo una vida larga y próspera. Pero con él he terminado. Que se vaya al infierno. Creí que había comprendido después de lo que le dije en aquel pueblo. Creí que las cosas habían quedado suficientemente claras. ¿No sabes a lo que me refiero?

—No, señor.

—No importa. No necesito darle capítulo y versículo. Dile simplemente que no puedo tener nada que ver con él. Lo que había entre nosotros se acabó. ¿Se lo dirás por mí?

—Lo haré.

Me levanté y fui hacia la puerta.

—Es grave que deje de correr el dinero —dijo el señor Hines—. Esperaba no ver nunca ese día. —Cogió el periódico—. No es que nuestro amigo sea aficionado a la introspección, pero el señor Weinberg era un socio suyo muy bien considerado. Quién sabe si sería ese el principio. O a lo mejor lo fue el día en que te encontré.

—¿El principio de qué?

Levantó la mano.

—Dale mis recuerdos más afectuosos a tu querida madre y dile que pregunté por ella —dijo, y cuando cerré la puerta ya estaba leyendo otra vez.

Al volver al Bronx entré en la tienda de cigarros de la Tercera Avenida, bajo el elevado, y compré un paquete de Wings. Así conseguí un puñado de níqueles para el teléfono de pago y pedí que me pusieran con el hotel Soundview, en Bridgeport Connecticut. No había ningún señor Schultz alojado allí, ni señor Flegenheimer, ni señor Berman. Fui a casa, y cuando subí las escaleras me encontré la puerta abierta y a un hombre de la compañía telefónica con ese cinturón que llevan con las herramientas colgando. Estaba instalando un teléfono junto al diván de la sala. Miré por la ventana y, como suponía, no había en la calle ninguna de las furgonetas verdes de la compañía; no recordaba haberla visto al llegar. Se marchó tan discretamente como había trabajado, sin decir palabra y dejando la puerta entornada. El centro del disco, donde debería ir impreso el número, estaba en blanco.

Puse el sobre con el dinero para Hines dentro del relleno del sofá, me senté encima y esperé. Me parecía que desde que le había caído bien al señor Schultz no

había hecho otra cosa que verme asaltado continuamente por esos seres tan adelantados que estaban allí desde antes que yo y sabían más que yo, los que habían inventado teléfonos, taxis, trenes elevados, clubs nocturnos, iglesias, salas de audiencia, periódicos y bancos, cosas todas demasiado deslumbrantes para ser insertado en su mundo por la vía del nacimiento, para salir crudo por el canal materno y ser bautizado con un gran golpe, como de una botella de champán en la coronilla, de modo que la vida era ya para siempre deslumbradora, sin nada que tuviese mucho sentido. ¿Qué se suponía que debía hacer con todos ellos y sus misteriosos tratos, qué debía hacer?

No habían pasado ni quince minutos cuando sonó el teléfono. Era un ruido extraño en nuestro pequeño apartamento, fuerte como la campana de una escuela, y lo pude oír resonar arriba y abajo por la escalera del pasillo.

—¿Tienes un lápiz? —dijo el señor Berman—. Te daré tu número. Ahora puedes llamar a tu mamá desde cualquier sitio de Estados Unidos.

—Gracias.

Me lo dio. Su voz sonaba casi jovial.

—Por supuesto, no puedes telefonar desde ahí, pero a cambio tampoco te pasarán recibos. ¿Y qué, cómo fue eso?

Le conté el resultado de mi entrevista con el señor Hines.

—Traté de comunicarme con ustedes. Me dijeron que no estaban allí.

—Estamos en Union City New Jersey, al otro lado del río. Veo el Empire State Building. Cuéntamelo otra vez, ahora con detalle.

—Dijo que es algo superior a sus fuerzas. Dijo también que la culpa la tiene el del bigote. Y que no vuelvan a ponerse en contacto con él.

—¿Qué bigote?

Era la voz del señor Schultz. Había estado escuchando por el supletorio.

—Un bigote republicano.

—¿Dewey? ¿El fiscal?

—Creo que sí.

—¿Ese hijo de puta? —Era sorprendente; las voces de la mayoría de la gente adelgazan por teléfono, pero la del señor Schultz podía oírla en toda su rica tonalidad—. ¿Acaso necesito que nos diga que tengo a Thomas E. Cabrón Dewey encima? Ese hijo de puta... ese maldito comemierda hijo de puta. ¿Que no va a coger el dinero? ¿De repente, después de todos estos años, mi dinero no es bastante bueno para él? Ah, voy a ir por ese mamón, cogeré el dinero y voy a hacérselo tragar, haré que se lo coma, se ahogará con él, voy a abrirlo en canal y a empapelarle las entrañas con los billetes, cuando haya acabado con él cagará dinero.

—Por favor, Arthur. Un momento.

El señor Schultz colgó de golpe y el oído me estuvo resonando lo que tardó el sonido en ir y volver a Nueva Jersey.

—¿Estás ahí, muchacho? —preguntó el señor Berman.

—Señor Berman, sigo teniendo el sobre y eso me pone muy nervioso.

—Déjalo en un sitio seguro por el momento.

Se oía al señor Schultz chillar al fondo.

—Tendremos las cosas organizadas dentro de un par de días —dijo el señor Berman—. No te vayas a ninguna parte. Si te necesitamos, no quiero tener que empezar a buscarte.

De modo que esa era mi situación durante aquellos calientes días de veranillo de San Martín en el Bronx, con el aspersor del Hogar Diamond tendiendo como un halo su arco iris todas las mañanas por encima de la calle húmeda y los niños corriendo debajo y chillando. Estaba triste. Mi madre se levantaba a diario y se iba bastante tranquila al trabajo; había un equilibrio tambaleante en nuestras vidas, pero no le gustaba ver el teléfono en la mesa auxiliar, junto al diván, y lo remediaba poniendo delante la foto enmarcada en la que estaba junto a mi padre mutilado. Compré un ventilador eléctrico que giraba hacia atrás y hacia adelante describiendo un arco de ciento ochenta grados, lo que hacía oscilar las velas de los vasos en la cocina, pero traía periódicamente un soplo frío a mi espalda sin camisa mientras estaba sentado en la sala leyendo el periódico. Tenía tiempo de sobra para pensar en lo que había dicho el señor Hines. Era un hombre muy sabio; verdaderamente era grave que el dinero dejase de correr.

Yo había contado el tiempo pasado con el señor Schultz por las muertes, los disparos, los sollozos y los cráneos rotos que resonaban en mi memoria como campanadas de funeral, pero algo más había estado ocurriendo mientras tanto, y era el movimiento del dinero que había entrado y salido durante todo ese tiempo, tan ininterrumpidamente cómo el ir y venir del mar, tan firme e incesante como el tranquilo girar de la Tierra. Me había fijado de un modo natural en las entradas, pues habían sido siempre la más vociferante preocupación del señor Schultz mientras luchaba por mantener el control a pesar de andar huido y de sus otros problemas con la ley, de las dificultades para dirigir sus negocios a distancia, la ladronería de sus lugartenientes y la traición de sus socios de mayor confianza, pero el dinero que salía no era menos importante, proporcionaba armas y comida, compraba abogados, polis y la voluntad de los pobres y servía para pagar propiedades, salarios y los buenos ratos que convencían a los hombres de que seguía siendo una estrella todo lo brillante que esperaban. Por lo que yo sabía, el señor Schultz no utilizaba la fortuna que sin duda había amasado a lo largo de los años; era indudable que la tenía, pero no había rastro de ella en su vida; supuse que debía de tener en algún sitio una casa o un apartamento de lujo donde viviría su esposa, debían de tener casas estupendas, pero no andaba por ahí envuelto en su riqueza como aquella gente de los palcos de Saratoga. No vivía como un rico, no lo parecía ni actuaba como tal, por las pruebas que yo tenía. Allá en el campo había vivido rodeado por un séquito al que mantenía, salía de vez en cuando a montar a caballo y despilfarraba dinero como se esperaba que hiciese, pero era solo con fines de supervivencia, no se concedía el menor

derecho a la tranquilidad o la indolencia, desde la primera vez que lo vi había estado siempre corriendo, era un vagabundo que vivía en habitaciones de hotel y escondites, solo gastaba su dinero para ganar más, tenía que ganarlo para seguir ganándolo, porque solo si seguía ganándolo viviría para ganar más.

De modo que por eso la negativa del señor Hines a aceptar los diez mil dólares era un revés tan monumental; en cualquier sentido que dejase el dinero de correr, hacia dentro o hacia fuera, el resultado era igualmente desastroso, el sistema entero estaba en peligro, lo mismo que —según nos explicó una vez un maestro en el planetario— si la Tierra dejase de girar, se haría pedazos.

Me encontré recorriendo el piso de la habitación como él lo hacía, estaba realmente excitado, ahora sabía lo que quería decir Hines al hablar del principio, se refería al principio del fin, la verdad era que yo no había visto nunca al señor Schultz en la cumbre de su poder, no lo había conocido cuando tenía la sartén por el mango y todo era como él quería que fuese, había entrado en su vida cuando esta había empezado a ir contra sus intereses, lo único que le había visto hacer era defenderse, no recordaba una sola vez en que no estuviese en plena batalla, todo lo que hacíamos, cualquiera de nosotros, procedía de su preocupación por sobrevivir, todo lo que me había pedido que hiciese y yo había hecho era en interés de esa supervivencia, cobrar lotería clandestina, ir a la escuela dominical, incluso que me aplastasen la nariz, hasta acostarme con Drew Preston, llevarla a Saratoga y librarla de sus garras había sido en última instancia en interés de su supervivencia.

Era algo que yo no podría haber entendido aquel día frente al almacén de cerveza, cuando el tercero de los tres coches silenciosos se detuvo en el bordillo y todos los chicos se quedaron pasmados de admiración y yo hice juegos malabares con dos pelotas, una naranja, un huevo y una piedra en homenaje a nuestro gran gánster del Bronx: había subido y ahora estaba cayendo. Y lo que yo estaba viviendo con *el Holandés* era su caída.

Tras un silencio de un par de días, el teléfono empezó a sonar regularmente. A veces quien llamaba era el señor Berman, otras el señor Schultz, y yo salía a hacer recados cuya naturaleza no solía comprender. La prensa seguía el asunto, de modo que a diario, mientras iba al centro en el metro, trataba de averiguar lo que estaba haciendo a través de la lectura en los periódicos de lo que hacía la oficina del fiscal especial. Una mañana fui al club Embassy, que de día parecía de capa caída con su toldo descolorido y los dorados sin limpiar, y un hombre a quien no conocía abrió la puerta, me puso una caja de White Label de Dewar en los brazos y me dijo que me largase. En la caja había libros de contabilidad, cintas de calculadora sueltas, cartas de negocios, facturas y cosas parecidas. De acuerdo con las instrucciones recibidas, fui a la estación de Pennsylvania, puse la caja en una taquilla de las que funcionan con monedas y mandé la llave por correo a un tal Andrew Feigen, a un hotel de

Newark, en Nueva Jersey. Después leí en el *Mirror* que el fiscal especial había ordenado la incautación de la documentación de la Asociación Metropolitana de Propietarios de Restaurantes y Cafeterías, tras la misteriosa muerte de su último presidente, Julius Mogolowsky, alias Julie Martin.

Otro día subo a la carrera unas escaleras crujientes y con olor a humedad de la Octava Avenida en busca del lugar donde trabajan los pupilos de Stillman. Se trata del famoso gimnasio, y me siento emocionado al pagar para entrar, pero no sé lo que se supone que debo hacer allí, aparte de dar uno de los billetes de mil dólares a alguien de quien no conozco ni el nombre ni el aspecto. Veo en el ring a un negro reluciente y de bellos músculos que lleva una armadura de cuero en la cabeza y golpea y golpea mientras cinco o seis hombres están a su alrededor gritándole consejos, la misma proporción que en las cuadrillas de obras públicas que arreglan los baches. Saca la derecha, Nate, eso es, un dos, dale fuerte. Esta es la raza de hombres de la que procede Mickey el chófer, la de la oreja deforme, la nariz aplastada, el ojo ciego, andan por allí exhibiendo su humanidad, saltan, se agachan y escupen en cubos y, ¡ah!, los enormes sacos y el rechinar del calzado de lona con las suelas untadas de resina, comprendo lo dulce de aquella vida, que tiene lugar en un pequeño espacio, como una religión, suspendida del espeso olor a sudor humano, el sudor es su medio de existencia, como la rectitud, respira cada uno la fe de los demás, que está en el cuero viejo, y en las paredes, no lo puedo resistir y agarro una comba y le hago dar medio centenar de saltos. Y resulta que no tengo que buscar a mi hombre, es muy fácil, es él quien se da cuenta de que estoy allí. Uno de los que dan instrucciones al boxeador que está en el ring se acerca vestido con su chandal que no alcanza a tapanle toda la velluda y blanca panza, y me larga un saludo de los de cuánto-tiempo-sin-verte pasándome un brazo maloliente por el hombro, lo que me hace fijarme en la palma abierta que sostiene frente a mí mientras me lleva hacia la salida.

No había nada en los periódicos que pudiese explicarme lo de aquel fulano, solo la sensación de que todo iba unido, todas las sudorosas manifestaciones del espíritu asesino.

Otros mil van a manos de uno que presta dinero para fianzas en el mismo juzgado donde había empezado Dixie Davis; es un tipo pequeño y calvo, con una colilla de puro que viaja sin descanso de un lado a otro de su boca mientras observa cómo saco el billete de mi cartera. Se me ocurre pensar que John D. Rockefeller solo daba monedas de diez centavos. Entre Broadway y la Cuarenta y Nueve, en las augustas oficinas del local 3 de los Trabajadores de Limpieza de Ventanas y Mantenimiento de Edificios, un hombre que va a recibir otro de los billetes de mil dólares resulta que no está en ese momento, de modo que espero sentado en una silla de madera junto a una barandilla, frente a la mesa de una mujer que tiene un lunar negro en el labio y está de mal humor por algo, quizá por la pérdida de intimidad, pues desde donde estoy puedo ver lo poco que tiene que hacer. La ventana que tiene a su espalda es alta y ancha y

está toda ella sin limpiar, y a través de ese plano de suciedad veo las piernas del anuncio del whisky Johnny Walker, con monóculo y chistera, en la terraza del edificio de enfrente, unas enormes botas negras que suben y bajan andando por el aire sobre Broadway.

La verdad es que me gustó esa época, sentía que se acercaba mi hora y la cosa tenía que ver con el otoño, con la ciudad en su último y ya serio giro hacia el invierno, la luz era diferente, brillante, dura, tensaba el aire y bañaba el piso superior del autobús número 6 en una claridad fría y reluciente, yo hacía un viaje majestuoso en previsión de la muerte, brotaban muchedumbres en las esquinas bajo las farolas de bronce con pequeños Mercurios, se oían silbatos de la policía y bocinas, el autobús de dos pisos daba sacudidas al cambiar de marcha, ondeaban banderas en tiendas y hoteles, y para mí, todo eso era mi desfile triunfal, me divertía en la ciudad en la que él no podía entrar, durante un par de minutos fue mía para hacer con ella lo que quisiera.

Me preguntaba hasta cuándo podría resistir el señor Schultz, hasta cuándo podría dominarse y no poner a prueba la decisión de sus adversarios, porque estos conocían sus guaridas, sabían dónde vivía su esposa, conocían sus coches y a sus hombres, y ahora, sin Hines, no había arreglo, ni en las comisarías ni en los tribunales. El señor Schultz podía tomar el ferry de Weehawken, o venir por el túnel del Holland, o cruzar el puente George Washington, había un montón de cosas que podía hacer, pero ellos sabían ya dónde estaba y sabrían cuándo se iba de allí, y eso convertía Nueva York en una fortaleza, en una ciudad amurallada con las puertas cerradas.

Al cabo de una semana había repartido la mitad de los diez billetes de mil dólares. Por lo que se me alcanzaba, lo que estaba pagando no eran sobornos, sino, en su mayoría, garantías de que las cosas seguían funcionando, pequeños restaños organizativos de la sangría que empezaba a causar Thomas E. Dewey, que había encontrado depósitos bancarios de Dutch Schultz bajo nombre falso y había hecho que los congelasen; incautó los libros y papeles del negocio cervecero del que *el Holandés* era propietario, y sus ayudantes estaban interrogando a agentes de policía y otras personas cuyos nombres no pensaban dar a la prensa. Pero si había dinero para aquello tenía que haberlo también para iniciar una reconstrucción a fondo, soborno a soborno, alguien debía de estar haciéndolo, había maneras, ¿acaso no podía Mickey despistar a quien le siguiese, no era Irving capaz de hacerse invisible? En aquella reunión matinal en el salón del burdel había veinte, veinticinco hombres, y no todos estaban en Jersey, la organización seguía funcionando, veinticinco no eran cien o doscientos pero el negocio seguía en marcha, medio desarmado, viviendo tiempos duros, con un menor alcance, pero en forma, mortífero y con sobra de dinero para abogados.

De modo que así es como me figuraba que era, o como sería si estuviese yo al frente, tendría paciencia, esperaría mi ocasión y no correría riesgos, y, en efecto, durante un par de semanas, tal vez incluso hasta primeros de octubre, así fueron las

cosas. Pero yo no era el señor Schultz; él le sorprendía a uno, se sorprendía a sí mismo, me refiero a ¿por qué de repente leo que han destrozado todo un piso del Savoy-Plaza, que un ladrón o ladrones desconocidos han irrumpido en uno de los apartamentos residenciales y causado daños por valor de decenas de miles de dólares, que han cortado los cuadros, rasgado las tapicerías, roto la cerámica, desgarrado los libros y, presumiblemente, robado objetos de un valor desconocido, pues los ocupantes del apartamento, señor y señora Harvey Preston —él heredero de una gran fortuna en ferrocarriles—, están en el extranjero y es imposible comunicar con ellos?

Después, una noche, siguiendo las instrucciones recibidas, tomé el elevado de la Tercera Avenida hasta Manhattan, crucé la ciudad en tranvía hasta el atraque del ferry en la calle Treinta y Tres Oeste y me encontré en la cubierta del barco más ancho y atiborrado del mundo, que transportaba a diario millares de personas con una estabilidad tan poco náutica como para parecer una casa flotante, un trozo de la isla de Nueva York separado para comodidad de sus ciudadanos y puesto a ir y venir por el río. Estaba de pie en aquel barco que olía como un autobús o un vagón de metro, con chicles aplastados en la cubierta, envoltorios de caramelos bajo los asientos de rejilla, correas para agarrarse los que iban de pie y las mismas papeleras de alambre que hay en las esquinas de las calles, y notaba bajo mis pies los temblores del oscuro puerto, los chapoteos del mar vivo y hambriento. Me volví a mirar a Nueva York y la vi alejarse, y pensé que partía para el último viaje.

Diré aquí también, aun a riesgo de ofender, que mi llegada al embarcadero industrial de la orilla de Jersey, con las hileras de barcas de carbón allí ancladas, las fábricas de ladrillos escupiendo humo y el horizonte occidental lleno de los tubos, los depósitos y las pasarelas de refinerías infernales, no me dio la seguridad que buscaba de tener tierra bajo los pies. Había un taxi amarillo esperando frente a la terminal, y el taxista me hizo una seña y cuando me acerqué alargó la mano y abrió la puerta de los viajeros, y subí y vi que era Mickey, que me saludó con un movimiento de cabeza desacostumbradamente efusivo y un arranque que me lanzó contra el respaldo del asiento.

Para llegar a Newark había que atravesar Jersey City. Al parecer había alguna distinción administrativa entre ellas, pero no pude apreciar la menor diferencia, al ser ambas ciudades juntas tan solo una continua imitación tardía de Nueva York, una especie de sombra en el lado equivocado del río, se notaba que se creían el Bronx o Brooklyn, y efectivamente tenían sus bares, tranvías, tiendas y almacenes de maquinaria, pero el aire apestaba de un modo diferente, las tiendas resultaban anticuadas, el ancho de las calles no era el debido y la gente tenía ese aire de no estar en ninguna parte, miraban los rótulos de las esquinas para recordar por dónde andaban, era un mundo monótono de lo más deprimente, un monumento al desarraigo, y sabía que el señor Schultz se volvería loco allí tratando de encontrar la



manera más cómoda de merodear de Union City a Jersey City y de allí a Newark para encontrar la mejor ventana desde la que poder asomarse para ver el Empire State Building.

Aquello era un cementerio, un sitio demasiado feo para vivir, Mickey se detuvo enfrente de un bar en una calle pavimentada no con asfalto sino con un cemento blanquecino y sobre la que los cables del teléfono y del tranvía colgaban como una red mal tensada. Me dejó allí y se fue. El sitio se llamaba la Palace Chophouse and Tavern. Admitiré ahora que había llegado a una conclusión un tanto aventurada: la de que si el señor Schultz estaba a todos los efectos impedido para actuar en Nueva York, y ninguno de sus socios de confianza podía correr tampoco durante largo tiempo el riesgo de ir allí, al ser yo el único que tenía libertad de movimientos mi valor para la banda había aumentado, y pensé que deberían convertirme en miembro de pleno derecho. Estaba haciendo más trabajo y de mayor responsabilidad y me preguntaba por qué tenía que depender de las limosnas que me echaban, por muy generosas que pudieran ser. Estaban dando por supuestas demasiadas cosas sobre mí, contando conmigo de una manera realmente desvergonzada si se piensa que ni siquiera me pagaban. Yo quería un auténtico sueldo, y pensé que si resultaba que el señor Schultz no me asesinaba podía estar en condiciones de pedirlo. Pero cuando entré en el bar, doblé una esquina, recorrí un corto pasillo y llegué a la habitación trasera sin ventanas donde el señor Schultz, el señor Berman, Irving y Lulu Rosenkrantz estaban sentados a una mesa frente a la pared, únicos comensales, supe que no iba a mencionar para nada el asunto. Era algo especial, no se trataba de miedo, al que estaba temerariamente preparado para enfrentarme, sino de una pérdida de fe; no sé por qué, pero los miré y pensé que era demasiado tarde para pedir nada.

La habitación en la que estaban tenía las paredes pintadas de un verde pálido decorado con espejos deslustrados, y la luz del techo les daba a todos un color cetrino. Comían bistés, y sobre la mesa había botellas de vino tinto que con aquella luz parecía negro.

—Acerca una silla, muchacho —dijo el señor Schultz—. ¿Tienes hambre? ¿Quieres algo?

Dije que no. El señor Schultz parecía más delgado y tenía la cara cansada y la boca en un permanente mal gesto. Estaba agobiado, y noté que llevaba las puntas del cuello de la camisa levantadas y que no le vendría mal un afeitado.

Eché a un lado el plato sin apenas probar la cena y encendió un cigarrillo, lo que era otro indicio, pues cuando se sentía dominador fumaba cigarros. Los demás siguieron comiendo hasta que vieron que la paciencia del jefe no daba para esperar a que acabasen. Uno tras otro fueron posando cuchillo y tenedor.

—Eh, Sam —llamó el señor Schultz, y de la cocina salió un chino que se llevó los platos y trajo tazas de café y una botella de leche. El señor Schultz se volvió y estuvo observándolo mientras volvía a la cocina. Después dijo—: Muchacho, hay un hijo de puta llamado Thomas Dewey. ¿Lo sabes, verdad?

—Sí, señor.

—¿Has visto su foto? —continuó, y sacó de la cartera una recortada de un periódico que plantó con fuerza en la mesa. El fiscal especial Dewey tenía un bonito pelo negro peinado con raya al medio, nariz respingona y el bigote al que había aludido el señor Hines, pequeño y de los de cepillo. Los ojos oscuros e inteligentes del señor Dewey me miraban llenos de una resuelta convicción de cómo había que dirigir el mundo—. ¿Enterado?

Asentí con un gesto.

—Vive en la Quinta Avenida, en una de esas casas que hay frente al parque.

Nuevo gesto mío de asentimiento.

—Te daré el número. Quiero que estés allí cuando salga por la mañana y veas adónde va y quién va con él, y quiero saber a qué hora ocurre eso, y cuándo vuelve a casa del trabajo, a qué hora y con quién. Dirige sus asuntos desde el edificio Woolworth, en Broadway, pero no tienes que ocuparte de eso. Solo de las idas y venidas de casa a la oficina y vuelta. Son esas idas y venidas lo que me interesa. ¿Crees que podrás hacerlo?

Observé al resto de los reunidos. Todos, incluso el señor Berman, miraban al suelo. Con las manos cruzadas sobre la mesa, parecían niños en sus pupitres escolares. Ninguno había dicho una palabra desde mi llegada.

—Creo que sí.

—¿Crees que sí! ¿Es esa la actitud que podía esperar de ti, creo que sí? ¿Has estado hablando con estos tipos? —dijo, señalando con el pulgar hacia la mesa.

—¿Yo? No.

—Porque yo esperaba que alguien en esta organización tuviese todavía agallas. Así tendría todavía en quien confiar.

—Por favor, jefe —dijo Lulu Rosenkrantz.

—Cállate, Lulu. Eres feo y estúpido, para que te enteres.

—Arthur, eso no está bien —dijo el señor Berman.

—Vete a la mierda, Otto. ¿Me están sacudiendo y vienes a decirme lo que no está bien? ¿Está bien que las den todas de un lado?

—Eso no fue lo convenido.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes saberlo tú?

—La decisión fue consultarlo; estás estudiándolo.

—Yo estoy estudiándolo, yo, yo. Porque soy yo quien va a hacerlo.

—Tenemos un pacto con esa gente.

—A la mierda los pactos.

—¿Ya no te acuerdas de que recorrió cientos de kilómetros para presentarte en la iglesia?

—Claro que me acuerdo. Apareció en aquella actitud como si él y el Papa juntos estuviesen haciéndome un gran favor. Después se sienta, se zampa mi comida, se bebe mi vino y no dice ni mu. ¡Nada! Lo recuerdo muy bien.

—Puede que no. Tal vez lo dijo solo con estar allí.

—La mayor parte del tiempo no hay quien le oiga; tienes que agacharte y acercar la cara a aquella boca que apesta a ajo, y aun así te da igual porque no sabes lo que significa nada de lo que dice, que algo le gusta, que algo no le gusta, da lo mismo, no sabes lo que está pensando, no sabes en qué relaciones estás con él. ¡Que ha quedado en estudiarlo! ¿Cómo voy a saberlo? ¿Puedes decirme lo que significan las cosas con ese hijo de puta? Yo, si algo me gusta te lo digo, y si no me gusta te lo digo también; si alguien no me cae bien, él es el primero en saberlo; así soy yo y así debería ser todo el mundo, no guardarse lo que piensan en cada momento y tenerte intentando adivinar la verdad.

El señor Berman encendió un cigarrillo y lo sostuvo entre el pulgar y el índice, resguardado en la copa que formaba la palma de su mano.

—Esas son cuestiones de estilo, Arthur. Tienes que mirar más allá, a la filosofía. Y la filosofía es que su organización está intacta; la tenemos a nuestra disposición, podemos utilizarla, disfrutar de su protección. Nos fusionamos con ella y juntos formamos un consejo y nos sentamos en él con voz y voto. Esa es la filosofía.

—Sí, es una gran filosofía, de acuerdo, pero ¿te has dado cuenta de que es detrás de mí de quien va ese cabrón de Dewey? ¿Quién crees que me azuzó a los federales? Es mi pierna la que tiene entre sus dientes.

—Debes comprender que tienen interés en nuestro problema porque es también el suyo. Saben que si ese acaba con *el Holandés* después les tocará a ellos. Por favor, Arthur, dales un cierto margen. Son hombres de negocios. Tal vez tengas razón, quizá sea ese el modo. Dijo que lo estudiarían para ver cómo podía hacerse, y ahora quieren tener tiempo para pensarlo. Sabes tan bien como ellos que aunque el muerto sea un cochino poli de a pie la ciudad se enfurece. Y este es un fiscal de categoría que sale a diario en los periódicos, un héroe del pueblo. Podrías ganar la batalla y perder la guerra.

El señor Berman siguió hablando. Quería tranquilizar al señor Schultz. Mientras continuaba desgranando su argumentación, Lulu asentía a cada paso con la cabeza y arrugaba la frente como si hubiera estado a punto de decir eso mismo. En cuanto a Irving, seguía con los brazos cruzados y la vista baja. Con cualquier... Cualquier decisión que se tomase estaría de acuerdo, como siempre, como haría hasta el día de su muerte.

—El hombre de negocios moderno trata de asociarse para ganar fuerza y simplificar las cosas —decía el señor Berman—. Al formar parte de algo mayor, su fuerza aumenta. Participa en acuerdos sobre prácticas, precios y territorios, y para controlar los mercados. Consigue modernizarse, y de ese modo los resultados mejoran. Nadie se pelea con nadie, y la parte que ahora tiene le resulta más provechosa que antes el pastel entero.

Pude ver cómo el señor Schultz iba relajándose. Había estado echado hacia adelante y agarrado al borde de la mesa como a punto de volcarla, pero al cabo de un

rato volvió a recostarse en la silla y se llevó la mano a la cabeza como si le doliese, en un gesto de perplejidad que fue quizá lo que más me empujó a romper a hablar como lo hice.

—Discúlpeme. Ese hombre que usted mencionó, el que vino a la iglesia, la señora Preston me dijo algo sobre él.

Hablaré de aquel momento, de lo que creía estar haciendo, o lo que ahora pienso que creía estar haciendo, porque fue el momento en que se tomó la decisión, pienso en todas sus muertes y en las maneras de morir, pero más en aquel momento de la decisión, de donde vino, que no fue del corazón o de la cabeza, sino de la boca, de la forjadora de palabras, de la lingüista de gruñidos, gemidos, quejidos y chillidos.

—La señora Preston lo conocía —dije—. Bueno, no es que lo conociese, pero se había encontrado con él. No lo recordaba del todo, pues de lo contrario lo hubiese mencionado. Claro que bebía —dije, mirando un instante a Irving—, me lo dijo ella misma, y cuando bebes no recuerdas gran cosa. Pero lo que notó en la calle, frente a St. Barnabas, es que cuando usted los presentó él la miraba como si la reconociese. Pensó que quizá se habría encontrado con él antes.

Había tal silencio ahora en la Palace Chophouse and Tavern que oía la respiración del señor Schultz. La magnitud de su respiración me era tan familiar como su voz, su pensamiento, su carácter; entraba despacio y salía rápidamente, en una especie de ritmo uno-dos que dejaba entre cada una y la siguiente un silencio que más parecía una vacilación sobre si respirar o no.

—¿Dónde lo conoció? —dijo, muy tranquilo.

—Creía que debía de haber sido con Bo.

El señor Schultz giró en su silla para dar frente al señor Berman, se echó hacia atrás, metió los pulgares en los bolsillos de la chaqueta y una amplia sonrisa se dibujó en su cara.

—¿Oyes eso, Otto? Te hartas de andar a tuestas y resulta que tenías ahí al chico para guiarte.

Al momento siguiente había saltado de la silla y me había golpeado en la cabeza, debió de ser con el antebrazo, yo no sabía lo que ocurría, la habitación daba vueltas, me sentí de repente aturdido, pensé que había sido una explosión, que la habitación se desplomaba sobre mí, vi que el techo se alejaba y el suelo saltaba hacia mí, yo volaba hacia atrás en la silla, caía de espaldas en la silla en que había estado sentado, y al llegar abajo me quedé allí tumbado lleno de asombro, queriendo agarrarme al suelo pues pensaba que estaba moviéndose. Después sentí terribles dolores en el costado, uno tras otro, y cuando me volví resultó que el señor Schultz estaba dándome patadas, traté de alejarme rodando, gritaba y oí que arrastraban las sillas, hablando todos a la vez, y lo apartaron de mí, fueron Irving y Lulu los que lo separaron de mí, me di cuenta más tarde, cuando empecé a oír en mi cabeza lo que habían estado diciendo, *es un muchacho, por favor, Dios mío, déjalo, jefe, déjalo*, todo un rosario de palabras tensas y atropelladas en medio de la violencia.

Después, al ponerme boca arriba, lo vi soltarse de ellos con una sacudida de hombros y alzar las manos.

—Está bien —dijo—. Está bien. No pasa nada.

Se acomodó el cuello, se estiró la chaqueta y volvió a sentarse. Irving y Lulu me cogieron por los sobacos y me pusieron instantáneamente en pie. Me sentía mal. Levantaron mi silla y me sentaron en ella, y el señor Berman empujó hacia mí un vaso de vino. Lo cogí con las dos manos y conseguí echar un trago. Me zumbaban los oídos y sentía un dolor agudo en el costado izquierdo cada vez que respiraba. Me senté muy tieso; de esa manera tu cuerpo acepta instantáneamente lo que le ha ocurrido, aunque no lo acepte tu mente; sabía que si me sentaba bien derecho y respiraba solo someramente por la nariz el dolor se aliviaría un tanto.

—Bueno, chico —dijo el señor Schultz—, eso fue por no decírmelo antes. Oíste lo que dijo esa tía y debiste acudir a mí en seguida.

Empecé a toser, pequeñas toses secas que resultaban atrozmente dolorosas. Bebí más vino.

—No había podido antes —dije, mintiendo. Tuve que aclararme la garganta para recuperar la voz; no quería que sonase plañidera, quería parecer ofendido—. Estuve ocupado haciendo lo que me encargaba, eso fue todo.

—Déjame terminar, por favor. ¿Cuántos de esos diez grandes te quedan?

Saqué con manos temblorosas cinco mil dólares de la cartera y los puse sobre el blanco mantel.

—Está bien. —Cogió todos los billetes menos uno—. Este es para ti —dijo, empujándolo hacia mí—. Un mes adelantado. Ahora estás en nómina con doscientos cincuenta a la semana. Así es la justicia, ¿te das cuenta? Igual que mereciste una paliza ahora mereces esto. —Miró en torno a la mesa—. No he oído a nadie más una palabra sobre nuestro padrino del centro.

Nadie dijo nada. El señor Schultz sirvió vino en todas las copas y bebió el suyo chascando fuertemente los labios.

—Ya me siento mejor. No me daba buena espina aquella reunión, no me causó buena impresión. No sé cómo asociarme. No sabría por dónde empezar. Nunca fui muy sociable, Otto. Nunca le pedí nada a nadie. Todo lo que conseguí fue por mí mismo; he trabajado duro. Y cómo y dónde lo consigo es cosa mía; hago lo que quiero, no lo que quieren otros. ¿Me junto con esa gente y de pronto resulta que tengo que preocuparme por sus intereses? Me importan un rábano sus intereses. De modo que a qué viene todo este jaleo. No voy a ceder por muchos fiscales que vengan a por mí. Eso es lo que estaba tratando de deciros, pero no encontraba las palabras. Ahora di con ellas.

—Eso no tiene por qué querer decir nada, Arthur. A Bo le gustaba divertirse. Pudo haber sido en el hipódromo, o en un club. No tiene por qué ser importante.

El señor Schultz sacudió la cabeza, sonriente.

—Mi querido Abbadabba, no sabía que los números sirviesen para soñar. Un

hombre me da su palabra y no es tal palabra. Un hombre trabaja para mí todos estos años y en cuanto vuelvo la espalda me la juega. ¿Quién ha podido cambiarlo? ¿Quién en Cleveland puede tener semejante idea?

El señor Berman estaba muy agitado.

—Arthur, no hablamos de un estúpido; es un hombre de negocios que mira las posibilidades y elige el camino más fácil, en eso reside toda la filosofía de la asociación. No necesitaba ver a la chica para saber dónde estaba Bo. Y te dio una muestra de respeto.

El señor Schultz se apartó de la mesa. Sacó el rosario y empezó a hacerlo girar, describiendo círculos cada vez más pequeños hasta quedar enroscado a su mano con el extremo como un péndulo, para en seguida volver a girar en sentido contrario, hasta enroscarse de nuevo.

—De modo que ¿quién hizo cambiar a Bo? Ya veo tu preciosa asociación, Otto. Veo a todo el cochino mundo uniéndose contra mí. Veo al hombre que me lleva a la iglesia, me hace su hermano y me abraza y me besa en la mejilla. ¿Es eso amor? Esa gente no siente más amor por mí del que yo siento por ellos. ¿No será más bien el beso de la muerte siciliano? ¡Qué me vas a contar!

Y así fue como vine a seguir a Thomas E. Dewey, el fiscal especial nombrado para acabar con las bandas, y futuro fiscal de distrito, gobernador de Nueva York y candidato republicano a la presidencia de Estados Unidos. Vivía en una de esas casas de apartamentos del acantilado de caliza de la Quinta Avenida que da sobre Central Park, no lejos del Savoy-Plaza. En una semana me familiaricé con el barrio. Solía pasear por el otro lado de la calle, a lo largo de la tapia del parque, a la sombra de los árboles, a veces divirtiéndome tratando de no pisar las rayas del pavimento. Por la mañana temprano el sol irrumpía en las bocacalles llenándolas de luz y salía disparado por los cruces como los rayos de las pistolas de Buck Rogers. Yo pensaba todo el tiempo en disparos, los oía en el petardeo de los camiones, los veía en los rayos, los leía en las líneas de tiza que pintaban los chiquillos en las aceras, todo eran disparos en mi cabeza mientras seguía al fiscal con vistas a prepararlo para el asesinato. Al anoecer, el sol se ponía por encima del West Side y los edificios de caliza de la Quinta Avenida despedían reflejos dorados en las ventanas y blancos en el resto de la fachada, mientras doncellas de uniforme cerraban las cortinas o bajaban las persianas.

En esos días yo me sentía muy cercano al señor Schultz, era el único que cooperaba animosamente con él; su consejero de mayor confianza deploraba sus intenciones, sus dos ayudantes y guardaespaldas más leales experimentaban graves dudas, y solo yo estaba de veras a su lado, lo sentía, y debo confesar que me emocionaba ser el único que lo acompañaba en su cavernosa transgresión, me había aporreado y pateado las costillas y ahora sentía por él auténtico cariño, le perdonaba, quería que me quisiera, me daba cuenta de que a él le pasaba por alto cosas que a nadie más toleraría, por ejemplo aún no le había perdonado a Lulu Rosenkrantz mi nariz rota, y de hecho no me gustaba el modo en que el señor Berman me había burlado veintisiete centavos con uno de sus baratos trucos matemáticos aquella vez en la oficina de la lotería clandestina de la calle 149, cuando yo apenas le había cogido el aire a la organización; el señor Berman había sido mi mentor desde entonces, guiándome generosamente, educándome, y sin embargo aún no le había perdonado la pérdida de mis peniques de chaval.

No puedes esperar seguir eficazmente a alguien si no tienes un aspecto corriente y apropiado al lugar. Compré una patineta, me puse mis pantalones buenos y una camisa de polo y anduve así durante un día más o menos; después compré un cachorrillo en una tienda de animales de compañía y lo llevaba con una correa, pero la gente que había salido temprano a pasear al perro no hacía más que pararme para decirme lo mono que era mientras su chucho aprovechaba para olerle el culillo, y eso

no era bueno, de modo que lo devolví, y solo cuando tomé prestado el cochecito de mimbre de mi madre durante un par de días y lo llevé al centro en taxi para pasear con él como un hijo mayor que cuida del nuevo rorro de su madre pensé que había dado con el camuflaje adecuado. Le compré a Arnold Garbage por veinticinco centavos una muñeca con un gorro de algodón que le diese sombra en la cara; a la gente le gustaba sacar a sus niños por la mañana temprano, a veces eran niñeras con medias blancas y capas azules que empujaban esos complicados coches de grandes muelles, pintados al duco y protegidos con tul para impedir que los insectos se acercasen a las criaturitas, de modo que le puse una especie de cortina de tul al cochecito para que aunque alguna señora se volviese, curiosa, no pudiera ver lo que había dentro, y unas veces paseaba y otras me sentaba en un banco justo enfrente de la calle donde él vivía y empujaba el cochecito para allá y para acá y lo hacía saltar suavemente sobre sus maltrechos muelles, y de esta manera aprendí que las primeras horas de la mañana eran las de menos gente y rutina más inflexible: sin duda la salida matinal del señor Dewey era el mejor momento para despacharlo.

A mi madre le gustó la muñeca, le complació verme penetrar en su imaginación con ella, de modo que revolvió en su viejo cofre de cedro en busca de la ropa de niño que había allí, mi ropa de niño, para vestir a la muñeca con las anticuadas botas y gorritos con que me había vestido a mí quince años antes. Pero todo esto era la inocencia del asesinato, quería a mi madre por ser inocente de los crímenes que la rodeaban, como lo son los profetas, la quería mucho por la serena locura que había elegido para soportar los crímenes en su vida de amor, y si tenía algún escrúpulo por el trabajo que estaba haciendo me bastaba pensar en ella para saber que tenía a mi favor el valor de mi resolución innata y así poder confiar en que todo iba a salir bien, en que todo terminaría como yo soñaba.

De hecho, diré ahora que mientras tuve parte de esos acontecimientos en mis manos sabía que no iba a manchármelas de sangre. Me doy cuenta de que semejante seguridad parece atender solo a mis intereses egoístas y pido disculpas por ello a los parientes y herederos del señor Dewey por la repugnancia que puedan sentir, pero estas confesiones lo son de una infancia salvaje y desolada y no veo razón para mentir.

Lo extraño es que por quien lo sentía era por el señor Berman, quien debía de haber tomado el momento elegido por mí para revelar lo que me había dicho Drew Preston como una traición, como el instante de su perdición, el fin de todos sus planes cuando su hombre no fuera finalmente llevado al nuevo reino que él preveía, en el que los números mandaban, pasaban a ser el lenguaje y reescribían el libro. A propósito de esta idea, aquel atildado y menudo jorobado de dedos como garras me dijo una vez: «Lo que dice el libro, bueno, permíteme decirlo de este modo, es que puedes tomar todos los números, agitarlos, lanzarlos al aire y dejarlos caer a su antojo, y volviéndolos a convertir en letras tendrás un libro completamente nuevo, nuevas palabras, nuevas ideas, un lenguaje nuevo con nuevos significados y en el que



ocurren cosas nuevas, un libro enteramente nuevo». Si uno lo piensa se trata de una propuesta peligrosa, de X, el valor que él no podía soportar, el número desconocido.

Pero en la última mirada que me lanzó por encima de las gafas, con los ojos de color castaño agrandándose hacia sus bordes azules, lo vio todo instantáneamente, como en una especie de reproche desesperado. Qué cosita tan cambiante es la mente, cómo la afecta el caos exterior; aquel hombrecillo era valiente, había logrado una vida brillante gracias a un don, y había sido siempre amable conmigo, aunque tortuosamente instructivo. Me pregunto si lo que dije tuvo tanta importancia, si no fue mejor para el señor Schultz sucumbir sabiendo cuál era su situación, como Bo Weinberg, si no se le debía ese honor, mientras que pudo no haber sabido nunca lo que ocurría. De cualquier modo, ahora creo que lo supo siempre, que quizá fue por eso por lo que hizo pública su intención de asesinar al fiscal, un acto suicida en cualquier caso, ya fuese real o solo propuesto, y ocurrió como él dijo, que le di las palabras que andaba buscando para expresar lo que sentía, que a la edad de, ¿cuántos, treinta y tres, treinta y cinco?, se había quedado sin respiro posible, hacía ya tiempo que todos los elementos para su destrucción se habían combinado, y su vida se iba extinguiendo, como la de una mecha.

Pero lo que yo había hecho era, creo, transmitir un mensaje entre íntimos, un mensaje necesario que no podía dejar de dar, aunque lo hubiese intentado, y él comprendió que lo había intentado y por eso me dio una paliza. Conocía tan bien a los dos... Drew me había vuelto a convertir en un niño cuando me lo pidió, «¿Díselo, quieres?», y levantó los gemelos para que yo pudiese ver desfilar a los caballitos.

Y después llegó la hora de dar mi informe, y es una noche, ya tarde, en la misma habitación trasera del Palace, con las paredes verde pálido y los espejos empañados espaciados regularmente en marcos que sugieren con unas cuantas líneas de hojalata hueca la modernidad del rascacielos, en una jerarquía de arcos que es como un conjunto de chicas bonitas en un escenario, con las rodillas levantadas, y están todos sentados a la misma mesa del fondo con el mantel impecablemente limpio, y cuando llego es tan tarde que ha terminado la cena y ahora tienen ante ellos no los gruesos platos, tazas y platillos, sino las finas cintas de máquina de la calculadora, su eterna fascinación. Es medianoche, lo vi al entrar en el reloj azul neón que había sobre la barra, medianoche, el momento de la justicia unido al de la clemencia, Medianoche, el mejor nombre para Dios.

Y ese es el momento en que estoy finalmente con ellos, como uno de ellos, su confidente, su colega. Lo primero que me invade es una sensación de destreza, el placer de saber hacer bien una cosa. Después viene el gusto maligno por la conspiración, el poder que sientes simplemente por verte planeando matar a alguien que en ese momento puede estar besando a su mujer, limpiándose los dientes o leyendo para dormirse. Eres el puño alzado en su oscuridad, tú lo harás salir de su

ignorancia, le costará la vida saber lo que tú sabes.

Sale todas las mañanas exactamente a la misma hora.

¿A qué hora?

Las ocho menos diez. Le espera un coche, pero los dos policías de paisano se apean para recibirlo en la puerta y caminan con él mientras el coche los sigue. Van juntos hasta la Setenta y Dos, y allí entra en el *drugstore* Claridge y hace una llamada desde la cabina.

¿Todos los días?

Todos. Hay dos cabinas telefónicas a la izquierda, junto a la entrada. El coche sigue un poco más y se detiene a esperar, y los guardaespaldas están de pie fuera mientras hace la llamada.

¿Que esperan fuera?, quiere cerciorarse el señor Schultz.

Sí.

¿Qué hay dentro?

A la derecha según se entra está un mostrador donde se puede desayunar. Todos los días hay una especialidad diferente.

¿Mucha gente?

Nunca he visto más de una o dos personas a esa hora.

Y después, ¿qué hace?

Sale de la cabina, hace una seña al dependiente y se va.

¿Cuánto tiempo está dentro en total?

Nunca más de tres o cuatro minutos. Solo hace esa llamada a su despacho.

¿Cómo sabes que es a su despacho?

Lo he oído. Entré para mirar las revistas. Les dice lo que deben hacer, cosas que se le han ocurrido durante la noche. Tiene un pequeño bloc y lee sus notas. Hace preguntas.

¿Por qué va a tener que salir de casa para llamar por teléfono?, dice el señor Berman. Y además camino del trabajo, donde va a verlos dentro de un cuarto de hora.

No lo sé. Para encontrarse más cosas hechas.

¿Tendrá miedo de que lo graben?, dice Lulu Rosenkrantz.

¿Al fiscal?

Lo sé, pero él sabe mucho de eso, tal vez no quiera correr el riesgo llamando desde su casa.

Está continuamente viendo a testigos, dice el señor Schultz. Es muy reservado, los lleva allí por la parte de atrás para que nadie sepa quién está cantando. Tiene razón Lulu. No hay truco del que no eche mano.

¿Y el viaje de vuelta?, dice el señor Berman.

Trabaja hasta muy tarde. Puede volver a cualquier hora, incluso a las diez. Cuando para el coche, se apea y en un segundo está en el vestíbulo.

No, el chico lo ha visto bien, dice el señor Schultz, el mejor momento es por la mañana. Pones a dos tipos con silenciadores en el mostrador tomando café. ¿Hay

alguna salida?

Una puerta trasera que da al vestíbulo del edificio. Se puede bajar al sótano y salir a la calle Setenta y Tres.

Bien, dice poniéndome la mano en el hombro, muy bien, y siento el calor y el peso de esa mano, como la de un padre, familiar, cargada de orgullo, y veo su cara satisfecha, sus grandes dientes en la boca abierta por la risa. Vamos a enseñarles lo que no se puede hacer, ¿verdad?, les enseñaremos hasta dónde no se debe llegar nunca. Yo estaré en Jersey mientras tanto y pondré una cara así de larga y diré que no tenía nada personal contra él. ¿Os parece bien? Me aprieta el hombro y se levanta. Me darán las gracias, dice al señor Berman, acabarán dando las gracias al Holandés por haber hecho esa advertencia, toma nota de lo que digo. Eso es lo que significa modernizarse, Otto. Eso.

Se tira de las puntas de la chaqueta y se va al cuarto de baño. Nuestra mesa está en el rincón, en uno de los ángulos rectos que forman las paredes verde pálido. Yo estoy frente a ellas, con la espalda hacia la puerta que conduce al bar, pero tengo una ventaja, porque el espejo empañado me permite ver más metros del pasillo que a alguien sentado debajo del espejo y que mira de frente. Los espejos tienen la virtud de mostrarte cosas que de otro modo no están allí. Veo el reflejo azul neón del tubo del reloj de encima de la barra donde invade el suelo del pasadizo que se adelanta en la oscura taberna. Es como la luz de la luna sobre un agua negra. Después el agua parece ondular. Al mismo tiempo oigo cómo el trapo del barman se detiene, deja de golpear el mostrador de cinc, debajo de los grifos de la cerveza. Y ahora oigo que oí cómo las puertas de la calle se abrían y cerraban con una suavidad anormal.

¿Cómo lo supe? ¿Con la primera voluta de humo que se alzó de los gruesos cables del intento criminal? ¿Pensé acaso que en nuestro conspirar habíamos invocado imágenes demasiado poderosas para ese momento, como en una misa negra, de modo que se habían invertido e iban a caer sobre nosotros para destruirnos? Tengo esa primera noción de haberme echado hacia adelante en la silla, con el cuerpo aprestándose desde la base de la espina dorsal.

Silenciadores, dice Lulu, pensando en su vida futura. El señor Berman está volviéndose para mirar hacia la entrada y los ojos de Irving se levantan conmigo cuando me pongo de pie. Reparo en lo bien peinados que están sus finos cabellos, qué limpiamente en su sitio. Después estoy en el corto pasadizo que lleva a la cocina, situada en la parte de atrás. Encuentro la puerta del servicio de caballeros. Me golpea el hedor salado a evacuatorio público. El señor Schultz está de pie en el urinario con las piernas separadas y las manos en las caderas, de modo que la espalda de la chaqueta le hace vuelo hacia atrás, y sus aguas describen un arco que va a caer en el sumidero, levantando así el rico sonido espumoso del hombre orgulloso en su micción. Trato de explicarle que hacerlo así es tremendamente anticuado, y cuando oigo las pistolas pienso que se ha electrocutado por el pene, que cometió el error, sobre el que he leído en los libros de curiosidades, de orinar durante una tormenta,

cuando el rayo puede brotar del suelo en un repentino arco iris dorado y fulminante.

Pero no está electrocutado, sino apiñado conmigo en aquel cuartucho, yo estoy de pie sobre el asiento del retrete y su hombro me golpea mientras se esfuerza por sacarse la pistola del cinturón, ni siquiera sé si sabe que estoy allí, sostiene el arma montada apuntando al techo y con la otra mano está haciendo algo asombroso, trata de abrocharse la bragueta, no oímos las explosiones, solo nos zarandean, nos retumban en los oídos, se convierten en un continuo desastre que irrumpe en los oídos, y busco en el bolsillo de la chaqueta de los Shadows mi Automatic, y está enganchada en el forro y tengo que forcejear con ella, tan desgarbado como el señor Schultz, y al fin huelo la pólvora, la secuela amarga y sulfurosa que viene por debajo de la puerta como un gas venenoso, y en ese momento el señor Schultz parece darse cuenta de que allí dentro no hay una verdadera protección, de que van a matarlo en un retrete, y levanta el pestillo con un golpe del canto de la mano y tira de la puerta del servicio para abrirla, y comprendo que está gritando, un gran grito de rabia sin palabras brota de él mientras salta fuera y levanta los brazos para disparar, y a través de ambas puertas, mientras las mantiene abiertas el viento del fuego, veo la negra mancha ovalada de sudor bajo su brazo, lo veo avanzar tambaleándose y desaparecer, veo la pared verde pálido del pasillo y oigo el rugido más profundo de un nuevo calibre que no cesa mientras el señor Schultz aparece de nuevo, retrocede dando vueltas sobre sí mismo y vuelve a salir tambaleándose, dejando trazas sensibles de los agujeros que lleva en la pared del pasadizo, mientras las puertas giran lentamente hasta cerrarse.

No sabéis lo que es urgencia si no os ha retumbado una pistola en los oídos, es el estado de ser capaz de hacer cualquier cosa, de desafiar todas las leyes. Al fondo del cuartucho, justo debajo del techo, hay una pequeña ventana, como un tragaluz, uso la cadena de la cisterna para subir hasta donde puedo alcanzarla, se abre hacia adentro y hacia abajo con un par de bisagras acodadas, la ventana es demasiado pequeña para pasar por ella, de modo que empiezo por los pies, balanceándolos hacia arriba y enganchando uno y después el otro, y luego me retuerzo hacia un lado y paso las piernas y después las caderas y por último mis doloridas costillas, y a continuación me dejo ir con los brazos sobre la cabeza como Bo cuando cayó al mar, me doy un buen porrazo al llegar al suelo, un piso de cenizas aplastadas como el firme de una vía del tren que me comprime las piernas, siento un dolor agudo, me he torcido el tobillo, tengo cenizas clavadas en las palmas de las manos y el corazón parece haberseme torcido, golpea furiosamente con un ritmo entrecortado como si se hubiera salido de su sitio, se desliza alrededor de mi pecho, se aloja en mi garganta, es lo único que oigo, corro cojeando por el callejón sujetando la pistola en el bolsillo de la chaqueta como un gánster de verdad en plena acción, atisbo la calle desde la esquina de la Palace Chophouse and Tavern, y a media manzana de allí un coche sin luces y a toda velocidad colea, vacila un momento y al siguiente se pierde entre las sombras de la calle, y observo y espero pero no vuelvo a verlo, no le veo tomar la curva. Salgo a

la calzada, y la larga callejuela está vacía bajo los cables del tranvía hasta donde alcanzo a ver.

Lo que ahora oigo es el estallido de mis propios sollozos. Abro la puerta del bar y miro dentro, el humo flota entre la luz azul y el brillo de las botellas. La cabeza del barman asoma por encima de la barra, y al verme parece decapitarse y eso es divertido, es gracioso el miedo, voy cojeando hasta la parte de atrás, giro, recorro el mismo corto pasillo que la visita, y antes de mirar en la habitación, ah, el aire huele a cosas mal quemadas y está húmedo de sangre, no quiero ver aquel desastre carnicero, no quiero que me contamine el terrible y repentino ataque de la peste. Y he sufrido un desengaño tan grande con ellos... Atisbo dentro, casi tropiezo con Irving, de bruces, la pistola en la mano y una pierna levantada como si estuviese todavía expulsándolos, y paso por encima de él y Lulu Rosenkrantz está sentado acribillado contra la pared, no llegó a abandonar su silla, volcada precipitadamente, convertida en un sillón de barbero que su cabeza sujeta contra la pared, Lulu tiene el pelo tieso, listo para el corte, sostiene el cuarenta y cinco en la mano abierta sobre sus rodillas como si fuera su pene y mira fijamente al techo como en el esfuerzo intenso y ciego de la masturbación, mi desengaño es cruel, no siento pena sino que hayan muerto tan fácilmente, como si no tuviesen el menor apego a sus vidas, eso es lo que me desilusiona, y el señor Berman está de bruces sobre la mesa, su espalda puntiaguda tensa el tejido de la chaqueta a cuadros en un agujero de sangre que va ensanchándose, tiene los brazos echados hacia adelante, la mejilla contra la mesa y las gafas aplastadas sujetas solo por una patilla y con la otra alejada de la sien, el señor Berman me ha fallado también, estoy ofendido, otra vez sin padre, siento una nueva oleada de orfandad, que se hayan ido tan de repente, como si no hubiese toda una historia de nuestra vida juntos en la banda, y lo conversado fuese una ilusión, y la secuencia del ocurrió esto y después aquello y yo dije y él dijo se redujese a la incredulidad momentánea de la Muerte, a la Muerte deteniendo un instante su mano, incrédula ante nuestra arrogancia, al ver que de verdad creíamos en la importancia de nuestro existir, como si no fuésemos a apagarnos en cualquier momento sin que quedase de nosotros ni siquiera algo tan considerable como una voluta de humo o el resuelto silencio con que termina una canción.

El señor Schultz, tumbado de espaldas en el suelo, estaba todavía vivo, y, con los pies ligeramente vueltos hacia afuera, me miraba muy tranquilo. Su gesto era solemne, tenía la cara reluciente por el sudor y la mano dentro de la chaqueta ensangrentada, como Napoleón posando para un retrato, y parecía dominar tan imperialmente la situación que me puse en cuclillas y le hablé suponiéndolo muy racionalmente al tanto de su situación, lo que no era verdad. Le pregunté qué debía

hacer, si debía llamar a los polis y llevarlo a él a un hospital, estaba listo para cumplir sus órdenes, sin ignorar lo grave de su estado pero medio esperando que me pidiera que lo ayudase a levantarse, o a sacarlo de allí, y en cualquier caso que fuera él quien decidiese lo que había que hacer y cómo. Me miró tan tranquilo como antes pero, sencillamente, no respondió; estaba hasta tal punto conmocionado por lo que le había ocurrido que ni siquiera sentía dolor.

Pero había una voz en la habitación, la oí ahora como si fuera aquel humo acre quien hablaba, era un susurro, demasiado débil para entenderlo, y sin embargo los labios del señor Schultz no se movían, tan solo me miraba fijamente como si, dado el carácter de mis sentimientos, su mirada impasible estuviese ordenándome escuchar, y traté de localizar el sonido, era aterrador, fragmentario, ¿de dónde venía?, por un momento pensé que era yo que sorbía los mocos al respirar, me limpié la nariz con la manga, me sequé los ojos con el dorso de la mano y contuve el aliento, pero volví a oírlo y el terror hizo que se me doblasen las rodillas, mientras me daba cuenta, al girar sobre los talones, de que era Abbadabba hablando desde su mueca pegada a la mesa, y grité, no creía que estuviese vivo, pensé que hablaba desde su muerte.

Después me pareció de lo más natural que la división del trabajo que había entre ellos se expresase también en aquel momento, el reparto de tareas entre el cerebro y el cuerpo, y que mientras el señor Schultz estuviera vivo, el señor Berman seguiría pensando por él y siendo su portavoz, por muy corporalmente muerto que estuviese. Por supuesto el señor Berman seguía vivo, aunque no mucho, pero fue aquella otra idea la que se le presentó como explicación lógica a mi mente. Quizá fuese un consuelo para mí pensar que era yo quien los había separado. Dejé que mi cabeza descansara en la mesa junto a la suya y ahora diré aquí lo que dijo, aunque no me es posible evocar el tiempo que tardaba su voz en aprestarse para cada palabra, con largos descansos entre ellas mientras buscaba aliento como quien busca en sus bolsillos un dinero que no puede encontrar. Yo, mientras aguardaba, contemplaba las borrosas columnas de números de las cintas de su calculadora, esparcidas por la mesa. Había montones de números. Después, para asegurarme de que oía con exactitud, empecé a observar cómo se formaban las palabras en sus dientes antes de escucharlas. Me resulta difícil transmitir la sensación de esencial inocencia que daba lo que decía. Antes de que acabase, se oía ya el sonido lejano de las sirenas de la policía, y le resultaba tan difícil hablar que murió del esfuerzo: «Derecha», dijo. «Tres tres. Izquierda dos veces. Dos siete. Derecha dos veces. Tres tres».

Cuando me di cuenta de que el señor Berman había muerto, o muerto otra vez, fui hasta donde estaba Schultz. Ahora tenía los ojos cerrados y se quejaba, era como si estuviese recuperando la conciencia de lo sucedido, no quería tocarlo, estaba húmedo, y demasiado vivo para tocarlo, pero pasé los dedos por el bolsillo de su chaqueta, noté una llave y la saqué, y limpié la sangre de la chaqueta, y encontré el rosario en el bolsillo del pantalón y se lo puse en la mano, y después, dado que los coches de la policía estaban parándose enfrente, volví a los servicios y salí otra vez por la ventana,

sometiendo de nuevo a tortura a mis costillas y mi tobillo, y al final del callejón la calle iba llenándose de luces, gente que corría y coches que se detenían, aguardé un par de minutos, salí confundiéndome con la multitud y estuve un rato enfrente, a la entrada de una tienda de radios, y vi cómo sacaban los cadáveres en camillas cubiertos con sábanas, salió el barman hablando con policías de paisano y después sacaron al señor Schultz atado con correas a una camilla y con el ayudante de la ambulancia sosteniendo a su lado una botella de plasma sanguíneo, y relampaguearon las Speed-Graphic, y cuando los fotógrafos tiraron en la calle sus lámparas usadas explotaron como disparos, lo que hizo que la gente del vecindario que había salido a mirar en albornoces y batas saltase nerviosamente atrás, y todos se echaron a reír y la ambulancia que llevaba al señor Schultz se alejó lentamente tocando la sirena, y los hombres corrieron a su lado un trecho para mirar por la ventanilla de atrás, los asesinatos son algo excitante y provocan en la gente una emoción parecida a la que se supone produce la religión, después de ver uno en la calle las parejas jóvenes vuelven a la cama y hacen el amor, la gente se santigua y da gracias a Dios por el don de sus vidas letárgicas y los viejos hablan mientras toman tazas de agua caliente con limón porque los asesinatos son sermones animados que deben ser analizados, considerados y degustados, le hablan al tímido de los peligros de la rebeldía, los crímenes son percibidos como momentáneas venidas de Dios y en consecuencia proporcionan alegría, esperanza y honrada satisfacción a los feligreses, que después hablarán de ellos durante años a quien quiera escucharlos. Me acerqué a la esquina y me alejé rápidamente de allí por una bocacalle, a continuación hice un circuito a dos manzanas de la Palace Chophouse and Tavern; cuando eso no dio resultado me alejé otras dos manzanas y describí un cuadrado más amplio, y por ese sistema encontré en la calle Trenton el Robert Adams, un hotel de cuatro plantas de ladrillo pálido del que colgaban herrumbrosas escaleras de incendios. Me fue fácil pasar sin que me viera el empleado que dormía detrás del mostrador de recepción y subir cojeando las escaleras hasta la cuarta planta, donde, tras leer el número de la llave que había cogido del bolsillo del señor Schultz, me metí en su habitación.

Estaba dada la luz. En el armario, detrás de la ropa colgada, había una caja de caudales más pequeña que la que yo recordaba del escondite en las afueras de Onondaga. No conseguí abrirla en seguida. Podía oler su ropa, que olía a él, a sus cigarros y a sus cóleras, y las manos me temblaban. No estaba bien, sentía un dolor que me revolvía el estómago, de modo que me llevó unos minutos dar con la combinación, a la derecha hasta el treinta y tres, dos vueltas a la izquierda hasta el veintisiete y dos a la derecha hasta volver al treinta y tres. Dentro de la pequeña caja había montones de billetes sujetos con gomas, la realidad concreta y actual de todos aquellos números de las cintas. Los saqué poco menos que a paletadas y los puse en una elegante maleta de caimán que Drew Preston había elegido para el señor Schultz en los primeros tiempos de su felicidad en tierras del norte. Los billetes la llenaron por completo; fue muy satisfactorio edificar aquella sólida geometría con los

números. Una alegría grande y solemne me iba llenando el pecho, bajo la forma de gratitud a Dios, a medida que iba dándome cuenta de que no había cometido errores capaces de ofenderlo. Acababa de echar los cierres cuando escuché los pasos de varias personas que subían corriendo las escaleras del viejo hotel. Volví a cerrar la caja, corrí la ropa colgada del señor Schultz hasta dejarla delante, salí por la ventana, trepé por la escalera de incendios y pasé una noche, era el 23 de octubre de 1935, en la terraza del hotel Robert Adams de Newark, Nueva Jersey, sollozando y sorbiendo las lágrimas como un pobre huérfano, hasta caer dormido finalmente con el pálido amanecer, cuando, hacia el este, pude ver a lo lejos la tranquilizadora silueta del Empire State Building.



**A**l señor Schultz lo habían herido mortalmente y murió en el hospital de Newark la noche siguiente, poco después de las seis. Poco antes una enfermera trajo a la habitación la bandeja con la cena y la dejó allí, al no haber recibido instrucciones en contrario. Salí de detrás del biombo donde había estado escondido y me lo comí todo, consumé, cerdo asado y zanahorias, una rebanada de pan blanco, té y, de postre, un tembloroso trozo de jalea de lima. Después le cogí la mano. Para entonces estaba en coma y yacía inmóvil con el amplio, desnudo y mal cosido pecho jadeante, pero durante horas, en realidad toda la tarde, había estado delirando y hablaba sin parar, gritaba, lloraba, daba órdenes y entonaba canciones, y, dado que la policía estaba tratando de descubrir quién había disparado, mandaron a un taquígrafo para anotar sus desvaríos.

Detrás de mi biombo encontré una tablilla de las que usaban las enfermeras con varios impresos para historiales médicos, y en el cajón de arriba de una mesa de metal blanca, que abrí muy poco a poco, un resto de lápiz, y anoté también lo que decía. La policía estaba interesada en saber quién lo había matado. Yo lo sabía, de modo que solo escuché en espera de la sabiduría de toda una vida. Pensaba que al final un hombre, delirante o no, diría las mejores cosas de que era capaz. Me figuraba que el delirio era solo una especie de clave. Mi versión no coincide siempre con la transcripción oficial; al estar hecha en escritura normal, es más selectiva; hay palabras oídas solo a medias y errores fruto de mi emoción, aparte del cuidado que debía tener para que no se diese cuenta de mi presencia ninguno de los que entraron en diversos momentos en la habitación, que a veces estuvo muy concurrida, con el taquígrafo, los policías, el médico, el cura, la auténtica esposa y el resto de la familia del señor Schultz.

La transcripción del taquígrafo llegó a la prensa, de modo que Dutch Schultz es hoy recordado por su muerte prolongada y locuaz, al proceder de una cultura en la que tiende a ocurrir bruscamente y a hombres que, para empezar, nunca tuvieron mucho que decir. Pero él había sido toda su vida aficionado a los monólogos, y no tan silencioso como creía o tan mal equipado en materia verbal. Ahora pienso, como de alguien que ligó mi vida a la suya, que cuanto hizo fue una y la misma cosa, asesinar y hablar de ello; nunca le faltaron palabras, por mucho que a veces lo disimulase. Y aunque el monólogo de su propio asesinato es de una pasión críptica, no es poesía; la verdad es que vivió como un gánster y hablaba como un gánster, y cuando murió, sangrando por los agujeros supurados del pecho, murió a medida que iba manando el gansterismo que había en él, murió derramándose en palabras, como si la muerte fuese un írsele a uno el ser por la boca, o como si estuviésemos hechos únicamente de

palabras y al morir el alma del lenguaje se decantase en el universo.

No es extraño que me diese hambre. Estuvo hablando más de dos horas. Yo escuchaba allí sentado y llegué a conocer muy bien aquel biombo, creo que estaba hecho de muselina tensada sobre un marco de metal verde que podía moverse sobre cuatro ruedecillas de goma, y sus palabras parecían pintarse allí, sobre la luz traslúcida de la tela, aunque quizá fuese en mi mente en blanco, y yo las anotaba, interrumpido solo por el agotamiento de la mina del lápiz, que tenía que volver a sacar pellizcando la madera con las uñas. De cualquier modo, lo pondré aquí tal como lo oí decir entre las cuatro y las seis de la tarde del 24 de octubre, hasta momentos antes de que el señor Schultz finalmente, pero no para siempre, guardara silencio.

—Ah, mamá, mamá —decía—. Ah, basta, basta, basta. Por favor, hágalo rápido, de prisa y con furia. De prisa y con furia, por favor. Estoy recobrando el aliento. Se le da muy bien ese sistema del punto y la raya. ¿Qué número es ese que tienes en tu agenda, Otto? ¿13780? Ja, ja, galletas para perros. Cuando es feliz no muerde. Pero hombre, si ni siquiera nos conocíamos. Como anillo al dedo irá lo que digo. Está bien, de acuerdo, vale, lo sé. ¿Que quién me disparó? El mismísimo jefe. ¿Quién me disparó? Nadie. Por favor, Lulu, ¿y después va y me pone la zancadilla? No estoy gritando, soy un alma de Dios. Pregunte a Winifred, en el Departamento de Justicia. No sé por qué me dispararon, de verdad que no. De veras. Soy un hombre honrado. Fui al servicio, estaba en el servicio y cuando quise coger... vino el chico. Sí, fue él quien me lo dio. ¿Cómo, me desheredas, al beneficiario de tu testamento, está bien eso? ¿Se hace eso con un hijo? Le ruego que hable a mi favor. ¿Lo hará? ¿Cuántos hay buenos y cuántos malos? Pero si yo no tenía nada que ver con él. Él boxeaba en esos combates que se celebran todos los días. Sin oficio, sin sitio donde vivir, sin amigos, sin nada, solo lo que sacas a diario. Por favor, deme un trago. Es de la fábrica. No quiero armonía. Necesito armonía. No hay ninguna tan bonita, sin comparación, la llaman Marie. Me casaré contigo por la Iglesia, te lo ruego, déjame decirte tan solo unas palabras. Déjame entrar en la fábrica de fuego del distrito. No, no, solo somos diez y hay por ahí diez millones de los vuestros, de modo que largaos y tiraremos la toalla de la tregua. Dejad que me levante, cambiadme de sitio, ¡policía, esto es una huelga comunista! Todavía no lo quiero en la calle, es inútil montar un alboroto. ¿Visteis cómo acabé con los conflictos? Dadme el mando y lo tiro por la ventana, le arañó los ojos. Mis valores de lo mejorcito ¡y esas sucias ratas se han enterado! Por favor, madre, no corras, no vayas tan de prisa. Eso es algo de lo que no debería hablarse. Os lo ruego, amigos, levantadme. Cuidado, el tiroteo es un poco salvaje, y uno así salvó la vida a un hombre. Perdonadme, olvidé que soy el demandante y no el acusado. ¿Por qué no podía simplemente marcharse y dejarme a mí al frente? Por favor, madre, cógeme. No me dejes caer. Se nos van a echar encima los azules. Son ingleses de un tipo que no sé quién es mejor, si ellos o nosotros. Oh, sir, consígale un techo a la muñeca. ¡Por el amor de Dios! Puedes jugar a las tabas, y las chicas usan una pelota blanda y saben hacer muchos trucos. Me lo enseñó ella, de

niños. No, no y no. Está hecho un lío y dice que no. Los chicos no lloran ni defraudan a quien les quiere bien. ¿Me oyes? Consigue algo de dinero para el fondo, lo necesitamos. Mira lo que has hecho hasta ahora, no es eso lo que dicen las reglas. Me encantan las cajas de verduras frescas. Por favor, alcaide, se lo ruego, póngame de pie en seguida. ¿Me ha oído? Le ruego que tomen medidas enérgicas con los amigos de los chinos y el comandante de Hitler. Es lo mejor que puedes hacer, madre, y no permitas que Satán te lleve demasiado de prisa. ¿Que por qué disparó contra mí el baranda? Por favor, levánteme. Si haces eso puedes ir y tirarte al lago. Sé quiénes son, son gente de Frenchy, está bien, cuidado, cuidado. Ah, me he quedado sin memoria. Mi suerte ha cambiado y viene y se va desde aquello. Me tambaleo. No tenéis nada contra él y nosotros lo conseguimos cuando telefoneó. Me estoy muriendo. Vamos, señorita, sáqueme de aquí, estoy medio loco por usted. ¿Dónde está ella, dónde está? No me dejarán levantarme, me han teñido los zapatos. Abran esos zapatos. Estoy tan enfermo, dadme un poco de agua. Abre eso y rómpelo para que pueda tocarte. Mickey, por favor, méteme en el coche. No sé quién puede haberlo hecho. Cualquiera. Ten la amabilidad de quitarme los zapatos, tienen encima unas esposas. El Papa dice esas cosas y yo le creo. Sé lo que me hago con mi colección de periódicos. No vale un níquel para tipos como tú y yo, pero para un coleccionista vale una fortuna. No tiene precio. El dinero también es papel ¡y tú lo escondes en el retrete! Mira, el bosque oscuro. Voy a dar la vuelta... dale la vuelta, Billy, por favor, estoy muy enfermo. Cuida de Jimmy Valentine, es amigo mío. Cuida de tu mamá, cuidala. Te digo que no puedes vencerlo. Policía, por favor, sáqueme de aquí. Yo arreglaré lo de esa acusación. Vamos, abrid los cubos de jabón. La chimenea barre. Si quiere hablar, hable con la espada. Hay puré de alubias franco-canadiense en el altar. Quiero pagar. Estoy dispuesto. Toda mi vida he estado esperándolo. ¿Me oye? Que me dejen en paz.

Simultáneamente con el tiroteo en la Palace Chophouse había habido ataques a conocidos miembros de la banda de Schultz en Manhattan y el Bronx; dos murieron, uno de ellos Mickey el chófer, cuyo verdadero nombre era Michael O'Hanley, tres resultaron gravemente heridos, y se suponía que el resto de la banda se había dispersado. Lo había leído en los periódicos de la mañana mientras esperaba un tren para Manhattan en la estación de Newark del ferrocarril de Pennsylvania. A mí no me nombraban en ninguna de las informaciones; la declaración del barman no incluía la menor referencia a un muchacho con una chaqueta de los Shadows, lo que era bueno, pero puse mi maleta en una taquilla de pago, enrollé la chaqueta y la tiré en un cubo de basura, de acuerdo con la teoría de que a lo mejor no todo lo dicho por el barman a la policía había llegado a los periódicos, y salí y cogí un taxi para ir al hospital de Newark, tras haberme convencido de que la habitación del señor Schultz era en ese momento el sitio más seguro.

Pero, ahora que había muerto, yo estaba solo. Contemplé su cara; tenía el color rojo oscuro de una ciruela, con la boca ligeramente abierta y los ojos mirando como si aún tuviese algo que decir. Por un momento llegué a pensar que lo haría. Después me di cuenta de que también yo estaba con la boca abierta como si fuese a decir algo, o sea que había imaginado toda una conversación normal entre nosotros, esa para la que ya era demasiado tarde, su confesión y mi indulgencia, o al revés, pero en todo caso una conversación que solo se tiene con los muertos.

Me fui cojeando antes de que las enfermeras entrasen y lo descubriesen. En la estación recogí mi maleta y subí al tren de Manhattan. Era una noche muy fría para ir sin chaqueta. Tomé el tranvía hasta el elevado, llegué al Bronx hacia las nueve de la noche y no fui directamente a casa, sino que crucé por el patio del hogar infantil Diamond y bajé al sótano, donde Arnold Garbage estaba oyendo en la radio *The Make-Believe Ballroom* mientras hojeaba viejos números del *Collier's*. Sin entrar en detalles, le dije que tenía que guardar algo y me encontró un pequeño espacio al fondo de su escondite más hondo y oscuro. Le di un dólar. Después volví por donde había venido, di un rodeo hasta la Tercera Avenida y me fui a casa.

Durante semanas, estuve sentado en el apartamento; no podía moverme, y no por los dolores, que eso lo podía arreglar con aspirinas, sino porque sentía como si pesase mil libras, todo me suponía un esfuerzo enorme, hasta sentarme en una silla o respirar. Miraba aquel teléfono negro esperando a que sonase, e incluso lo descolgaba de vez en cuando para ver si había alguien al otro extremo. Me sentaba con mi Automatic metida en el cinto, exactamente como llevaba su arma el señor Schultz. Temía que si me acostaba iba a tener pesadillas, pero dormí con el sueño de los justos. Entretanto, el otoño empezó a volar por el Bronx; el viento hacía repicar las ventanas y las hojas de Dios sabe qué lejanos árboles pasaban rodando por nuestra calle sobre sus bordes crujiendo. Y él seguía muerto, todos seguían muertos.

Pensaba sin cesar en las últimas palabras que me había dicho el señor Berman y en si significarían algo más que los números de una combinación. Fueron palabras para seguir adelante, eso sí lo sabía; estaba tratando de proteger algo, de transmitirlo. De modo que eran palabras que suponían confianza. Pero la confianza podía significar una de estas dos cosas: no saberlo o saberlo de sobra, haberlo sabido siempre sin decirlo nunca, con aquellas miraditas suyas por encima de las gafas, el maestro, de quien cada acto era una enseñanza.

Mi banda muerta había creado en mí un fantasma fuerte y poderoso. ¿Qué pasaba con las habilidades de un hombre cuando moría, si, por ejemplo, sabía tocar el piano, o en el caso de Irving hacer nudos, remangar perneras de pantalón, andar con soltura sobre un mar inquieto? ¿Qué había sido del gran don de precisión de aquel hombre, de su competencia en todo, que yo tanto admiraba? ¿Dónde se había ido eso, esa abstracción?

Mi madre parecía no notar mi estado, pero empezó a cocinarme las cosas que me gustaban y a limpiar en serio el apartamento. Apagó las velas y tiró los vasos que les

servían de candelero. Era casi divertido: ahora, cuando alguien había muerto realmente, ya no estaba de luto. Pero yo me daba cuenta solo a medias de todo esto. Trataba de imaginar qué hacer de mí. Pensé volver a la escuela, sentarme en un aula y aprender lo que quiera que se aprendiese en las aulas. Después tomé como un comentario sobre mi triste estado de ánimo el haber llegado siquiera a considerar una cosa así.

De vez en cuando sacaba mis notas del bolsillo, las desdoblaba y volvía a leer lo que había dicho el señor Schultz. Era un parloteo descorazonado en el que no había ninguna verdad histórica, ningún mensaje para mí.

Mi madre encontró en la avenida Bathgate una tienda que vendía conchas marinas y trajo una bolsa llena de esas diminutas y con surcos, algunas no mayores que un caracol, y empezó otro de sus locos proyectos, que consistía en pegarlas al teléfono utilizando el pegamento que encontró en una vieja maqueta de balsa que nunca terminé de construir. Mojaba un palillo de dientes en el frasco, extendía una gota reluciente por el borde de la diminuta concha y la pegaba al teléfono. Con el tiempo, el teléfono entero, auricular y base, estuvo cubierto de conchas. Hacía bastante bonito, blanco, rosa y marrón, y ondulado y nudoso como si estuviese perdiendo su forma, como si la forma de todas las cosas se perdiese con nuestras atenciones. Puso conchas incluso en el cordón, de modo que parecía una sarta de luces submarinas. Me encontré llorando por mi madre loca cuando pensé en ella tal como la recordaba James J. Hines, como una joven inmigrante majestuosa, seria e intrépida. Pensaba que durante algún tiempo debió de ennoblecer a mi padre, y él la había instruido en el innegable amor que ambos se profesaban antes de poner pies en polvorosa. Ahora yo tenía dinero para no necesitar echarla nunca. Juré que seguiría conmigo y la cuidaría mientras viviese. Pero no podía hacerle ver que iba a emprender algo, ni siquiera lo suficiente para convencerla de que dejase el empleo. Supongo que no era una perspectiva muy alegre la que veía ante nosotros. Su extraño uso de los objetos, velas, fotos, restos de ropa, muñecas rotas y conchas, me hacía sentirme muy solitario. Una noche vino a casa con un acuario, era muy pesado y le costó trabajo subirlo por la escalera, pero tenía la cara arrebolada y un aire de felicidad cuando lo puso sobre la mesita, junto al diván, lo llenó de agua y, con mucho cuidado, sumergió el teléfono. Cómo quería yo a mi madre loca, qué hermosa estaba, me sentía tan mal, pensaba que le había fallado, que si no había cambiado era porque yo no había conseguido la justicia última para ambos. El dinero de la maleta que estaba al otro lado de la calle, en el sótano, no era suficiente; no podía creer que todos los esfuerzos de mis planes intuitivos se hubiesen visto colmados por él. Por supuesto, aunque ignoraba cuánto había, incluso las ahora mermadas ganancias de un mes de las empresas Schultz eran suficientes para vivir durante varios años, Dios mío, si con coger dos veces el salario de mi madre en la lavandería tendríamos cuanto pudiéramos necesitar, pero estaba terriblemente preocupado por ello, no podíamos llevarlo a un banco, tendría que pensar cómo protegerlo de un modo continuo y usarlo en tan pequeñas dosis que no

llamase la atención, y esto me parecía parte de su mezquina insuficiencia. Pensaba que si ese dinero iba a cambiar algo debería haberlo hecho ya, por el simple hecho de poseerlo. Pero no había sido así. Después me di cuenta de que, aunque hubiese muerto, seguía teniendo la impresión de que ese dinero era todavía del señor Schultz. Lo había recogido siguiendo instrucciones del señor Berman y me encontré esperando nuevas instrucciones. No sentía la calma que sabía debería llegarme cuando viese colmados todos mis sueños. No tenía a nadie con quien hablar, a nadie que pudiese saberlo y decirme que había hecho bien. En realidad, solo los muertos de mi banda podrían haber apreciado lo mucho que había hecho.

Después, una noche, ya tarde, estaba comprando los periódicos en el quiosco de la Tercera Avenida, debajo del elevado, cuando paró un De Soto, se abrió la puerta y me vi rodeado de hombres; dos habían salido de la tienda de cigarros a la vez que otros dos se apeaban del coche, y en sus caras había la expresión impasible de los que tienen el crimen por oficio. Le bastó a uno de ellos indicar con un gesto la puerta abierta del coche para que me metiera los periódicos doblados debajo del brazo y subiera. Me llevaron, cruzando el centro, hasta el Lower East Side. Sabía que era importante no dejarse ganar por el pánico, no imaginar siquiera qué podría estar ocurriéndome. Repasé todos mis movimientos del último año sin lograr entender cómo podía saber de mí, cuando ni siquiera le había permitido verme bien frente a la escalinata de la iglesia. Me daba cuenta ahora de que había cometido un tremendo error al no escribir una carta para mi madre con instrucciones de abrirla solo si no volvía a casa, y no volvía a casa y moría de no volver a casa con mi madre.

Se detuvieron en una estrecha calle con casas de vecindad, aunque, naturalmente, no me permitieron verla bien. En la penumbra, sentía en la cara las sombras a rayas de las salidas de incendios. Empezamos a ascender por una escalera. Subimos cinco tramos.

De repente me encontré en una cocina, debajo de una bombilla desnuda colgada del techo. Enfrente, sentado a una pequeña mesa cubierta de hule, como un pariente rico de visita, estaba el hombre que había ganado la guerra entre bandas. Esto es lo que vi: dos ojos suavemente inquisitivos y no muy inteligentes, uno de ellos caído bajo un párpado colgante. Y era verdad que tenía la piel mala, lo vi ahora, y la cicatriz de debajo de la mandíbula más blanca que el resto. Bien mirado, tenía algo de lagarto. Su mejor rasgo era el pelo negro ondulado peinado hacia atrás. Llevaba un abrigo bien cortado sobre un traje de hombre de negocios. El sombrero estaba sobre la mesa. Las uñas habían pasado por la manicura, y pude oler una colonia. Su estilo estaba muy alejado de la malignidad del señor Schultz. Me sentí como se siente uno cuando se adentra unas cuantas manzanas en otro barrio, aunque no esté muy lejos del suyo. Hizo un gesto muy cortés con la mano abierta para que me sentase frente a él.

—Ante todo, Billy —dijo en voz muy baja, como si cualquier conversación fuese algo deplorable—, ya sabes cuánto hemos sentido lo que le ocurrió a *el Holandés*.

—Sí, señor.

Me horrorizó que supiese cómo me llamaba. No quería estar en su registro de nombres.

—Yo le tenía un gran respeto. A todos. Los conocía desde hace ¿cuántos años? Un hombre como Irving... no se encuentran ya de su calidad.

—No, señor.

—Estamos tratando de descubrir la causa de todo esto. Tratamos de hacer que vuelvan sus muchachos y de reunir algo, ya sabes, para las viudas y los hijos.

—Sí, señor.

—Pero resulta que hay dificultades.

La diminuta habitación estaba abarrotada con los hombres de pie que había detrás de mí y detrás de él. Solo ahora pude ver, a un lado, a Dixie Davis, el portavoz, derrumbado en una silla de madera con las manos apretadas entre las rodillas para que no le temblasen. Los sobacos del caro traje a rayas del señor Davis tenían grandes manchas oscuras y su cara estaba cubierta por una película de sudor. Yo sabía que eran las señales de la extremaunción. Lo saludé con la mirada más breve posible, porque ahora comprendía quién me había identificado, lo que quería decir que cuanto les revelase era la verdad que ya sabían, y pensé que eso podía dar la impresión de que no era lo bastante listo o tortuoso para tratar de ocultar algo.

Me volví hacia mi interrogador. Me parecía importante sentarme bien derecho y mirarlo a la cara. Sabría tanto por mi actitud como por lo que le dijese.

—Tengo entendido que te iba muy bien con ellos.

—Sí, señor.

—Podemos tener un puesto para un chico espabilado. ¿Saliste de ello al menos habiendo aprendido algo? —dijo tan de pasada como si no estuviese mi vida en la balanza.

—Bueno, solo estaba empezando. Me fijaron un salario la semana anterior, y él me dio un mes de anticipo porque mi madre ha estado enferma. Doscientos dólares. No los llevo conmigo, pero puedo sacarlos del banco a primera hora de la mañana.

Sonrió, las comisuras de su boca se volvieron hacia arriba un instante, y levantó la mano.

—No queremos tus ganancias, muchacho. Estoy hablando de negocios. Esos no siempre llevaban los suyos de un modo serio. Me preguntaba si podrías ayudarnos a localizar los fondos.

—Bueno —dije rascándome la cabeza—, eso es más bien del departamento del señor Davis. Lo único que yo hacía era ir por café y cuando alguien necesitaba un paquete de cigarrillos. Nunca me admitían en las reuniones ni donde pasaba algo.

Se quedó sentado aprobando con la cabeza. Pude sentir los ojos de Dixie Davis clavados en mí, la intensidad de su mirada.

—¿Nunca viste dinero?

Pensé un momento.

—Sí, una vez, en la calle Ciento Cuarenta y Nueve. Los vi contando la recaudación del día mientras estaba barriendo. Me impresionó.

—¿Te impresionó?

—Sí. Era algo para soñar con ello.

—¿Y has soñado?

—Todas las noches —dije mirándolo al ojo caído—. El señor Berman me contó que el oficio está cambiando, que van a necesitar personas listas, tranquilas, con buenos modales y que hayan ido a la escuela. Voy a volver a la escuela y luego iré al City College. Después ya veremos.

Asintió con la cabeza, se quedó inmóvil y me miró a los ojos un momento mientras se decidía.

—Lo de la escuela es una buena idea —dijo al fin—. Podemos hacerte una visita de vez en cuando para ver cómo vas.

Levantó la mano con la palma hacia arriba, y yo me levanté con ella. Dixie Davis se había tapado la cara.

—Gracias, señor —dije al hombre que había ordenado las muertes del señor Schultz, el señor Berman, Irving y Lulu—. Es un honor conocerle.

Me devolvieron sano y salvo a la Tercera Avenida, en un coche que me dejó frente a la tienda de cigarros. Solo entonces me acometió el terror. Me senté en el bordillo. Tenía las manos negras donde se les había pegado —a causa del sudor— la tinta de los periódicos que había estado sosteniendo. Podía leer en las palmas fragmentos de titulares, trozos de palabras. No tenía la menor idea de lo que iba a sucederme. O estaba libre o con los días contados. Simplemente, no lo sabía. Me levanté de un salto y empecé a vagar por las calles. Me di cuenta de que temblaba, pero no de miedo, sino de rabia contra mí mismo por ese miedo. Pensé: que me maten. Esperaba oír el ruido del coche de los asesinatos chirriando al volver la esquina con los cristales de las ventanillas bajando. Después traté de figurarme lo que pensarían que había hecho para tener que matarme. No me matarían, me vigilarían. Es lo que yo haría si no supiese dónde estaba el dinero.

Lo cierto era que me había enterado de algo muy interesante: los periódicos calculaban entre seis y nueve millones de dólares la fortuna del señor Schultz, de la que solo una pequeña parte había llegado a los bancos. La Asociación no la había encontrado, estaban buscándola; tenían el negocio pero querían también el dinero, el negocio desde sus raíces.

Y, por extraño que fuese, de pronto me llenaron de júbilo las atenciones de otro gran hombre, aunque fuesen peligrosas. Pensaba que era sin duda posible que mis días estuviesen contados, pero mi espíritu competitivo había vuelto a despertarse, me di cuenta de que había estado compartiendo la derrota de la banda de un modo morboso, deteniéndome en sus muertes. Pero nada había acabado, todo seguía su



curso, el dinero era inmortal, era eterno, y el amor por él infinito. Esperé unos días, bajé al sótano de Arnold Garbage mientras estaba ausente de rebusca, me organicé un sitio para el caso de que viniese alguien y allí, en el aire oloroso a ceniza, con las pisadas de los niños sobre mi cabeza, conté el dinero que había en la maleta de caimán. Estuve contando mucho tiempo, era más de lo que había imaginado, mencionaré la cantidad exacta, que me llevó varias horas contar, eran trescientos sesenta y dos mil ciento doce dólares los que yo había cogido como mi parte y guardado allí bajo piezas de coche, periódicos viejos, juguetes rotos, largueros de cama, tubos de estufa, bolsas de papel para zapatos, ropa en fardos, cacharros, cristales de ventana, engranajes, lámparas de acetileno, destornilladores sin mango, martillos, sierras sin dientes, cajas de zapatos llenas de cromos del chicle hinchable, botellas, frascos, biberones, cajas de cigarros con pezones de goma, máquinas de escribir, piezas de saxofón, pabellones de trompeta y pieles de tambor rajadas, retretes torcidos, ocarinas rotas, bates de béisbol, barcos en botellas resquebrajadas, gorros de baño, sombreros e insignias de *boy scout*, distintivos de campaña, huchas, triciclos retorcidos, colecciones de sellos y banderitas de todas las naciones del mundo en palillos de dientes.

Después, naturalmente, volví a mis notas a mano de lo que había dicho el señor Schultz, las estudié y encontré en ellas mi visión de la vida floreciendo como una recompensa, había sido demasiado impaciente, un gran destino encantado se desplegaba ante mí en oleadas y salía a raudales al sol como el planeta en flor, oía la voz del señor Schultz diciendo *un chico muy dispuesto, un chico muy dispuesto*, y sí, ¡lo era!, porque encontré el escondite del dinero en sus frases, el dinero de su delirante pasión guardado allí bajó llave como el acertijo de un loco, estudié aquella transcripción de mi puño y letra y supe por ella lo que el señor Schultz me había dicho, me decía que había dinero para la señora Schultz y sus hijos en algún lugar donde pudiesen encontrarlo, pero lo que había dado sentido de su vida y su genio lo había ido guardando a medida que pasaban los años, de modo que era posible encontrarlo en lo que en cada período de su carrera criminal habían sido sus cercanías. Y para poner a prueba esta proposición, después de haber pasado unas semanas sentado en las clases de la escuela para demostrar que no valía la pena vigilarme, una noche fui con Arnold Garbage y rompimos un candado del antiguo almacén de cerveza abandonado de Park Avenue por donde yo solía andar haciendo juegos malabares, y entre el traqueteo de un tren que pasaba bajamos a una oscuridad tan negra como si las luces se hubieran ido todas al infierno, y, con las ratas rozándonos los tobillos y en medio de una humedad que era pura historia de los viejos tiempos, encontramos, entre la mierda y la basura de los sueños de Arnold, a la débil luz de una linterna, un barril sin tapón lleno hasta los topes de dinero de curso legal, y Arnold cargó con él y lo llevó a casa en una carretilla saltando sobre los

adoquines mientras yo iba delante disimulándome en las sombras de los portales, y desde esa hora de la noche nos convertimos en miembros de una sociedad anónima que ha durado hasta hoy.

No pretendo dar a entender que pensaba que era eso todo lo que había, cuanto más acosado se viese más guardaría para sí, de eso estaba seguro porque lo conocía. Estudié aquella transcripción de su voz fantasmal y supe así lo que me había dicho, me había dicho que a medida que el mundo se iba cerrando sobre él atraía más y más su fortuna hacia sí, que cuanto peor iban las cosas más se recogía en sí mismo, reuniendo acciones, bonos, ganancias en la mesa de juego, conservándolo cada vez más cerca de sí de un día para otro mientras proseguía su cada vez más peligroso viaje. Al final lo guardaría donde nadie pudiera soñar que había estado, y si no volvía moriría con él, si no había nadie lo bastante listo para encontrarlo.

De modo que ahora yo lo sabía todo, y ese todo llevaba aparejada una discreción de lo más exigente. Volví a la escuela para quedarme. ¿Acaso no me habían dicho que era una buena idea? Y aunque era una prueba capaz de acabar con el corazón más resuelto, estuve sentado en aquellas aulas a solas con mi educación, y después de la escuela trabajaba además en una pescadería por cinco dólares a la semana, y llevaba un delantal blanco adornado con las normales salpicaduras de sangre, y conseguía la paciencia necesaria para esperar con solo dar por supuesto que me vigilaban a todas horas.

No había transcurrido un año desde la muerte del señor Schultz cuando el hombre de la piel enferma fue acusado y declarado culpable por Thomas E. Dewey y enviado a la cárcel. Conocía lo bastante a las bandas para saber que durante la acomodación a los cambios sus prioridades se alteraban, se redefinían los problemas y surgían nuevos asuntos de importancia a resolver con urgencia. De modo que en ese preciso momento hubiese podido viajar al interior con plena seguridad. Pero no tenía prisa. Únicamente yo sabía lo que sabía.

Y algo parecido a una revelación me había llegado gracias a mis clases en la escuela: estaba viviendo en círculos de gansterismo aún mayores de lo que había pensado, latitudes y longitudes de gansterismo. Esta verdad iba a verse confirmada a los pocos años, cuando empezó la segunda guerra mundial, pero entretanto me sirvió de incitación para destacar en mis estudios como lo había hecho en el tiro y en la traición, de modo que di el salto a la escuela Townsend Harris de Manhattan para estudiantes excepcionales, entre los que me instalé desdeñosamente falto de asombro, y más tarde el salto aún mayor a un *college* de la Ivy League que me parece prudente no nombrar, donde pagué mi matrícula en plazos razonablemente espaciados y del que a su debido tiempo salí graduado con honores y un despacho de segundo teniente del ejército de mi país.

En 1942, el hombre de la piel enferma fue perdonado por el gobernador Thomas E. Dewey, que como fiscal del distrito lo había enviado a la cárcel, y deportado a Italia en agradecimiento a la ayuda que se creía había proporcionado para asegurar

los muelles de Nueva York contra los saboteadores nazis. Para entonces yo estaba patrióticamente atareado en ultramar, de modo que, entre unas cosas y otras, no pude ocuparme del tesoro hasta que volví a casa en 1945. Apenas diré más de este asunto, aunque el lector del oficio podrá figurarse las cosas por sí mismo, o por sí misma, de hecho cualquiera puede sumar dos y dos, por mí no hay inconveniente, pues, naturalmente, fui y lo recogí, estaba justo donde sabía que estaría, toda la fortuna perdida del señor Schultz que hasta hoy mismo ha creído la gente que no fue nunca recuperada. Eran fajos de certificados del Tesoro y crujientes billetes de los nobles valores que amaba el señor Hines, empaquetados en sacas del correo y metidos en una caja fuerte. Mi yo de veterano se conmovió ante su pintoresco aspecto de antes de la guerra, era como el botín de un pirata, un monumento a un antiguo apetito, y al mirarlo me invadieron los mismos sentimientos que me producían los viejos retratos o las grabaciones de cantantes muertos. Pero ninguno de esos sentimientos me impidió cogerlo.

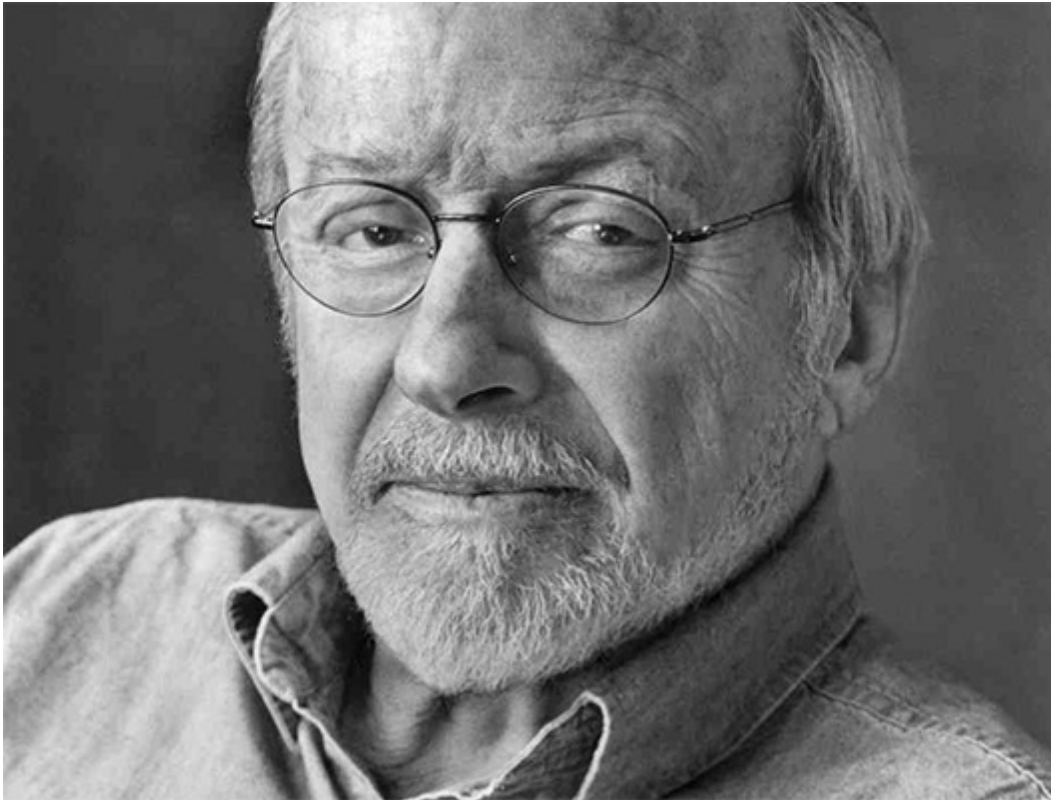
Al arribar aquí me doy cuenta de que casi he llegado al final de esta historia de las aventuras de un muchacho. Quién soy en mi mayoría de edad, lo que hago, si ando o no metido en oficios criminales y dónde y cómo vivo debe seguir siendo mi secreto, porque gozo de cierta fama. Confesaré que muchas veces desde mi investidura he probado a tirar todos los números al aire y dejarlos caer transformados en letras, de modo que surja un nuevo libro en un nuevo lenguaje del ser. Era lo que el señor Berman decía que podía llegar a ocurrir algún día, la perversa propuesta de un hombre de números, lanzarlos a lo alto con todas sus imágenes, los cuneiformes, los jeroglíficos, el cálculo y la velocidad de la luz, todos los números y fracciones, los racionales y los irracionales, los que expresan el infinito y los que sirven para expresar la nada. Pero lo he intentado una y otra vez y siempre caen formando el mismo Billy Bathgate que hice de mí, y parece que siempre será así, y voy perdiendo la fe en que se trate de un truco que alguien pueda hacer.

No obstante, encuentro un cierto consuelo en haber contado aquí la verdad sobre toda mi vida y sobre Dutch Schultz, aunque en algunos aspectos mi relato difiera de lo que leeréis si consultáis los archivos de los viejos periódicos. He contado la verdad de lo que he contado con palabras y la verdad de lo que no he contado y reside en las palabras.

Y ahora me queda solo una cosa más por decir, y la he guardado para el final porque es la fuente de todos mis recuerdos, el acontecimiento que no exonera al muchacho que fui pero puede aplazar por un momento su expulsión de los cielos. Al pensar en ello caigo de rodillas y doy gracias a Dios por la vida que me ha dado y la alegría que hay en mi conciencia, lo alabo y le doy todo tipo de reverentes gracias por mi vida de crimen y por el terror de mi existencia. En la primavera siguiente a la muerte del señor Schultz, mi madre y yo vivíamos en un ático de cinco habitaciones

con vistas al sur que dominaba los árboles, senderos, céspedes y campos de juego del parque Claremont. Y un sábado por la mañana, en mayo, llamaron a la puerta y apareció un hombre con uniforme de chófer gris claro que sostenía un cesto de paja por las asas, y no sé lo que pensé que era, ropa de la lavandería o algo así, pero mi madre se adelantó y cogió el cesto como si estuviera esperándolo, ahora tenía gran autoridad y confianza, de modo que el chófer se sintió muy aliviado, pues hasta ese momento había tenido una expresión de tremenda ansiedad, mi madre llevaba un vestido negro que le sentaba muy bien y zapatos a la moda y medias, y el pelo cortado y peinado de un modo atractivo para enmarcar su rostro sereno y encantador, y simplemente cogió al niño, porque por supuesto se trataba de eso, de mi hijo con Drew, lo supe en cuanto le eché una ojeada, y lo metió en nuestro apartamento lleno de sol mañanero y lo acostó en el agujereado cochecito de mimbre que se había traído del viejo piso. En ese momento noté una pequeña corrección en la justicia del universo y mi vida de muchacho acabó.

Después de esto, hubo una cierta confusión, era natural, tuvimos que salir a comprar biberones y pañales, venía sin ningún tipo de instrucciones y a mi madre le costó tiempo ir recordando algo de lo que había que hacer cuando lloraba y agitaba los brazos, pero no tardamos en adaptarnos, y en lo que ahora pienso es en cómo nos gustaba volver con él al East Bronx y pasearlo en su coche en un día de sol a lo largo de la avenida Bathgate, con los vendedores gritando sus precios, los puestos cubiertos de pirámides de naranjas, uvas, melocotones y melones, los ventiladores eléctricos de las panaderías lanzando al aire el olor a pan caliente, la lechería con sus tinas de mantequilla y sus envases de madera llenos de quesos de granja, el carnicero, con un grueso jersey debajo del delantal, que saca del frigorífico un montón de chuletas sobre papel parafinado, la florista de la esquina humedeciendo los jarrones llenos de flores cortadas, y los niños que pasan corriendo, y las viejas de palique con sus cestas de la compra llenas de verduras y pollos, y las adolescentes de vestidos blancos con hombreras, y los camioneros en camiseta descargando los productos, y el sonar de las bocinas, y toda la vida de la ciudad volviéndose para saludarnos como en aquellos días en que éramos felices, antes de que se fuese mi padre, cuando la familia solía ir a pasear por ese mercado, ese bazar de vida, Bathgate, en la época de Dutch Schultz.



E. L. DOCTOROW (Nueva York, 6 de enero de 1931 - Nueva York, 21 de julio de 2015) es una de las voces fundamentales de la literatura norteamericana contemporánea. Su obra traducida a treinta lenguas ha sido merecedora de los premios más importantes de su país, como el Pen/Faulkner y es, año tras año, candidato al Nobel. El mundo narrativo de Doctorow es infinito porque en él se combinan presente, realidad y ficción, lo vivido, lo narrado y la memoria: hay pocos mundos en la ficción en lengua inglesa tan amplios, tan ricos y diversos como el suyo. Autor de novelas tan importantes como *Ragtime*, *Homer y Langley*, *La feria del mundo*, *La gran marcha*, *El arca de agua*, *El libro de Daniel* o *Ciudad de Dios*, Doctorow es, asimismo, autor de relatos, ensayos y teatro.

# Notas

[1] Conservo el nombre con que ha solido presentarse en España al personaje, incluso en el cine, aunque en *stang* Dutchman significa alemán, y de origen judío alemán parecen ser Flegenheimer y la mayoría de sus hombres de confianza. (N. del T.) <<

[2] La poderosa organización del partido demócrata que, desde su fundación en 1789, ha venido dominando la política local de Nueva York y contra la que han abundado las acusaciones de corrupción. (*N. del T.*) <<



[3] «Irlandés», y por extensión «católico». (*N. del T.*) <<